

LA DOBLE MIRADA PAT BARKER



Lectulandia

La incursión en las contradicciones de la conducta humana, la exploración de los recovecos más oscuros e inquietantes que habitan en todos nosotros es un territorio que pone a prueba la solvencia de los escritores más osados. La aclamada escritora británica Pat Barker, ganadora del Premio Booker, está unánimemente reconocida en su país como una autora de punzante lucidez, capaz de aproximarnos a los enigmas de la maldad con una sensibilidad y realismo subyugantes.

El reportero Stephen Sharkey, personaje central de esta última novela de Barker, encarna como nunca esta tensión narrativa que caracteriza a la autora. En un cottage rodeado de bosques de abetos, huyendo tanto de la realidad cotidiana de la guerra como de la desintegración de su matrimonio, Stephen escribe un libro sobre cómo la violencia se refleja en los medios de comunicación. Mientras disfruta de este ansiado periodo de descanso, conoce sucesivamente a Kate, viuda de su amigo Ben, muerto en Afganistán, a Justine, una estudiante veinte años más joven que él, y al misterioso Peter, que causa un inexplicable desasosiego en quienes lo tratan. Entre la perplejidad y la confusión, Stephen irá descubriendo que, pese a haberse alejado de las atrocidades del frente, también en este apacible rincón del universo nadie vive a salvo del sufrimiento ni de las devastadoras consecuencias de la crueldad.

Como en su anterior obra, *Línea difusa*, Barker plantea múltiples interrogantes sobre las repercusiones morales de nuestros actos, sugiriendo que la violencia es una amenaza latente que en el momento menos pensado puede inmiscuirse en la vida de cualquiera y corroer su sistema de valores.

Lectulandia

Pat Barker

La doble mirada

ePub r1.0

Titivillus 18.02.2019

Título original: *Double Vision*

Pat Barker, 2003

Traducción: Ana María de la Fuente

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

PAT BARKER

LA DOBLE MIRADA

para David

«No se puede mirar. Yo lo vi. Esto es lo verdadero».

Francisco de Goya

Había pasado la Navidad. No sin un punto de remordimiento por el placer que sentía con la vuelta a la normalidad, Kate quitó las luces y los adornos del árbol, cortó las ramas principales y arrastró el tronco hasta la pila del compost, en un rincón del jardín. Desde allí, casi como una intrusa, contempló la casa, otra vez vacía —su madre y su hermana se habían marchado la mañana del 27—, y vio las ventanas iluminadas y el reflejo del fuego de la chimenea. Frías gotas de lluvia le resbalaban por los párpados y los labios. Alrededor, el bosque se recogía en un silencio expectante. Kate se estremeció y subió corriendo por el césped.

Poco a poco fue restableciendo la rutina. Madrugar, a las ocho en el taller y cinco horas de trabajo ininterrumpido, que solían dejarla exhausta para el resto del día, a pesar de lo cual todas las tardes se obligaba a caminar una hora o dos.

El frío aumentaba hasta que, un día, al regreso del paseo, observó que el gran charco que había delante de la puerta del jardín tenía una lámina de hielo. Era como una pupila empañada por una catarata. Kate calentó un tazón de sopa, avivó el fuego y se acurrucó junto a la chimenea, mientras fuera la temperatura descendía hora tras hora. Una hoja de roble, cobriza y solitaria, se desprendió de una rama y cayó al suelo helado con un chasquido que se perdió en el bosque.

La gente, ahíta de cenas y reuniones de Navidad y Año Nuevo, ahora prefería quedarse en casa, al calor de la propia chimenea, y Kate pasó las primeras veladas de enero en soledad. Hasta que Lorna y Michael Bradley la invitaron a su cena de aniversario y ella aceptó, pese a que se sentía a gusto con su casi monástico régimen de vida actual. Pero, desde la muerte de Ben, tenía por norma no rechazar invitaciones y agradecer y corresponder todas las muestras de cortesía... y el método daba resultado: estaba superándolo, estaba sobreviviendo.

Una vez allí, lo pasó bien, aunque sólo tomó dos copas de vino y a las once ya regresaba a casa, por la carretera del bosque, iluminando con los faros los pálidos troncos de las hayas, musculosos como atletas preparados para una carrera. Dejó atrás el bosque y entró en la zona de la Agencia Forestal, hectáreas de árboles que, como un ejército verde, marchaban por la ladera de la montaña en formación cerrada. Los faros apenas taladraban la oscuridad que envolvía los pinos y sólo permitían vislumbrar aquí y allá, en el suelo del bosque, una maraña de hojarasca y ramas secas. Kate llevaba las ventanillas cerradas, y un ambiente cargado de calor y música la aislaba del exterior. El coche circulaba por la carretera, entre la masa arbolada, como un corpúsculo de sangre por una vena. En el bosque, una cabeza astada se volvió a mirarlo. Apenas había tráfico: pasado el cruce había adelantado a una furgoneta blanca, y después nada. La carretera bajaba y subía, hasta que, a menos de cuatrocientos metros de su casa, donde un arroyo se había desbordado con las últimas

lluvias e inundado la calzada formando una oscura placa de hielo, el coche patinó y se salió de la carretera.

No hubo tiempo para pensar. Surgieron árboles que se precipitaban hacia ella, ramas que rompían el parabrisas y le daban zarpazos en los ojos y la garganta. Sonó un estallido metálico seguido de un silencio, roto sólo por la persistente salmodia de la radio. Un faro apuntaba en una dirección insólita explorando las gruesas ramas resinosas que aprisionaban el coche.

Ella perdía y recobraba el conocimiento a intervalos, pero en todo momento era consciente de que no debía mover el cuello. Comprendía que estaba herida, quizá de gravedad, a pesar de que si se quedaba quieta apenas sentía dolor. Le resbalaba saliva por la comisura de los labios y se le acumulaba sangre en un ojo.

Después de lo que pareció una eternidad, oyó un motor. El destrozado coche se llenó de paralelogramos móviles de luz y sombra al ser barrido por los faros que se acercaban. El motor se paró, sonaron pasos, nítidos en el asfalto y sordos en la hierba del arcén, y en la ventanilla apareció una figura. Una figura sin cabeza, ya que el hombre no se inclinó para mirar dentro. Kate trató de hablar, pero sólo pudo gemir. Él no se movía, no abría la puerta, no trataba de ver cómo estaba ella, no llamaba por teléfono ni anunciaba que iba a pedir ayuda. Sólo estaba allí, quieto, respirando con fuerza.

Ella trató de levantar la cabeza, pero un espasmo de dolor le recorrió las vértebras y le impidió moverse. Se hundía en la inconsciencia lentamente, resistiéndose, batallando para volver a la superficie, donde ahora se oían voces, voces asustadas, que tenían miedo de ella, de aquello en lo que se había convertido.

—Una ambulancia —oyó decir—. La policía.

Después, el sonido familiar del tecleo en un móvil, y la sensación de que por fin podía dejar de pelear y aceptar la oscuridad.

Aquello era muy alto y muy duro para ser una cama. Las sábanas le comprimían las piernas. Paredes color masilla. La voz de mamá, luego la de Alice, pero ellas no podían estar allí, se habían marchado dos días después de Navidad, de manera que se negó a reconocer a esa familia fantasma y se concentró en conseguir un poco de saliva. Sentía la lengua hinchada, seca, pegada al paladar.

—Mira —dijo Alice—. Quiere beber.

Entre Kate y la luz apareció la cara de la madre.

—Está inconsciente. No oye nada.

—No lo sé. ¿No dicen que hay que hablarles? Nunca se sabe lo que pueden oír.

¿Estaba muriéndose? No logró convencerse de que eso importara mucho.

«Agua...».

El perfume de Alice, dulce y penetrante. Una boquilla se le metió entre los labios y chocó con los dientes. Agua, demasiada agua; se atragantó, tosió, boquilla fuera,

otra vez, más despacio, un trago, dos. Las gotas le resbalaban por el cuello, una toalla fresca las enjugaba. Ella miraba las grietas del techo que casi al momento fueron sustituidas por la cabeza de su madre y la de su hermana.

—¿Tú crees que nos oye? —preguntó su madre.

Ella estaba en otro sitio. Recordaba los árboles, la carretera oscura, las ramas irrumpiendo por el cristal roto, el hombre inmóvil al lado de la ventanilla. Pero ya empezaba a borrarse todo.

Trató de volver la cabeza, en vano. Algo le inmovilizaba el cuello. Tenía el brazo derecho pegado al costado por la sábana. Sentía los brazos, las piernas y los dedos de los pies. Los movió para cerciorarse, recordando cómo su padre, al final de su larga enfermedad, después de la embolia, odiaba el brazo que no podía mover y lo apartaba de sí. Ella no estaba tan mal. Aún tenía poder sobre esa árida extensión que veía desde arriba, ligeramente incorporada como estaba, toda esa llanura nevada.

Otra vez se dormía, y oyó a su madre:

—Estamos fatigándola. Será mejor que salgamos para que pueda dormir.

Alguien había mandado rosas. Abrió los ojos y las vio, unos capullos prietos, formales, rojos como gotas de sangre en aquella habitación blanca, pero le pesaban mucho los párpados para seguir mirando y, cuando volvió a abrirlos, las rosas ya no estaban.

Cuando pudo moverse, la sentaron en un sillón, al lado de la cama. Tenía los pies fríos. Se sentía deprimida, preocupada por el trabajo que no podía hacer. Tenía un encargo importante, un Cristo enorme para la catedral, que ya debería haber empezado, y ahí estaba ella, sentada en un sillón como una vieja, sin poder valerse por sí misma.

Fue a verla la fisioterapeuta y poco después empezaron las sesiones en la sala de fisioterapia, en cuyas paredes de espejo ella contemplaba a la criatura sin cuello en que se había convertido.

—Muy bien —decían las muchachas de uniforme—, muy bien.

No le habían hablado en un tono tan alentador y maternal desde que llevaba pañales. Ella sonreía, pero por dentro se desesperaba.

Volvía a la habitación agarrándose bien al pasamanos del pasillo, obligándose a seguir andando, a pesar de que a cada paso un latigazo le cruzaba la espalda. De vez en cuando se encontraba de frente con otro paciente y ambos se paraban, calculando cada uno la incapacidad del otro y, en silencio, decidían cuál de los dos resistiría mejor sin apoyo mientras el otro pasaba arrastrando los pies. Cuánta valentía. Cuánta consideración. Se sentía humilde.

Pero en la habitación las horas se hacían interminables. Su ventana daba a un patio donde hasta las plantas perennes enfermaban y morían por falta de luz.

—He de salir de aquí —dijo a Alec Braithewaite, pastor de su parroquia y también amigo, que fue a visitarla.

Él dio un paso atrás con las manos en alto, fingiéndose avasallado por la urgencia de su tono.

—Buenos días, Kate.

Ella suspiró aceptando el reproche.

—Buenos días, Alec.

—¿Cómo estás?

—Volviéndome loca.

Él se sentó junto a la cama.

—A nadie le gustan los hospitales. Lo que importa es recuperarse.

—Lo que importa es el Cristo.

—Me alegra oírte decir eso —sonrió él.

—Ya sabes a lo que me refiero, Alec. Mi Cristo.

—¿Ya puedes levantar el brazo?

Ella probó, como probaba cien veces al día.

—No.

—¿Cuándo ha de estar terminado?

—En mayo. Para el día de los Fundadores y Benefactores.

—Aún falta.

—Alec, es una figura grande. Aunque me encontrase bien, no me sobraría el tiempo.

—¿No podríais acordar otra fecha?

—Sería la primera vez que retraso una entrega.

Ella hundía el mentón en la almohadilla del collarín. Alec nunca la había visto tan abatida, ni siquiera durante las semanas que siguieron a la muerte de Ben.

—Pues vas a necesitar ayuda.

—No quiero un ayudante.

—Otros escultores los tienen, ¿no?

—Ya.

Él se inclinó hacia delante.

—¿Por qué no te gustan?

—¿Por dónde quieres que empiece? En primer lugar, todos son estudiantes de Bellas Artes y siempre están preguntando: «¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué no has hecho lo otro?» Y aunque no te hagan preguntas, notas que las están pensando. Nueve veces de cada diez, una sesión de trabajo acaba siendo una especie de clase. Ya sé que parece egoísmo, y no creas que no me gusta enseñar, pero no mientras trabajo.

—¿Ha de ser forzosamente un estudiante de la academia?

—Es lo normal.

Él se encogió de hombros.

—Depende de lo que busques.

—Lo que busco es una persona que pueda levantar pesos y que... que no se interese demasiado por lo que hago.

—Hum. ¿Un Hércules bruto?

Ella sonrió.

—No tiene que ser necesariamente un hombre. Yo misma levanto los pesos.

—¿Te acuerdas del chico que cuidaba el cementerio cuando quitaron los corderos?

Kate conservaba la imagen borrosa de un joven que cortaba hierba con guadaña entre las lápidas.

—Vagamente.

—Es de toda confianza, y hace pérgolas, rocallas y trabajos por el estilo, por lo que debe de ser mañoso. Me parece que ahora no anda sobrado de trabajo. Esperaba entrar en el aserradero, pero no ha podido ser. No están muy activos en este momento. ¿Quieres que pregunte si está disponible?

—No sería mala idea. ¿Cómo se llama?

—Peter Wingrave. ¿Lo llamo?

Él observó las líneas de crispación que se le marcaban junto a los ojos y la boca. Lo que ella necesitaba en aquel momento era fe, pero eso no podía decírselo. Kate había ido a la iglesia una o dos veces después del funeral de Ben, pero sólo para expresar su agradecimiento por la buena ejecución de lo que sin duda había sido una tarea difícil. Un hombre joven, una muerte violenta. No es fácil acertar con lo que se dice en estas circunstancias y, menos, a una congregación de ateos y agnósticos venidos de Londres con billete de ida y vuelta, tarifa reducida. Kate no disimulaba su falta de fe. El párroco se preguntó si sería capaz de llevar a cabo la obra que le habían encomendado, pero luego pensó que el Cristo resucitado era, entre otras muchas cosas, un hombre semidesnudo de poco más de treinta años, y Kate hacía muy buenos desnudos masculinos.

—¿Cómo está Justine? —preguntó ella, haciendo un esfuerzo por aparcar sus propios problemas.

A Alec se le iluminó la cara, como siempre que se mencionaba a su hija.

—Mucho mejor.

Justine debía ir a Cambridge en octubre, pero en septiembre contrajo una mononucleosis infecciosa y tuvo que solicitar una prórroga de un año para el ingreso. Sin nada que hacer, andaba por la casa, sola y aburrida. Alec había estado muy preocupado, pero ahora, dijo, su hija había encontrado un trabajo de *au pair* veinte horas a la semana y de ahí sacaba un poco de dinero para sus gastos y, aún más importante, le marcaba un horario.

—En casa de los Sharkey. ¿Los conoces? Para cuidar al niño.

—Ah, sí. Adam, ¿verdad?

—En fin —dijo él al oír ruido de cubiertos en el pasillo—, me parece que ya es hora de que me marche para que puedas almorzar. —Se inclinó para darle un beso y

ella le apretó la mano—. Hablaré con Peter lo antes posible.

Antes de cerrarse tras él, las puertas oscilantes dejaron paso a un aroma a salsa de carne y flan. Kate nunca tenía hambre, pero comía todo lo que le daban. Sabía que debía recuperar fuerzas. Mientras almorzaba, pensó en Alec. No era habitual encontrar a alguien como él al frente de una parroquia rural. Era autor de varios libros sobre las cuestiones éticas que plantean la genética moderna y las nuevas técnicas de reproducción, uno de los cuales trataba de la clonación con fines terapéuticos, del que Robert Sharkey había dicho que era uno de los más lúcidos planteamientos del tema que él había leído. Por otro lado, Alec se preocupaba de los ex presidiarios, las mujeres maltratadas y los drogadictos, hasta el punto de haber acondicionado su propia casa para darles acogida. Era buena persona, desde luego, aunque ella no creía que en su bondad influyera demasiado la religión. Otra de las razones por las que lo estimaba era que Ben lo apreciaba mucho.

Cuando hubo terminado el flan de manzana, que tenía una textura similar al cemento, Kate se levantó con dificultad del sillón y emprendió, una vez más, la larga marcha hasta el extremo del pasillo.

Al sol pálido e invernal que entraba por las altas ventanas, la sombra vacilante de su cuerpo casi parecía burlarse de los torpes movimientos con que ella avanzaba. Ya andaba algo mejor, pero hubiera preferido tener que arrastrarse sobre el trasero durante el resto de sus días a cambio de poder levantar el brazo derecho por encima de la cabeza.

Por la noche permanecía despierta, pensando en el Cristo, mientras sus dedos añoraban el contacto del áspero mango del mazo tanto como su cuerpo añoraba a Ben, con un vacío hondo y frío. Doblaba las rodillas, buscando la postura fetal, pero la tensión de la espalda la obligaba a enderezar el cuerpo y ponerse boca arriba como una estatua yacente. Recordaba la visita hecha con Ben a la iglesia de Chillingham, donde, en una capilla lateral, vieron a lord y lady Grey juntos sobre su losa sepulcral. ¿Cogidos de la mano? En cualquier caso, uno al lado del otro, en un silencio que, al cabo de cinco siglos, aún se percibía cordial. Y con un insólito detalle de domesticidad: una chimenea en la pared de enfrente. Como la que debía de haber en su dormitorio. Resplandor de llamas en sus cuerpos sudorosos en la noche de bodas, resplandor de llamas en el frío alabastro de sus estatuas. Después, su pensamiento vagaba hacia la tumba de Ben, en el cementerio del pueblo, junto al murete de piedra que la separaba de un campo de hierba alta y rubia que cabrilleaba al viento. Una vez más, estiró las piernas, oyó el tintineo del carrito del té y comprendió que se había quedado dormida.

Por las puertas oscilantes irrumpió una enfermera: cara colorada, aire jovial e imperioso, acompañada del frufrú de la bata y el chirrido de las suelas de goma.

—Hoy tenemos fisio, señora Frobisher —dijo mientras vertía en la taza un té de tono beis.

Fisio cada recondenado día.

Cuando hubieron hecho por ella cuanto podían para devolverle la movilidad, la dejaron marchar, pero debía volver dos veces a la semana para seguir la recuperación.

En el coche de su amiga Angela Mowbray, que la llevaba a casa, Kate se sentía optimista. Ya se manejaba mucho mejor y sabía que la fisioterapeuta estaba satisfecha de ella. Dos semanas más y estaría bien del todo, quizá incluso lo suficiente para prescindir del condenado ayudante. Alec no le había dado más noticias.

Angela miraba a Kate por el rabillo del ojo y pensaba que aquel collarín, que parecía una gorguera, al reflejar la luz acentuaba el rictus de cansancio y las ojeras de su amiga. Kate dijo que en el hospital no dormía bien, pero ¿quién podría dormir bien en un hospital? Suelas de goma que chirrían arriba y abajo, las persianas del lado del pasillo abiertas para que puedan vigilarte y, para colmo, los ingresos en plena noche. Angela aún tenía fresco el recuerdo de su histerectomía. «Pobre Kate —pensó—. Lleva muy mal lo de ser paciente».

Se acercaban al lugar del accidente. Angela aminoró —tenía que frenar, era una curva peligrosa—, pero hubiera preferido acelerar para dejarlo atrás lo antes posible.

—¿Podríamos parar un momento? —pidió Kate.

Sorprendida, Angela detuvo el coche en la franja de hierba del arcén. Kate se apeó. Era una proeza, y Angela rodeó el coche para ayudarla, pero su amiga ya estaba en pie, aunque no muy firme.

—¿Por qué me has hecho parar?

—Quiero ver el sitio.

Y echó a andar por el arcén, pensando que quizá no reconocería el lugar, pero no había error posible. Al salirse de la carretera, el coche había dejado un rastro de helechos aplastados y una huella de neumáticos en el barro, arbolitos tronchados y, finalmente, su Némesis, el árbol cuyas ramas, rotas por el impacto, habían invadido el coche haciendo añicos el parabrisas. Por un instante creyó revivir la escena y cerró los ojos. El tronco había resistido, pero una parte de las raíces se había desgajado. Al bajar la mirada, Kate las vio asomar de la tierra. En aquel momento empezó a soplar entre los árboles una corriente de aire a ras de tierra, alborotando la hojarasca en pequeños remolinos, conatos de turbulencia, y las sombras de las ramas danzaron y tremolaron en el terreno salpicado de retazos de nieve.

Pero el viento se calmó enseguida y el bosque quedó tan quieto y silencioso como antes.

Kate se sentía respirar, percibía el rumor de su aliento, el movimiento de las costillas, y veía blanquear en el aire las nubes de vaho que salían de sus labios.

Angela se movió a su espalda. Tosió. «Piensa que soy una excéntrica. Pues mira quién habla», pensó Kate.

Había algo más, algo que se le escapaba, un recuerdo que afloraba a la superficie, de espaldas a ella, daba una voltereta y se sumergía con un violento chapoteo. Lo

había evocado el sonido de su propia respiración. Kate tanteaba en su memoria persiguiendo recuerdos que se desvanecían cuando trataba de asirlos. Tenía la sensación de que había perdido la noción del tiempo; durante varios minutos — ¿cuántos?— se había aletargado a intervalos mientras alguien permanecía al lado del coche, respirando con fuerza, observando, sin pedir ayuda.

Sus recuerdos eran confusos, y de largos períodos no conservaba ninguno. Ni del viaje en ambulancia, ni de la llegada al hospital, ni de los cuidados en Urgencias, ni de la colocación del corsé y el collarín. Nada, hasta la mañana siguiente, cuando al despertar vio a su madre y Alice junto a su cama. Era posible, pues, que el recuerdo del hombre que la observaba sin hacer nada fuera una alucinación. Efecto de la conmoción.

Dos días después del accidente, una joven doctora estuvo media hora sentada junto a su cama haciéndole preguntas: qué hora era, quién era, dónde estaba, por qué estaba allí. Aunque ella no se sentía confusa ni insegura, contestó mal a casi todas.

Fue un alivio ver el rostro preocupado de Angela al darse la vuelta. Hizo un esfuerzo y sonrió.

—Aún tuve suerte. —Pensó en otra carretera, en Afganistán, la carretera en que había muerto Ben. Sintió una íntima afinidad con él, una proximidad que enseguida se desvaneció, dando paso a la soledad que volvió con ímpetu, peor que antes. Buscó con la mano el amuleto de Ben y sintió en los dedos el frío metal del disco y el tacto áspero de la cadena—. En fin —concluyó—, ya podemos irnos.

En casa de Kate, Angela se puso a trajinar como si fuera la anfitriona. A Kate le hubiera gustado prepararse algo de comer, pero Angela traía un montón de platos de su congelador. Sintiéndose inútil y muy cansada para protestar, dejó hacer a su amiga y se sentó en un sillón.

En la chimenea ya estaba la leña preparada, sólo había que encender el fósforo. Angela arrimó una hoja de periódico al hogar, y el tiro aspiró una fotografía de coches en llamas. El papel se oscureció, crepitó y se onduló. En el centro apareció una incandescencia naranja con orla negra. En el último instante, Angela retiró la hoja y una nube de humo acre se diseminó por la habitación.

«La vejez debe de ser así», pensó Kate, mirando alrededor. Las sombras oscilaban en las paredes, unos copos de nieve indecisos tropezaban en el cristal de la ventana, eran despedidos hacia arriba y desaparecían. Ella los miraba, tratando de seguir su trayectoria, pero se le cerraron los ojos. Cuando los abrió, Angela estaba poniendo una bandeja con paté y panecillos calientes en la mesita junto al sillón. La cara de Angela, la típica rosa inglesa un tanto descolorida, recobraba el color al calor del fuego. Una muchacha extraña, Angela, aunque no debería llamarla muchacha, debía de haber cumplido ya los cuarenta y cinco, pero seguía teniendo cosas de niña: la vehemencia, la risa boba, la propensión a encariñarse con las personas. También era sufrida, modesta y valiente.

«Y muy pesada, a veces», pensó Kate con un leve sentimiento de culpa, deseando quedarse sola. Cada vez que trataba de hablarle de su dolor por la pérdida de Ben, Angela, con suavidad y firmeza, le recordaba que ella había perdido a *Thomas, William, Rufus y Harry*. Sí, quería decirle Kate, pero Ben era mi marido y ellos eran sólo, en fin... ¿corderos?

Siempre había conseguido contenerse, al recordar el día en que conectó el televisor para las noticias de las seis y vio a Angela rodar por el barro, enseñando las bragas a todo el país, mientras desafiaba a los hombres del Ministerio de Agricultura que habían ido a sacrificar a sus «muchachos». Hicieron falta tres policías para reducirla. De todos modos, ¿quién era ella para medir el amor de otra persona y decidir cuánto dolor era razonable? Recordó cómo Angela les daba de comer y cómo los animales dejaban de pastar y respondían con sus balidos quejumbrosos cuando ella los llamaba.

Kate comió, bebió y se durmió otra vez. Cuando despertó, Angela se estaba poniendo el abrigo.

—¿Estás segura de que no necesitas nada más?

—Segura, gracias. Me quedaré un rato al lado del fuego.

—Vendré mañana a primera hora. Llámame si quieres algo.

Una vez a solas, Kate estuvo un rato al lado de la ventana, escuchando los pequeños crujidos de la casa —la madera y la piedra seguían asentándose, al cabo de quinientos años— y viendo cómo la nevada arreciaba y blanqueaba el suelo. La oscuridad parecía elevarse de la nieve como un vapor azulado. Después de haber dormido una hora u hora y media, calculaba, estaba muy desvelada para irse a la cama.

En el hospital, la rígida rutina diaria le evitaba sentir ansiedad por el paso del tiempo, pero ahora ya estaba contando los días perdidos desde el accidente: diecinueve. Sintió la tentación de ir al taller, que estaba frente a la casa, pero comprendió que no sería prudente. La sala vacía, las altas ventanas, abiertas al cielo nocturno... No; aún no estaba preparada para afrontarlo. Además, no podía hacer nada. Para entonces tendría que haber una talla en esbozo. Y no había nada, ni el armazón. Necesitaría de cinco a ocho días de duro trabajo para construirlo.

Y ella no podía. Sin un ayudante, imposible trabajar, y ni el mejor de los ayudantes aceptaría su horario de trabajo. Habitualmente, cuando todo iba bien, ella empezaba la jornada a las cinco o las seis de la mañana. Ahora eso tendría que cambiar, y no sería lo único. También su forma de trabajar. Todo.

Volvió al sillón renqueando. Echaba de menos a los otros pacientes del hospital, cuya lenta recuperación era reflejo de la suya. A esa hora se iban las visitas. Las enfermeras ponían las flores en los jarrones, cerraban las persianas y arreglaban a los pacientes para la noche... y ahora, de pronto, cojear en solitario le producía una patética sensación de desamparo. A veces, la única cura para la autocompasión es un buen sueño, cuanto más largo mejor. Se quedaría levantada hasta las diez, haría unas llamadas, vería la televisión, se tomaría un par de whiskys y se metería en la cama.

Iba a poner la tele cuando oyó acercarse un coche. La carretera del bosque no era muy frecuentada por la noche, ni aun con buen tiempo, y se preguntó quién podía ser. Ojalá no fueran Lorna, Beth o Alec para ver cómo se encontraba. En la curva, el coche aminoró. Kate imaginó la mueca del conductor al ver los árboles tronchados; las marcas de los neumáticos en el arcén ya estarían cubiertas por la nieve. Esperaba oírle acelerar, pero ahora iba aún más despacio, buscando la entrada. La luz de los faros se deslizó por la pared y se inmovilizó. El coche se había detenido. Kate se acercó a la ventana, la abrió unos centímetros y oyó pasos que se acercaban, pero no veía nada: el sendero estaba bordeado de espesas matas de rododendros que en invierno formaban un túnel largo y oscuro. Los pasos sonaban con más fuerza. De los arbustos salió un hombre joven con el pelo apelmazado por la nieve, caminando con la cabeza baja. Cuando pasó por delante del sensor, se encendió la lámpara de seguridad, que proyectó su sombra en dirección a la verde pared de hojas recias y sedosas.

Sonó el timbre.

Ella estaba casi segura de quién era. Tenía el nombre en la punta de la lengua pero, por precaución, puso la cadena antes de abrir la puerta y mirar por la rendija.

—¿Sí?

—Me han dicho que busca un ayudante.

—S-sí.

—Me envía Alec Braithewaite. Yo cuidaba el cementerio el verano pasado, ¿me recuerda?

—Desde luego. —Kate soltó la cadena y abrió la puerta. La luz del interior se reflejó en las gafas del hombre ocultándole los ojos por un momento—. Pase.

Él cruzó el umbral, rezumando olor a pelo y lana húmedos, y se limpió las botas golpeando el felpudo con los pies, que desprendieron grumos de nieve. Los copos prendidos en el pelo y los hombros se fundían rápidamente.

—Creí que ya no nevaba.

—Y no nieva —sonrió él—. Es que me he dado contra una rama y me ha nevado encima. Vale más que me quite la chaqueta, o le mojaré toda la alfombra. Y también éstas —dijo mirándose los pies.

—Perdone, pero no sé su nombre.

—Peter Wingrave. Oiga, ¿por qué no llama a Alec para comprobarlo?

—No hace falta. Él me habló de usted.

Kate pensó que era normal no haberlo reconocido. La última vez que lo había visto estaba tostado por el sol, con el torso al aire, manejando la guadaña entre las lápidas. Se había tropezado con él una o dos veces al cruzar el cementerio para ir a las tiendas, y habían hecho algún comentario acerca de la quema de ganado. «¡Qué horror!», decía ella al pasar, como solían decir los no afectados directamente. Imposible no darse por enterado. En todo el horizonte se veían las nubes de humo negro y grasiento de las piras. El olor a carcasa quemada había envuelto el pueblo durante semanas.

La quema era la causa de la presencia de Peter en el cementerio. Hasta el verano anterior se encargaban de cortar la hierba unos corderos introducidos para este fin. Eran negros: Kate intuía en esta alusión a la «oveja negra» una bromita de clérigo de Alec. Ellos no dejaban que la hierba creciera demasiado, y sus excrementos no resultaban muy ofensivos, ni aunque cayeran sobre alguna que otra tumba; por lo menos, nadie se había quejado. «Vacas, no —había dicho Alec—; me parece que eso sería ir demasiado lejos».

La ventaja era que los corderos se alimentaban de hierba y no cobraban. Pero llegaron los hombres del ministerio y se los llevaron para sacrificarlos. Peter salía más caro que los corderos pero, según tuvo que reconocer Kate, también era más decorativo. Ahora lo recordaba claramente, con los brazos y el torso relucientes de sudor, y el vaquero resbalándole por las caderas con el balanceo de la siega. Una muchacha soltera hubiera sentido una fuerte tentación. Una mujer madura y feliz en su matrimonio como ella, se había limitado a admirar el panorama.

Él se irguió, con la cara enrojecida por el esfuerzo de quitarse las botas, y movió los dedos dentro de los calcetines húmedos. Las botas eran viejas y, por lo visto,

filtraban agua.

—Pase —dijo ella, renqueando hacia la sala.

—Vaya, un buen fuego. Da gusto.

Una voz grata, modulada, grave. Ella se preguntó por qué estaría trabajando de peón, pero eso no era cosa suya. «De todos modos —pensó—, la jardinería no es trabajo de peón, es sólo trabajo mal pagado.» Él manejaba la guadaña con soltura.

—¿Sabe que usted es la única persona a la que he visto usar guadaña?

Él se encogió de hombros ligeramente.

—Me crié en el campo.

—Ah. ¿Dónde?

—En Yorkshire. Mi abuelo la usaba. Pero tiene razón, no he visto que la usara nadie más. No es difícil, sólo cuestión de ritmo.

—¿Quiere beber algo?

—Sí, gracias. —Miró alrededor y vio la botella de whisky en la mesa—. Un poco de whisky vendrá bien.

Ella sirvió dos generosas raciones.

—Bien —dijo, sentándose en el sillón con cautela y sintiéndose como una frágil anciana frente a la fuerza y el vigor que irradiaba él—. Alec me dijo que hablaría con usted.

—Sí; me llamó hace un par de días. Le dejé a usted un mensaje en el contestador, preguntando si podía venir.

—Lo siento, aún no he escuchado los mensajes. He salido del hospital esta tarde. ¿Así que usted es jardinero?

—Sí, principalmente.

—No debe de sobrar trabajo en esta época.

—Desde luego. De noviembre a marzo hay que parar. Es muy poco lo que se trabaja.

—¿Y cómo se las arregla?

—Con la poda de árboles. Y también construyo estanques y fuentes. Ahora es el mejor momento para cavar los estanques. No conviene dejarlo para Pascua, o te pierdes la mitad de la temporada. De todos modos, si tan mal se ponen las cosas, me rindo y me voy a trabajar a un restaurante.

—¿De cocinero?

—No; picando verduras y llenando platos.

—Parece aburrido.

—Y lo es; pero son sólo un par de meses. En cuanto crece la hierba, empieza a sonar el teléfono.

Tenía una bonita sonrisa.

—¿Siguió un curso de jardinería?

—No. —Una pausa—. Estudié filología. —Rápidamente, se llevó el vaso a los labios.

«Entendido —pensó ella—, nada de preguntas personales.» Bien, eso le agradaba. Lo que menos quería ella en el taller era conversación.

—Puedo darle referencias. De gente para la que he trabajado.

Del bolsillo sacó un papel doblado y un poco húmedo. Era una lista de cinco nombres, cuatro eran de personas a las que ella conocía.

—Fred Henderson. Es el dueño de esa casa grande en las afueras de Alnwick, ¿verdad?

—Sí; le hice las fuentes del jardín. Cuando se retiró decidió meterse en grandes obras. Creo que es el trabajo más importante que he hecho. —Sonrió—. ¿Qué puedo decir? El pavimento está bien nivelado. Los estanques no pierden. Las cascadas funcionan. Y el arroyo está lleno de peces.

Ella sonrió a su vez. Era un hombre simpático.

—Ante todo, le diré qué necesito. Luego, usted verá si le interesa.

Él asintió, mirándola fijamente y haciendo oscilar el whisky en el vaso. Destellos ámbar le bailaban entre los dedos. Tenía manos grandes.

Kate comprendió que estaba desesperado por encontrar trabajo, que ya se veía ante la perspectiva de picar verduras y llenar platos, y no se molestó en buscar ventajas al horario. De ocho a cuatro, cinco días a la semana. Y, si podía el sábado por la mañana, magnífico.

—Le pagaré lo mismo que Fred. ¿Le parece bien?

—Muy bien. —La miró: quizá también él intuía desesperación—. No me ha dicho qué quiere que haga.

—Conducir el coche, levantar pesos, construir un almacén... —Esperó.

—Sé lo que es. Pero nunca lo he hecho.

—Ya le enseñaré. —Le dolió decir eso, pensar que otras manos intervendrían en su obra—. Yo no puedo hacerlo.

—Dice Alec que es una figura de Cristo. ¿Qué tamaño?

—Cinco metros.

—¿Cinco?!

—Sí.

Él la miró, calculando su grado de invalidez.

—¿A qué altura levanta el brazo?

Ella hizo una mueca.

—A la altura del hombro.

—Necesitará un andamio. No la veo trepando por una escalera de mano con eso —dijo señalando el bastón con la barbilla.

—¿Usted podría montarlo?

—Sí; no es difícil.

—¿Está seguro?

—No hay dificultad. De todos modos, saltaré sobre él varias veces, así, si alguien se desnuca seré yo.

—Mejor; no creo que mi nuca resistiera otro golpe.

—¿Cuánto tiempo ha de llevar el collarín?

—Un mes, por lo menos.

—¿Se recuperará por completo?

—Eso me han dicho.

Una pausa.

—¿Cómo quedamos? ¿Quiere hablar con Fred antes de concretar?

—No; hay que empezar cuanto antes. ¿Qué tal mañana?

—¿Seguro que estará bien?

—He de estarlo.

—De todos modos, si no se siente con fuerzas para hacer gran cosa, yo podré ir montando el andamio.

Ella sintió un gran alivio. El trato había sido rápido y fácil. Lo primero que haría por la mañana sería llamar a Alec para darle las gracias. Ahora ya era un poco tarde, se dijo mirando el reloj.

Inmediatamente, Peter dejó el vaso en la mesa y se puso en pie.

—No, no se levante —dijo al ver que ella alargaba la mano hacia el bastón—. Conozco el camino.

Ella le oyó calzarse las botas, gruñendo ligeramente con el esfuerzo, y se acercó a la ventana para verlo marchar. Las luces de seguridad se encendieron de nuevo cuando él cruzó el haz electrónico. Debió de suponer que ella lo observaba porque, sin volver la cabeza, levantó la mano antes de desaparecer por el oscuro túnel de rododendros.

Al cabo de un momento se oyó arrancar un motor. El ruido, como ocurría allí con todos los sonidos, llegaba distorsionado por efecto de la barrera de árboles. El coche dio marcha atrás, giró y Kate oyó cómo el zumbido del motor se alejaba y era tragado por la noche y el silencio. Sólo quedaron los árboles y unos cuantos copos de nieve que tiritaban en el aire negro.

A la mañana siguiente, después de observar cómo Peter empezaba a montar el andamio, Kate aceptó el ofrecimiento de Angela de llevarla al pueblo y fue a ver a Alec Braithewaite.

El día era frío y claro y la escarcha blanqueaba la hierba que rodeaba las lápidas. Una senda de nieve sucia de barro iba hasta la puerta de la casa parroquial. Llamó al timbre y lo oyó resonar en el vasto interior de aquel mausoleo georgiano lleno de corrientes de aire. Se preguntó por qué Alec no se quejaba al obispo para que le diera una vivienda más decente. Si Justine seguía allí era porque la dichosa mononucleosis infecciosa la había obligado a retrasar un año su marcha a la universidad, y Kate no concebía que una persona pudiera vivir sola en aquel caserón.

Victoria, la madre de Justine, se había marchado hacía ocho años, provocando un escándalo que conmocionó a toda la parroquia, aunque, por lo menos que supiera Kate, no había otro hombre. Se decía que Alec la había seguido por el sendero del jardín y, mientras ella metía las maletas en el taxi, le preguntó:

—¿Hay otra persona?

—¡Sí! —rugió Victoria a voz en grito, que debió de oírse en todo el pueblo—. ¡Yo!

Angela deploraba esta conducta, que le parecía de un egoísmo imperdonable. Kate la aplaudía interiormente. Todos pensaban que Alec se marcharía de la parroquia tan pronto encontrara otro beneficio, pero él prefirió quedarse, por Justine: el instituto femenino del pueblo tenía una excelente reputación, y la niña estaba contenta allí. Pero ahora Justine ya había terminado los estudios secundarios y Alec seguía sin dar señales de querer marcharse, aunque a veces hablaba con aire melancólico de su deseo de hacer una labor social más eficaz en una parroquia urbana. «Como abrir la puerta en plena noche a chalados con un subidón de crack», pensaba Kate. Probablemente, aquí estaría más seguro. Volvió a pulsar el timbre. La última vez que Alec le había hablado de sus planes parecía dolerle que su vida discurriera de modo tan apacible, sin más obligaciones que la de atender las necesidades espirituales de los que Angela llamaba «cristianos de fin de semana», forasteros que en la ciudad no pisaban una iglesia, pero que en el campo asistían al oficio dominical, antes de almorzar en el restaurante típico, como si —siempre según Angela— Dios estuviera incluido en el lote, con la chaqueta encerada y el perro labrador.

Estaban los vecinos del pueblo, desde luego, pero ellos sólo iban a la iglesia dos o tres veces al año: en Pascua, quizá, en la Fiesta de las Cosechas y en Navidad, por los villancicos. Fechas todas ellas que coincidían con las principales fiestas paganas, como observaba Alec jovialmente. Kate volvió a tocar el timbre, pensando que era

como esperar que le abriera la puerta una doncellita victoriana que llevara noventa años en la tumba.

Oyó pasos de pies descalzos en el linóleo. Una voz hosca gritó:

—Ya voy, ya voy.

Se abrió la puerta y apareció Justine, con las mejillas coloradas de sueño y una camiseta de Snoopy pequeña para sus robustos pechos, y mostrando la rosada cavidad de su boca con un descarado bostezo de gato.

—Papá está en la iglesia, me parece. ¿Quiere entrar a esperarle?

Mirando los pies descalzos de Justine en la estera de coco, Kate dijo:

—No, muchas gracias. Me acercaré hasta allí.

Kate cruzó sobre la rejilla, instalada —con un dispendio considerable— en la entrada del cementerio para impedir que se escaparan los corderos, andando despacio y agarrándose al pasamanos porque no tenía donde apoyar el bastón. Echaba de menos el lánguido sonido de los cencerros entre las tumbas. Subió por el sendero paso a paso, con tiento. Le costó un gran esfuerzo girar el picaporte y empujar la pesada puerta. Mala señal: debía de estar más débil de lo que imaginaba. En su nueva condición de «tres pies», avanzó lentamente por la nave fría que olía a almohadilla húmeda, pisando el tenue reflejo multicolor de los vitrales en las losas.

Alec estaba arrodillado ante la reja del altar. No volvió la cabeza cuando ella cerró la puerta suavemente.

Un inhóspito sistema de calefacción central, recién apagado después de la eucaristía, distribuía equitativamente por todo el recinto olor a polvo caliente sin influir en la temperatura de modo apreciable. Tiritando, Kate miró el crucifijo encima del arco del presbiterio y el rosetón del fondo: un Cristo en Majestad rodeado por círculos concéntricos de apóstoles, ángeles, profetas, patriarcas y santos. En ese momento, ella odiaba con imparcial encono cualquier representación de Cristo. Si era buena, le hacía ver la insensatez de la pretensión de agregar algo nuevo a una tradición de dos mil años. Si era mala —como la pintura de la capilla de Nuestra Señora, de un Cristo con camión de gasa cuyos diáfanos pliegues no escondían que allí no había nada que esconder— parecía invitarla socarronamente a engrosar sus filas.

Con sigilo, Kate bajó por el pasillo, alejándose de Alec, que seguía con la cabeza inclinada, y se puso a contemplar las tallas de los «hombres verdes» los *Green Men* de las antiguas leyendas celtas, que decoraban la crucería. ¡Qué caras! Feroces, coléricas, atormentadas, desesperadas, sardónicas, desoladas. Se había fijado en ellos en el funeral de Ben y desde entonces iba a verlos de vez en cuando. En la actualidad, proliferaban las representaciones del hombre verde. El mundo laico rebusca en la iconografía pagana, como el indigente en los desperdicios, algo que pueda aprovechar, no importa lo que sea. Había quienes decían que eran símbolo de renovación, pero no debían de haberlos mirado bien. Algunas de aquellas caras estaban tan demacradas que eran poco más que calaveras. Otras vomitaban hojas, con

la boca desencajada y ojos de pánico. No, pensó Kate haciendo una mueca de dolor al inclinarse hacia atrás para verlas mejor: estaban ejecutadas con maestría —obra de algún artesano anónimo—, pero eran la representación de la ruina absoluta.

Se mareó de mirar hacia arriba. La caras ocupaban todo su campo visual, como una horda de duendes. Alec se acercaba por detrás y Kate se alegró de poder apoyarse en él y cerrar los ojos hasta que las paredes dejaron de girar.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Sólo se me iba un poco la cabeza.

—Ah, ¿mirabas a los hombres verdes?

—Hay quien dice que son símbolo de renacimiento, pero en realidad, si los miras bien, son horribles.

—Eso debe de formar parte del culto a la cabeza. ¿Sabías que los celtas decapitaban a sus enemigos y les metían hojas en la boca?

—No lo sabía. Qué desagradable, ¿verdad?

—Y más si la cabeza era tuya.

Ella sonrió.

—Sólo he venido para darte las gracias por enviarme a Peter Wingrave.

—Ah, ¿ya ha ido a verte?

—Sí, anoche.

—¿Y lo has aceptado?

—Sin dudarlo ni un instante. Ya está en el taller, montando un andamio.

—Me alegro. Tienes mucho mejor aspecto, Kate.

—Me encuentro mejor. —Se sentaron en el banco situado detrás de la estantería de los libros de himnos y oraciones—. ¿Hace tiempo que lo conoces?

—Bastante. Unos siete años. Pero no lo he tratado de forma continuada. Él ha viajado mucho. —Alec parecía debatir consigo mismo acerca de si debía decir más—. Es una persona interesante. Creo que te gustará.

—Pero ¿por qué trabaja de jardinero? Tiene un título universitario.

—Hay muchos jardineros licenciados, Kate.

A ella no le pareció una respuesta justa. Su observación no estaba dictada por el esnobismo; en realidad, quería decir: aquí hay algo que no encaja. Y Alec desde luego la había entendido, pero no quiso darse por enterado.

—Estábamos muy satisfechos de él. Me refiero al consejo parroquial. Si no podemos traer más corderos, volveremos a contratarlo.

—No me parece una gran recomendación. ¿Antes los corderos que él?

—A los corderos no hay que pagarles.

—¿Realmente crees que volveréis a tener corderos?

Alec meneó la cabeza.

—No lo sé. ¿Te has dado cuenta de que los granjeros no reponen ganado de cría?

Kate recordó cómo los corderos corrían balando entre las tumbas, perseguidos por hombres vestidos con mono blanco. Los animales habían sido enviados a la pira de la

granja Ravenscroft. Kate contemplaba el fuego desde lo alto de una colina no muy distante de la granja, al lado de Angela, cuyos queridos «muchachos» habían sido sacrificados en aquella batida. Nubes de un humo negro y pestilente oscurecían la puesta de sol. Las patas de vacas y corderos asomaban del montón de cadáveres y neumáticos en una imagen desoladora. El hedor a carne putrefacta llegaba hasta ellas desde el otro lado del valle y pavesas de pelo y piel oscilaban en el aire. Kate había rodeado con el brazo los hombros de Angela y trataba de llevársela de allí cuando una partícula de piel de vaca chamuscada se le posó en el labio y la hizo escupir y restregarse la boca para ahuyentar el tufo.

Alec la miraba. Ella se dio cuenta de que debía de llevar callada mucho rato.

—Estaba pensando en los muchachos de Angela.

—Ah, sí. *Thomas, William, Rufus...*

—Y *Harry*.

—Y *Harry*. Sabía que eran cuatro.

—Me gustaría que pudiera conseguir otros.

Alec arqueó las cejas.

—¿Crees que ella necesita corderos?

—A las personas no puedes comprarlas.

—Quizá no tengas que comprarlas.

Estaban empezando una de aquellas conversaciones que podían tomar un derrotero pastoral y Kate, como de costumbre, optó por cortar.

—Tengo que irme. Angela debe de estar preguntándose qué hago.

La puerta se abrió, un rayo de sol dio en las losas del suelo y apareció Angela. Se puso colorada al ver a Alec, a pesar de que lo veía en todos los oficios, eucaristías, maitines y vísperas, de los que no se perdía ni uno. Los tres charlaron unos minutos y Kate volvió a dar las gracias al párroco y lo vio alejarse por el pasillo, hacer una genuflexión frente al altar —ya no tan ágil, porque se apoyó en una silla del coro para levantarse— y desaparecer camino de la sacristía.

Angela se adelantó para traer el coche. Había aparcado delante de la farmacia, muy lejos para Kate, que la siguió más despacio, tanteando las placas de hielo con la contera del bastón. Alec no se había mostrado muy comunicativo respecto a Peter, pero esto, en cierto modo, no importaba. Sería preferible no ver en su ayudante más que un simple par de manos.

En la verja, Kate se volvió hacia la tumba de Ben. El aire estaba quieto, frío como el acero. Nunca, nunca, nunca podría aceptar su muerte, ni lo intentaba. Aquello no era una enfermedad que pudiera curarse; era una amputación con la que había de acostumbrarse a vivir. Reconocerlo así le hizo sentir una paz profunda, que la sorprendió.

Aspiró hondo, mientras se preguntaba si podría andar hasta la tumba, pero Angela ya la llamaba, y Kate, lentamente, cruzó la rejilla del ganado y la franja de hierba, camino del coche.

En su última noche en Londres, Stephen Sharkey fue a la fiesta de despedida que no había querido que le dieran y acabó totalmente borracho.

Se despertó a las cinco de la madrugada, con la boca como el cubo de la basura, y tuvo que hurgar con la lengua para producir un poco de saliva antes de reunir fuerzas para dejar la cama y llegar hasta el baño, tambaleándose. Una mirada al espejo se lo dijo todo. Párpados legañosos, pestañas pegadas y el blanco de los ojos, veteado de rojo: un paisaje marciano. Había dormido con las lentillas puestas. Tras varios intentos, consiguió sacárselas.

Recurriendo a toda su fuerza de voluntad, se lavó y afeitó, preparó café, lo acompañó con dos tostadas secas y empezó a hacer el equipaje. Tenía una mañana muy movida, con visitas al abogado y al editor, y no podía presentarse con ese aspecto.

Camino de la primera visita, entró en una farmacia, compró un colirio y eligió unas gafas de sol del pequeño surtido del expositor. Al mirarse en el espejo, se dijo que parecía un cuarentón a punto de divorciarse: sudoroso, asustado, nervioso y desesperado por demostrar que puede salir adelante. «Que es ni más ni menos lo que eres», informó hoscamente a su imagen.

A las dos estaba en el tren, camino de Newcastle. A ratos dormía, se despertaba, veía pasar rápidamente la parte trasera de las casas, luego, durante dos horas, un paisaje empapado, campos con los surcos del arado inundados, como estrías de cielo. De pronto, pararon entre unos prados y unas vacas se acercaron pesadamente hasta la cerca y se quedaron mirando el tren y rumiando, en el vaho de su propio aliento.

En la estación, Stephen se apeó y se quedó de pie en el andén, con una maleta a cada lado, como unas comillas puestas para marcar la posible incongruencia de la afirmación que encierran. Incongruente, así se sentía. Era el hombre que había sacrificado su matrimonio al trabajo y, ahora que el matrimonio estaba roto, renunciaba a su profesión. «Basta ya de flagelarte», se dijo, balanceando el peso del cuerpo de un pie al otro, pero era difícil dejar de hacerlo. Sentía ansiedad, pero era efecto de la resaca, por lo menos en parte. Si el *cottage* resultaba claustrofóbico —en otras palabras, si estaba demasiado cerca de Robert—, ya encontraría otro sitio donde vivir. Y tampoco se moriría de hambre. Tenía contactos. En el caso de que el libro le llevara más de tres meses, podría subsistir con trabajos eventuales.

Ni rastro de Robert. Cuando Stephen ya se disponía a buscar un teléfono —había olvidado cargar el móvil, como también quitarse las lentillas— lo vio venir por el andén sorteando gente, con aquel paso elástico, rápido y sosegado a la vez, de médico de hospital.

Robert abrió los brazos y los dos hombres se abrazaron desmañadamente, como si la masa real de músculo y hueso no acabara de encajar en el espacio que cada uno había dispuesto para el otro.

Robert miró a su hermano asiéndolo por los hombros y echó la cabeza atrás con una mueca, mudo comentario acerca de las gafas de sol.

Stephen se las quitó y lo miró abriendo mucho los ojos.

—¡Qué barbaridad! Pareces un terrorista. —Robert agarró una maleta—. Tengo el coche cerca.

Stephen lo siguió a la calle, bajando la cabeza ante la embestida de un viento helado que cortaba la respiración. El pantalón, muy delgado para ese clima, se le pegó a las espinillas.

—¿Cómo piensas moverte mientras estés aquí? —preguntó Robert abriendo el maletero.

—Me compraré un coche.

—¿Nerys se ha quedado con el tuyo?

—Sí. En realidad ella lo usaba más que yo.

Robert se sentó al volante y se ajustó el cinturón.

—¿Cómo estás?

—Cansado.

—Con resaca.

—Y cansado.

Robert encendió la calefacción y a los pocos segundos Stephen empezó a amodorrarse. Cerró los ojos un momento apretando los párpados, bajó el cristal y aspiró el aire húmedo.

—Así que se acabó.

—Se acabó, sí. He terminado mi última misión.

—¿Y esta vez va en serio?

—Ya me he despedido.

—Pues la última vez...

—En este trabajo ocurre lo que en cualquier empresa, Robert. Te encasillan. Cuando volví de Afganistán, dije: Basta, no quiero seguir con esto. Y ellos respondieron: De acuerdo, no hay inconveniente. Y a renglón seguido ya estaban tomándome las medidas para otro chaleco antibalas.

Robert sonreía.

—También podías decir que no.

—Y quedarme en el paro.

—¿Dónde has dejado el chaleco antibalas?

—No lo sé. Por ahí, colgado de una percha.

—Esperando a que alguien se lo ponga.

—No. —Stephen tenía la cara insensible, como si acabara de salir del dentista. Se frotó las mejillas y tiritó dentro de su delgada chaqueta—. ¿Qué tal la familia?

—Bien. Beth está más tranquila, ahora que tiene a alguien que cuide de Adam. — Robert frenó y el coche cruzó lentamente un gran charco, formando rizos de agua—. Pobres de nosotros como esto se hiele.

Stephen, contemplando los campos saturados de lluvia, percibía el invierno como casi nunca lo había hecho en Londres. Se oía el chirrido acompasado de las escobillas que trazaban segmentos de luz en el cristal manchado de barro. Robert se desvió para hacer un adelantamiento y el parabrisas quedó fugazmente cegado, emborronado por las salpicaduras. Haciendo un esfuerzo, Stephen se mantuvo impasible, recordando la rivalidad que había entre ellos de adolescentes, y lo furioso que se puso Robert cuando Stephen aprobó el examen de conducir a la primera y él tuvo que repetir la prueba.

—Así pues, ¿lo has dejado definitivamente?

¿Por qué a todo el mundo le costaba tanto trabajo creerlo?

—Sí.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Había llegado el momento. —«En realidad no tan bien. Como la nuez que ha caído al suelo y tiene menos probabilidades de germinar que de acabar en la panza del primer cerdo que pase por allí», pensó, y dijo—: Pero ya basta de hablar de mí y de mis problemas. ¿Tú cómo estás?

—Bien.

Stephen confió en que el «bien» de su hermano fuera más sincero que el suyo, o toda la familia estaría jodida. Pero no había más que verlo, Robert respiraba felicidad y éxito por todos los poros.

—He pedido una subvención de tres millones de libras para investigación.

—¿Investigación de qué?

—Tratamientos de Parkinson y demencia senil. —Como Stephen tardaba en responder, agregó, no sin aspereza—: Ya sé que mi trabajo no es tan apasionante como el tuyo.

Stephen se preguntaba si Robert contemplaría las semanas que se avecinaban, en las que vivirían cerca uno de otro, con tanta prevención como él. Nunca habían sido uña y carne, ni siquiera de niños, y desde la muerte de la madre sólo se veían en bodas y entierros. No obstante, cuando Stephen lo llamó para decirle que se divorciaba y que necesitaba un lugar donde vivir, a su hermano le faltó tiempo para ofrecerle el *cottage*. Son los genes, diría Robert. La base biológica para el altruismo.

Circulaban por la orilla de un lago acribillado por la lluvia. Una polla de agua avanzaba a pasitos por el barrizal y desapareció en la sombra de unos sauces que dejaban caer sobre el agua unas ramas desnudas. Al otro lado del lago, por la ladera de la colina se extendía la gran mancha oscura de un bosque. Cuando se acercaron, Stephen vio que debajo de los árboles ya anochecía, y pensó que allí ni siquiera a mediodía debía de haber mucha luz. En el bosque no se veían señales de vida, aunque habían dejado atrás una indicación de paso de animales. A intervalos, en la carretera

aparecían amasijos aplastados de carne y pelo: la mayoría conejos, aunque aquí y allá relucía también el plumaje irisado de un faisán.

—Es una verdadera carnicería —dijo Robert—. Aquí la gente acelera a fondo. Si les sale un ciervo, no lo cuentan.

Su casa estaba entre el pueblo y el bosque. Cuando abandonaron la sombra de los árboles, Stephen divisó una granja de piedra gris que aparecía o desaparecía a cada recodo. Armonizaba con el entorno hasta el punto de que no parecía hecha por la mano del hombre sino resultado de un proceso natural, como los peñascos de granito que la última glaciación había esparcido por el fondo del valle. La casa, desde luego, daba menos impresión de ser obra humana que el bosque que descendía hacia ella por la ladera de las colinas.

Robert enfiló la entrada y paró delante de la casa. Stephen se apeó y se sorprendió de sentirse incómodo cuando Adam, su sobrino de diez años, llegó corriendo para abrazar a su padre. Como si no supiera calcular la distancia, el niño chocó de cabeza contra el pecho de Robert.

—Papá, papá, he encontrado un tejón.

—¿Muerto? ¿Dónde?

—En el camino del bosque.

—¿Y lo has traído hasta aquí a rastras?

—Lo he metido en un cajón y he arrastrado el cajón. —Tiraba de la manga de Robert, para llevarlo a ver su hallazgo.

—Vamos, saluda al tío Stephen.

—Hola —dijo Adam sin mirarlo a la cara, porque era tímido o quizá creyendo que, si no miraba, Stephen desaparecería—. ¡Papá!

Éste se dejó llevar hacia la esquina de la casa y Stephen, sin saber qué hacer, optó por seguirlos. Un sendero bordeaba un pequeño huerto donde los tallos de las coles del año anterior asomaban del barro, reblandecidos, amarillos y marcados por las cicatrices dejadas por las hojas, como por una tiña. Stephen percibió una vaharada de fetidez pútrida y contuvo la respiración hasta que salieron a un largo prado que descendía hacia un grupo de coníferas, avanzadilla del bosque.

El tejón estaba despatarrado panza arriba. Por un lado de la boca le salía un hilo de sangre. Enseñaba los dientes al coche que no había visto hasta que ya era tarde. Al inclinarse sobre él, Stephen, tuvo la impresión de que, si miraba fijamente aquellos ojos dorados, vería unos faros en una carretera, como los antiguos creían que la imagen del asesino quedaba impresa en la retina de la víctima.

Robert se arrodilló y palpó una pata delantera del animal.

—Aún está caliente. —Acarició el tupido pelaje cubierto de hielo, que se aplastaba al contacto de su mano para volver a ahuecarse enseguida como si, por lo menos él, aún tuviera vida—. Pobre animal.

Adam estaba detrás del hombro de su padre, sintiendo que la emoción y el orgullo por el hallazgo se mezclaban con una compasión que nunca había experimentado.

La tarde de enero declinaba. Stephen veía la escena con nitidez: tres figuras de una misma familia, en un paisaje invernal, con las oscuras ventanas de la granja al fondo. Se la había sugerido la mano de Robert en el pelaje del tejón. Su propia mano. La mano de su padre.

A pesar del frío, una columna de hormigas avanzaba afanosamente hacia el reguero de sangre.

—Resistirá esta noche —dijo Robert poniéndose en pie.

—¿Puedes cortarle la cabeza, papá?

—Me parece que no. No es fácil cortar cabezas. Los ligamentos del cuello son muy duros.

«Con un machete sí es fácil», pensó Stephen, parpadeando para ahuyentar la imagen. De pronto deseó estar dentro de la casa, en lugar seguro, lejos del recuerdo de la hierba alta y los cráneos con que tropiezas en la oscuridad.

—¿Podríamos hervirlo?

—A mamá no le parecería una buena idea.

Adam seguía en cuclillas, acariciando la cabeza del animal. Stephen intuía que estaba ansioso por descubrir su secreta estructura interior.

—Vamos a tomar el té, Adam —dijo Robert—. Mañana por la mañana veré qué se puede hacer.

Agarró al niño por el hombro y lo encaminó hacia la casa. Stephen se quedó atrás, mirando el tejón, alimentándose de la fuerza salvaje. Luego, al ver que Robert y Adam lo esperaban en la puerta del patio, cruzó el césped rápidamente hacia ellos.

Encontraron a Beth en la cocina, mezclando aceite y vinagre en un bol. No estaba más vieja que la última vez, pensó Stephen, pero sí más desvaída. Sus facciones se habían difuminado como si alguien le hubiera pasado por la cara una gran goma de dibujo.

—Hola, Stephen —dijo ella animadamente y presentándole la mejilla—. ¿Habéis visto el tejón?

—Sí —dijo Adam.

Beth y Robert se miraron por encima de la cabeza del niño, con gesto cómplice de progenitores.

—Me parece que deberías lavarte las manos, jovencito. —Robert lo guió hacia la puerta.

Los mayores se quedaron charlando, mientras Beth daba los últimos toques a la cena. «Resultan extrañas estas reuniones familiares —pensó Stephen—. Un largo pasado común, y te encuentras sin saber de qué hablar, porque no tienes a mano los pequeños incidentes de la vida diaria.» Hablaron de la racha de accidentes ferroviarios, del retraso de los trenes, de la epidemia de glosopeda que había devastado la economía local... Y luego, en un plano más personal, de cómo se las

arreglaba Beth con su nuevo trabajo de gerente de un hospital, a jornada completa. Siempre había trabajado a tiempo parcial y el nuevo cargo le resultaba un poco agobiante. Tardaba más de una hora en llegar a casa, y necesitaba a una persona que fuera a recoger a Adam a la escuela y le hiciera compañía hasta que llegaba ella.

—Desde que viene Justine vamos mejor. La señora Todd nos plantó sin avisar y Adam pilló la varicela. Como puedes suponer, yo estaba desesperada, pero entonces Robert se acordó de Justine. —Beth removió la sopa con una cuchara. El vapor le abría los poros y le hacía relucir la cara—. Se entiende estupendamente con Adam. No es que trabaje mucho en la casa pero, francamente, mientras Adam esté contento, no importa si queda algo por hacer. Ya lo hago yo el fin de semana.

—Tiene muy buena mano con Adam —dijo Robert, sacando los platos calientes de debajo del gratinador—. Y no es un niño fácil.

—Tampoco es difícil —dijo Beth. Se volvió hacia Stephen—. Adam te da muchas compensaciones.

«No digas más», pensó Stephen, que de niño también compensaba mucho, mucho.

Beth sirvió la sopa. Cuando se sentaban a la mesa, Stephen preguntó:

—¿Conocéis a Kate Frobisher?

—Sí —dijo Robert—. Formaba parte del jurado del concurso de ciencias y artes, y durante una temporada nos veíamos con frecuencia.

—¿Qué tal es?

Robert se encogió de hombros.

—Simpática. Sencilla. Adora su casa. Pero eso era antes de la muerte de Ben, desde luego.

—Es una casa enorme —dijo Beth—. Y ella vive sola ahora. A mí me daría miedo. —Pasó el pan—. Tú conocías a Ben, ¿verdad?

—Sí, y muy bien.

—Es raro que no la conocieras a ella.

—Ben no paraba mucho tiempo en Londres. La habré visto un par de veces. Pero me gustaría poner fotos de Ben en el libro, y tendré que ir a visitarla.

—Vive a unos ocho kilómetros del pueblo, ¿no? —preguntó Robert.

—Más o menos —dijo Beth—. Por cierto, quizá la veas con collarín. Tuvo un accidente bastante grave hace varias semanas.

—¿Pero se encuentra bien?

—Que nosotros sepamos, sí —dijo Robert.

—Está bien —dijo Beth—. Me tropecé con ella en el hospital. Va dos veces por semana a recuperación.

Adam callaba y migaba pan en la sopa, pero no comía mucho. Se manoseaba las orejas como un niño mucho más pequeño y se rascaba los brazos, donde aún tenía costras de la varicela.

—Está cansado —dijo Beth siguiendo la mirada de Stephen.

—No estoy cansado.

—¿Así que te gustan los animales? —preguntó Stephen.

Sin mirarlo, Adam hizo una vaga señal de asentimiento.

—¿Qué clase de animales prefieres?

Adam reflexionó.

—Los muertos.

—Colecciona huesos —explicó Robert rápidamente—. Seré cirujano ortopédico, o así lo espero.

«O asesino en serie», pensó Stephen.

—¿Qué es lo mejor que has conseguido?

—Fémures humanos. Me los dio papá, ¿verdad, papá?

Robert sonrió.

—¿Te acuerdas? Papá los tenía en el desván. Es curioso, hoy no se puede ser tan descuidado.

—Recuerdo que jugábamos a piratas con ellos.

Incluso este recuerdo compartido provocó en Stephen cierta incomodidad. Robert había seguido los pasos del padre y estudiado Medicina, mientras él se salía por la tangente y seguía una carrera por la que nadie de la familia sentía mucho respeto.

—Podrías enseñar a Stephen tu colección —dijo Beth—. Después del té.

Adam asintió, rascándose por debajo de la camiseta.

—No hagas eso, te saldrá sangre —dijo Robert.

Adam se quedó quieto hasta que los mayores volvieron a hablar y entonces Stephen vio con el rabillo del ojo que volvía a rascarse con disimulo. Pobre criatura.

Después del café, Beth se llevó a Adam a la habitación para ponerle en las costras una pomada calmante. Una vez a solas, Robert miró a Stephen alzando las cejas.

—¿Sabes?, creo que tomaré un trago. ¿Quieres?

—Si no tienes inconveniente, prefiero darme un baño e instalarme.

—Por supuesto.

Como Stephen llevaba dos maletas y el ordenador portátil, Robert lo acompañó en el coche hasta el *cottage*, que estaba en el extremo del sendero. La helada relucía en cada ramita del seto de espino que rodeaba el pequeño jardín. Stephen golpeaba el suelo con los pies y exhalaba nubes de vapor mientras Robert se inclinaba para abrir la puerta. Sobre sus cabezas, una red de ramas desnudas había capturado un banco de estrellas.

—No traes mucho equipaje —dijo Robert mirando las maletas.

—No. Es que no he sacado de casa muchas cosas. Nerys lo ha llevado casi todo al almacén.

—Ah, ¿entonces es un divorcio relativamente amistoso?

—La verdad, no sabría qué decirte.

Entraron en el recibidor.

—En los armarios encontrarás lo más necesario. El fuego ha estado encendido todo el día, de manera que la casa estará caliente.

Se pasaba a la sala por una puerta baja, tanto que incluso Robert, que medía unos cinco centímetros menos que su hermano, tuvo que agacharse. Stephen lo siguió.

Una chimenea de piedra, un buen fuego en el hogar y, a cada lado, cestos con montones de leños.

—Si quieres, puedes comprar leña en un aserradero que está a unos cinco kilómetros —dijo Robert—, pero con la que hay en la carbonera —añadió haciendo un vago ademán hacia el exterior— tienes para un par de semanas.

El tronco que ardía en la chimenea, ya casi todo ceniza, tenía el costado fruncido y cuarteado como una piel de elefante. Robert se agachó y le puso otro tronco encima. Saltaron chispas y por un momento su cara fue como una máscara de bronce; luego, la madera verde empezó a crepitar y humear y la cara se tornó gris. Robert se irguió, frotándose las manos para quitarse las briznas de astilla.

—Esto es ideal —dijo Stephen mirando alrededor.

—Por lo menos, aquí podrás trabajar. Hay mucha tranquilidad. —Pareció debatir consigo mismo si debía decir más. Al fin preguntó—: Stephen, ¿estás bien?

—Estoy bien, Robert, de verdad. Sólo un poco cansado.

Se miraban, incómodos, sintiendo el peso del silencio, hasta que en algún rincón de la casa ululó una lechuza. Como obedeciendo a la señal, Robert dijo:

—Te dejaré para que puedas instalarte.

Cuando Robert se fue, Stephen recorrió la casa, muy complacido por el que iba a ser su entorno. A pesar del fuego hacía frío, porque el *cottage* llevaba un año deshabitado: la glosopeda había acabado con el turismo de fin de semana.

Una cocina minúscula y, arriba, un minibaño. En el dormitorio de delante, un escritorio y una silla que él no pensaba utilizar, al menos donde ahora estaban, tan cerca de la ventana, por el peligro de los añicos de vidrio. Curiosamente, en el Holiday Inn de Sarajevo siempre se había sentido seguro porque allí las ventanas no tenían cristales desde hacía mucho tiempo. Al acostarse, doblaba las piernas, metía las manos en las axilas para mantener el calor y se quedaba escuchando los disparos de la artillería ligera y el tableteo de la lluvia en las láminas de polietileno que lo separaban de un cielo estremecido por los fogonazos, hasta que los sonidos se convertían en un arrullo. Cuando regresó a Inglaterra, echaba de menos aquel fragor. Imposible dormir, rodeado de árboles frondosos y del rumor del tráfico de Londres. En aquel momento, prefirió ver en ello una rareza personal más que un síntoma de trastorno nervioso postraumático. Y así seguía considerándolo.

El dormitorio trasero era mayor. Stephen se acercó a una pequeña ventana rodeada de hiedra y miró el jardín: un trozo de césped, arbustos, un sendero que conducía a la puertecita y, al otro lado, en la cima de una colina, un bosque de árboles de hoja caduca. Las ramas desnudas, salpicadas de nidos de grajo, se recortaban sobre un cielo rojizo ahumado.

Se quitó las zapatillas, la camisa y el vaquero y se echó en la cama, diciéndose que no podría dormir, y se durmió en el acto. Lo despertó un sonido seco —¿quizá el crujido de una tabla del suelo?—, pero el ruido no se repitió y él procuró relajarse. Muy cerca ululó una lechuza. Él tendió el oído, esperando oír el grito de una pequeña criatura para la que el crepúsculo se hacía noche a la sombra de unas alas inmensas. Nada. La lechuza volvió a ulular. Debía de tener el nido en aquellos árboles.

Adormilado, Stephen trataba de atrapar unas palabras que le rondaban la cabeza. Algo de que las lechuzas estaban inquietas en el sitio donde alguien había sufrido una muerte violenta, pero no lo recordaba con exactitud. De todos modos era una tontería, porque allí no había muerto nadie o, si acaso, en la cama, de enfermedad o vejez. Allí se habían acabado las muertes violentas cuando la unión de Inglaterra y Escocia puso fin a largos siglos de luchas fronterizas. Ni cráneos en la hierba, ni muchachas con los muslos abiertos y la falda subida hasta la cintura, revelando, incluso en las primeras fases de descomposición, lo que les habían hecho antes de matarlas. Ni olor a putrefacción en la piel. Sólo una ventanita cuadrada, rodeada de hojas oscuras. Cerró los ojos y la ventana se convirtió en una mancha flotante en el interior de sus

párpados: se teñía primero de naranja, después de púrpura y, por fin, se diluía en negro.

Stephen tenía el sueño ligero, como unas cortinas baratas que dejan pasar demasiada luz. Se despertaba, se dormía, se daba media vuelta, volvía a dormirse y al fin se despertó gritando en la oscuridad, desorientado, creyendo oír crepitar la lluvia en el polietileno.

Pero no había lluvia en la ventana, el sonido debía de estar en el sueño. Ahora, brutalmente despierto, se puso a pensar en Ben, como ya sabía que era inevitable, por haber ido a la tierra de Ben.

En Sarajevo llovía aquella noche. Las rachas de aguanieve barrían la carretera. Stephen, que salía de la emisora de televisión, se paró en la puerta al sentir la acometida del aire helado. A sus pies, la nieve parecía picada de viruelas. Inspiró hondo, llenándose de frío los pulmones, y se disponía a bajar los peldaños que conducían a la calle cuando oyó ruido a su espalda. Se volvió y vio a Ben Frobisher empujar la puerta oscilante.

—¿Te importa si voy contigo?

Sí que le importaba, pero ya era tarde para decirlo. El coche blindado se había ido y no había otro medio de transporte para volver al hotel. Stephen se sintió molesto. Si había decidido ir andando era para estar solo.

Salieron a un mundo oscuro, en el que sus caras y manos parecían la única fuente de luz. La artillería retumbaba y relampagueaba en el horizonte. Un fogonazo tiñó los tejados de un azul trémulo y al punto volvió la oscuridad, más densa que antes.

A pesar del frío, Stephen sudaba; se enjugó el labio superior con el guante. El chaleco antibalas y demás protecciones le entorpecían los movimientos, y observó que también Ben andaba como un robot. Pasaron por delante de grafitos con inscripciones que no entendían y de un bloque de viviendas con las ventanas destrozadas. Había cristales en la nieve semiderretida, al pie de las verjas cerradas con cadenas. A pesar de las cadenas, allí dentro aún vivía gente. Mientras chapoteaba con las botas en el barrillo de la calle, sentía miradas y oídos al acecho. Había montones de escombros semicubiertos de nieve. También percibía intensamente la presencia de Ben, el brillo de sus ojos y dientes y el calor que despedía su cuerpo en la fría oscuridad. Era como si el cerebro, privado de vista, hubiera desarrollado un medio de detección de las imágenes por el calor. Lejos, a la derecha, los francotiradores aguardaban en la oscuridad al desesperado que se aventurara a salir a la carretera en busca de combustible, agua o comida.

Cuando se acercaban al cruce, Stephen, con sus lentos movimientos de autómatas, se volvió hacia Ben y con una seña le indicó que se amparase en la sombra del edificio. Rozando la pared con el hombro, escalaron un montículo de escombros y se pararon a respirar, uno al lado del otro, en el quicio de una puerta, antes de lanzarse al

espacio descubierto de la calzada. Durante unos segundos serían sombras oscuras sobre el tenue fulgor blanco.

—¿Vamos? —susurró Ben.

Stephen asintió. Para darse impulso, hizo presión en la puerta, que cedió, y él retrocedió tambaleándose hacia el interior del edificio. Ben lo siguió y, ya a cubierto, se detuvo a examinar la destrozada cerradura.

Un tramo de escalera subía hacia la oscuridad. Arriba sonó un roce que delató oídos atentos y ojos vigilantes. Ben sacó del bolsillo una linterna y enfocó las paredes, tapando la luz con la mano, de manera que el oscuro pasillo y la deshilachada alfombra se iluminaron a través del filtro de su palma. Los dedos eran sombras oscuras ribeteadas de piel color rubí. «Como una radiografía», pensó Stephen, mirando el resplandor rojizo que bañaba las paredes. Los añicos de vidrio caídos en la escalera estaban aplastados y pulverizados en el centro de los peldaños. Arriba, volvió a oírse el ruido.

—Subamos —susurró Ben, y echó a andar.

Stephen lo agarró del brazo.

—No, déjalo. Vámonos.

Ben porfió, desasiéndose con suavidad. Stephen, de mala gana, lo siguió.

Un olor a rancio les salió al encuentro en lo alto del primer tramo, y el haz rojizo de la linterna reveló una capa de moho en el yeso húmedo. Más allá, tomaron el relevo otros olores: el tufo agrio a alfombra vieja llena de pelos de perro, el olor a tostada quemada de orina seca en el colchón y, por último, un olor que Stephen se resistía a identificar.

En un colchón colocado en un rincón del rellano, a resguardo de la lluvia de vidrios rotos, yacía una muchacha. No habló, ni gritó, ni trató de escapar. Ben recorrió la pared con el haz de luz hasta encontrar su cara. Tenía los ojos desorbitados, la falda subida hasta la cintura y un charco negro de sangre y dolor entre los muslos abiertos.

Stephen se arrodilló y le bajó la falda. En su interior, una voz decía: «No toques nada, es el escenario de un crimen.» Y él pensó: «A la mierda. Toda la puta ciudad es el escenario de un crimen.» Quería cerrar aquellos ojos de espanto, pero no se atrevía a tocarle la cara.

Se sentó sobre los talones. Imposible adivinar si se trataba de un vulgar asesinato —un jugador que se cobra una deuda, una operación de tráfico de droga que se tuerce— o de un crimen sectario, relacionado con la guerra civil. «La divisoria entre la criminalidad y la guerra está cada vez más difusa —pensó—. A las víctimas no les importa el motivo y, en el fondo, tampoco a sus verdugos. Patriota, soldado, revolucionario, insurgente, terrorista, asesino... seccionales el cerebro cuando los mates y no verás la diferencia».

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Nada —dijo Ben—. No hay nada que hacer.

El edificio parecía vacío, al menos de personas. El ruido que habían oído debían de provocarlo las ratas. Ahora Stephen las sentía al acecho, y escudriñó las sombras que rodeaban el oscilante círculo luminoso. Ben enfocó una que arrastraba el rabo por el polvo, y lanzó un rugido de furor.

—No... —sólo pudo decir Stephen antes de que su compañero arrojara la linterna, que chocó contra la pared y cayó al suelo, iluminando con su ojo, ya mortecino y amarillento, una bolsa de humedad en el papel de la pared.

Luego se apagó. En la oscuridad, una franja de luna cruzaba el suelo hasta los ojos de la muchacha.

—Vámonos —dijo Ben, agarrando del brazo a Stephen para ponerlo de pie.

A lo lejos volvía a retumbar la artillería. Aquel fragor hizo que Stephen pensara en nubes oscuras sobre trigales dorados, en brazos sudorosos que relucían al resplandor trémulo de los relámpagos. Pero enseguida volvía a estar en el rellano maloliente, con la muchacha y las ratas.

—Anda, vámonos —repitió Ben—. Aquí no podemos hacer nada. —Cruzó el rellano seguido por Stephen, que se detuvo mientras su amigo recogía la linterna. Sentía los ojos de la muchacha clavados en la nuca y el cosquilleo del sudor en la raíz del pelo. Avergonzado de su debilidad, se obligó a bajar el primero y mirar por la rendija de la puerta. Un soplo frío le penetró en el ojo con que escudriñaba la calle.

A su espalda, en la oscuridad, volvía a oírse el ajeteo de las ratas.

—¿Listo?

Se volvió hacia Ben, que asintió, dispuesto. Stephen salió pegándose al borde de la puerta. El costado derecho de su cuerpo se estremecía, esperando la bala que había de venir de aquel lado, si venía. El costado izquierdo parecía casi relajado, como si se felicitará de su inmunidad. Aún tuvo tiempo de percatarse de esa aberrante disociación, de percibirla como una sensación definida, antes de lanzarse hacia el blanco resplandor del cruce abandonando la protección del edificio. Oía el jadeo de Ben a su espalda, veía sus sombras juntas en la nieve... ya estaba al otro lado, ciego de miedo, apretándose contra la pared. Al dar media vuelta, recibió el impacto de todo el peso de Ben, que llegaba corriendo. Estuvieron cinco minutos sin moverse, mientras la respiración iba haciéndose menos dolorosa, disminuía la congestión de los ojos y la yema de los dedos dejaban de latir con el corazón. Imposible tragar saliva. Stephen tenía la boca abierta y jadeaba como un perro.

Cien metros más y llegaron a su destino, entraron en tromba en el vestíbulo y encontraron el hotel a oscuras. Las velas que ardían en las mesas del bar iluminaban caras conocidas. Bebida, comida, conversación, risas... pero aquella noche, mientras la nieve se acumulaba en la abombada lámina de polietileno de la ventana, Stephen, metido en su saco de dormir, estaba tenso, pensando en la muchacha y en sus ojos que lo miraban sin ver. Sentía la cabeza de ella en la almohada, al lado de la suya, y cuando se volvió boca abajo, tratando de rehuir su presencia, sintió debajo de sí aquel cuerpo, seco e insaciable como la arena.

Nada lo había afectado tanto, a pesar de que había visto cosas peores. Ella estaba esperándolo, o eso le parecía. Tenía algo que decirle, pero él no había podido, o no había sabido, escuchar.

Aún estaba medio dormido cuando unos fuertes golpes en la puerta le hicieron bajar la escalera a trompicones. Un poco mareado, abrió la puerta y vio a una muchacha que guiñaba los ojos a la súbita luz del interior. La miró fijamente. Al principio le pareció que ella formaba parte del sueño, pero la bofetada de aire frío le hizo recordar que sólo llevaba puesto el calzoncillo y los calcetines, y parpadeó.

Ella sonreía. Grandes ojos azules, cara lavada, cuerpo robusto: podía tener tanto doce años como diecisiete, aunque los pechos que la holgada sudadera no lograba disimular la situaban más cerca de los diecisiete que de los doce.

Sostenía una brazada de toallas amarillas.

—De parte de Beth. Acaba de recordar que olvidó poner toallas en el baño.

—Oh, está bien. Adelante.

Un hombre sin pantalones nunca se siente seguro de sí mismo, y menos si ha olvidado quitarse los calcetines. Lo único que le faltaba para acabar de quedar en ridículo era una erección. Por suerte, a su edad sólo la tienes cuando la provocas, si la tienes. Ella entró desviando la mirada y con una risita que denotaba menos inocencia de la que él le atribuía.

—Vale más que cierre la puerta —le dijo—. Va a pillar una pulmonía.

Al cerrarla, él vio un coche pequeño —parecía un Metro, de color indefinido en la oscuridad— parado en el arcén, frente a la verja del jardín. Siguió a la muchacha a la sala, tratando de recordar cómo se llamaba. Beth había mencionado su nombre. Parecía una de esas inglesas macizas y sonrosadas que en Wimbledon caen en la primera ronda.

—Muy oportuna. Iba a ducharme —dijo, y miró el reloj.

—No hay prisa. Aún no está la cena —repuso la chica.

—Yo pensaba tener tiempo de tomar un trago.

Ella se volvió, pero enseguida desvió la mirada.

—¿Justine?

—Exacto. Cuido de Adam.

¿Y cómo es eso?, quiso preguntar él, pero comprendió que no debía.

—¿Estaba con él cuando encontró el hurón?

—No, gracias a Dios. Sólo estoy un par de horas. Lo traigo del colegio, hago algunas cosas de la casa y cuando llega Beth me voy. Subiré las toallas. ¿Ha encontrado la secadora?

—No.

—En el descansillo.

—Ah. Bien.

Él empezaba a perder interés. Sacó de la maleta un tejano y una camiseta limpios y se los puso. Robert había dejado el portátil en la mesa. Decidió trabajar allí, donde podía disfrutar del fuego de la chimenea, y buscó un enchufe. Al día siguiente pediría a su hermano que lo acercara a la ciudad para comprar una impresora y empezar a mirar coches. Justine andaba por el piso de arriba. Pisando fuerte.

Cuando ella bajó, dijo:

—Parece como si fuera a trabajar.

—Ésa es la intención.

—¿Va a escribir un libro?

Él supuso que Beth se lo habría dicho.

—Lo intentaré.

—¿De qué trata?

—De la manera en que son representadas las guerras.

Esto solía bastar para cortar el interrogatorio, pero Justine no se desanimaba tan fácilmente.

—¿Con fotos?

—Sí, y algo más. Ahora mismo, es como si Goya estuviera presidiéndolo todo. — Y lo presidía, como un sapo monstruoso y enjoyado.

Justine se dejó caer en el sofá.

—¿No tendría que volver?

—No. Ya he terminado por hoy... Oh —dijo ella entonces, levantándose de un brinco, ruborizada—. Comprendo.

Él, arrepentido de su brusquedad, dijo:

—No; está bien, no se marche. ¿Quiere una taza de té?

—Yo lo haré.

—No; déjeme a mí. Así voy descubriendo dónde está cada cosa.

Al fin, prepararon el té entre los dos y hasta encontraron un azucarero —todo un triunfo—, olvidado por los últimos inquilinos, supuso Stephen, ya que Beth nunca daría cabida en su casa a algo tan poco saludable como el azúcar. Estaba pegado a los costados del recipiente y tenía grumos amarillos, como si hubieran metido cucharillas mojadas. Justine levantó el tazón del té —decorado con un patito amarillo, dibujo que a Stephen le pareció muy apropiado— y sopló para apartar de los ojos un mechón de fino cabello rubio. No era muy atractiva, por lo menos para él —muy lozana y vigorosa para su gusto—, pero cuando ella bajó la taza mostrando unos labios fruncidos, carnosos y relucientes de humedad, él sintió una fugaz comezón de deseo, aunque impersonal e hipotético. Ni pensar en dar un solo paso, aunque tuviera el convencimiento de que una adolescente podía encontrar irresistible a un cuarentón con conjuntivitis y unas piernas blancas y peludas. A su lado, se sentía decrepito, despeinado, recién levantado y seguramente con un poco de olor a rancio. Pero le gustaban aquellos labios. Eran labios que no admitirían maquillaje. Por mucho que ella se los pintara, no retendrían más que una fina mancha roja en el borde.

La buena educación exigía que, puesto que la muchacha había preguntado por su libro, él mostrara cierto interés por sus actividades, y Stephen se aplicó a la tarea de hacerla hablar de sí misma. Tenía práctica en ello, y no le fue difícil. Había cumplido diecinueve años —así pues, mayor de lo que parecía—, había obtenido plaza en Cambridge —ahora tendría que estar allí—, pero pilló una mononucleosis infecciosa nada más pasar las pruebas de ingreso y tuvo que pedir prórroga.

¿Qué asignaturas había elegido en las pruebas de ingreso? Biología, Física, Química, Psicología. También le habría gustado Arte, pero el horario era incompatible.

O sea, cuatro asignaturas. No había mencionado la calificación. Inteligente y modesta, ¿o tan perfeccionista que todo le parecía poco? No daba la impresión de ser muy despierta y sagaz, y tampoco derrochaba vivacidad; al contrario, parecía más bien titubeante. Quizá inmadura. Y un poco triste, creyó observar, a pesar de que hablaba animadamente.

—De todos modos, sólo habrá perdido un año —dijo Stephen.

—Sí; pero ya habré cumplido los veinte cuando vaya.

—Oh, yo no me preocuparía por eso. Deben de tener muchos estudiantes maduros.

—Supongo que sí —repuso ella, sin captar la ironía.

Él se sintió un poco avergonzado, pese a que no tenía intención de burlarse. La imaginó en la universidad, haciendo *footing* —¿por qué *footing*?: no parecía muy atlética; debía de ser por la sudadera y las zapatillas—, una de tantos que pasan por Cambridge sin pena ni gloria y, años después, recuerdan el sonido exacto del roce de los remos en el escámo, oyen la voz del entrenador que los anima desde la orilla, huelen el humo de leña, ven la luz brumosa de una farola entre la niebla y sienten un dolor indefinido, una nostalgia vaga, al pensar en una llave que no giró en la cerradura, en una puerta que hubiera podido abrirse y no se abrió.

Otra vez el dolor. Esas ráfagas de dolor y melancolía las proyectaba él. ¿Cómo iban a partir de ella? Imposible. Era sólo una muchacha que se había quedado colgada, porque sus amigos habían seguido su camino dejándola atrás.

—¿Se ha recuperado del todo?

—Sí. Pero aún me canso un poco. A las diez ya estoy en la cama.

«Muerta de aburrimiento», pensó él, resistiéndose a imaginar a Justine en la cama.

—¿Aún tiene amigos por aquí?

—En Newcastle, uno o dos. Los veo los fines de semana. Pero aquí, ninguno. Es decir, uno, supongo.

Ahora tenía sombras azuladas en la fina piel debajo de los ojos, y por primera vez parecía plausible que hacía poco hubiera estado gravemente enferma.

«Un novio», pensó él. Ex novio. Alguien que hubiera debido estar a su lado cuando cayó enferma, y no estuvo.

—¿Dónde vive habitualmente? —preguntó ella.

—En Londres.

—¿Y por qué ha venido aquí?

—Porque necesito paz y tranquilidad.

—De eso tenemos de sobra.

—Estoy en trámites de divorcio —dijo él, con más sinceridad—. Necesitaba un alojamiento barato. Además, he de trabajar de firme.

—Aquí nadie le molestará. Hay cementerios con más vida.

Otra vez aquel áspero acento de impaciencia. La hacía interesante, y él volvió a mirarle los labios, luego buscó sus ojos y los encontró fijos en él, observándolo. «Ten cuidado», pensó, dejando la taza de té en la mesa de la cocina.

—Me parece que me vendrá bien una ducha.

—Siento haberlo despertado.

—No; me alegro. Si hubiese dormido más, esta noche no pegaría ojo.

La acompañó a la puerta. No hablaron de si volverían a verse, porque los dos sabían que sí. Él esperó para cerrar la puerta a que la muchacha cruzara la verja del jardín. Al cabo de un momento, oyó cómo el coche arrancaba y se alejaba, y se preguntó si se lo habría prestado su madre o sería un regalo por haber aprobado las pruebas de ingreso en la universidad.

Stephen fue a la cocina, a lavar las tazas, y observó que sus pies dejaban huellas húmedas en el suelo a través del calcetín. Qué asco. Últimamente, sin más ni más, se ponía a chorrear aquel sudor frío y viscoso. Pero ya pasaría. Ejercicio, descanso, buena comida, menos bebida —mucho menos—, y en pocas semanas volvería a la normalidad. Lo malo del psiquiatra que se habían empeñado en que fuera a ver era que, si bien había identificado los síntomas correctamente, subestimó la capacidad de recuperación de Stephen. Él no habría podido hacer aquel trabajo durante tanto tiempo, de no poseer la facultad de superar los efectos de la fatiga y los traumas. Pero ahora lo más urgente era sentirse limpio. Lo demás podía esperar.

Se metió en la ducha. El agua estaba tan caliente que tuvo que saltar fuera y regular los mandos. El pequeño cuarto de baño ya estaba lleno de vapor. Entró de nuevo, con precaución, y se restregó todo el cuerpo, se lavó el pelo y estuvo aclarándolo hasta que le chirrió. Luego, con una profunda inspiración, dio el agua fría.

Después del primer alarido, la recibió en silencio, dejando que el chorro helado le pegara el pelo al cráneo, hasta quedar tan aturdido como parecen estarlo los animales bajo una lluvia torrencial, con los sentidos embotados por el azote de los elementos. Por último, levantó la cara dejando que el agua le cayera en los párpados cerrados y en la boca abierta para que se llevara hasta el último vestigio de sentimiento o pensamiento.

Se secó con la toalla delante del fuego, sacó de la maleta calcetines y pantalón limpios y, con el pelo húmedo y los ojos rojos, pero sintiéndose más presentable, se

fue a casa de su hermano.

Observó con cierta decepción que el coche de Justine no estaba, pero entonces recordó que ella había dicho que se iba a su casa. Le parecía un poco ridículo sentirse tan contento de pronto. Nada como la lascivia para hacerte ver que la vida aún merece la pena, aunque no tengas ni la más remota intención de explotar ese aliciente en particular.

Cuando Kate decidió por fin que estar en la cama con la boca seca y en un estado de semiinconsciencia poblado de sueños no era dormir, se incorporó apoyándose en un codo y miró el reloj. Las cinco y cuarto. Era absurdo. A ese paso, pronto lograría que la noche y el día intercambiaran sus posiciones.

Rápidamente se puso la ropa de trabajo más vieja, bajó a la cocina, hizo café y lo tomó mientras se paseaba alrededor de la mesa. Le escocían los párpados de cansancio y sintió la tentación de volver a la cama, pero ahora tenía que tomar en consideración a Peter y ajustar su ritmo de trabajo al de esa persona.

En un arranque de impaciencia, bebió con precipitación y el café le quemó la lengua. La nuca la martirizaba y tenía la espalda dolorida. Pasaba por ese trance de dolor y rigidez todas las mañanas, mientras las vértebras se saludaban y, resignadamente, se disponían a seguir trabajando en equipo. Pero, poco a poco, mejoraba. El calor ayudaba. El ejercicio ayudaba.

Bien abrigada contra el frío y envuelta en su propio aliento, Kate cruzó el reluciente patio en dirección al taller, haciendo crujir el hielo de los charcos y las roderas. Las gallinas salían del granero ahuecando las plumas y picoteando en el barro. El gallo se pavoneaba con la temblorosa cresta incandescente al primer rayo de sol y las plumas pintadas de brillantes tonos púrpura, verde y oro. La escarcha que cubría el tejado centelleó un momento e inició una lenta retirada.

En el taller, con la cara colorada y un hormigueo en los dedos, Kate preparó más café y se puso a dar vueltas, contemplando las piezas de arpillera, los rimeros de diarios, los rollos de tela metálica de gallinero, los cubos de serrín y de virutas, las bolsas de yeso, las balas de paja, una bandeja de gafas de protección, mazos, tenazas, cinceles: materiales y útiles del oficio. Suspiró, y el humo del café se le metió en los ojos. Trazó círculos en el aire con el brazo preguntándose si podría hacer algo antes de que llegara Peter.

No le gustaba tener gente a su lado mientras trabajaba, nunca le había gustado, ni siquiera en la academia, cuando estudiaba, a pesar de que allí era inevitable. De joven, había peleado mucho y se las había ingeniado para tener su propio taller: al principio, un oscuro sótano de Paddington y, más adelante, en Liverpool, un pequeño garaje cerca de un apartadero del ferrocarril. Después conoció a Ben, que se encontraba en uno de sus períodos sabáticos, en los que viajaba por su cuenta y no retrataba nada más que paisajes. Pantanos, marismas, lagunas en montes cubiertos de brezo, luz de nieve, luz acuática... todo, en melancólico crepúsculo. Aquellas fotografías querían transmitir placidez, apartarse de los temas a los que él había dedicado la mayor parte de su vida, pero no lo conseguían. Al mirar aquellos campos vacíos, aquellos vastos arenales blancos en los que el viento mecía la hierba de las

dunas, sentías que, fuera del encuadre pero muy cerca de allí, se había cometido un crimen.

«Manos a la obra —se dijo—. Algo habrá que puedas hacer.» La forma de disipar las dudas era ponerse a manipular la tela metálica, los alicates y, sobre todo, el yeso, el primer bendito trozo de masa blanca. Descubrió que movía las manos de la misma forma que un pájaro extenuado lanza picotazos al aire tratando de cazar moscas imaginarias.

—Joder —dijo en voz alta, pensando que, por lo menos, nada le impedía desahogar el mal humor con palabrotas.

Sonó una tos discreta. Al volverse —tenía que girar todo el cuerpo para mirar lo que había a su espalda—, vio a Peter al lado de la puerta, una figura alta, delgada y oscura que destacaba contra la pared blanca. Le había dado la combinación de la cerradura, para que no tuviera que esperar fuera si ella volvía tarde de una de sus sesiones de recuperación, pero eso tenía el inconveniente de que la pillaba desprevenida. Nunca lo oía entrar.

Él avanzó frotándose las manos. Tenía la nariz roja de frío.

—Tome una taza de café —dijo ella—. Le hará entrar en calor.

Estaban de pie al lado de la estufa. Ella bebió otra taza y él se puso a mirar, fascinado, las figuras de escayola alineadas junto a las paredes. No, no las mire, quiso decir Kate, no están terminadas. Formaban parte de una secuencia que había empezado a raíz del 11-S. No se inspiraban en las fotos de Ben ni en las de nadie, porque nadie había podido fotografiar lo que excitaba su imaginación: aquellos hombres que se habían apoderado de unos aviones llenos de gente para estrellarlos contra unos edificios. Ahí estaban, enjutos, depredadores, decididos a matar y morir. Kate pensaba que podían quedar bien. Daban miedo, desde luego.

Peter empezó a manipular la tela metálica, que cortaba y doblaba siguiendo las instrucciones que ella le daba. Kate sacó los dibujos, los desenrolló y sujetó los bordes con cinceles y mazos. Ahora, al no poder palpar el material con sus manos, dudaba de ideas que en un principio parecían convincentes. Estas vacilaciones eran impropias de ella. El sudario planteaba un problema. Ella hubiera preferido un desnudo: un Cristo resucitado no tiene por qué seguir llevando durante toda la eternidad la vestimenta de un judío palestino del siglo I, y menos la de un monarca inglés de la Edad Media, pero Kate sabía que un Cristo desnudo causaría escándalo. Una fe firme en la Encarnación suele llevar aparejada una fuerte resistencia a asumir el aspecto anatómico del dogma. Al fin, había resuelto el problema representando al Resucitado en el acto de arrancarse vigorosamente el sudario, pero no tan vigorosamente como para dejar al descubierto partes que, de quedar expuestas, provocarían un aluvión de cartas al *Times*. Ya empezaba a comportarse como una señora de mediana edad. En otro tiempo habría peleado para defender la pureza de su concepto original. Ahora ya no creía que mereciera la pena preocuparse por una verga.

Si hubiera podido hacer el trabajo ella misma, enseguida habría sabido qué ideas eran válidas y cuáles no. Se sentía frustrada y trataba por todos los medios de que no se notara, porque había de reconocer que Peter no podía ser más prudente. Tenía la facultad de mantenerse en segundo plano, de manera que más de una vez ella había conseguido olvidar su presencia.

Doce semanas de plazo, y aún estaba cortando la tela metálica. Sobreponiéndose a un acceso de pánico, Kate alargó la mano hacia un nuevo rollo.

Ocho días después, ya tenía la figura completa. El torso no la convencía y la cabeza exigía el remodelado total, pero las piernas estaban bien. Y todo dependía de las piernas. Una vez, en una entrevista en televisión, cegada por los focos y con la cara embadurnada de más maquillaje del que había llevado en toda su vida —pensó que así debía de sentirse una geisha—, se oyó decir a sí misma: «Verá, lo que importa es asegurarse de que no se cae».

Después, al ver el vídeo, se llevó las manos a la cabeza y lanzó un gemido. Muy profundo, ¿no? Ah, desde luego, muchas gracias, señora Frobisher, eso es la síntesis de la tendencia de la escultura contemporánea. «Pues lo es —pensó ahora, mirando la figura de tela de gallinero—. Eso es lo que importa. Que no se caiga».

La figura tenía estabilidad, pero estaba desproporcionada. Con cautela, Kate echó la cabeza atrás, a pesar del dolor, tratando de decidir los cambios necesarios.

—Ahí detrás verá un foco, ¿quiere encenderlo, por favor?

Giró en torno a la figura iluminada. La cabeza era el problema. La gente, por supuesto, la contemplaría desde abajo, desde el pie del pedestal, lo que significaba que la cabeza tenía que ser más grande de lo anatómicamente normal. Una tercera parte más grande, más o menos. Pero el pedestal en sí se erigiría sobre una pequeña elevación situada a la derecha del camino de acceso a la puerta de Poniente, y la mayoría lo vería desde allí, todavía a un nivel inferior, pero a mayor distancia y en un ángulo más abierto. Sencillamente, si daba a la figura la distorsión adecuada para ser contemplada desde el pie del pedestal, vista desde el camino resultaría grotesca. El planteamiento era sencillo, sí, pero no la solución.

«El sitio es ideal, ¿verdad?», había dicho el deán con entusiasmo, mientras el viento le agitaba el blanco cabello, el día que le mostró el emplazamiento. Con lo cual, suponía ella, quería decir que era alto. Y lo era, en efecto. Ella lo miró, atónita. «¿Ideal? Es de pesadilla», había pensado. Y lo malo no eran únicamente las dificultades de carácter técnico de la situación, sino que la estatua —y esto era lo peor— estaría al lado de uno de los edificios más bellos de Europa. Un sitio ideal para quedar como una incompetente.

—Peter, ¿podría ponerse ahí?

Él estaba detrás de Kate, callado como siempre, esperando órdenes. Se situó donde ella le indicaba, al lado de la figura.

—No; no me mire a mí. Mirada al frente.

Si él miraba hacia abajo, los ojos casi desaparecían. Incluso mirando al frente apenas se veían.

—Sin las gafas, por favor.

Él se quitó las gafas y las dejó en la mesa que tenía a su espalda. Sus ojos no eran impactantes, aun siendo grandes. Los del Cristo tendrían que ser enormes; se había quedado corta al calcular el tamaño de la cabeza. Miró la cabeza de Peter y miró la bola de alambre colocada en lo alto de la figura, memorizando los cambios que debía introducir antes de empezar a trabajar con el yeso. Observó que Peter se ponía tenso.

—No se apure —rió, un poco violenta, mientras trataba de levantarse—. No voy a hacerle un retrato.

Él no la ayudó a levantarse, a pesar de que ella permaneció unos segundos de rodillas, sin poder moverse, con un calambre en la espalda. Nunca la tocaba. Le pasaba las herramientas sin rozarla siquiera con la yema de los dedos. Una o dos veces, lo había visto extender la mano como para sostenerla en el andamio, pero no había llegado a tocarla. Era exquisitamente formal e impersonal.

—¡Au! —exclamó ella sonriendo, y se oprimió la espalda a la altura de la cintura.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Sólo necesitaba calcular el tamaño de la cabeza.

—¿Hay que desmontarla?

—Sí, pero ya es un poco tarde. Nos pondremos con eso mañana.

Ella sonreía mientras dejaba los alicates y se quitaba los guantes. Pero tener que disimular la ansiedad era un inconveniente más. Sus estados de ánimo, sus altibajos de confianza y seguridad, tenían que ser sólo suyos. Su trabajo, lo que ella deseaba mostrar, se hacía público en el momento que se descubría la obra, ni un segundo antes.

Cuando Peter se fue, ella volvió a pasearse alrededor de la figura, comparando su forma con la que se había trazado mentalmente y modificando proporciones, deseando subir a tocar el alambre. Pero sólo de mirar hacia arriba ya le dolía la espalda y tuvo que desistir.

Al dar media vuelta para marcharse, vio que Peter había olvidado las gafas en la mesa. Estaban empañadas de huellas grasientas. Imposible mantener unas gafas limpias en un taller. Fue al fregadero, humedeció una hoja de papel de cocina, las frotó y las levantó a contraluz para comprobar que estaban limpias. Confiaba en que Peter pudiera conducir bien sin ellas. Se las probó y miró alrededor, contemplando el juego de luz y sombras que rodeaba la figura erguida sobre el plinto.

De pronto, notó que no experimentaba el mareo que producen las gafas ajenas. Y con ésas veía perfectamente, a pesar de que unas gafas graduadas para otra persona enturbian la visión. Para cerciorarse, se las quitó y volvió a ponérselas. Efectivamente, sin la menor duda, eran cristales neutros.

«Mucha gente lleva gafas con cristales neutros», se dijo. Las dejó a un lado y se puso a ordenar el taller. «Pero ¿quién las lleva? —pensó luego—. Los ejecutivos jóvenes, que quieren aparentar más edad y darse aires de autoridad. No los jardineros. Para el trabajo al aire libre las gafas son un engorro. En fin, no es asunto mío», concluyó, y siguió recogiendo.

Cuando terminó, envolvió las gafas en papel de cocina y las puso al lado del fregadero. Luego, de mala gana, arrastrando los pies, abandonó el ambiente cargado y cálido del taller y salió al aire del invierno glacial.

Stephen despertó antes del amanecer, en medio de una oscuridad muy distinta a la de la ciudad. Era una negrura como la de algunas noches de África. Localizaba su cuerpo sólo por el sentido del tacto, por el roce de las sábanas en la piel. Manos y pies eran colonias lejanas. No se atrevía a encender la lámpara porque, en aquel estado, le daba más miedo la luz que la oscuridad. Iba recordando escenas del sueño. Lo estaban enterrando vivo. En el sueño no había ninguna fuente de luz, sólo olores, jadeos, sangre de otras personas en la piel, y la certeza de que, si se movía, si gritaba, los de allá arriba, a los que él nunca veía, estaban preparados para rematar el trabajo con cuchillos, fusiles y machetes.

Apelando a toda su fuerza de voluntad, se volvió y escudriñó la oscuridad hasta que, entre espirales naranja y púrpura, empezó a adivinar formas: una silla, un armario, la puerta. Cuando estuvo seguro de que distinguía el camino, se levantó — para qué quedarse en la cama, no volvería a dormirse: le daba miedo seguir soñando con lo mismo— y, desnudo, sintiéndose como una gamba rosácea y sudorosa, bajó la escalera a tientas. A cada paso, los dedos de los pies le sobresalían de los estrechos peldaños contruidos en el siglo XVI. Pisó el suelo de piedra de la cocina, descorrió las cortinas y puso la cafetera.

Tomó el café sentado junto a la ventana, sintiendo el calor del líquido bajarle por el esófago, otra parte de su cuerpo rescatada de la oscuridad. Vio palidecer las estrellas y aparecer la desierta carretera que describía un arco en dirección a la granja dormida, los campos blancos de escarcha, los destellos que la luz iba encendiendo en la hierba. Mientras tanto, indagaba en sí mismo, tratando de descifrar el sueño. Sabía que, si no lo hacía ahora, aquel sueño podía contaminarle el día.

Antes de ponerse a trabajar, Stephen salió a correr y fue hasta lo alto de la colina. No soplaban nada de brisa, ni una brizna de hierba se movía. Al llegar arriba, se apoyó contra el tronco de un árbol y contempló cómo la oscuridad se escurría ladera abajo, como si en el fondo del valle alguien hubiera tirado del tapón de la noche. Iban emergiendo detalles a la luz creciente: las yemas oscuras y nudosas del fresno, las hojas quebradizas y tostadas del roble que aún pendían de las ramas, las venas del dorso de sus manos. Y entonces salió el sol, rasgando nubes, derramando cascadas de luz sobre el valle y convirtiendo la luna, que remoloneaba en el azul translúcido, en una caprichosa cáscara de huevo.

Por todas partes asomaban los brotes de los helechos, prietos como puños de recién nacido, aunque en el aire ácido de la mañana había amenaza de nieve. Stephen se puso a buscar el nido de la lechuza que había estado ululando toda la noche casi sin parar, como si se creyera un ruiseñor. Un árbol semicubierto de hiedra le pareció

más adecuado que los otros y revolvió el follaje hasta encontrar lo que buscaba: tres o cuatro pellas fibrosas de color marrón que se metió en el bolsillo.

Cuando llegó a casa, las sacó y las hizo girar entre el pulgar y el índice. Se las había llevado maquinalmente, como habría hecho cuando era niño, y ahora pensó que quizá a Adam le gustaría tenerlas. Se las llevaría esa tarde, en cuanto viera el coche de Justine en la puerta.

Las relaciones entre la granja y el *cottage* se habían encauzado rápidamente en una rutina. Stephen apenas veía a Robert y Beth más que los fines de semana, y observaba sus idas y venidas casi como si fueran dos desconocidos.

Ambos estaban muy ocupados y Beth sumaba tareas de carácter social a las obligaciones de su empleo a jornada completa. Asistía a la iglesia asiduamente, lo que no dejó de sorprender a Stephen, ya que Robert era un ateo militante. «Dios no existe y Sharkey es su profeta», era su lema. Por lo tanto, o el cristianismo de Beth era bastante flexible, o no debían de faltarles temas sobre los que disentir.

Robert tenía una jornada de trabajo muy larga. A veces, cuando el tiempo empeoraba más de lo normal, se quedaba a dormir en la ciudad, antes que exponerse a encontrar la carretera del páramo cortada por la nieve.

O eso decía Beth, con voz neutra y mirada ausente.

—¿Dónde duerme? —preguntó Stephen.

—Oh, nunca falta alguien que le ofrezca una cama.

Al principio, Stephen temía que Adam no se atuviera a la regla tácita que excluía todo contacto en días laborables y se le ocurriera visitar al tío en la casita del huerto. Era un niño extraño, callado y solitario. En el lugar de Robert, él no hubiera creído aconsejable tener a Adam aislado en el campo, lejos de otros niños de su edad. Fuera de la escuela, sólo veía a sus padres y a Justine, cuyo pequeño Metro rojo subía zumbando por el camino todos los días a las cuatro, cuando lo traía del colegio. Stephen deseaba decir a Robert: «Nuestra niñez no era así.» Ellos estaban todo el día correteando, al menos hasta que los exámenes los obligaban a encerrarse en casa. Comparada con su propia niñez, la de Adam le parecía privilegiada y vacía al mismo tiempo. A veces, Stephen lo veía trotar por la carretera, en busca de animales atropellados, o seguir huellas en la nieve, pero solo o sin más compañía que la de Justine.

Cuando Stephen le hablaba, Adam encogía el cuello, evitaba mirarle a la cara, murmuraba unas palabras y se escabullía lo antes posible.

Esta evidente resistencia a tener tratos con su tío acrecentaba el interés de Stephen, por puro espíritu de contradicción. Y aquella tarde, poco después de que el coche de Justine subiera la cuesta con los jadeos y estertores de costumbre, Stephen llevó a la granja las pellas de lechuga y las puso encima de la mesa, sobre un papel de cocina.

—¿Tú qué dirías que son?

Adam arrugó la nariz.

—¿Cagarrutas?

Un chico que lleva a casa animales atropellados no suele ser remilgado.

—Te has equivocado de agujero. Salen por el pico.

—¿Bolas de lechuza?

—Sí.

—Genial.

—¿Tiene unas pinzas? —preguntó Stephen a Justine, que estaba delante de los fogones friendo salchichas para la merienda de Adam. No parecía que pudiera tenerlas. Como el resto de su persona, sus cejas eran frondosas y naturales.

—Un pincho.

Revolvió en el cajón de los cubiertos y sacó una brocheta.

—Esto servirá.

Stephen enseñó a Adam cómo separar los huesecillos, cráneos, plumas, pelo y otras materias no digeribles de la dieta nocturna de la lechuza. Adam estaba absorto. Stephen miró a Justine por encima de la cabeza del niño. Ella dijo sonriendo:

—Vuelva pronto. Hacía semanas que no estaba tan quieto.

Al poco rato había en la mesa una hilera de pequeños cráneos.

—Ahora tienes que lavarlos —dijo Stephen, y empezó a recoger los desechos.

Adam corrió al cuarto de baño de la planta baja llevando sus tesoros entre las manos.

Stephen se frotó los dedos y se disponía a marcharse —sólo quería dejar las pellas y volver al trabajo— cuando Justine dijo:

—¿Le apetece una taza de té?

Le apetecía algo más fuerte que el té, pero no podía pedir a la *au pair* que saqueara el mueble-bar.

—Sí, buena idea. —Notó el cansancio al recostarse en la silla. No había hablado con casi nadie en toda la semana—. ¿Ya termina el trabajo por hoy? —preguntó mientras ella llenaba el hervidor de agua.

—Casi. —La muchacha ahogó un bostezo—. Beth vuelve tarde los jueves. Después del trabajo tiene una reunión que no se acaba nunca.

¿Cómo podía resignarse a hacer ese trabajo una muchacha tan inteligente? Mientras tomaban el té —Adam estaba en el otro extremo de la mesa, muy ocupado con los cráneos, respirando por la boca como hacen los niños cuando se concentran en algo interesante—, ella le habló de su vida, del trabajo, de que no había tenido más opción que hacer de niñera o camarera, y que a su padre le había parecido mejor lo primero. No mencionó a su madre.

—¿Y qué dice su madre?

—Sabe Dios. Se largó hace años.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—Ya no importa, fue hace mucho tiempo. Hubo un gran escándalo. La mujer del párroco se va de casa. Lo nunca visto. —Rió—. ¿No sabía que soy hija del párroco?

—No. —Él se preguntó si sería virgen—. ¿Incluye hacer algo?

—¿Hacer algo? —Lo miró divertida—. ¿Como qué?

—No lo sé. Buenas obras.

—No. Por lo menos, yo no las hago. No; sólo doy motivo de murmuración a una colección de viejas cacatúas amargadas. —Bebió un sorbo de té—. Es el papel que me legó mi madre.

—Podría marcharse.

Ella frunció el entrecejo.

—Es difícil.

¿Un papá abandonado y posesivo?

—¿Piensa seguir aquí todo el año?

—No, pero no se lo diga a Beth, porque se preocupará; me parece que podré convencer a papá para que me deje hacer un curso intensivo de secretariado. Así podría encontrar un trabajo decente. Para conseguir empleo no te basta con haber aprobado el ingreso en una universidad. Nadie quiere saber nada de ti.

—Parece buena idea. ¿Dónde lo haría?

—En Londres.

—Ah.

Imaginó a Justine, con sus mejillas de lechera, tecleando en un despacho de Kensington y pensando que por fin había empezado para ella la verdadera vida. No obstante, él era el menos indicado para criticar a alguien por pensar que la verdadera vida se hallaba en otro sitio: él, que había estado dominado por esta ilusión desde que empezara a trabajar.

—¿Qué es esto? —preguntó Adam levantando un cráneo que tenía dos dientes largos y anaranjados.

—Un ratón —dijo Stephen.

—¿Cómo sabes que no es una musaraña?

No lo sabía.

—Tienes un montón de libros. ¿Por qué no lo buscas?

Stephen se levantó para marcharse. Ella lo acompañó hasta la puerta. Ahora le parecía más bonita que la otra noche. La encontraba atractiva, sí, pero en su actual estado de frustración cualquier mujer joven le hubiera parecido atractiva, y su calificación de «joven» era cada día más generosa. De todos modos, ésta lo era en exceso, y la tenía demasiado cerca. Si las cosas se torcían —¿y no habían de torcerse, si él tenía veinte años más?— sería muy incómodo. Y no podrían evitar seguir viéndose.

Estos pensamientos indicaban que Stephen creía tener una posibilidad, cuando ella, probablemente, veía en él a un personaje aún más decrepito que su padre. O, en

el mejor de los casos, a un tío amable y bondadoso que la ayudaba a entretener a Adam.

No era una idea agradable.

Stephen bajó por el sendero haciendo crujir el hielo. Al llegar a la verja, levantó la mano en señal de saludo. Ya empezaba a echar de menos la luz y el calor que dejaba atrás y a sentir su falta como un abandono pueril pero real.

Sonaba el teléfono cuando Stephen abrió la puerta del *cottage*. Corrió a la sala para contestar. Al oír la voz de Nerys, contuvo el ácido aliento que le subía de un estómago que, de repente, se había cargado de bilis. Nerys sonaba engolada y estridente, dispuesta para la pelea. Le habían hecho una oferta por la casa, dijo, y pensaba que debían aceptarla. Los periódicos anunciaban una caída del mercado inmobiliario, en realidad hacía meses que hablaban de ello, pero esta vez la gente parecía creer que iba en serio, así que...

Stephen supuso que con «gente» se refería a Roger. Roger, su huésped, el gilipollas.

—¿Cuánto?

—Millón y medio. El agente dice que esa gente tiene el dinero. ¿Qué te parece?

—Vende.

—De acuerdo. Bien —agregó rápidamente—, ¿hago los trámites?

—Sí. Y gracias, Nerys. Sé que has tenido que cargar con todo el trabajo.

—No importa.

Ella consiguió transmitir magnanimidad y estoicismo a la vez.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. ¿Y tú?

—Muy bien.

Al fin, con una retahíla de «bienes», consiguieron terminar la conversación. Al dejar el teléfono, él pensó: «Hemos recuperado las formas: señal de que todo ha acabado».

Casi al momento, volvió a sonar el teléfono. Él se apresuró a cogerlo, presa del temor supersticioso de que podía ser Nerys para comunicarle que la venta se había frustrado. En tal caso, quedaría en los anales como la transacción más corta de la historia. Pero era Beth, que parecía resentida, como siempre que tenía que pedir un favor. Ella daba con generosidad, siempre estaba corriendo de un lado para otro, dejando que tal o cual buena causa le comiera su escaso tiempo libre, pero no sabía pedir ni aceptar favores con gentileza, de modo que ahora una Beth un tanto petulante le explicaba que el coche de Justine no arrancaba y que la muchacha no podía quedarse a dormir en la granja porque era el cumpleaños de su padre y habían quedado en salir a cenar. ¿No podría llevarla él? La propia Beth la habría acompañado, desde luego, pero Adam estaba en el baño y no podía dejarlo solo. Stephen cortó sus explicaciones diciendo que no había inconveniente y que iría al cabo de unos minutos.

Por suerte aún no había bebido. Uno de los sistemas que había puesto en práctica en bien de su salud consistía en retrasar la hora de los tragos cada día un poco más.

Justine esperaba en el jardín. Beth estaba en la puerta, apenas visible tras la rendija.

—Buenas noches —se gritaron la una a la otra—. Que lo paséis bien —añadió Beth.

Stephen agitó la mano, pero no salió del coche.

Mientras Justine se instalaba en el asiento del pasajero y se ajustaba el cinturón, él dijo:

—No sé dónde vive.

—En Hetton-on-the-Moor.

—Pues sigo sin saberlo.

—Está al otro lado del bosque. No se preocupe, yo le indicaré.

—¿Queda lejos? —No sabía si tendría suficiente gasolina.

—Nueve kilómetros.

No quedaba lejos, aunque allí las distancias engañaban. Los caminos vecinales daban muchos rodeos, y siempre te quedabas corto al calcular el tiempo. Y luego estaba el bosque, con su carretera estrecha, kilómetro tras kilómetro de espesura impenetrable.

—¿Queda cerca Woodland House?

—¿La casa de Kate Frobisher? Sí, a unos tres kilómetros del pueblo.

—¿Es una de las feligresas de su padre?

—Sí, pero no de las beatas. —Una pausa mientras el coche se bamboleaba al dejar atrás la hierba del arcén. Los faros iluminaron setos cubiertos de hielo—. ¿La conoce?

—La he visto un par de veces. A Ben sí lo conocía bien. Hice varios reportajes con él.

—Bosnia.

—Exacto. —Lo sorprendió que lo adivinara. Para ella aquello debía de ser historia.

—Leí el libro. Ahora, a la izquierda.

Él tomó el viraje. Los faros revelaron el denso bosque.

—Fue el último libro que hicimos juntos.

Ella murmuró que todo aquello era muy trágico. Él convino en ello. Después viajaron en silencio. A Stephen le parecía que el siseo de los neumáticos en la nieve húmeda lo aislaba del mundo. Aún no había tenido tiempo para asumir la noticia de la venta de la casa, pero empezaba a darse cuenta de que era un hombre libre. Soltero. No sabía si se sentía eufórico o asustado, aunque le parecía que más cerca de lo primero. Tenía la impresión de estar emprendiendo una excursión al campo, en lugar de, simplemente, acompañar a casa a la niñera de su sobrino.

—Esas pellas de lechuga fueron un tanto a su favor.

—Le gustaron, ¿verdad? Y no hace falta hervirlas para extraer los cráneos.

—Es verdad —sonrió ella—. Mañana las etiquetaremos. Eso lo mantendrá ocupado. Luego haremos un estudio en toda regla: tantos ratones, tantas musarañas, cuál es el porcentaje de cada especie en la dieta de una lechuza... A propósito, ¿podría indicarme dónde está el árbol? Es que vamos a necesitar muchas pellas.

—Claro que sí. Cuando quiera. Parece que Adam le da mucho trabajo.

—No importa. Lo echaré de menos si me voy a hacer ese curso.

—No parece un chico fácil. Es... —Se interrumpió.

—Raro, sí, pero no creo que tenga nada grave. Beth estaba desesperada cuando le dijeron que Adam tenía el síndrome de Asperger.

Él no podía dejarle adivinar que no lo sabía.

—Aún no comprendo realmente lo que es eso.

—Básicamente, la dificultad de ver a los demás como personas. Es como si, al mirar ahí —señaló los árboles iluminados por los faros—, no pudiera ver una diferencia esencial entre esos árboles y yo. Eso significa que no puedes ponerte en el lugar del otro para ver las cosas desde su punto de vista, porque no concibes que él pueda tener su propia vida interior y pensar de modo diferente a como piensas tú.

—¿Y para ti es como un objeto?

—Sí.

Stephen se quedó pensativo, tratando de relacionar esta información con lo que había observado en Adam. No lo conocía lo bastante.

—No sé si esas etiquetas sirven de algo. A mí me recomendaron que fuera a ver a un psiquiatra. El periódico para el que trabajaba quería que me pusiera en tratamiento.

—¿Qué le ocurría?

—Que empezaba a aullarle a la luna.

—No, en serio, ¿qué tenía?

—Pesadillas. Lo normal. Si quiere el nombre, fatiga nerviosa postraumática. No sé. Al final decidí que lo de ir al psiquiatra no era para mí. Al fin y al cabo, nadie me obligaba a meterme en esas situaciones. Al contrario, suplicaba que me enviaran, era idea mía. Y si tú te lo has buscado, no puedes quejarte. No tienes derecho a esperar conmiseración.

—Suena como si pensara que no merece que lo ayuden.

—No parece que los demás puedan ayudarte. Yo creo que tienes que hacerlo tú mismo. Sobre todo, si ha sido idea tuya. —No era la conversación más adecuada: muy personal, muy seria, pero él no sabía por dónde salir—. Un hombre, un superviviente del Holocausto, hablaba de que en Auschwitz había visto salir el sol, y decía que era negro. Pero esa experiencia no la eligió él. Se la impusieron. Mientras que a las personas como yo, que andamos por el mundo metiendo la nariz en las guerras ajenas, nadie nos obliga.

—¿Un sol negro?

—Sí. Estamos expuestos a esa posibilidad. Y si acabas teniendo pesadillas, qué se le va a hacer. Vienen con el lote. No puedes ir corriendo al médico a lamentarte: «Pobre de mí».

A continuación guardaron silencio.

—Quizá me equivoque —dijo ella al cabo—, pero me parece que tiene una idea errónea de la psicoterapia. No creo que tenga que ver con la autocompasión, ni con buscar la compasión del médico. Creo que es algo más profundo que eso.

Lo sorprendió tanta vehemencia, y abandonó el tema. Al cabo de unos minutos, preguntó:

—¿Qué planes tiene para cuando termine los estudios?

—No lo sé. Hacer algo relacionado con niños.

—¿La enseñanza?

—No. Había pensado en pediatría. O psiquiatría infantil, pero aún faltan años. En realidad, no lo sé.

—Ah, medicina.

—Sí. —Ella ahogó un bostezo—. Ahora a la derecha y después recto.

—Parece cansada.

—Es la calefacción. Estoy bien.

Cuando él volvió a mirar, se había quedado dormida, agarrada al cinturón como una niña. Fruncía ligeramente los labios al exhalar. Él sonrió y condujo con suavidad, tomando las curvas despacio.

Al llegar a un recodo muy cerrado, Stephen extendió el brazo para sujetarla y sintió que el calor de su cuerpo le quemaba la mano, y que la sensación persistía aun después de retirarla. Ella se deslizó de lado hasta apoyar la rodilla en el muslo de él. Stephen percibía intensamente el calor que despedía el cuerpo de la muchacha. No quería que el viaje terminara. Mientras estuviera dormida, podía considerarla suya. En cuanto despertara, él tendría que acomodarse a la implacable realidad: que era la *au pair* de su cuñada y tenía veinte años menos que él.

En una recta, se arriesgó a mirarla. La cara estaba en sombra. Sólo se veían las manos, cruzadas blandamente en el regazo. Tenía un vello fino y dorado en las muñecas que relucía al leve resplandor del salpicadero. «Qué piel tan tersa y fina, qué gusto poder tocarla», pensó y, de mala gana, volvió la mirada hacia la carretera.

Demasiado tarde. Fugazmente, vio una mancha roja en el asfalto. Le pareció oír un golpe sordo antes del chirrido de los frenos. El coche derrapó, pero él consiguió enderezarlo, no sin divisar durante un instante, entre los árboles, la pronunciada pendiente que caía hasta el arroyo de un hondo valle. Frenó a fondo con una brusca sacudida.

Justine estaba despierta, mirándolo sin pestañear.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé.

—¿Lo hemos atropellado?

—No lo sé. No se mueva. —Ella se soltaba el cinturón—. No, quédese aquí.

Stephen se apeó con el estómago revuelto. Notó olor a goma quemada, a helecho tierno y tierra mojada. Tanteó las ruedas, temeroso de lo que pudiera encontrar. Ahora no se oía nada, sólo, de vez en cuando, un roce y un golpe sordo cuando una masa de nieve se desprendía de alguna rama. Lo que fuera, debía de estar muerto, afortunadamente, porque él podía habérselas con la muerte, pero temía tener que rematar un animal herido. Sus dedos palparon una sustancia húmeda, pero cuando los miró a la luz de los faros vio que era barro. Miró debajo de las ruedas, se irguió, escudriñó la carretera.

—¿Se ve algo?

—No; debe de estar más atrás. Le habremos pasado por encima.

—Sería un conejo. Ahora pululan por aquí.

También él los había visto: recién salidos de la madriguera, brincando sin miedo por la hierba del arcén o sorprendidos en medio de la carretera, temblorosos cuerpecillos deslumbrados por los faros. Pero no creía que aquello fuera un conejo. Recordaba la mancha roja.

—Hay una linterna en la guantera. ¿Puede ver si la encuentra?

La oyó revolver. Luego ella se apeó linterna en mano y, juntos, desanduvieron el camino. El bosque se extendía en todas las direcciones, con roces furtivos que cesaban al pasar ellos, hocicos que olfateaban el aire, ojos invisibles que los seguían. Gruesos copos de nieve danzaban en el vacilante haz de luz.

—¿Sabe? Empiezo a pensar que quizá se haya librado. —Stephen habló con tono neutro, pero de buena gana se hubiera puesto a cantar. No quería que hubiera muerte en ese viaje.

Siguió con la linterna a Justine, que se paró en lo alto del terraplén derecho, iluminada sobre el fondo oscuro del bosque. Cuando ella se volvió, Stephen desvió el haz para no deslumbrarla.

—¿Qué cree que habrá sido?

—Un zorro, quizá.

—Podría ser. Anoche oí ladrar a uno. Han empezado a aparearse. Me despertó.

Él estaba deseando volver a casa y cerrar las cortinas a aquella oscuridad poblada de gritos de celo y dolor.

—No se ve ni rastro. Volvamos al coche.

—Echaré un vistazo aquí detrás. Hay un sendero, ¿lo ve?

Antes de que Stephen pudiese responder, ella se agachó, pasó por debajo de la cerca de alambre de espino y desapareció en el bosque.

Él se quedó en la carretera. Ahora la nieve caía más aprisa, los copos se arremolinaban a la luz de los faros pero desaparecían al posarse en el suelo mojado. Poco a poco, él fue habituándose a la oscuridad. No quería alejarse del coche, que sobresalía del estrecho arcén, y se paseaba arriba y abajo, golpeando el suelo con los pies. La luna llena descansaba en lo alto de un pino. Llamó a Justine un par de veces,

pero su voz resonaba de un modo inquietante en el túnel verde de la carretera, despertando ecos en la oscuridad. Al fin le pareció que lo más simple, y hasta lo más seguro, sería esperar en silencio. Más valía no llamar la atención. Le vino a la memoria la densa oscuridad de las noches de África: la presión de los recuerdos se acumulaba bajo la fina membrana de la vida diaria como el pus en un forúnculo.

—¡Justine! —volvió a gritar.

Como ella no contestaba, Stephen trepó al terraplén, decidido a buscarla. En la linde del bosque, había matas de perifollo casi tan altas como él. Tallos secos que crujían ligeramente cuando él los apartaba. Esperó junto a la cerca, a oscuras, porque la pila de la linterna parecía agónica. Al fin, un siseo de pasos en la hojarasca le anunció la vuelta de la muchacha. Encendió la linterna y el corazón le dio un vuelco: por el sendero del bosque venía una criatura de cara blanca y ojos incandescentes.

Cuando estuvo cerca, Stephen la notó nerviosa. Quizá era el silencio de él, o quizá la quietud del bosque. Tenía la respiración acelerada.

—¿Nada? —preguntó.

—No. Nada —contestó ella.

Estas palabras, dichas en voz baja, les devolvieron cierta sensación de normalidad. Él se volvió y empezó a bajar por el terraplén, tropezando con los helechos, camino del coche. Entonces la oyó ahogar una exclamación. Al mirar atrás, la vio aún junto a la cerca, con el cuerpo doblado. Se le había enganchado la chaqueta en el alambre.

—Lo siento —dijo él—. Yo debería...

Retrocedió y trató de soltarla. Tardó lo suyo, porque no quería romper la tela. Respiraba con dificultad y tenía los dedos torpes. Se arañó la mano con el espino, y se alegró, porque el dolor le hizo pensar en algo que no fuera la proximidad de la muchacha. Ella sonreía, tan violenta por la situación como él. Finalmente, Stephen se incorporó y preguntó:

—¿Está bien? ¿No se ha hecho daño?

Ella apartó su densa melena mostrando, en un lado del cuello, una larga raya roja que desaparecía bajo el jersey, cuajada de gotitas de sangre que, a aquella luz, parecía negra.

—Esto tiene mal aspecto.

Casi no sabía lo que decía. Sólo era capaz de mirar fijamente el corte rojo en la piel blanca. Deseaba cubrirlo con la mano, palparlo con los dedos. Fue como si se le hubiera rajado la mente, como si el tejido de su vida diaria se hubiera roto y todas sus inhibiciones y reservas escaparan lentamente por el desgarró para disolverse en el aire nocturno. Extendió los brazos hacia ella y la besó. Superada la sorpresa, ella lo besó a su vez. Lo asombró la rapidez de su respuesta. Le sostuvo la cabeza entre las manos y aquel pelo lleno de vida pareció que iba a soltar chispas al contacto con sus dedos, que lo acariciaban palpando el engarce prodigioso de los huesos del cráneo.

Tenía la mente en blanco. No existía el pasado ni el futuro, sólo sus cuerpos abrazados en la oscuridad, en la linde del bosque.

Al fin se separaron, mirándose a la cara. No era la mirada cómplice con que los enamorados bucean cada uno en las pupilas del otro, sino el interrogante con que se indaga en los ojos de alguien que aún nos resulta extraño.

—Bien —dijo él, tratando de aparentar naturalidad sin conseguirlo. No le quedaba aliento suficiente para imprimir en la voz el tono que deseaba.

Ella lo miraba sin pestañear, insegura, tan cauta como él.

Stephen tragó saliva.

—Lo siento —dijo—. Esto no debería haber ocurrido.

Qué palabras más absurdas, se reprochó al punto. Eran dos personas adultas y libres que obraban con pleno consentimiento. Ella le había devuelto el beso. El silencio empezaba a pesar. Volvió a probar:

—Vamos, te llevaré a casa.

Ella dio media vuelta y bajó por el terraplén con paso firme, sin mirar a derecha ni izquierda. Él la siguió más despacio, enfocando la linterna a distancia, para alumbrarle el camino.

Casi había llegado al coche cuando lo vio: una masa roja de pelo acartonado y huesos astillados. Se sentó al volante y puso en marcha el motor. Se alegraba de que ella no lo hubiera visto; podía parecer una tontería, pero era un alivio.

Había silencio en el coche. Los dos miraban al frente mientras él conducía, ahora más despacio y con precaución, y los faros exploraban la oscuridad que envolvía los árboles. Stephen no sabía qué decir. No podía volver a disculparse, aunque la muchacha no había protestado. Era sólo que él había provocado una situación que no deseaba y ahora no sabía cómo salir de ella. Con su silencio trataba de dar a entender que aquello había sido un incidente trivial; pero no parecía que el silencio pudiera transmitir el mensaje. A cada minuto que pasaba, el beso adquiría más importancia. Los dos respiraban deprisa, como si temieran que el otro, al percibir una respiración honda, pudiera confundirla con un suspiro. Él sentía una opresión en el pecho. Con el rabillo del ojo veía los muslos de la muchacha, un poco separados, y el surco que el cinturón le marcaba entre los pechos.

—Aquí debió de encontrar Adam el hurón —dijo al fin.

—Fue ahí detrás. A Beth no le gusta que venga solo hasta aquí.

—Si fuera hijo mío, yo no lo dejaría. Si los animales no pueden ver los coches, ¿cómo va a verlos él?

Poco a poco, los árboles iban espaciándose y el bosque quedó atrás. Buscando tema de conversación, él le preguntó si alguno de sus amigos se había tomado un año sabático y si ella se proponía tomárselo. Se lo había planteado, pero había desistido. Al parecer, las facultades de Medicina no aprobaban la idea.

—Piensan que pierdes el ritmo —explicó—. Y probablemente tienen razón. —Su voz, que al principio sonaba ronca y forzada, iba aclarándose y afianzándose. Ella estaba haciendo un año sabático forzado y, desde luego, había perdido el ritmo. Tenía el cerebro embotado.

—Recuerda que has estado enferma.

—Sí, pero ya estoy bien.

—Lo que necesitas es tener nuevas experiencias.

—Sí. —Esto pareció divertirla.

Volvió a haber un poco de tensión cuando él paró el coche delante de la casa parroquial, un edificio georgiano alto, estrecho, con tejado a dos aguas, situado al borde del prado comunal, detrás de un bosquecillo. Stephen rodeó el capó para abrirle la puerta.

Ahora, frente a frente, expuestos súbitamente al frío, se miraron por primera vez. Los ojos de la muchacha relucían al claro de luna. Algo despertó en Stephen, algo sin nombre, irracional y mucho menos sano que el deseo. Volvía a notar el olor de la escalera de Sarajevo, y se llenó los pulmones de aire frío. Ella tenía los labios entreabiertos.

—Sí, bueno... —dijo él dando un paso atrás.

—Adiós.

Ella levantó la mano y se alejó rápidamente por el sendero. La puerta proyectó una franja de luz dorada sobre la nieve pisada, y la muchacha desapareció.

Al despertar a la mañana siguiente, Stephen advirtió que la excitación de la noche anterior había dado paso a la depresión. Se había comportado como un idiota. Lo peor era que aún se sentía atraído por aquella muchacha, pero nada podía hacer. Ella podía venir o no venir, como mejor le pareciera. Él no pensaba ir a buscarla, desde luego.

Se había desvanecido aquella sensación de que ante él se abrían nuevas posibilidades. A las nueve, mucho después de la hora en que debía ponerse a trabajar, aún estaba sentado en una butaca, cavilando sobre el fracaso de su matrimonio.

11 de septiembre de 2001. No era una fecha de las que se olvidan fácilmente, y mucha gente tenía para recordarla motivos personales mucho más graves que los suyos. Parecía egoísmo recordar aquel día por motivos personales, pero también habían existido, como todos los días. La gente se enamoraba o desenamoraba, se caía por una escalera mal iluminada, conseguía empleo o lo perdía, tenía un infarto, daba a luz, miraba una mancha en una radiografía o la segunda raya azul en la prueba del embarazo.

Al cerrar los ojos, a su mente acudían imágenes de personas traumatizadas cubiertas de polvo de yeso. Un polvo gris que te taponaba las fosas nasales y te pegaba los párpados. Que crujía en el suelo del vestíbulo del hotel. A trompicones, subió la escalera y avanzó por el pasillo hasta su habitación, en la que el televisor reducía los hechos del día a imágenes silenciosas, eliminando el estrépito y el tumulto, el polvo, los escombros, los gritos y el golpe de los cuerpos al estrellarse contra el suelo, imágenes que las cadenas repetían y repetían, en un vano intento de hacerlas creíbles: era el equivalente visual de lo que oías en la calle una y otra vez. «Hostia. Joder. Ay, Dios».

Pasada la medianoche, demasiado mareado por el cansancio y la bebida como para recordar la diferencia horaria, Stephen llamó a Nerys. El teléfono sonó por lo menos veinte veces. Mientras esperaba, se pasaba la lengua por los dientes y aún encontraba arenilla, a pesar de que acababa de cepillárselos. Esperaba que su voz sonara con normalidad mientras, sentado en la cama, veía por enésima vez chocar el segundo avión contra la otra torre. Ella contestó bostezando.

—Soy yo, Nerys. —Al no recibir respuesta, añadió—: Quería saber cómo estás.

—Stephen, te he llamado pero no he podido comunicar.

—No; las líneas están colapsadas.

Silencio. Él imaginaba sus pechos iluminados por la luna, no tan firmes como antes, pero aún hermosos. Cuántos años de llamadas nocturnas desde habitaciones de hotel. Con el tiempo, ella había ido distanciándose, y no podía reprochárselo. Cerró los ojos y se quedó traspuesto, pero el recuerdo del golpe de un cuerpo al chocar

contra el suelo lo despejó instantáneamente. Para ahuyentar el sonido, pensó en los pechos de su mujer y fue recompensado con un momento de voluptuosidad. A veces, cuando te sientes saturado de muerte, cuando ya no asimilas más, el único alivio es el sexo.

—¿Has estado cerca?

—Sí, muy cerca, pero me han hecho volver atrás. —Temía que ella estuviera durmiéndose—. Nerys, se me ha ocurrido una idea.

—¿Sí?

Su tono paciente, de maestra de escuela, lo dejó cortado y molesto. Trató de recordar lo que era su matrimonio al principio, cómo una noche, mientras él pintaba una puerta de su primera casa, Nerys se le acercó por detrás y le frotó el pene con la mano, y él sintió su jadeo cálido en la espalda. «No puedo esperar más —había dicho ella—. Ven a la cama ahora mismo.» Y cómo un día, a la luz gris del amanecer, sin poder contenerse, él la penetró furtivamente y se quedó muy quieto, sintiéndose culpable, y entonces, como por un milagro, ella arqueó la espalda y lo recibió riendo, y él comprendió que sólo fingía dormir. Eran apasionados, insaciables. Él despertaba por la mañana sintiendo en todo el cuerpo el recuerdo de sus manos y deseándola antes de abrir los ojos.

—¿Podríamos volver a Suffolk? —Su primer fin de semana lo habían pasado en Suffolk, en la costa, en Shingle Street.

—¿Me llamas para decirme eso?

—Sólo estaba pensando. —Lo que él quería decir no era «¿Podríamos volver a Suffolk?» sino «¿Podríamos volver?».

—Estará muy cambiado —dijo ella—. Shingle Street debe de estar muy estropeada.

Se oyó un ruido de fondo.

—¿Estás en la cama?

—Pues claro que estoy en la cama.

—Me ha parecido oír a alguien.

—No puedes haber oído a nadie.

Tenía que creerla. Pero se puso a pensar. Está el hombre que arregla el jardín, el que hace trabajos de mantenimiento, el que repara el coche, el que la ayuda con la declaración de la renta...

—He pensado en dejar esto.

—¿Qué?

—Esto.

—Oh. —Parecía desconcertada, a pesar de que llevaba años pidiéndole que solicitara un puesto de oficina en Londres—. Lo dices pero no lo piensas.

—Creo que esta vez estoy decidido.

—¿Cuántos tragos has tomado?

—Unos cuantos.

—Dímelo cuando estés sobrio y te creeré.

Si seguían hablando, acabarían peleándose.

—De acuerdo. De todos modos, siento haberte despertado.

Y entonces, en el momento en que iba a dejar el teléfono, Stephen oyó la voz ronca y malhumorada de un hombre que, medio dormido, olvidando la prudencia, decía:

—¿Quién puñeta es?

Y Nerys, rápidamente:

—Acabo de poner las *Noticias del Mundo*, cariño, a ver si me ayuda a dormir.

¡Adiós!

El teléfono enmudeció. Stephen hundió la cabeza en la almohada pensando: «Hostia. Dios.» Pero hacía tiempo que lo sospechaba. Ella no era la misma desde hacía meses, años probablemente, sólo que él había preferido no darse por enterado. Su pensamiento tanteaba en la oscuridad. Una llamada telefónica, y todo había cambiado. Pero entonces pensó: «No ha cambiado nada.» Probablemente, dormían juntos siempre que él se iba. Hacía años, quizá. La única novedad era que ahora él ya no podía seguir cerrando los ojos.

Resignado a pasar la noche en vela, Stephen se levantó, se puso un albornoz raído y áspero, cogió una botella de whisky y se dirigió a la habitación de Ben. En el pasillo, alfombra mullida y aire viciado. Sólo parecía real la acumulación de huellas grises frente a la puerta de Ben. Llamó con los nudillos, preparándose para una decepción.

—Pase.

Ben aún estaba vestido, viendo televisión a oscuras, con el reflejo azul de la pantalla en la cara. Al ver entrar a Stephen, quitó el sonido y encendió la lámpara que había junto a su sillón. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo húmedo. Al igual que Stephen, se había quitado casi todo el polvo con una ducha. Sus cámaras estaban en una mesa, al lado de la ventana.

—No puedo dejar de mirar.

—Yo tampoco. Ridículo, ¿verdad? Teniéndolo aquí al lado. —Se sentó—. ¿Vas a salir otra vez?

—Sí, dentro de unos minutos. He venido para limpiarme el polvo.

Stephen levantó la botella. Ben sacó vasos del cuarto de baño y los sostuvo mientras Stephen servía el whisky. Brindaron en silencio y se volvieron hacia la pantalla.

—¿Crees que hoy ha cambiado el mundo?

—Creo que América cambiará.

—Yo pienso que las cosas han cambiado. Me refiero a un cambio real. Esto ha sido planeado para ser retratado, ¿y qué he hecho yo? Pasarme todo el condenado día haciendo fotos. Lo mismo que todo el mundo. Porque sentimos la necesidad de

guardar constancia visual. Es el ansia de espectáculo. Y ellos la han utilizado contra nosotros, lo mismo que han utilizado contra nosotros nuestra propia tecnología.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no deberíamos cubrirlo?

—No sé lo que quiero decir. Pero sé que algo ha ocurrido... y no es sólo que los norteamericanos hayan descubierto que también ellos son vulnerables.

Stephen bebió un sorbo de whisky.

—He llamado a Nerys.

—Ah, qué bien. Yo no he podido hablar con Kate.

—Estaba en la cama con otro.

Una pausa. Por fin, Ben apartó la mirada de la pantalla.

—Joder, Stephen, lo siento.

—No es nada, si lo comparas con lo que hoy le ha ocurrido a mucha gente. Sales de casa para ir a trabajar y...

—Toma otro trago.

Él no quería otro trago. Lo que quería era estar fuera de su propia piel, pero eso era imposible. Se hundió los dedos en la cara, en la mandíbula, bajo los pómulos, en la cuenca de los ojos, como para recordar cómo encajaba todo.

—No, ya basta, gracias. Tomaré un par de somníferos y me olvidaré de todo. — Al volverse, señaló las cámaras—. ¿Has conseguido buenas fotos?

No recordaba la respuesta de Ben, pero ahora la sabía: Sí, muy buenas fotos. Siempre las había conseguido, hasta el final, hasta la última, la que lo mató. Echaba de menos a Ben. Más que a Nerys, la verdad. Era sorprendente, aunque quizá no tenía por qué serlo: con Ben había compartido más cosas.

Negó todo el día. Al anochecer, el suelo estaba blanco. Después de un mal comienzo, Stephen trabajó hasta las cuatro y sólo entonces se permitió pensar en Justine. Estaba seguro de que vendría, aunque casi consiguió desear que no lo hiciera, pero cuando, más alerta de lo normal, oyó crujir sus pasos, fue a la puerta y la abrió antes de que ella llamara.

—Adam no puede venir —dijo la muchacha, golpeando el felpudo con las botas—. Tiene fiebre.

Quizá era verdad.

—¿No prefieres esperar a que esté bien?

Ella lo miró.

—No; como no puede ir a la escuela, necesito algo para que se entretenga.

—Pues vale más que salgamos cuanto antes. Es mejor no entrar en calor si después hay que pasar frío. —Se puso la chaqueta—. ¿Y el coche?

—Arreglado. Beth ha llamado a la Asociación del Automóvil. Para ella la cosa es tan grave como para mí. Si yo no vengo, tiene que quedarse en casa.

Stephen abrió la puerta trasera. Lucía una luna llena increíblemente grande, llena de estrías y cráteres, suspendida en el espacio. La nieve estaba tersa, sin más marcas que las huellas de los pájaros alrededor del comedero; hasta el estanque había quedado a ras del césped, la franja de juncos secos de la orilla ponía sombras azules en la nieve.

—Yo iré delante.

Él avanzaba por el sendero con cautela, levantando flecos de nieve con las botas. Se volvió hacia la muchacha. Ella inclinaba la cabeza para ver dónde ponía el pie y en su cara se reflejaba el resplandor del camino blanco. El seto de espino que separaba el sendero del jardín tenía una gruesa capa de nieve. Él lo rozó con el hombro al tirar de la verja y una porción le cayó en la cabeza y los hombros. Flotaba en el aire el vaho de su respiración.

Echaron a andar por el campo, ahora uno al lado del otro. Hablar hubiera sido un alivio, pero él no sabía qué decir y, además, necesitaba el aliento para subir la cuesta. No quería que se le notara el jadeo. La luna que inundaba el cielo proyectaba en la nieve sus sombras negras y alargadas. Al llegar al bosquecillo, él se paró a escuchar, pero, aparte del crujir de las ramas, no se oía nada.

—Es ahí arriba —dijo.

Encontraron el árbol y hurgaron en la nieve entre las raíces, buscando pellas. Ella se metió una docena en el bolsillo.

—Ya es suficiente —dijo.

Bajar era más difícil. Justine tropezó y él alargó la mano para sujetarla, pero en cuanto recobró el equilibrio ella se apartó. Al salir del bosque, se detuvieron un momento a contemplar los blancos campos. De pronto, ella lo asió del brazo.

—Mira —dijo.

Una lechuza, quizá la dueña del nido, estaba de caza, cuadrículando el campo helado con un vuelo implacablemente preciso. Ninguna criatura viviente que se moviera allá abajo podría escapar de su pico y sus garras emplumadas. Él la imaginó comiendo, cómo la garra introducía en el pico, con obscena delicadeza, una cola que se resistía mientras los grandes ojos dorados parpadeaban lentamente. De derecha a izquierda, arriba y abajo. Debía de ser una ilusión, pero le pareció sentir en la cara el aire del aleteo. De pronto, el ave detectó movimiento y abatió el vuelo. Y al poco, levantando nieve con sus grandes alas, se elevó con una pequeña y blanda criatura que se debatía entre sus garras.

—Qué extraño, ¿verdad? —comentó Justine—. Uno se siente afortunado al ver algo así, y en realidad es espantoso.

Cuando empezaron a bajar la cuesta, él dijo:

—¿Quieres beber algo antes de irte? Debes de estar helada.

—¿En tu casa?

—Sí. O en cualquier sitio. Lo que prefieras.

Ella reflexionó. La curva de su mejilla perfilada al débil resplandor de la luna recordaba la de Adam.

—Está bien —dijo sonriendo.

Fue una sorpresa. Stephen esperaba cualquier cosa, incluso que fuera virgen, todo menos aquel orgasmo rápido, casi silencioso, y aquellas uñas apremiantes que se le hincaban en las nalgas. A él le llevó mucho tiempo. Lo último que esperaba, después de varias semanas de celibato, era quedarse parado en la línea de salida con los calzoncillos en los tobillos. Y ella debió de pensar que necesitaba ayuda porque, en el último momento, le metió con fuerza el índice en el ano. Cuando al fin pudo hablar, él dijo:

—Hostias, mujer.

Ella lo miró como una gatita ofendida.

—Hay gente a la que eso le gusta.

¿Gente? ¡Si era la hija del párroco, por Dios! Echados boca arriba, miraban los copos de nieve que bailaban frente al cristal. El reflejo de la luna en la nieve inundaba la habitación. Ella le había pedido que no encendiera la luz, él supuso que por timidez. Ahora ya no sabía qué pensar. Al cabo de un rato soltó una risa profunda y convulsa que hizo que el cabezal de la cama golpeará la pared.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Qué?

—Ha sido fabuloso.

La nevada que caía desde hacía una hora ahogaba todos los sonidos, menos el de su respiración. Observó el reflejo de la luna en los ojos de ella. Anclándose en el presente, cerró los ojos y se concentró en aspirar el olor salobre de la muchacha que le impregnaba los dedos.

Bruscamente, con un movimiento elástico, ella saltó de la cama, se puso la camiseta y bajó corriendo la escalera.

Él la siguió minutos después, sintiéndose viscoso, agotado, escuálido y maduro, y la encontró en la cocina, friendo huevos con tocino.

—Me muero de hambre —dijo—. ¿Tú no?

Durante las primeras semanas de trabajo, Peter parecía simplemente aburrido. Llegaba con puntualidad, llevaba, traía, levantaba, mezclaba el yeso, sostenía el cubo, cortaba tela y, cuando no se precisaba su ayuda, se iba al rincón del taller y se quedaba inmóvil entre las figuras de yeso, de manera que a veces Kate se olvidaba de su presencia y tenía un sobresalto cuando percibía movimiento con el rabillo del ojo.

Aquello cambió cuando la figura empezó a tomar forma; ella conocía el proceso: la sensación creciente mientras eriges, cincelas, retocas y vuelves a cincelar, de que en el taller hay alguien más. El momento clave llegó cuando la figura —él— adquirió rasgos faciales. Kate observó, divertida, cómo cambiaba la actitud de Peter. Antes daba la espalda al armazón con toda naturalidad, mientras que ahora, cuando hablaba con ella,ladeaba los hombros como hace el que siente la necesidad de incluir en la conversación a otra persona.

Al darse cuenta de que ella lo notaba, Peter dijo con una risa forzada:

—Tengo la sensación de que debería hablarle. Me parece una falta de educación no hacerle caso.

Estaba fascinado por el proceso, o quizá por la figura y lo que representaba. En cualquier caso, ya no era el ayudante indiferente y pasivo. Ahora ponía en el trabajo no sólo músculo sino también cerebro, y ello hacía difícil para Kate mantener claro su propio concepto. Continuamente, sentía el pensamiento de él pugnar con el suyo en el silencio del taller.

La naturaleza del yeso impone trabajar deprisa, obliga a decidir con rapidez, y ahora muchas veces ella tenía que parar y esperar ayuda. Entre la decisión y la acción mediaba un intervalo mientras esperaba que él mezclara el yeso o le entregara el cincel. Un día, obligada por el cansancio y el dolor, Kate tuvo que dejar que él aplicara el yeso, y fue como morir un poco. Mientras observaba cómo las manos de él agregaban el yeso, se repetía que no importaba quién lo pusiera, siempre que ella y sólo ella lo modelara.

Pero vaya si importaba. Su concepto de la figura se había desdibujado, se había hecho más «fluido», para usar un término positivo; pero su manera de trabajar no era «fluida». Normalmente, ella tenía la obra bien definida desde el principio, de manera que el proceso de cincelado venía a ser casi como el desvelado de una figura ya existente, que sólo esperaba ser exhibida. Peter había perturbado ese proceso. A veces, al volver la cabeza desde el andamio, lo veía plantado allí abajo, moviendo los dedos maquinalmente como si fuese él quien manejaba el cincel.

La actitud de Kate hacia Peter cambió. Al principio, casi no le decía nada, aparte de un breve saludo por la mañana y un comentario acerca del tiempo; pero, una vez empezaban a trabajar, ni eso. Y, ya fuera porque la inclinación de Peter coincidía con

la de ella o porque poseía el don de intuir lo que deseaba la gente, también él se mostraba totalmente impersonal.

Pero ahora aquellas manos nerviosas habían despertado la curiosidad de Kate. Le preguntó si pensaba dedicarse a las artes plásticas. No, respondió él, no tenía dotes para eso. Él quería ser escritor. Era una revelación que apenas podía considerarse íntima, pero casi había tenido que arrancársela. Se sintió como si hubiera cometido una indiscreción, a pesar de que, dadas las circunstancias, la pregunta era natural y casi obligada.

—¿Y por eso trabaja de jardinero? ¿Es su medio de vida para poder escribir?

—Sí; también podría dar clases, pero...

—No —convino ella—. El inconveniente de la enseñanza es que lo obligaría a utilizar la misma parte de su mente. El trabajo del maestro, si se hace bien, es creativo. No hay peor profesión para un artista, ni para un escritor.

—Y no sólo eso. También es un mundo cerrado. Hice un máster en Escritura Creativa, y la mayoría de los estudiantes pensaba dedicarse a enseñar esa materia. — Otra de aquellas sonrisas raras y atractivas—. De todos modos, disfruto con la jardinería. Me gusta trabajar con las manos.

A Kate la tranquilizó aquella conversación. Le resultaba fácil identificarse con la situación: buscas trabajos eventuales para ganarte la vida, porque lo que tú quieres hacer no da para vivir. Eso situaba a Peter en un contexto que ella comprendía. La propia Kate había tenido que utilizar ese recurso —servir mesas, trabajar en la barra de un bar, hacer camas en un hotel— mientras estudiaba e incluso años después. Ahora le parecía conocer mejor a su ayudante. Pero luego volvieron las largas horas de silencio y, de vez en cuando, al apartar la mirada del trabajo, ella observaba aquellos extraños movimientos involuntarios de las manos de Peter. Un día, al entrar en el taller, lo encontró con el mazo y el cincel en las manos, como si los sopesara. Al verla, los soltó de inmediato.

Ella no tenía por qué disgustarse.

El invierno de aquel año era caprichoso. Un día de sol resplandeciente anunciaba que la primavera estaba en puertas y, de repente, volvían las heladas. La polla de agua patinaba de nuevo en el estanque helado y un sol débil no llegaba a dispersar la bruma ni a mediodía.

Uno de esos días, Kate pidió a Peter que la llevara al aserradero, para proveerse de leña y, de paso, comprar un saco de virutas para la escultura. Buscaba una textura más áspera, y las virutas mezcladas con el yeso podrían dársela. Quería una superficie rugosa, parecida a la del tronco de ciertos árboles.

Era la primera vez que subía a la furgoneta de Peter. Estaba en las últimas y parecía un milagro que aún pudiera circular, pero tenía su encanto. Peter estaba

encariñado con ella, se notaba por su manera de coger el volante. Ella dejó que la ayudara a abrocharse el cinturón.

Ahora, viajando de pasajera, Kate era aún más consciente de su invalidez. Desde el accidente no había vuelto a sentarse al volante, y se sentía dependiente de los demás. Empezaba a preguntarse si su resistencia a conducir no sería más cuestión de nervios que de incapacidad física. Debería hacer un esfuerzo. En realidad, la disyuntiva era bien sencilla: o volvía a conducir o no podría vivir donde vivía. Quizá pidiera a Peter que se sentara a su lado durante quince minutos mientras ella conducía su propio coche por caminos vecinales. Mirando su perfil, al observar el gesto atento y concentrado con que él miraba por el retrovisor, pensó: «No; se lo diré a Angela.» Sería mejor mantener la relación con Peter en el terreno estrictamente laboral.

En el aserradero, Kate se apeó y saludó con cordialidad a Fred y su hijo Craig. Mientras Peter y Craig separaban los troncos, ella conversaba con Fred, que, como todo el mundo, hablaba de los perjuicios que le había causado la glosopeda. Allí donde fueras, oías la misma historia. El camino que discurría junto al aserradero, que era de uso público, aún estaba cerrado. En un principio, los policías habían puesto la dichosa cinta amarilla en el mismo desvío, por lo que no había manera de entrar ni salir del aserradero, y Fred había tenido que hacer tres visitas y sabe Dios cuántas llamadas a las oficinas municipales para que vinieran a moverla y él pudiera seguir trabajando.

—¿Las cosas no mejoran?

No; él no lo creía posible. El golpe había sido mortal. Kate observaba los pliegues flácidos de la cara de Fred y las venitas rojas de las mejillas, que ya no eran señales de buena salud, fruto de una vida al aire libre, sino síntoma de algo preocupante: la coloración hética, violácea y moteada, precursora, quizá, de una embolia. Craig, que ahora estaba detrás de él, de pronto parecía menos un adolescente larguirucho que un joven robusto, más fuerte que su padre. «Así se suceden las generaciones», pensó Kate cuando los hombres se fueron a cargar los troncos en la furgoneta. ¿Conservaría Craig el negocio de su padre? ¿Habría algo que conservar? Oh, sin duda, pensó mirando al bosque que se cernía sobre el claro como una ola verde a punto de estallar: todo lo relacionado con la madera tenía que resistir, ¿no? Tal vez en algunas granjas se dejara de criar ganado, tiendas y restaurantes podían cerrar —en realidad, muchos ya habían cerrado o estaban cerrando: bastaba con mirar alrededor—, pero el bosque subsistiría.

La temperatura bajaba y los charcos se helaban. Kate lagrimeaba de frío. «Le pediré que al regreso me deje conducir», pensó, como si la depresión de Fred fuera algo que ella tenía que neutralizar dando el siguiente paso por el camino de la recuperación. Eran menos de dos kilómetros por la carretera del bosque, y le haría bien pasar por aquel sitio en particular. Ahuyentaría el fantasma de aquella noche.

Mientras lo pensaba, Kate miraba la parte trasera de la furgoneta. Los tres hombres estaban a un lado, charlando entre nubes de vaho, y el sol se ponía por

detrás de los árboles. La chaqueta a cuadros rojos de Fred hacía juego con el color de sus mejillas y nariz. Ella miró la matrícula de la furgoneta, las salpicaduras de barro y, de pronto, volvió a estar en la carretera del bosque, por la noche, detrás de una furgoneta blanca. Lo había olvidado hasta ese momento. ¿O había sido en otra ocasión? Su mente tanteaba en la oscuridad. No, sin duda fue aquella noche.

La furgoneta de Peter. ¿Cómo podía estar segura? En aquel momento, no había motivo para retener números de matrícula, y debía de haber docenas de furgonetas blancas en aquellas carreteras. En kilómetros a la redonda, casi todas las pequeñas empresas parecían tener una furgoneta blanca. No obstante, estaba segura de que la furgoneta a la que había adelantado aquella noche era la de Peter. Él no había mencionado haber visto el accidente.

Porque no lo vio.

Pero si era su furgoneta, tuvo que verlo. No había ningún desvío después del cruce. Por tanto, él debió de ser la primera persona que llegó al lugar del accidente. Si aquella era su furgoneta. El hombre que se había acercado al coche podía ser Peter, pero él no había avisado a la policía. Llamó otra persona que llegó después. Kate oyó la voz diciendo «... y una ambulancia». No era la de Peter.

Porque él no estaba allí. No llamó a la policía porque no estaba allí. No lo había mencionado porque no estaba allí. Se había puesto paranoica sin motivo.

Ahora venía hacia ella. Kate compuso una sonrisa.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo—. ¿Tiene inconveniente en que a la vuelta conduzca yo?

—No, por supuesto. Pero las marchas van duras.

—Creo que podré arreglármelas.

Él le sostuvo la puerta, siempre tan cortés y servicial. Kate subió al asiento del conductor y se asomó a la ventanilla para despedirse de Fred.

Peter estaba junto a la puerta del pasajero, despidiéndose también. Ella se volvió y vio su figura, aparentemente sin cabeza, con aquella chaqueta, al parecer la única que tenía. Sintió que el corazón se le subía a la garganta.

No podía decir nada. Aquello tal vez fuera la alucinación de una mujer semiinconsciente, una mujer que cuarenta y ocho horas después era incapaz de dar su nombre y dirección a la joven y simpática doctora. Que no sabía que estaba en el hospital. Que no recordaba el accidente. No, no podía mencionarlo.

Él abrió la puerta y se sentó.

—¿Qué sucede? —preguntó bruscamente.

Ella recordó el incidente de las gafas. A la mañana siguiente, se las había dado sin hacer comentario alguno, pero él debió de sospechar que se las había probado. Las gafas fueron directamente a su bolsillo y no habían reaparecido.

—Nada. —Ella forzó una risita seca—. Debe de ser que estoy un poco nerviosa, imagino.

—No esté nerviosa. Yo vigilo. —Y se volvió a mirar atrás, comprobando que no hubiera obstáculos para la maniobra.

Ella aspiró hondo e hizo girar la llave de contacto.

A pesar de su buena amistad con Ben, Stephen sólo había visto a Kate Frobisher en dos ocasiones, la última en una sala de exposiciones donde se exhibían fotografías de su marido. Stephen recorrió la sala, pero se le hacía difícil contemplar algunas imágenes en aquel entorno. Para reaccionar con espontaneidad, tenía que estar a solas con ellas. Se marchó lo antes posible, una vez hubo felicitado a Ben.

Aunque llevaba un mapa le costó encontrar Woodland House, que estaba un poco apartada de la carretera, detrás de unos setos que la ocultaban casi por completo. Como había dicho Beth, la casa estaba aislada.

El chirrido de la grava bajo las ruedas casi era un timbre de alarma, porque Kate apareció de inmediato. Tras cruzar los brazos sobre el pecho, se inclinó para mirar el interior del coche con una sonrisa tímida y cordial. Aún llevaba collarín, aunque del accidente hacía varias semanas. Stephen buscó señales de dolor pero no vio ninguna, sólo dos mechones blancos en la melena oscura, recogida en un moño flojo, que antes no tenía, o quizá sí y ahora ya no disimulaba. Bajó el cristal y ella le alargó la mano, pero al punto la retiró y se disculpó sonriendo mientras se enjugaba arcilla húmeda, o yeso, en una bata manchada.

Él se apeó y, tras una breve vacilación, se besaron en las mejillas brevemente. Esta forma de saludo, apropiada para una concurrida sala de exposiciones, entre bandejas de vino blanco barato, parecía fuera de lugar en el campo. Allí la gente no se conocía lo suficiente para saludarse con besos. Mientras contestaba a corteses preguntas sobre la dificultad de encontrar la casa, él la siguió a un zaguán con suelo de piedra.

Una silla con respaldo de barrotes horizontales, una ventana pequeña sin cortina y una vasija de barro con tres grandes matas de ambrosía que dibujaban intrincadas sombras en la pared blanca. Un interior sobrio, incluso frío, pero entonces ella abrió una puerta y lo hizo pasar a una habitación llena de rojos y azules intensos, y lámparas de luz dorada que incidían en libros y cuadros. Un sol débil que entraba por anchas ventanas amortiguaba el fulgor del fuego.

—¿Quieres una copa? Ginebra, vino...

—Vino blanco, por favor.

Mientras ella servía el vino, Stephen se volvió hacia un lado y vio, sobre una cómoda de roble, un busto de Ben, evidentemente obra de Kate. La pieza poseía una gran fuerza expresiva. De pronto, en la habitación había tres personas, y esta tercera presencia generaba una carga excesivamente potente y compleja para la superficial relación que había entre las otras dos. Encallados entre la charla trivial y la conversación que no podían mantener porque no se conocían lo suficiente, no sabían qué decir. Ella tenía una gota de yeso en la barbilla, que empezaba a secarse y

cuartearse. Stephen deseaba quitársela, hacerla saltar con el pulgar, y hasta inició un movimiento con la mano, pero se contuvo porque le pareció un gesto de excesiva familiaridad.

—Es asombroso —dijo señalando el busto.

—Me alegro de que te guste. Lo hice el verano pasado.

La alusión no podía ser más simple y natural, pero, mientras ella hablaba, la oscilación de las llamas del hogar animó fugazmente las facciones de bronce.

El almuerzo, servido en la mesa de la cocina, era sencillo y apetitoso. Pollo a la cazuela, pan crujiente, queso y fruta.

Stephen recordó haber oído decir a Robert lo mucho que a Kate le gustaba la casa, así que le preguntó al respecto. Ella se animó y se le encendió la cara —antes muy pálida— mientras le explicaba el estado de abandono en que habían encontrado la granja. El anterior propietario no tenía hijos, era muy anciano y hacía años que no se ocupaba de nada. Más que descuidada, parecía sórdida. En su primera visita, la recorrieron alumbrándose con una linterna, horrorizados por la oscuridad de las habitaciones —la hiedra cubría las ventanas—, pero al salir al patio, seguidos por un desolado agente de la propiedad, y ver los establos comprendieron que, a pesar de lo mucho que iba a costar acondicionarla, ésa sería su casa. Tenía que serlo.

—¿Imaginas lo que hay que pagar por una casa con dos estudios en Londres? Por lo menos, dos millones.

—O más. —Tampoco sería barata en el norte, a pesar de que allí, por lo que te cuesta un piso de tres habitaciones en Notting Hill, tienes una mansión campestre con parque y venados—. ¿No te da miedo vivir tan aislada?

Ella se encogió de hombros.

—Los fines de semana viene gente. En esta época del año está más solitario, desde luego.

No parecía importarle el aislamiento. Él supuso que su soledad era más honda, la de una ausencia, y que le daba igual que hubiese o no gente a su alrededor.

—Tengo un ayudante —dijo ella tras una breve pausa—. Viene todos los días menos el domingo.

—Sí. Robert me dijo que habías tenido un accidente.

—Estrellé el coche ahí, en esa curva, y aún tengo problemas en el cuello y la espalda. Así que tuve que resignarme a contratar un ayudante.

—¿No te gusta que te ayuden?

—Lo detesto. A mí me gusta poder andar arriba y abajo y soltar juramentos cuando algo sale mal.

Sonreía al decirlo, pero Stephen intuyó que era verdad.

—De todos modos, no tengo queja de él. Por el momento, el sistema funciona.

No daba la impresión de estar muy convencida. Si aquel encuentro hubiera sido una entrevista, él habría ahondado en el tema para explorar lo que sin duda era una

zona difusa. Pero no era una entrevista. Era una visita a la viuda de su amigo. Y empezaba a caerle bien. Le gustaba su franqueza, su actitud animosa y resuelta.

Stephen no se refirió al motivo de su visita hasta que volvieron a la sala y ella sirvió el café.

—¿Has tenido ocasión de pensar en lo que te dije acerca de las fotos? —preguntó.

—No hay nada que pensar. Estoy segura de que Ben querría que las utilizaras. Y eso me basta. —Le dio la taza y se sentó sosteniendo la suya—. Me hablaba mucho de ti.

—Lo echo de menos.

Una pausa.

—En el estudio tengo parte del material de Afganistán. Sus últimas fotos. —Mantuvo la voz firme, pero los ojos le brillaban. Él desvió la mirada por delicadeza, pero ella añadió—: Y quiero darte las gracias por enviarme esto. —Acarició el amuleto que llevaba colgado de una cadena—. Fuiste tú, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tú encontraste a Ben?

—Sí. Fue instantáneo. No sufrí. Dudo que se diera cuenta.

Ella asintió.

—Me gustaría creer que fue así. Es lo que me dijeron, pero no siempre te dicen la verdad.

—Esta vez sí.

—Me alegro. —Un suspiro—. ¿Y el libro, de qué trata?

—De las formas en que se representa la guerra. No es lo que quieren que haga. Ellos desean anécdotas, ya sabes: «los genocidas más simpáticos que he conocido».

—Pero es lo que tú quieres escribir.

—Sí. Hasta puedo decirte qué me dio la idea. Jules Naudet, ¿sabes?, el tipo que hacía un reportaje sobre la jornada de un bombero novato y se encontró filmando el ataque a las Torres, dijo algo que me impresionó. Llegó un momento en que paró la cámara, no quería grabar a personas ardiendo, y dijo «Esto no debería verlo nadie.» Y entonces, naturalmente, me acordé de Goya.

—«No se puede mirar».

—Sí, pero «Yo lo vi. Esto es lo verdadero». El debate que mantiene consigo mismo, entre el escrúpulo ético de mostrar las atrocidades y la necesidad de decir: «Mirad, esto es lo que ocurre.» Y entonces pensé: Dios mío, aún se nos plantea el mismo problema. Todavía sigue ese conflicto entre el deseo de mostrar la verdad y el pudor sobre los efectos que pueda tener.

—Sí, comprendo. Esta misma conversación la tuve con Ben, oh, qué sé yo cuántas veces. —Volvía la tristeza—. Hubieras debido hacer ese libro con Ben.

—Si uso sus fotos, estaré haciéndolo con él. En cierta manera. Y hablaré de cómo son las cosas, ¿comprendes?, cuando has de tomar una decisión ética al instante.

Mira, yo creo que Ben y Goya tenían algo en común, y es que seguían adelante. No dejaban que las dudas los detuvieran.

—Y hacían bien.

—Yo creo que sí.

Un silencio corto. Stephen observó el temblor de las llamas sobre las facciones de Ben.

—¿Te gustaría ver dónde trabajaba?

—Desde luego.

Stephen apuró el café y se levantó. Cruzaron el patio. El deshielo había durado poco y, con el atardecer, volvía la helada. Las roderas tenían una costra que él aplastaba con los pies. Se detuvieron ante un edificio bajo. Kate sacó unas llaves, hurgó en la cerradura y se hizo a un lado. Él pensó que lo hacía para dejarle entrar primero, pero no, ella se quedó fuera. ¿Era una muestra de tacto, dejarlo solo unos minutos? ¿O no había entrado allí desde la muerte de Ben?

Stephen entró en el estudio pensando que quizá la última persona que había respirado el aire de aquella habitación había sido Ben. Habría células de su piel en la alfombra y cabellos en los almohadones del sofá. El dolor en términos forenses. «Continuamente dejamos caer partes de nosotros mismos», pensó. Caen y se renuevan y vuelven a caer, hasta la caída final.

Polvo por todas partes y una telaraña en el ángulo de la ventana. Los últimos rayos de sol hacían de la trampa mortal un bello adorno.

—El interruptor está a tu derecha.

Stephen lo pulsó, y parpadeó ante la fuerte luz que disipó la vaga presencia que había percibido en la habitación. Dominando el desagrado, se acercó a la mesa. Ordenador, escáner, impresora —mucho más avanzados que los que utilizaba él— y, en la pared de enfrente, archivadores con etiquetas de fechas y lugares. El archivo de una vida de trabajo.

Faltaba la caja de Afganistán 2002; Ben no pudo poner esa etiqueta porque no regresó.

A su espalda, Stephen oyó una voz de hombre que hablaba a Kate, y ella dijo desde la puerta:

—Voy al taller un momento. Vuelvo enseguida.

Stephen sacó el archivador de Bosnia y miró las fotos. Reconoció caras y lugares. Una araña de cristal en una sala de baile devastada; una anciana serbia rodeada de iconos, sentada a una mesa con restos de comida; mujeres y niños que hacían cola en una fuente; una anciana musulmana que bajaba por una calle con una botella de agua en la mano, el único recipiente que tenía fuerzas para transportar, y, de improviso, allí estaba: la muchacha de la escalera.

Miró la foto fijamente, sin comprender cómo podía estar allí. Evidentemente, para hacer esa foto, Ben había tenido que volver a la casa a la mañana siguiente, a primera hora, antes de que llegara la policía. La falda estaba tal como la habían encontrado,

subida hasta la cintura. Era ultrajante. Stephen se indignó por ella, al verla expuesta de aquel modo, pero reconocía que Ben no había hecho nada contrario a la ética. No era una foto falseada; tan sólo había fotografiado el cadáver tal como estaba cuando lo encontraron. No obstante, al ver a la muchacha de ese modo, se hacía difícil no pensar que había sido violada dos veces.

Stephen guardó las fotos rápidamente y salió al patio.

En las largas sombras de la casa y los árboles se instalaba una avanzadilla del hielo. Las gallinas movían con cautela sus patas amarillas y cuarteadas, picoteando en el duro suelo, entre las briznas de paja que relucían como el oro. El gallo miró a Stephen con un ojo de ámbar.

Kate venía sonriendo.

—¿Quieres ver las fotos que hice enmarcar? ¿Tienes tiempo?

El taller era un edificio más alto que cerraba el tercer lado del patio. Por una puerta estrecha se entraba a un pasillo que servía de almacén de material: sacos de yeso, balas de arpillera, rimeros de periódicos amarillentos. Otra puerta conducía a un vasto granero que tenía una pared de vidrio. Oscurecía, sólo las cimas de las colinas recibían un último resplandor.

Las llamas de la estufa de leña refulgían en el oscuro interior del taller. Kate encendió las luces. En el centro, parcialmente oculta por un andamio, había una figura masculina enorme, toscamente cincelada.

—Ahí lo tienes —dijo Kate, suspirando y oprimiéndose la espalda con las manos a la altura de la cintura, como la campesina que ha estado toda la jornada haciendo un trabajo duro. Él se había fijado en sus manos durante el almuerzo. No tenían nada de delicadas, desde luego. Venas gruesas, piel áspera, uñas ralas: las manos que esperarías ver en una casa en construcción.

En un rincón había un grupo de figuras de yeso en actitud de marcha. Unas figuras impresionantes, asustadas y que asustaban.

Kate había ido hacia un ángulo donde, en un biombo, había varias fotos de Ben. Él la siguió y contempló las imágenes. Tal como había dicho ella, la mayoría eran del último viaje a Afganistán. En una aparecía un grupo de niños en la frontera con Pakistán, harapientos, flacos, mirando a la cámara desde detrás de una cerca. Tenían espejos en las manos para cegar al fotógrafo. Un destello borraba la cara de uno de ellos, por lo que, desde un punto de vista estrictamente técnico, la foto era defectuosa. Más allá, un hombre, con la cara contraída por la cólera, cubría a medias el objetivo con una mano. Otra era de una ejecución. Un hombre arrodillado mira a la cara a los que van a matarlo. Pero Ben había incluido en la foto su propia sombra, que se proyectaba desde el otro lado de la polvorienta carretera. La sombra dice: «Yo estoy aquí. Tengo una cámara y esta circunstancia influirá en lo que ocurra después.» En la foto siguiente, el hombre yace muerto en la carretera y la sombra del fotógrafo, la sombra de un hombre con una cabeza deformada, se ha acercado.

No era ésta la primera ejecución que se fotografiaba, ni siquiera la primera que se escenificaba para una cámara, pero normalmente la presencia del fotógrafo y su impacto en los hechos no quedaba registrada. Aquí Ben había dinamitado la norma.

—Me gustaría usarlas —dijo Stephen. Imaginó que quizá Ben las había tomado pensando en el libro.

—Me las enviaron después...

Entonces Stephen reparó en la foto del ángulo inferior izquierdo, de unos tanques soviéticos viejos, abandonados y oxidados. La masa de chatarra militar llenaba toda la foto, formando una ola que parecía a punto de estallar. Al fondo se veía un sol blanco, pequeño, casi una pelota de golf, flotando entre la bruma. Ninguna figura humana. Desechos de la invasión rusa de Afganistán: la última guerra. Pero era una composición tan potente que rebasaba los límites de tiempo y lugar para convertirse en un *Dies Irae*. Una visión de lo que sería el mundo después de que el último ser humano se hubiera ido, olvidando apagar la luz.

—Es una foto magnífica —dijo él, pensando en la manera de utilizarla.

—Sí. —Otra vez, ella trataba de contener las lágrimas.

Stephen se preguntó si ella sabía que Ben había tomado aquella foto segundos antes de morir.

Desde que había entrado en el taller, él percibía, con su visión lateral, la presencia de las figuras de yeso, y ahora, al volverse, sintió la necesidad de contarlas otra vez. No; seguían siendo siete. No se habían multiplicado mientras él miraba para otro lado. Recordó haber leído que, a veces, los exploradores polares tienen la impresión de que en la expedición hay una persona más de las que pueden contarse. No comprendía por qué se daba aquí este fenómeno, como no fuera por la blancura que envolvía todo el taller y producía cierto agobio.

Todo era blanco, incluso el suelo. Durante el día, la luz cenital se reflejaba en las superficies, eliminando prácticamente todas las sombras. Quizá eso bastara para provocar una pequeña privación sensorial. Le hubiera gustado saber si también Kate la padecía, si también ella contaba las figuras.

—¿Puedo volver otro día, para ver las fotos con más calma?

Ella asintió rápidamente.

—Buena idea.

Parecía contenta, como si la idea de tener a alguien trabajando en el estudio de Ben le infundiera ánimo. Éste había sido un lugar en el que dos personas vivían y trabajaban, charlaban, discutían, bebían, cocinaban y hacían el amor. De todos modos, Kate debía de haberse acostumbrado a estar sola, porque a veces Ben permanecía ausente durante seis semanas.

Empezaba a ponerle nervioso aquel sitio. Stephen se acercó a la ventana y contempló al estanque, en el que aún caía la luz del crepúsculo. La lámpara se reflejaba en el cristal y él se sentía vulnerable al mundo exterior, a lo que pudiera venir de la montaña en sombra. Se volvió y vio a un hombre en la puerta. Llevaba

chaqueta oscura y había llegado con sigilo; quizá estaba allí desde hacía rato sin que él notara su presencia.

Kate siguió la dirección de su mirada.

—Ah, Peter, pase. Stephen Sharkey, un amigo de Ben.

Peter era alto y bien parecido, de ojos claros y mirada alerta. Saludó a Stephen con un movimiento de la cabeza.

—Traigo la arpillera, pero sólo tenían de la fina. Les he dicho que me llevaba un rollo y que le preguntaría si le interesa.

—Voy a ver.

Stephen y Peter se quedaron solos en el cavernoso interior, rodeados de las figuras blancas.

—Así que es el ayudante de Kate.

—Sí. Acarreo pesos. Es un trabajo temporal.

—No tengo idea de cómo se hace, es decir, cómo se convierte eso en bronce —dijo señalando la gran figura de yeso.

Peter sonrió.

—Por el sistema de moldeo a la cera perdida. Pero no me pregunte en qué consiste.

—Entonces, ¿no es usted un escultor en ciernes?

—No. Sólo hago trabajos eventuales. Principalmente jardinería.

Kate regresó.

—La arpillera está bien. No importa que sea delgada, mientras tenga textura rugosa. Necesitaremos otras dos balas.

—¿Quiere que vaya ahora?

—Si no es muy tarde...

—No hay inconveniente.

Peter saludó a Stephen con la mano y se fue. Al cabo de un momento, oyeron arrancar un motor con un sonido de tos agónica, seguido de un tableteo.

—No sé cómo consigue que ese trasto ande —sonrió Kate, pero enseguida miró la figura con gesto de preocupación.

Stephen lo advirtió y se acercó otra vez a las fotografías, aunque sin dejar de observar a la mujer disimuladamente. Ahora que estaba absorta en su trabajo, a él le parecía que la veía por primera vez. No era una mujer fácil de catalogar. Aquella afable vivacidad suya ocultaba un poder de abstracción formidable. Si la hubiera conocido en la fiesta de la parroquia, organizando la tómbola, o entregada a cualquier otra actividad de aquellas a las que se dedican en el campo las mujeres de su clase, la clase alta, a juzgar por su acento, Stephen no le habría atribuido una gran vida interior. Pero era evidente que la tenía, y nada plácida. Ahora retocaba con el cincel la parte alta del muslo, pero casi enseguida desistió con una mueca de dolor.

—Ay, mierda. —El sonido de su propia voz pareció recordarle que no estaba sola—. No debería hacer esto —dijo riendo, un poco incómoda—. Estoy muy cansada.

—En fin, ya es hora de que me vaya. Si te parece bien, te llamaré para concretar cuándo puedo venir.

—Cuando quieras. Siempre estoy en casa.

Fueron juntos hacia la puerta.

—¿Cuál es el apellido de Peter?

—Wingrave.

—Tiene un aspecto singular.

—Sí —sonrió ella—. No te ha caído simpático, ¿verdad?

Él meneó la cabeza.

—No sé, apenas lo he visto.

Demostraba mucha perspicacia, al haber notado la prevención que Peter le había inspirado, aunque no era precisamente antipatía. Stephen no se había planteado si le caía simpático o no —aunque, al recordar su sonrisa pronta y amistosa, le parecía que sí—, pero había advertido en él cierta inestabilidad. Había estado en tantos lugares peligrosos que había aprendido a detectar de inmediato si podía confiar en una persona, y no se hubiera quedado tranquilo teniendo a Peter a su espalda.

—Será agradable saber que hay alguien en el estudio de Ben —dijo ella cuando salían al patio.

—¿Tú no lo usas?

—No; lo tengo siempre cerrado. —Apretó los labios, pálidos y secos—. A veces me hago la ilusión de que él está dentro, trabajando, y es una sensación agradable. Él está allí, yo estoy en el taller y, al cabo de unos minutos, nos reuniremos y tomaremos una copa. Esto me permite seguir adelante. —Forzó una risita—. Ya sé que no es saludable.

—Cada cual hace lo que puede para seguir adelante. Estoy seguro de que muchas cosas que yo hago no son saludables. —La veía tan triste que, una vez más, Stephen sintió el impulso de tocarla, pero sólo añadió—: Mi matrimonio se ha roto, no sé si Ben te lo comentó.

—Sí, me lo dijo. Lo siento.

Él asintió y fueron hasta el coche. Se estrecharon la mano, un gesto que a él le pareció significativo, la señal de que trataban de establecer los términos de su propia relación, que ya no dependía enteramente de sus respectivos lazos con Ben.

—Hasta pronto —dijo él sentándose al volante.

Por el retrovisor, la vio agitar la mano, dar media vuelta y caminar hacia la casa.

Stephen pasó la segunda semana de febrero en La Haya, cubriendo el juicio contra Milosevic por crímenes de guerra.

Durante largas horas contempló a Milosevic a través del vidrio a prueba de balas que separaba al dictador de la tribuna del público. Había un defecto en el vidrio y, cuando Stephen movía la cabeza, las facciones abotargadas y hurañas del acusado se ondulaban como una imagen reflejada en el agua.

Milosevic aparecía también en una pequeña pantalla instalada en la pared, a la derecha de Stephen, casi siempre en un indiscreto primer plano. Veías hasta la piel irritada por el afeitado, a la izquierda del mentón. Pantalla, realidad, pantalla, realidad, la atención de Stephen iba de una a otra, aunque la imagen de la pantalla era más reveladora, y también más fiel, porque no estaba distorsionada por el defecto del vidrio.

El murmullo de los discursos y traducciones se interrumpía cada vez que en las pantallas se proyectaba una diapositiva o se pasaban escenas en vídeo. Un Milosevic joven y vigoroso, con el cabello castaño, pronunciaba un vibrante discurso rodeado de guardaespaldas. El hombre de pelo gris sentado en el banquillo sonrió tristemente al contemplar su propia imagen, y un breve murmullo de comprensión recorrió los bancos del público. Todos sabían lo que era eso. Cada cual, al encontrarse inesperadamente frente a la versión joven de sí mismo, piensa: «Dios mío, ¿qué ha sido de todo aquello?».

Pero entonces otras imágenes llenaron las pantallas, y se acabaron las sonrisas.

—Esto es un cadáver exhumado de una fosa común en Kosovo —dijo la fiscal.

En la pantalla apareció la cara semidescompuesta de un hombre joven, con los ojos vendados y la boca abierta en lo que hubiera sido difícil no identificar como un grito. A algunos los castraban antes de matarlos. Le habían vendado los ojos no para que no identificara a sus torturadores —de todos modos iban a matarlo—, sino porque es más fácil torturar a un hombre si no le ves los ojos.

—Y esto —dijo Milosevic al día siguiente, lanzándose no sin fruición a un siniestro juego de toma y daca— es la cabeza de un niño serbio, en la acera de una calle de Belgrado.

Nada demostraba la nacionalidad del niño; también podía ser la cabeza de un niño bosnio, en la plaza del mercado de Sarajevo. No sería la primera vez que la propaganda hacía trabajar a los muertos a jornada doble, presentándolos como víctimas de uno y otro bando.

Los ojos del niño te miraban desde el suelo. En la sala, la gente revolvía papeles, tosía o hacía girar la estilográfica entre los dedos, avergonzada de su incapacidad para seguir horrorizándose. El niño fue sustituido por unos cadáveres carbonizados en un

vagón de tren, caras calcinadas en sonrisas sin labios, volcadas hacia las ventanillas, como para despedirse de amigos y familiares que estuvieran en el andén.

Nada de aquello había sido visto en su momento. Ni siquiera por los pilotos que arrojaban las bombas y, mucho menos, por los espectadores que, en la sala de su casa, veían por televisión las imágenes facilitadas por el Pentágono. En los televisores y en la pantalla instalada en la oficina de prensa veías columnas de humo marrón enmarcadas por las líneas del visor telescópico. El espectador, separado de la realidad por una pantalla doble, miraba, bostezaba, se rascaba y, finalmente, cambiaba de canal. ¿Quién podía reprochárselo? La guerra volvía a tener color sepia. Estaba depurada. No debía enseñarse algo tan sucio como la sangre.

Y, mientras tanto, bajo las lejanas erupciones de polvo marrón, ocurría esto. Un niño despedazado. Unos seres humanos cocidos como cagarrutas de perro al sol.

Aquella noche, en el bar, al levantar la mirada del periódico, Stephen vio a su viejo amigo Ian Brodie —con su inseparable trinchera negra— empujar las puertas: una silueta tan inconfundible como la de un bombardero fantasma. Stephen se levantó, saludó a su amigo, le ofreció un trago y fue en busca de dos jarras de cerveza mientras Ian se quitaba la trinchera.

Encontraron una mesita relativamente tranquila en un rincón. En el diván de enfrente, un político serbio era entrevistado en directo. De la mesa de al lado, en la que un joven editaba otra entrevista, llegaba el chirrido de voces en rebobinado. Stephen miró alrededor preguntándose si realmente echaba de menos todo aquello. O en qué medida lo echaba de menos.

Ian se sentó, trayendo en la ropa olor a aire limpio. Tenía la cabeza en forma de bala y el pelo fino como plumón de ganso. Pasaron una hora chismorreando: quiénes estaban aquí y para cuánto tiempo. Pobres capullos a los que les hubiera caído en suerte cubrir la información de modo permanente, dijo Ian, porque aquello iba a durar y durar.

—Slobo se morirá de viejo o de una embolia antes de que tengamos veredicto —dijo. Todos lo llamaban Slobo: sonaba afectuoso pero no lo era.

—Por lo menos han cazado al muy cabrón —dijo Stephen.

—La justicia del vencedor.

—¿Tú crees?

Graznido de regocijo.

—No estaría aquí si hubiera ganado él.

—Sí. De acuerdo, lo sé. Pero igual es importante que esté aquí. *Raison d'état*? No, perdona, tío, tú eres un asesino. —Stephen se inclinó—. Yo estoy contento.

El bar se había llenado. Stephen conocía de nombre a todos los presentes. Alguno que otro tenía ese gesto estoico del que está acostumbrado a salir en televisión. Otros eran viejos amigos. Constituían una especie trashumante.

—¿Ya sabes que he dimitido?

—Sí. ¿No estabas escribiendo un libro? ¿Cómo va?

—Despacio. Estoy tardando más de lo que pensaba.

—Es lo que suele ocurrir. ¿Piensas volver?

—Aún no lo sé.

Ian levantó una mano para atraer la atención del barman. Era una mano con la palma amarillenta, porque, en algún momento de su larga carrera, el reportero había adquirido la costumbre del soldado veterano de esconder la brasa del cigarrillo en el hueco de la mano.

—¿Y eso por qué?

—Ya me he cansado.

—Podrías concederte un año sabático.

—No. Me parece que ha llegado el momento de tomar una decisión. Voy a cumplir los cuarenta. No quiero andar de guerra en guerra hasta que sólo sea bueno para que me lleven al cementerio.

Ian se inclinó y lamió la espuma de la jarra con una lengua de fieltro gris.

—¿Como yo, quieres decir?

Stephen respondió, incómodo:

—Ya sabes que no.

Cambiaron de tema. Ian rememoró el tiempo que habían pasado juntos en el sitio de Sarajevo. Stephen pidió otras dos cervezas. Rieron mucho, bebieron mucho y acabaron hablando de Ben.

—Lo vi en Londres —dijo Stephen—. Él se iba al día siguiente y yo salía una semana después. Me dijo que tenía un mal presentimiento. Cuántas veces he recordado aquella conversación. Ojalá le hubiera dicho: Mira, si no estás tranquilo, no vayas; que manden a otro. Porque, cuando has estado metido en este mundo tanto tiempo como él, tienes intuición.

—Ya.

—¿Te acuerdas del amuleto que llevaba? Aquel día no hacía más que manosearlo. El cierre estaba flojo, no tenía tiempo de mandarlo arreglar y estaba preocupado.

—No habría servido de nada tratar de disuadirle —repuso Ian—. Se habría ido de todos modos.

—Sí, lo sé. Pero me gustaría haberlo intentado.

A medianoche, todavía sobrio en apariencia, Ian fue hacia la puerta pisando con suavidad, con el cuerpo erguido y la cabeza quieta, como la novia que teme no llegar al altar con la diadema en su sitio.

De pie en la acera mojada, Stephen apoyó una mano en el hombro de Ian.

—Buenas noches.

—Ahora no vuelvas a desaparecer.

—La próxima vez que vaya a Londres te llamo.

Ian se iba camino de su hotel cuando, a los pocos pasos, se volvió y, andando hacia atrás, gritó:

—No habrías podido salvarlo. Se habría ido de todos modos.

Stephen levantó una mano.

—Buenas noches, Ian.

Lentamente, subió al primer piso, forcejeó con la cerradura y se dejó caer en la cama. Cerró los ojos y vio la imagen del muchacho exhumado de la fosa común de Kosovo. Él estaba presente cuando tomaron aquella foto, tapándose la nariz con el pañuelo. Verano. Polvo en los árboles. Entramado de sol y sombra. Caminaban por el fondo del valle, guiados por el olor y perseguidos por las moscas que zigzagueaban entre los árboles. Una de ellas, borracha de sudor y pestilencia, se le paraba una y otra vez en el labio superior. También se posaban en el hombre que tenía los ojos vendados, pero él no las ahuyentaba. Stephen vio cómo una le entraba volando en la boca abierta.

«No habrías podido salvarlo».

Stephen se despertó sobresaltado, vio que la luz de la mesita de noche estaba encendida y pensó en levantarse a beber un vaso de agua, pero no tuvo ánimo.

Tanteó en busca del interruptor y apagó la luz.

Mientras desayunaba, Stephen leyó los artículos que había escrito la víspera. En el último minuto, Ted lo había llamado para decirle que tenían una foto sensacional de Milosevic entrando en la sala y que si podría empezar la crónica con eso. A regañadientes, Stephen reescribió el primer párrafo, no sin dificultad, ya que él, al igual que la mayoría, no había visto entrar a Milosevic.

En la foto —publicada en lugar preferente, encabezando página— aparecía Carla del Ponte, la fiscal, sonriendo triunfalmente mientras el ex dictador, una figura vencida, con los hombros caídos, era escoltado al banquillo.

Ted tenía razón, la foto era sensacional. Un momento dramático. Pero un momento que no había existido. Cuando entró Milosevic, Stephen estaba observando a Carla del Ponte. El cabello de la fiscal relucía a la luz de las lámparas como un casco dorado. Y ella estaba bromeando con los otros fiscales, absorta en la conversación. No sólo no sonreía triunfalmente por la ruina de Milosevic sino que ni lo había visto entrar.

Otra muestra del valor de la fotografía como testimonio de la realidad. Aquello lo cabreaba. Por más que se repetía que no importaba, no lograba convencerse. Siempre, en todas las ocasiones, se daba preferencia a la imagen sobre la palabra. A pesar de que las imágenes nunca explican nada y con frecuencia, aun sin pretenderlo, engañan.

Aquella tarde, Stephen se saltó la sesión del tribunal y se fue al Mauritshuis, donde estuvo largo rato delante de *La muchacha de la perla* de Vermeer.

Una figura sobre fondo negro, unos ojos grandes, con un velo de dolor y lágrimas. Era un poco parecida a Justine, y el recuerdo del tiempo pasado con ella contribuyó más que cualquier otra cosa a descontaminarle la mente.

A su regreso a casa, mientras empujaba la puerta —que se atascaba, hinchada por la humedad—, Stephen se preparaba para encontrar un interior oscuro y frío, sin fuego en la chimenea, sin comida en el frigorífico y, encima de la mesa, esperándolo, el manuscrito que, incluso después de un intervalo tan breve, le resultaba tan apetitoso como un tazón de gachas frías.

Pero, al abrir la puerta de la sala, vio un buen fuego en la chimenea y olió un guiso. La habitación estaba limpia y ordenada. Lo único que tenía que hacer era sentarse junto al fuego, servirse un whisky y esperar a que Justine llegara de la granja.

Y arriba —no necesitaba subir para cerciorarse— habría sábanas limpias en la cama y flores en la mesita de noche.

Aquella primera vez había marcado la pauta para las siguientes. Si existen los orgasmos funcionales, así podrían definirse los que tenía Justine, que siempre eran seguidos de un hambre súbita. La práctica del sexo nunca le hacía desear pescado a la parrilla acompañado de espinacas al vapor con zumo de limón y nuez moscada. Nada de eso, Justine prefería los fritos rápidos, bien regados con vino.

—Si vas a ser médico, tendrás que cambiar esa manera de comer —le dijo él un día desde la puerta de la cocina—. Y beber menos.

Ella levantó la cara con una de sus amplias sonrisas instantáneas.

—Sí, pero antes seré estudiante de Medicina.

El sexo con ella era extraordinario, lo nunca visto. ¿Y unos preliminares?, estuvo a punto de decir él con voz doliente cuando Justine le puso la pierna encima por segunda vez aquella noche. O: ¿Qué se ha hecho del romanticismo? Desde luego, la idea de un polvo rápido e impersonal le agradaba como a cualquiera, pero no en su propio dormitorio, noche tras noche, con una persona conocida. A Justine tenía que haberle ocurrido algo que la había dejado sexualmente desinhibida —no había nada que ellos no hicieran— y emocionalmente reprimida. Aún no consentía en que él encendiera la lámpara, ni siquiera una vela, de manera que, en las noches nubladas, se acostaban en la más completa oscuridad. Ya empezaba a tomar un cariz casi mítico esa prohibición de mirarla a la cara, porque era la cara lo que ella escondía, ya que, después, no tenía inconveniente en ducharse con él.

A veces, como en la primera noche, ella hablaba desenfadadamente de «la gente». A la gente le gusta esto, a la gente no le gusta aquello, aunque, de varios indicios, él había deducido que Justine sólo había tenido otro amante. Cada vez se hacía más

perceptible la presencia del desconocido, un tercero invisible, un partícipe secreto de sus horas de intimidad, que proyectaba su sombra sobre el cuerpo de la muchacha.

En ocasiones se refería a aquella relación que había mantenido el verano anterior, después del examen de ingreso, a cuánto la había afectado que él la dejara. Ocurrió de repente. Ella estaba segura de que todo iba bien, pero una noche él le dijo: «Me parece que esto no marcha.» Se le llenaron los ojos de lágrimas al decirlo y las enjugó en el hombro de Stephen.

—¿Por qué crees que él pensaba eso? —preguntó Stephen.

—No lo sé. Supongo que no tenía intención de que lo nuestro durase. Era sólo para el verano.

No dio más detalles, pero sacaba el tema asiduamente, y siempre con lágrimas en los ojos.

Hay un dicho que afirma que un hombre tiene la edad de la mujer que está a su lado, pero Justine lo hacía sentirse como un anciano. Él quería decirle: «Mira, dentro de un año estarás enamorada de otro y no serás capaz de recordar qué veías en él. Y cuando tengas mi edad, ya ni te acordarás de quién era.» Pero no lo decía, sólo miraba su cara, ciega de dolor, y pensaba que su supuesta experiencia de la vida era inútil, porque no podía transmitirla sin paternalismo. Quizá sí era paternalista. Pero no; ésa no era la palabra. Ella le importaba demasiado para sentirse paternalista. En cualquier caso, paternal; eso ya parecía más apropiado.

Aquella noche, en la cama, por una vez él la vio —al menos, en parte— mientras las sombras de las nubes se disgregaban y volvían a congregarse sobre sus pechos. Entonces, con un gemido, la asió por las caderas, hincó la pelvis en la de ella y echó la cabeza atrás enseñando los dientes mientras se corría.

No; paternal tampoco era la palabra.

Después de diez días de trabajo intenso, de estar frente al ordenador hasta que le ardían los ojos, Stephen empezó a sentir claustrofobia. La verdad era que Justine se había hecho un hueco en su espacio vital, en todos los aspectos de su vida, menos en el del trabajo. Recogía y ordenaba la casa, lavaba, pasaba el aspirador. Él la dejaba hacer, menos el día que la encontró planchando camisas y le dijo secamente que dejara de comportarse como la criada.

—Lo siento —se disculpó ella, sonrojada—. Papá es bastante inepto y pensé...

—Yo no lo soy.

Le habría sentado bien salir un poco, pero ella no quería. Si él le proponía ir a comer al restaurante o a tomar una copa, ella se negaba aduciendo que podían encontrar a algún feligrés de su padre. ¿Y qué importa eso?, quería decirle él. Ella era soltera y él estaba separado. A nadie tenía por qué importarles lo que hicieran.

Por la noche, cuando él daba por terminado el trabajo, veían la televisión como un viejo matrimonio. A él le producía una sensación extraña ver telediarios o programas

como *Panorama* en los que había participado, pero pronto descubrió que a Justine no le gustaban.

—¿Por qué no quieres ver las noticias? —le preguntó. Lo asombraba aquella indiferencia a lo que ocurría en el mundo.

Ella se encogió de hombros.

—No veo la utilidad. Yo nada puedo hacer. Si hay una hambruna, sí, puedes dar dinero, pero frente a la mayoría de esas cosas la gente no puede hacer más que abrir mucho los ojos y decir: ¡Qué horror! Aunque en realidad les importa poco. Es una emoción forzada, como cuando esas familias salen por televisión porque alguien ha desaparecido, o miles de personas mandan flores a gente a la que no conocen. Eso es pura masturbación emocional.

La palabra le pareció clave.

—Pero no puede haber democracia si la gente no sabe lo que ocurre.

—Puede leer la prensa. Es el voyeurismo, es mirar, lo que está mal. Hay gente que nunca ve las noticias por principio.

—No sé si esa «gente» será capaz de distinguir entre tener principios y pasar de todo.

Las largas horas que había pasado con Justine, en la cama y fuera de ella, habían tenido el inesperado efecto de estimular la libido de Stephen. Esa muchacha, al igual que Cleopatra aunque mucho más joven, poseía el don de despertar más apetito cuanto más lo satisfacía. Ahora, mientras iba por las calles de Newcastle camino del coche, después de salir de la biblioteca de la universidad, Stephen se fijaba en todas las mujeres que pasaban por su lado. Era una sensación casi dolorosa, como la que se experimenta cuando se restablece la circulación en un miembro dormido.

El cielo tenía un color turquesa intenso. Grandes bandadas de estorninos trazaban en el aire bucles, espirales y círculos, con un trino chillón y áspero, tan insistente como el canto de las cigarras. Bajo este arrebatado alboroto, un hervidero de gente presurosa iba del trabajo a casa o entraba en las tiendas; jóvenes que salían a divertirse, muchachas ligeras de ropa, que se paraban en los escaparates, chicos con camisetas de manga corta que exhibían dragones y serpientes azules, verdes, rojos y púrpura tatuados en bíceps surcados de venas. Stephen pasó junto a un grupo de muchachas que llevaban en la cabeza penes de fieltro rosa; el viento procedente del puerto los hacía oscilar. Quizá las miró muy fijamente, porque una se volvió hacia él y levantó dos dedos.

Caminando entre aquella multitud, bien abrigado y precavido, Stephen se sentía maduro y sensato, pero, a medida que la luz azuleaba y las muchachas parecían más bonitas, notaba cómo lo excitaba el deseo. Se detuvo al pie del monumento a Grey y levantó la mirada. En lo alto volaban bandadas de estorninos y en el cielo crepuscular asomaban las primeras estrellas.

Allí parado, con su impermeable oscuro, entre los chicos y chicas semidesnudos, él debía de parecer, pensó, no ya un vejestorio sino un *voyeur*. El tipo del parque que

atisba bajo la falda de las niñas de los columpios. Necesitaba un trago, lo cual no dejaba de ser problemático, porque había venido en el coche. Pero no quería regresar a casa con una triste botella en una bolsa, como otras noches. A la mierda. Buscó con la mirada un bar: una copa no le haría daño, qué demonios, al contrario, en aquel momento la necesitaba, lo sosegaría, suavizaría las duras aristas del recuerdo y le permitiría fluir con la corriente de la vida circundante.

Entonces vio a Peter Wingrave en la puerta de una discoteca. Parecía estar esperando a alguien, probablemente una muchacha. O quizá no. Lo observó contemplar la multitud y vio el reflejo de su misma soledad, su misma desazón. Esto fue suficiente. Peter, al notar que alguien se le acercaba, compuso una expresión cauta, cortés y dispuesta para la evasiva, mientras oscilaba ligeramente sobre los pies. Su expresión era incluso más que cauta, sin duda. Stephen supuso que en poco tiempo podría trocarse en huraña, pero todavía no.

—Hola —le dijo.

Un destello de reconocimiento seguido de una sombra de turbación. ¿Por qué? «Porque está de ojeo, de caza, o quizá ni eso. Quizá porque lo mortifica que lo vean solo», pensó Stephen. Peter se veía muy atractivo con sus gafas de diseño y su barba de tres días a la moda, pero, a pesar de que nada sabía de él, a Stephen le costaba imaginarlo integrado con los de su edad. En cualquier caso, no tenía razón alguna para considerarlo un solitario. Peter incluso podía ser el centro de una pujante red social: buena planta, inteligencia despierta, excelentes modales... Y algo más, algo que lo minaba todo.

—Señor Sharkey.

—Stephen. —A pesar de que Peter no había dudado con el nombre, parecía no estar seguro de dónde se habían visto—. Nos conocimos en el taller de Kate.

—Sí. —Ahora miró a uno y otro lado, como buscando escapatoria. Pero, cuando Stephen le propuso ir a tomar una copa, sus ojos se detuvieron en la cara de Stephen y, tras sólo un segundo de vacilación, dijo—: De acuerdo.

Fueron a un bar situado a un centenar de metros calle abajo. Estaba muy concurrido, pero no de jóvenes como los que se paseaban por la acera. Era una clientela de citas de negocios, personas que pretendían ocultarse mutuamente la realidad de que no tenían otra cosa que hacer ni otro sitio a donde ir, prolongando la jornada de trabajo, porque, fuera de ella, no existían.

«O quizá aman su trabajo», se recordó Stephen, pensando en lo mucho que él había amado el suyo.

Un hombre al que asomaba un rollito de grasa sonrosada por el cuello de la camisa hablaba por el móvil con vehemencia, tapándose el otro oído con un dedo para aislarse del griterío. Tuvieron que empujarlo para abrirse paso hasta la barra. Stephen, que en la calle tenía frío a pesar del impermeable, ahora sudaba. Peter dijo que tomaría whisky, y Stephen lo invitó a un doble y pidió uno sencillo para sí, preguntándose por qué hacía esto. Observó que Peter miraba alrededor como si

pasara revista a la concurrencia y, cuando acercó la cara para hablarle, percibió una vaharada de sudor, pero no el olor normal de un cuerpo sano que reacciona al calor. A Stephen siempre le había intrigado —quizá Robert pudiera explicárselo— por qué el sudor del miedo tiene otro olor. Y lo tiene, sin duda. Así se lo habían demostrado los efluvios de sus propias axilas en situaciones comprometidas. Pero esas personas eran, ¿qué?, ¿gestores, abogados? No la clase de gente que suele atacar al forastero que se extravía en sus dominios. Por lo menos, ahora sabía por qué le interesaba Peter, y le interesó desde el momento en que puso los pies en el taller. Tenía algo extraño, algo que no encajaba, y a Stephen se le había despertado su olfato de periodista.

Le resultaba difícil mantener una conversación. En parte por el ruido, y en parte por su estado mental. Siempre que trabajaba tan intensamente como ahora, lo afectaba una especie de afasia que lo incapacitaba para hilvanar las frases con coherencia, y olvidaba hasta los nombres de los objetos más corrientes. Se oía a sí mismo decir «el chisme» y «el ese». Nerys se impacientaba, aunque al final se impacientaba por todo lo que hacía él.

—¿Hace tiempo que trabaja para Kate?

—No; unas semanas. Me ha venido bien el trabajo, porque en invierno la jardinería se estanca.

—Ah, sí, es jardinero, ya recuerdo.

—He hecho bastante jardinería, sí.

—Pero no quiere dedicarse a eso, ¿verdad?

—No; quiero ser escritor.

Ay, Dios. Pues claro que había aceptado la copa de buen grado. Debía de andar a la caza de contactos, agentes, editoriales. Stephen ya buscaba una excusa convincente para eludir la lectura de lo que Peter hubiera escrito.

«Es un haiku.» «Lo siento, pero en este momento no dispongo de tiempo».

—¿Le han publicado algo? —No era una pregunta amable, y tampoco buscaba serlo.

—Un par de relatos en *New Writing*. Seguí un curso de Escritura Creativa. —Hizo una mueca de displicencia, anticipándose a la reacción de Stephen—. El profesor los envió a la redacción de la revista y... —Se encogió de hombros—. Los aceptaron.

—No parece muy satisfecho.

—Sinceramente, me gustaría haber tenido valor para decir que no.

La concurrencia había disminuido de repente, al marcharse un grupo numeroso. Stephen señaló una mesa que había quedado libre. Era un alivio no tener que hablar a gritos y, en aquel rincón apartado, Peter parecía más relajado.

—¿Por qué? —preguntó Stephen mientras se sentaban—. Tengo entendido que es una revista de prestigio. Un escaparate.

—Sí, pero si no eres un Damien Hirst, no querrás poner un bodrio en el escaparate.

Stephen lo interpretó como falsa modestia y se impacientó.

—Vamos, tan malos no serían.

—¿Conoce esa poesía, no recuerdo cómo dice exactamente, que habla del manejo del arnés, y uno se pregunta dónde está el jodido caballo? —Se mostraba simpático, modesto, vulnerable. Se reía de sí mismo—. Pues es lo que hay. ¿Podríamos llamarlo síndrome de carencia equina?

—¿Y no tiene cura?

—Me parece que no. —Su voz sonó átona, como si por imprudencia hablase con más seriedad de la deseada—. Es terminal.

—Me gustaría leerlos. —Como para explicarse a sí mismo este insólito deseo, Stephen prosiguió—: Adivino un exceso de control. Es raro en un escritor novel.

—Seguramente. Si me da su dirección, se los enviaré. Suponiendo que realmente quiera leerlos.

—Desde luego —confirmó Stephen, que ya empezaba a arrepentirse—. ¿Qué le parece su trabajo con Kate?

—Fascinante.

—¿Ya ha averiguado cómo se convierte en bronce la figura?

—Más o menos. Pero aún no estoy seguro de entenderlo. En el producto acabado no hay nada que uno haya tocado. Eso es lo que sé.

—¿Ella habla de lo que hace?

—No. A veces, mientras tomamos café, dice algo, pero casi siempre es «¿dónde está el cincel?», o «necesito más yeso». —Sonreía, pero sus ojos vigilaban. Quizá detectaba en Stephen un interés mayor del normal—. ¿Usted conocía a su marido?

—Sí. Estuvimos juntos en Bosnia. Y en otros sitios. Aquí y allá.

—¿Ruanda?

—Una temporada.

—¿Afganistán?

—Menos.

—He visto fotos tuyas.

No dijo ninguna de las cosas que solía decir la gente, y Stephen lo agradeció. Era lo último de lo que deseaba hablar en aquel momento.

—¿Ha intentado escribir una novela?

—Pues sí, pero no sé... Me atraen más los guiones para el cine.

—¿Porque dan más dinero?

—Porque hay menos publicidad. Puedes tener éxito y ser un desconocido.

—¿Eso es una ventaja?

—Lo es para mí.

—Pues me parece que no se le daría mal. Me refiero a la publicidad.

Peter se encogió de hombros.

—Es una perversión. Lo importante debería ser el trabajo.

—¿No es eso la típica torre de marfil? Hay que vender el producto. Hoy en día, es la gente de marketing la que cuenta. Las cualidades comerciales distintivas.

Peter lo miró.

—¿Cuáles son sus cualidades comerciales distintivas, Peter?

—No estoy seguro de poseer alguna. —Sacó un paquete de cigarrillos—. Supongo que aquí se puede —dijo mirando alrededor.

—Creo que sí. Allí están fumando.

Peter tosió al inhalar.

—¿Ha estado en el ejército?

—No. ¿Por qué?

—Se me ha ocurrido de pronto. Tengo la teoría de que, si una persona ha vivido en una institución, se nota.

—¿Y le parece que yo he vivido en una institución?

Stephen se encogió de hombros.

—En mi caso, probablemente es así. El internado.

—Ya. Pues acertó.

—¿En cuál?

—No habrá oído hablar de él.

Se retraía. ¿Por qué aquel miedo a la publicidad? Era joven, guapo, interesante. Con una pequeña dosis de talento —y si era grande, mejor— el éxito estaba asegurado.

—De todos modos —dijo Stephen—, me interesaría leer esos relatos.

—¿Tiene agente?

—Sí; pero no creo que le interesen relatos cortos.

—También tengo media novela.

La conversación derivaba ya hacia lo previsible.

—Creo que una primera novela, más o menos, hay que terminarla. —Stephen decidió cambiar de tema—. ¿Le gusta la obra de Kate?

—Sí. —Levantó la mirada. Ojos grises, fríos, pensativos—. Me gusta su manera de plasmar el desnudo masculino. Hay quienes la critican por eso, dicen que debería esculpir más mujeres, pero el cuerpo femenino no le permitiría explorar las ideas que ella desea explorar. Quiero decir, fíjese en cómo los pintores representan el martirio. Casi no hay cuadros de martirio de santas. Y es que no tendrían el mismo... Un hombre desnudo torturado es un mártir. Una mujer desnuda torturada es la visión porno de un sádico.

Stephen reflexionó un momento.

—¿Y si uno es gay?

—¿Cómo?

—Un hombre desnudo torturado también lo excitaría.

—Sólo si, además, es sádico.

—Pero si fuera cristiano sería todo un reto, ¿no? Crucifixiones, cabezas cortadas, flagelaciones, el potro, la hoguera, la parrilla...

—No sé cuántos sádicos cristianos puede haber —dijo Peter secamente.

—Supongo que un buen número. —Stephen vació el vaso—. Me gustaría saber la opinión de Kate.

—A ella no le interesan las abstracciones. —Se levantó para ir a la barra—. ¿Quiere otro?

Mientras lo veía hablar con el barman, Stephen se preguntó cuántos años tendría. Las líneas que se le marcaban junto a los ojos y los labios no podían atribuirse únicamente a los efectos de una vida al aire libre e indicaban que rondaba los treinta. Stephen intuía que si a veces parecía poco formado, era menos por falta de madurez que por confusión mental de fondo. Era como una estrella fría y brillante que girara en el caos.

Stephen miró alrededor. Una muchacha de cabello oscuro y grandes ojos hablaba animadamente por teléfono. El humo del cigarrillo le velaba la cara. «¿Por qué resulta tan erótica esa postura?», pensó mirándole el interior de la muñeca. Ella levantó la cabeza, sorprendió su mirada y volvió la cara rápidamente. Él desvió la atención a tiempo de captar una leve sonrisa en los labios de Peter. «Eh —pensó—, no te rías, que el que tiene una novia adolescente soy yo.» Inmediatamente se sintió avergonzado por haber pensado en Justine como un tanto a su favor en una competición. Toda esa noche era un despropósito. No controlaba.

Stephen terminó su copa rápidamente. Cuando se levantaban para marcharse, recordó que no había dado su dirección a Peter y se palpó los bolsillos en busca de papel y bolígrafo.

—Espere, yo debo de tener. —Peter revolvió su repleta mochila. Libros, pañuelos de celulosa, panecillos, leche, fotocopias de artículos de prensa y un par de calcetines blancos fueron apilándose en la banqueta entre los dos—. Aquí está.

Dio una libreta y un bolígrafo a Stephen, que escribió sus señas despacio y en mayúsculas, dándose tiempo para comprobar una cosa: algunas fotocopias —o quizá todas— se referían a Kate. Aquellos mechones blancos eran inconfundibles.

—Bien —dijo al devolver el bolígrafo—. Los leeré con el mayor interés.

Por una vez, lo decía con sinceridad. Los relatos podían ser horribles, pero Peter era interesante.

En la calle, Stephen sintió el cosquilleo del sudor al evaporarse. Había llovido. El reflejo difuso de las farolas pintaba supernovas en el lustre grasiento de la acera.

Los dos hombres se despidieron y se alejaron en sentidos opuestos. Al cabo de un momento, Stephen se volvió y vio a Peter caminar rápidamente sorteando grupos de jóvenes que iban de marcha: una cuenta negra en un collar de abalorios multicolores.

No había razón alguna por la que Peter no pudiera tener copia de artículos acerca de Kate. Él mismo había reconocido que su obra lo fascinaba, y era natural que deseara saber más, si trabajaba para ella.

De todos modos, Stephen no pudo menos que preguntarse si Kate conocía la medida de su interés.

Kate había quedado con Stephen en el museo Bowes. Quería que viera el Goya.

Ella siempre se acercaba al cuadro poco a poco. Desde el momento en que entraba en el museo sentía su presencia, como un haz de rayos infrarrojos en la piel, pero se resistía a mirar en aquella dirección y entraba en la sala del siglo XVI, con sus inacabables crucifixiones, descendimientos y piedades. Obras maravillosas, especialmente las del Greco, pero en conjunto le parecía un lugar tenebroso, impregnado de una crueldad desmesurada.

Salía de allí con hambre de Goya. El cuadro era pequeño, del tamaño de una holandesa, y de colores sombríos. El interior de una prisión, siete hombres con grilletes. En cada tono y cada pincelada había desesperación. Kate tomó distancia. Lo contempló fijamente y, después de lo hablado con Stephen, se preguntó si una fotografía, por soberbia que fuera, podría suscitar una reacción tan compleja como la que provocaba ese cuadro. Las fotos causan estupor, horror, cólera, compasión, incluso inducen a la gente a actuar, pero ¿puede la foto de una atrocidad inspirar esperanza? Esa pintura, sí. Esos hombres no tienen esperanza, ni pasado ni futuro, y sin embargo, al contemplar la escena con la mirada serena y compasiva de Goya, era imposible sentir algo tan simple o trivial como la desesperación.

Kate comprendía que pensar eso era casi una traición hacia Ben. Se incorporó con la fugaz sensación de que, seis semanas atrás, no habría podido hacer ese movimiento sin dolor y entonces advirtió que el hombre que estaba de espaldas a ella, mirando los Canaletto, era Stephen. Pensó que su aspecto hacía honor a su apellido Shark (tiburón): estilizado, gris, elegante y peligroso. Al oírla acercarse, él se volvió y sonrió.

—No quería distraerte —dijo.

—¿Lo has visto?

—Sí, asombroso.

—¿Quieres ver algo más?

—No; me parece que ya tengo bastante para un día. He visto hasta el ternero de dos cabezas porque he pensado que Goya no se lo habría perdido.

—¿Verdad que no?

Sonrieron, como divertidos por la rareza de un amigo común.

—Antes formaba parte de una exposición francamente siniestra —dijo ella—. Toda una pared de mascarillas mortuorias de asesinos, hechas por el verdugo, imagino. Todo muy pseudocientífico: los rasgos fisonómicos de la degeneración y todo eso.

—¿Y qué aspecto tenían?

—El de cualquier persona.

Al pie de la escalera, al salir a los cuidados jardines, ella dijo:

—Supongo que esas cosas lo ayudaban a resistir. —Entornó los ojos a un sol pálido que velaban rápidamente los flecos de una nube oscura—. De no ser por ellas...

«Sí —pensó Stephen—, de no ser por ellas... La sordera. La guerra».

—De todos modos, cuando miras sus pinturas negras, te preguntas si realmente resistió.

—¿Te has fijado en lo ruidosa que es su pintura? —comentó ella—. Normalmente, no asocias la pintura al sonido, pero la suya te grita.

—Sí. Supongo que su sordera debía de ser de esas que te llenan la cabeza de ruidos horribles. Menos mal que él sabía encontrar distracción. —Bajaban la escalera hacia los coches—. Los psiquiatras se ríen del recurso de «buscar distracción», pero funciona. Al menos en ciertas personas. En él funcionó. Circos, monstruos, mercados, toros. —Extraña colección de defensas contra la depresión—. Y Leocadia —añadió, sin reparar en que completaba una reflexión que ella no había compartido.

—Que tampoco era un ángel, según algunos.

—Siguieron juntos hasta el final.

—Quizá ella no tenía opción. —Lo miró un momento y sonrió—. Cuarenta y dos años más joven que él.

—Ya. —Stephen pensó que, con semejante reto en la cama, al pintor no debía de quedarle mucho tiempo para cavilaciones. El viento soplaba con fuerza en los jardines. Él tenía que ladear la cabeza para hablar—. ¿Dónde almorzamos? ¿Hay algún sitio por aquí cerca?

—El Zorro y la Jauría. Yo te indicaré.

Durante el almuerzo hablaron de Goya, de la fecha del cuadro, que según el museo era 1794, aunque todos los libros que él había leído —e incluso el mismo catálogo del museo— indicaban como más probable 1810-1812.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Stephen—. Da la impresión de que cuando lo pintó ya había pasado la guerra. Una de las escenas de violación tiene un fondo parecido.

—¿No te parece asombrosa la manera en que Goya muestra la violación? Es algo que ni ahora se hace.

—Generalmente, eso no entusiasma al público.

Mientras hablaba, recordó la escalera de Sarajevo, uno de los recuerdos más vívidos que había tenido. «No es verdad que las imágenes pierdan fuerza al repetirse —pensó—, o no siempre.» Aquel recuerdo, que ahora, después de ver la foto de Ben, tenía un matiz un poco diferente, seguía horrorizándolo.

—¿Cómo se defendía Ben? —preguntó.

—Enterrándose en el campo. Cuando estaba en casa no veía a nadie. Simplemente se hundía.

—Yo hacía lo mismo. Lo malo era que Nerys no quería hundirse conmigo. Y se comprende —añadió rápidamente—. Ella tenía su vida.

Kate miraba su copa. En su cara había reflejos color rubí.

—¿Ben había ido al psicólogo? —preguntó Stephen.

—No. —Titubeó—. ¿Y tú?

—Sí, y no hace mucho. —Sonrió—. Todo el mundo parecía pensar que sería buena idea.

—¿Y qué piensas tú?

Él se encogió de hombros.

—Era un buen médico. Aunque creo que el sistema de Goya es mejor.

—Él, me refiero a Goya, perdió a su esposa, ¿no? Poco después de la guerra. —Kate meneó la cabeza—. Pobre mujer.

—¿Por qué pobre?

Ella lo miró, sorprendida.

—Seis hijos muertos. Una serie de abortos. No hay más que leer las cartas. Ella siempre en la cama, sangrando.

—¿Te identificas?

—Me inspira compasión. No hay en su vida nada con lo que pueda identificarme. De ella no conocemos nada más que el historial ginecológico, y eso porque estaba casada con Goya. Él no la pintó. ¿O sí? No lo recuerdo. Si acaso, una sola vez.

Stephen sonreía.

—¿Crees que debería haberla pintado?

—¡Hubiera sido todo un detalle!

—¿Por qué no esculpes mujeres?

—El cuerpo de la mujer no me sirve. No es buen vehículo para las ideas que yo deseo explorar.

—Eso dijo Peter.

—¿Peter?

—La otra noche me tropecé con él. Va a enviarme un par de relatos que ha escrito. ¿Sabes que quiere escribir?

—Sí, eso dijo. Pero no me ha dado a leer nada.

Un breve silencio.

—Está muy interesado en tu trabajo. Vi que llevaba en la mochila fotocopias de artículos que hablaban de ti.

—Sí, en fin, sé que está... —Su voz se apagó.

Al ver que ella no terminaba la frase, Stephen preguntó:

—¿Cómo va la obra? ¿O no debería preguntar?

—En realidad, marcha bastante bien. Ya está esculpida una buena parte. Pero aún no tengo decidida la cabeza. —Abstraída, hacía girar entre el pulgar y el índice una miga de pan que se había convertido en una bolita gris—. Lo malo es que puedes excederte en los detalles. —Al darse cuenta de lo que hacía, dejó el pan.

—¿Y Peter? ¿Va bien?

—Eso parece.

Él esperó.

—Bueno, en realidad no —añadió ella.

—¿Qué es lo que falla?

—Es difícil definirlo. También podría ser, sencillamente, que estoy paranoica. Pero lo cierto es que las cosas cambian de sitio continuamente. —Lo miró—. Ya sé que el taller está como si acabara de caer una bomba, pero yo sé dónde dejo cada cosa y, cuando entro por la mañana, veo que no están en el mismo sitio.

—¿Qué cosas?

—Cinceles, mazos, rascadores.

—¿No ha desaparecido nada?

—No, y tampoco están muy lejos. Sólo unos centímetros.

—¿Estás segura?

—Completamente. Él tiene llave y conoce la combinación de la alarma... tuve que dársela porque a veces trae material fuera de las horas de trabajo.

—¿Por qué lo hará?

—No lo sé.

—¿No toca la figura?

—El Cristo no. Mueve las otras. El grupo del rincón nunca está igual.

—¿Se lo has preguntado?

—No. No tiene sentido. No falta nada. No hay daños. Quizá imagino que, si no digo nada, esto pasará. —Lo miró a los ojos—. Podrían ser figuraciones mías. No quiero llegar al fondo. Sé que no estoy en mi mejor momento.

—No creo que sean figuraciones.

Ella sonrió y luego soltó una risita.

—De acuerdo.

—¿Crees que pueda estar obsesionado?

—Un poco. Desde luego, sigue el proceso con un interés...

—No; quiero decir por ti.

Ella pensó un momento.

—No; no creo que sea eso. Yo podría ser su madre.

—Como dijo Yocasta.

—¡Por favor! —Rió, un poco ruborizada. ¿Cuánto tiempo hacía que no se consideraba una mujer atractiva? Él sabía la respuesta: el día y casi la hora—. Además, tiene novia. Es Justine Braithewaite, la hija del párroco.

Él consiguió no demostrar sorpresa. Ni por un momento creyó que la relación continuara, pero recordó las negativas de Justine a ir a los pubs y restaurantes del pueblo. Siempre decía que no quería que la vieran las chismosas de la parroquia de su padre. Quizá la razón era otra. No estaba celoso sino sorprendido, y un poco dolido porque ella no se lo hubiera dicho.

Minutos después, Stephen había pagado la cuenta y seguía a Kate camino del aparcamiento.

—Tenías razón, se come bien aquí.

Cuando dejaban atrás la protección del edificio, los embistió una ráfaga de viento. Ella se tambaleó y Stephen alargó el brazo para sostenerla.

—Marzo llega como un león —dijo ella, apartándose el pelo de la cara.

En el aparcamiento, tuvieron que avanzar con la cabeza vuelta hacia un lado, porque el viento casi no les dejaba respirar.

—¿Ahora vuelves al Goya? —gritó ella.

—Creo que me hace falta. ¿Cuándo quieres que vaya a mirar las fotos?

—Mañana voy al hospital. Me ponen un anestésico en el hombro. ¿El martes?

—De acuerdo. Hasta el martes.

Imposible hablar. La acompañó al coche y agitó una mano cuando ella salía a la carretera.

Al día siguiente, llegó la revista que le enviaba Peter, acompañada de una notita con la dirección y el número de teléfono. Lo normal hubiera sido que Stephen dejara la lectura para otro momento, pero sentía curiosidad. Se trataba del novio —ex novio— de Justine. ¿Por qué demonios ella no habría mencionado su nombre?

El relato de Peter, titulado «Dentro del alambre», era el más largo de la revista, pero la nota biográfica del final daba muy escasa información. Indicaba estudios y poco más.

Andrea White enseña Artes Plásticas en una cárcel de máxima seguridad. Cuando la gente, intrigada porque pase toda su vida laboral encerrada con los hombres más peligrosos del país, le pregunta si no tiene miedo, ella responde que muchas veces se siente más segura dentro de la cárcel que en la parada del autobús al anochecer, antes de emprender el largo trayecto de regreso a casa.

Andrea vive en un apartamento de una habitación, en una zona que debía prosperar pero aún no ha prosperado. Hace un año que ha roto con su novio. Hace dos años que abortó porque su novio se consideraba muy joven aún para cargar con una familia. Ahora, a pesar de su miedo a ser un marido inmaduro, está casado y su mujer espera un hijo. Andrea se ha cruzado con ella en el súper más de una vez, empujando el carrito.

Ya en casa, sana y salva, Andrea calienta la sopa para la cena, que ha preparado ella misma a fuego lento, como es debido, mientras corta el pan, también hecho en casa. Ella conoce el efecto desmoralizador del microondas, y ha prescindido de él: está decidida a rehacer su vida. Pero es una vida estrecha y precaria: tratar de superar su desengaño sentimental sin conseguirlo, emborracharse en una fiesta, tener una aventura de una noche y arrepentirse después, por falta de coraje. Al mirarse en el espejo a la mañana siguiente, observa que las patas de gallo se le acentúan con el cansancio, y se va a trabajar con paso cansino.

Es buena maestra, pero casi nunca encuentra verdadero talento. Generalmente, los reclusos muestran preferencia por temas de un sentimentalismo sorprendente: retratos de niños, relamidos ramos de flores y edulcoradas imágenes de Cristo. Sagazmente, Peter señalaba la relación existente entre sentimentalismo y brutalidad. Pero uno de los presos, James Carne, hace algo diferente. Repite una y otra vez la misma imagen: una figura de sexo indeterminado, con la cara oculta por vendajes o cinta adhesiva y el cuerpo envuelto en alambre de espino. Recuerda un poco la vela de Amnistía Internacional.

—¿Pensaba en la vela de Amnistía Internacional cuando lo dibujó? —pregunta Andrea a James.

—No —responde James.

—¿Pero pensaba en la prisión y la imposibilidad de escapar?

—Desde luego.

Ansiosa de contenido moral, Andrea trata de atribuir un significado a la figura. Al cabo de un tiempo, sugiere a James que quizá convendría buscar otros temas.

—Cuando salga —dice él—. Aquí encerrado no puedo pensar en nada más.

Al cruzar la puerta de la cárcel, ella siente el viento y la lluvia en la cara, ve el alambre de espino tendido al otro lado de la alta tapia y oye el azote de los trozos de tela y papel enganchados en las púas. Es natural que él no pueda hacer otra cosa. Fue una estupidez y una falta de sensibilidad imaginar lo contrario.

James es alto, bastante guapo y tiene buena musculatura, resultado de largas horas de obsesivo ejercicio en el gimnasio de la prisión. Pero los sentimientos de Andrea hacia él nada tienen que ver con la atracción física, o eso se dice mientras hace la compra del fin de semana a toda prisa, para poder ir a la peluquería.

James observa el corte de pelo, como observa las faldas más cortas y el carmín más vivo, que se le corre un poco por las finas arruguitas alrededor de la boca. Observa la manera en que ella se tira de la falda cuando lo sorprende mirándole las rodillas. Es buen observador.

Implícitamente, él da a entender que es inocente de los crímenes por los que fue condenado, y Andrea le cree. ¿Cómo un asesino, un narcotraficante, un atracador o un violador —Andrea prefiere ignorar los detalles de qué es exactamente lo que no hizo James— iba a poder pintar cuadros tan bellos y tan llenos de sensibilidad? Las figuras resplandecen en sus jaulas de alambre de espino.

Al fin James sale de la cárcel y espera a Andrea en la parada del autobús, donde tantas veces ella ha sentido miedo, al pie de las paredes de la cárcel, iluminadas por los focos y estriadas por la lluvia.

No había suspense. El final se veía venir y, sin embargo, Stephen no podía dejar la lectura. Tiene morbo ver a un inocente hacerse cómplice de su propia destrucción. La violencia, al igual que los otros ingredientes del relato, estaba sabiamente dosificada, ni se enmascaraba ni se exageraba. El alambre de espino intervenía en buena medida, desde luego, lo mismo que la cinta adhesiva.

Andrea tuvo una muerte horrible porque había proyectado sus valores personales en una imagen creada por otro para sus propios fines. Stephen sintió compasión por ella, pero entonces se preguntó si no estaría él proyectando sus propios valores en el relato, es decir, haciendo lo mismo que había hecho Andrea con las pinturas del criminal. Tú llevas todo lo que eres, todo lo que has experimentado en la vida a ese encuentro con la escultura, con el cuadro o con la página del libro. Pero, detrás del

humo, se esconde la sibila que murmura, en un tono muy bajo, que tú no llegas a oír: «Ah, es que no es eso lo que quiero decir».

El relato denotaba una percepción de la soledad de la mujer madura, insólita en un hombre joven. Percepción, sí. Pero ¿compasión? Stephen volvió atrás a la descripción de cómo James reparaba en la falda más corta, en las manchas del dorso de la mano de Andrea, el carmín que se le corría por los pequeños frunces de los labios. Peter se instalaba en la mente de James con una facilidad desconcertante.

El segundo relato, «El hombre que lo arreglaba todo», trataba de una viuda que emplea a un hombre para que haga las pequeñas reparaciones domésticas que solía hacer su marido. En una casa siempre hay algo que necesita arreglo: tan pronto Reggie —el nombre desentonaba, pero era lo único— repara una cosa, otra se rompe. Al fin Reggie se le declara, pero la viuda lo rechaza diciendo que no ha superado la muerte de su marido. A la mañana siguiente, cuando sale de casa para ir a trabajar, la mujer encuentra delante de la puerta el cadáver descompuesto de su marido con una nota que dice: «¿Qué tiene él que no tenga yo?».

Vaya. Stephen cerró la revista. Un relato que no leería dos veces. De nuevo, el énfasis en la indefensión femenina, la observación detallada que siempre denota empatía y que, curiosamente, aquí no acababa de transmitirse. El narrador, inconscientemente, mostraba comprensión hacia la conducta depredadora que trataba de analizar. No había base moral. Éste fue el veredicto final de Stephen, y era esta ambigüedad en la actitud del narrador frente a depredador y víctima, más que la anécdota en sí, lo que hacía tan inquietantes los relatos.

Stephen los leyó mientras desayunaba y durante toda la mañana le rondaron la cabeza, con esa segunda vida de la ficción que, generalmente, confirma la primera impresión. También en este caso, su opinión acerca de la habilidad del autor mejoró. Era el ambiente lo que infundía autoridad al relato. Los olores de las galerías, a semen, calcetines y estofado; el tufo agrio a cagarruta de pollo, el sudor de los hombres que trabajaban en la granja; el hedor a orina seca de las celdas de los incontinentes; las bolas grises de chicle pegadas en el somier de la litera de arriba; el sabor a herrumbre de la niebla que envuelve la cárcel, única prueba tangible de que fuera existe otro mundo.

Desde luego, es asombroso cómo un buen trabajo de documentación puede sugerir que el autor se basa en la experiencia directa. Saul Bellow escribió *Henderson, el rey de la lluvia* sin haber pisado África.

Pero era Saul Bellow.

Stephen dejó la revista en la mesita de centro, delante de la chimenea, donde Justine lo encontró aquella noche. No dijo nada, pero se tumbó en el sofá a leerla. Por el borde inferior de la camiseta, la única prenda que llevaba, asomaba una punta de vello dorado. Él la vio fruncir el entrecejo en aquella esquiva expresión de dolor que

—ahora lo comprendió de pronto— era el detalle más erótico de su persona. Ella, tan fuerte, tan enérgica y vital. ¿Qué revelaba acerca de él mismo el que fuera precisamente esta sensibilidad de Justine al dolor lo que lo excitaba?

Ella cerró la revista con un golpe seco.

—Gracias a Dios que elegí Ciencias.

—Son buenos, ¿no te parece?

Él daba por descontado que había leído los relatos de Peter, y ella no lo negó.

—Son horribles.

No dijo más. Al fin, él se acercó y le abrió los brazos, como a una niña enfurruñada, y ella se dejó abrazar y lloró. Él le acariciaba los hombros, tratando de no excitarse con el aroma de su cuerpo y concentrarse en consolarla, pero ella se apartó.

—¿Cuánto hace que sabes lo mío con Peter?

—Kate lo mencionó.

—¿Kate Frobisher?

—Sí.

—¿Y ella cómo demonios lo sabe?

—Lo ignoro. Quizá os vio juntos.

Ella se enjugó las lágrimas furiosamente. La congoja le ahogaba la voz.

—Típico. En este pueblo de mierda no puedes hacer nada sin que te espíen.

—Estoy seguro de que ella no espiaba. ¿Tu padre lo sabía?

—Naturalmente que sí.

—¿Lo aprobaba?

—¿Por qué no había de aprobarlo?

—No sé. Dímelo tú.

Ella trató de sostenerle la mirada y no pudo.

—En realidad, papá fue un poco hipócrita. Él pertenece a la obra Empezar de Nuevo que ayuda a la gente que sale de la cárcel. De eso conoce a Peter. Fue hace años. Luego, el verano pasado, él volvió preguntando si podía quedarse unas semanas. Y, mientras no hacía nada más que cuidar el jardín, todo era magnífico, fantástico, estábamos haciendo una obra de misericordia, pero luego empezamos a salir... y las cosas cambiaron.

—¿Así que Peter vivió con vosotros?

—Sí, varias semanas.

—Y tú te enamoraste.

—Se puso tierno él, no yo.

—Debías de ser una cría cuando os conocisteis.

—Sí. Que es como tú me ves todavía. Y no sé lo que eso hace de ti.

—Yo no te veo como a una cría. No te enfades ahora conmigo. Yo sólo intento ayudar.

—Perdona. —Sonrió y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

Él se levantó y le llevó pañuelos.

—¿Por qué fue a la cárcel?

—No lo sé. Pero no sería por delitos sexuales, porque papá decía que a esos no podía tenerlos en casa estando yo.

—¿No te lo dijo?

—¿Peter o papá?

—Peter.

—No.

—¿Y no te extrañó?

—No. Tampoco a ti te extrañaría, si conocieras a Peter.

—No entiendo cómo se puede tener una relación con una persona y no decirle algo así.

—¿No lo entiendes? —Fruncía los labios como si hubiera mordido un limón—. Pues no, no hablaba del pasado, y cuando me hablaba de eso... yo prefería dejarlo.

—¿Por qué?

—Porque era todo muy superficial, muy de pasada, no podías ahondar... ni yo deseaba ahondar, porque no sabía lo que encontraría. Pero una vez me pareció que... —Hacía esfuerzos por serenarse—. Cuando salimos aquella noche, la noche en que rompimos... creí que iba a decírmelo, porque se le veía preocupado. Pero lo que hizo fue plantarme. —Un amago de risa—. Son las cosas que te dan experiencia de la vida, imagino.

—¿Era cruel?

—No lo sé. —Ella miraba hacia la oscuridad, más allá del resplandor del fuego—. No sé si cruel es la palabra.

—En lo que escribe hay crueldad.

—Sí, pero él no es su personaje.

—Él los crea.

Justine se encogió de hombros.

—¿Te hizo daño?

—Claro.

—Quiero decir físicamente —precisó él.

—¿Si era violento? Por Dios, ¿a ti te parece que yo aguantaría eso?

—Hay mujeres que lo aguantan.

—Yo no.

Eso era evidente.

—¿Entonces, cómo?

—No sé. Fue... como si todo se volviera contra mí. A veces, estando en la cama, yo abría los ojos y lo veía mirarme fijamente y... me sentía como un insecto clavado en un alfiler... —Soltó una carcajada—. Más fría que caliente. Pero estaba enamorada. Esas cosas no importaban. Creía que todo marchaba bien, y entonces ¡zas!

—¿No será que tu padre le dijo algo?

—No; si a mi padre le diera por el melodrama, te diría algo a ti. No; yo creo que Peter sólo buscaba un pasatiempo de verano. Yo me iría a la universidad, y adiós. Pero me puse enferma y, de pronto, no había fecha tope a la vista. Creo que él tenía miedo de decir demasiado. —Una pausa—. Él me quería.

—¿Estás segura?

Otra vez aquel gesto de perplejidad y extravío.

—No.

—¿Tú hubieras seguido?

—Sí.

—¿Aun sin saber lo que él había hecho?

Ella meneó la cabeza.

—Sea lo que fuere, cumplió la condena. Una persona no puede estar toda la vida purgando un delito.

«Según qué delito», pensó él.

—Pero debes de tener una idea.

—No.

—¿Drogas?

—Las detesta.

Ya empezaba a defenderlo, y eso era lo último que deseaba Stephen.

—De todos modos, me parece que deberías alegrarte de haberte librado de él.

—Eso dijo también papá.

Stephen se alegró de saber que la caridad cristiana no había ofuscado por completo el sentido común del párroco.

—Sí, claro, somos de la misma generación.

Viéndola con aquella enorme camiseta, él pensó: «He de dejar de tratarla como a una niña.» Hasta entonces había supuesto que ella no sufría más que los efectos de un desengaño amoroso adolescente, tan molesto como una rabieta de bebé, pero que una persona mayor no podía tomar en serio. No había admitido la posibilidad de que ella, tan joven, pudiera haber conocido a un hombre que era un peligro para cualquier mujer de cualquier edad. «O quizá para cualquier hombre», pensó al recordar ciertos detalles de su conversación con Peter.

Frialdad, manipulación, ansia de dominio, una aberración de la mente que hace que la entrega generosa se manipule en contra del que la da...

Él le acarició el tobillo y entonces, impulsivamente, se inclinó y hundió la cara en el vello dorado de su vientre, buscando, indagando, sorbiendo, mientras le separaba los muslos con las manos, suavemente. Durante un segundo, la pelvis de la muchacha se arqueó, como una flor puesta en un rincón oscuro se vuelve hacia la luz, y los músculos del vientre se tensaron y estremecieron.

Pero casi al momento ella rió y le apartó la cabeza hacia un lado, retorciéndose para liberarse.

—Tengo que irme a casa.

Él miró el reloj.

—Aún no es la hora.

—Beth me ha dicho que ha caído un árbol en la carretera. Tendré que dar un rodeo. —Lo miraba casi como si lo compadeciera.

—¿Vendrás mañana?

—Sí.

Más caricias a oscuras.

—¿Todavía le quieres?

Ella tenía las pupilas tan dilatadas que sus ojos azules parecían casi negros.

—No estoy segura de saber lo que es el amor.

—La verdad es que ese capullo no te merece.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Vale más que me vista.

—Probablemente, tampoco yo te merezco.

Ella lo abrazó y lo besó.

—No estás mal. —Una risa interna le agitó los pechos—. Eres aceptable.

«Por el momento», pensó él viéndola vestirse.

Kate regresó del hospital el lunes por la tarde, asombrada por la mejoría que notaba en el hombro y también un poco aturdida por el anestésico. Hizo varias llamadas para avisar de su regreso y se quedó de pie delante de la ventana, deslizando el amuleto de Ben por la cadena. Era un consuelo, pero no podía sustituir el peso de su brazo en los hombros.

Resistiéndose a la idea de dormir, salió a dar un paseo. Necesitaba despejar la cabeza y, además, quería disfrutar de su movilidad recuperada. Mientras caminaba, giraba la cabeza a uno y otro lado y hacía molinetes con el brazo derecho. Si alguien la hubiera visto, la habría tomado por loca, pero no había nadie. El mal tiempo mantenía a la gente encerrada en casa.

Había habido temporal todo el día. Ella lo notaba incluso en el hospital: fuertes ráfagas de viento arrojaban la lluvia contra la ventana, si bien dentro de la habitación no se percibía más que el calor del radiador y olor a antiséptico y caucho. Pero ahora todo aquello quedaba atrás. Adiós hospital. Adiós collarín. Y, por lo menos durante dos días, adiós Peter. Le había dado libre —pagados, desde luego— lunes y martes, en parte porque no sabía cómo se sentiría después del tratamiento y en parte porque necesitaba estar a solas con el Cristo, para intentar recuperar el concepto original.

Encima del bosque se agolpaban las nubes formando un enorme castillo negruzco del que pendían ondulantes cortinas de gasa gris. Los árboles se doblaban y crujían, hasta que de pronto se quedaron quietos. Sólo se movían las ramas de la cima, un poco, como la punta de la cola del gato que acecha a un pájaro. Y entonces llegó la lluvia, gruesos dardos plateados que caían en diagonal y se incrustaban en la tierra negra.

Los ciervos aún estarían a resguardo, pensó Kate. Los imaginaba en la espesura, con el húmedo hocico temblando mientras descargaba la tormenta. Menos suerte tenían otros animales. En el campo, las vacas se acurrucaban al lado del pesebre, en las zanjas que ellas mismas cavaban en el barro; los caballos levantaban uno de sus cascos traseros y permanecían quietos, desvalidos y tristes dejando que el agua les empapara la piel; los conejos corrían a guarecerse mientras el viento les dibujaba estrellas en el pelaje.

Kate hizo el último trecho corriendo y trató de mantener el equilibrio mientras abría la puerta. El frío ambiente de la casa le hizo comprender que el fuego se había apagado o estaba apagándose. Consiguió avivarlo y se sentó junto al hogar con un vaso generoso de whisky, para entrar en calor. En el patio, las hojas secas danzaban como los puntos negros en una retina vieja. Las gallinas, molestas por el viento que les ahuecaba las plumas, se habían retirado al establo y cloqueaban con mal humor en sus soportes.

Al cabo de un rato, reconfortada por el paseo, Kate sacó el bloc de dibujo y contempló sus primeros bosquejos del Cristo. La alarmó advertir que tenían una fuerza de la que carecía la figura terminada, o casi terminada, y estuvo un par de horas analizando dónde estaba el fallo —porque algo fallaba, seguro—, consciente de que le quedaba muy poco tiempo para subsanarlo. Al fin dejó el trabajo y se acercó a la ventana, conteniéndose de ir al taller a probar nuevas ideas. Sería un disparate ponerse a trabajar a esas horas. No podría tomar decisiones acertadas.

El cielo se oscurecía. Los árboles se combaban y gemían, envueltos en una luz amarillenta. Pasó una bandada de pájaros, grajos probablemente, moviendo sus alas negras y pesadas, y después nada. De pronto se sintió agotada, tanto por las dudas acerca de su trabajo como por el anestésico. Apagó las luces y se acostó.

Estaba segura de que se dormiría al punto, y se durmió, pero al poco rato abrió los ojos, pensando, medio en sueños, que el viento en los árboles sonaba como el mar. Era como estar otra vez en aquel faro que ella y Ben habían alquilado, en el que un día de tormenta ella abrió la ventana y se encontró frente a una gaviota que la miraba con sus ojos amarillos y rapaces mientras planeaba. Y aquella noche ella oprimía con los dedos la espalda de Ben, palpando los nudos de las vértebras, tan secretos y misteriosos como fósiles.

—Eh —le había dicho él volviéndose—. Yo no soy arcilla.

«Lo eres ahora —pensó—. Vida mía.» Flotando entre el sueño y la vigilia, Kate sentía el dolor de la ausencia con tanta intensidad como el día en que recibió la noticia. «Dormir», pensó, dando media vuelta y doblando las rodillas. La única cura para aquello era dormir.

Pero el largo descenso de la vigilia al sueño terminó en sobresalto. Se incorporó en la oscuridad, con la boca seca y los ojos muy abiertos, segura de que un ruido la había hecho volver a la realidad. No el áspero batir de la lluvia en los cristales ni el ulular del viento: éstos eran sonidos naturales que no interrumpían el sueño. No; la había despertado un sonido concreto y extemporáneo, fuera de lugar. Incorporada sobre un codo, miró la oscuridad, esperando que se repitiera.

Nada. Se dejó caer en la almohada, diciéndose que, con el estrépito de la tormenta, no podía haber oído nada extraño, y que si te despiertas bruscamente, un ruido soñado puede parecer real. Pero no podía volver a dormirse. Al fin, se levantó, se puso la bata y escudriñó el patio. Daba la sensación de que, por un proceso misterioso, el viento se había hecho visible y doblaba los árboles y agitaba los arbustos haciéndoles mostrar el pálido envés de las hojas, como si estuvieran asustados. La luz de los relámpagos parpadeaba en la rizada superficie de los charcos y, durante un momento de alucinación, el ojo de la luna la miró desde el patio.

Pensó que había podido despertarla cualquier cosa: el ruido de un cubo al chocar contra una pared, un portazo... pero entonces lo vio: un resplandor que salía del taller, donde no debía haber luz. Y se movía, como si saliera de una linterna o una

lámpara portátil. Más que la luz en sí, veía su reflejo en la ladera, una tenue pincelada púrpura en la hierba trémula.

La policía. Levantó el teléfono, sin comprender por qué no oía el monótono zumbido de la señal, y luego se dijo que debía de haber avería en las líneas. Accionó el interruptor de la mesita de noche. No se encendió. Bajó la escalera, comprobando luces a su paso, y sacó la linterna que guardaba en la mesa del vestíbulo. Entró en la sala, moviendo el haz luminoso, que se detuvo en el busto de Ben. «Ay, amor mío», pensó acariciándole la cara.

Si hubieran entrado ladrones en la casa, se habría encerrado en el dormitorio, dejando que se lo llevaran todo. Pero en el taller estaba su obra. No permitiría que se la robaran o la destruyeran.

Fue a la cocina y se calzó unas botas. Los pies se encallaron un momento en la goma fría y los dedos se agitaron, buscando acomodo, pero sobraba espacio: debían de ser las botas de Ben, no las suyas. Ahora no tenía tiempo de cambiárselas. Al salir al patio, apagó la linterna para no llamar la atención, pero volvió a encenderla al empezar a cruzar, creando por un instante una franja de luz atravesada por las oblicuas líneas plateadas de la lluvia. La apagó enseguida, esperó a que sus ojos se habituaran a la oscuridad y fue hacia la puerta del taller. La abrió sin hacer ruido y se quedó en el pasillo, respirando los olores familiares de cada día, consciente de que al otro lado de la pared había alguien. Inspiró hondo. La sangre le latía en la sien y la garganta, mermando su capacidad de raciocinio. Acercó un ojo a la rendija de la puerta, para averiguar a quién y a qué tenía que enfrentarse.

No vio a nadie. La sombra del Cristo, enorme, cruzaba el suelo y ascendía por la pared, y otra sombra, más pequeña, se movía a su alrededor como una llama gris. Kate se apretó contra la puerta, preguntándose si se atrevería a abrirla y tratando de recordar si chirriaba, cuando oyó el último sonido que esperaba oír, a pesar de que era el que resonaba en el taller todo el día: el golpe del mazo en el cincel. Empujó la puerta unos centímetros.

Allí estaba Peter Wingrave. Una linterna apoyada en uno de los bancos que tenía a su espalda proyectaba en la pared su sombra, agrandada. Pero era un Peter Wingrave que ella nunca había visto. No sabía por qué le resultaba tan extraña su figura, hasta que observó que llevaba la ropa de ella, incluso la gorra de piel con orejeras que se ponía cuando en el taller hacía más frío del habitual. Estaba ridículo... y siniestro. Un perturbado. De la sudadera salpicada de yeso le asomaban los brazos desnudos. Kate era alta, pero a él las mangas le llegaban por debajo del codo, y por los bajos del pantalón de chándal salían unas piernas blancas y peludas, más visibles, a la luz de la linterna, que el resto de su persona. No había podido ponerse las chanclas y sus pies descalzos, de dedos recios, se movían sobre la capa de yeso y polvo que cubría el suelo, acercándose y alejándose de la figura. Parada, golpe de mazo, retroceso. Decisión, acción, contemplación: la comparación constante entre la figura imaginada y la que iba surgiendo del yeso. A la sombra de la figura proyectada

en la pared se unía otra sombra que luego se separaba de ella, y así una y otra vez, en acompasado vaivén.

Debía de haberse vuelto loco. Parecía totalmente perturbado: estaba destruyendo el Cristo.

Pero, casi al momento, se hizo evidente algo que ella había percibido ya en su subconsciente. El sonido no era el normal. Aguzó el oído. El roce de los pies en el suelo, el crujido de un trozo de yeso que se rompe y, otra vez, el golpe del mazo en el cincel. Pero no había impacto, no se oía chasquear ni rechinar el yeso. Peter estaba imitándola. Fingía ser ella. En su imaginación, quizá lo era.

A la sensación de alivio que experimentó Kate al comprender que la figura no había sufrido daño, siguió un temor más hondo. Si él hubiera estado destruyendo su obra, ella le habría hecho frente; pero aquello era inesperado, y retrocedió hacia la oscuridad, tratando de pensar con calma. Era como si Peter estuviera practicando un rito para apoderarse de su fuerza creativa. Se sintió incapaz de enfrentarse a él porque no concebía con qué tendría que habérselas... no lograba adivinar cuál sería su reacción.

Despacio, procurando no hacer ruido, Kate retrocedió por el pasillo. Ya en el patio, echó a correr, entró en la casa, dio dos vueltas de llave y pasó el cerrojo.

Cogió su bolso y sacó el móvil, pero no daba señal. En cualquier caso, pensó, bajando el aparato, ¿qué podía decir? En mi taller hay un hombre. ¿Ha forzado la puerta? No; yo le di la llave. ¿Está causando daños? No. ¿Está amenazándola? No. ¿Tiene usted miedo? Sí, estoy aterrorizada. ¿Es usted una estúpida neurótica? Sí, probablemente.

No le dirían eso. No obstante, no le apetecía mantener semejante conversación. Dejó el móvil y se sentó a la mesa de la cocina, a oscuras, dividida entre el deseo de volver al taller para preguntarle qué demonios estaba haciendo allí y el temor a que lo que hacía fuera tan absurdo, incluso para él, que no pudiera responder y la pregunta le provocara una turbación de consecuencias imprevisibles. No; era preferible dejarlo.

¡Se había puesto su ropa!

Tuvo un espasmo de repulsión, no por él sino por sí misma, como si Peter hubiera conseguido realmente robarle la identidad. Lo más fácil era pensar que por la rendija de la puerta había visto su doble en negativo, una criatura que, con su perturbación e incompetencia, revelaba la oculta personalidad de ella.

Media hora después, quizá menos, oyó cerrarse la puerta del taller, pasos a un lado de la casa y la furgoneta que se alejaba.

La tormenta se disipó un par de horas después. Kate no intentó volver a dormir sino que se quedó sentada a la mesa de la cocina, tensa y vigilante, con los ojos irritados por el cansancio y la boca y el estómago ácidos por el exceso de cafeína.

Cuando por fin se iluminaron los cristales de la ventana, salió al resplandor de una mañana húmeda y amarillenta y fue hacia el taller cruzando un patio sembrado de ramas.

La figura se erguía ante ella. Había cambiado, pero no se veían nuevas esquirlas de yeso en el suelo ni marcas de cincel en su superficie que no recordara haber hecho ella. Si ahora le parecía diferente debía de ser porque la miraba con otros ojos. El vientre estaba hendido en tres, no, cuatro sitios. Puso la mano en las muescas. El pecho y el cuello parecían acribillados por las marcas de una enfermedad cutánea como la viruela, o hacían pensar en la piel de un ave desplumada brutalmente. Despacio, Kate levantó la mirada hacia la cara. Pómulos como acantilados, labios prietos y severos, pliegues profundos a cada lado, cortes, magulladuras, tumefacción. Roto. Alguien que sabía lo que se hacía le había dado un buen repaso. Era el Jesús de la Historia. Y ya se sabe lo que es la Historia: los fuertes se hacen con todo lo que pueden, los débiles aguantan porque no hay más remedio, y los muertos, por supuesto, no se levantan.

Esto lo había hecho ella, no Peter, y, no obstante, al recordar lo que había visto la noche anterior, le parecía que lo que aquella figura tenía de estremecedor estaba desvirtuado por aquella pantomima grotesca.

La cuestión era muy complicada como para esclarecerla en ese momento, y decidió dejarla de lado. Miró en derredor, pensando que quizá él hubiera olvidado alguna cosa. En efecto, en el banco estaba su chaqueta. Venciendo los escrúpulos, registró los bolsillos y encontró monedas, tres billetes de cinco libras y una tarjeta de crédito. Tendría que hallar la manera de devolvérsela: no quería que él viniera a buscarla. Podía dejársela en casa del párroco.

Salió del taller, cerró la puerta y decidió cambiar la combinación de la alarma. Tardó en recordar los pasos que debía dar y, mientras manipulaba el dispositivo, empezó a llover otra vez, aunque sólo gotas dispersas, lo suficiente para refrescarle el ardor de la cara.

Ya en casa, se obligó a lavarse, vestirse y peinarse, pero a cada operación parecían acentuársele las ojeras. Estaba horrible, una anciana. Y así se sentía. No obstante, la mejoría del hombro era más notable todavía esa mañana. Ya le habían dicho que el efecto podía ser espectacular, pero ella no se atrevía a esperar tanto.

A las diez volvió la luz. Los aparatos eléctricos chasquearon y ronronearon, en el frigorífico se encendió el piloto rojo, que enseguida fue sustituido por el verde. Un

rumor lejano se convirtió en el ruido de un coche. ¿Peter? Ahora deseaba haber llamado a Angela para pedirle que viniera, pero ya era tarde. El coche paró al lado de la casa y ella respiró aliviada al ver a Stephen Sharkey pasar por delante de la ventana de la cocina.

Iba hacia el taller, seguro de encontrarla allí a esa hora.

—Hola —dijo Kate abriendo la puerta de la cocina.

—Hola. ¿Una mala noche?

Debía de tener peor aspecto de lo que creía.

—Sí, bastante mala. —Se hizo a un lado—. Pasa.

Él entró en la cocina.

—¿Se fue la luz?

—Sí; ha vuelto hace media hora. ¿En tu casa también?

—También. Debemos de tener la misma línea. ¿Has podido dormir?

—No.

—Ahí detrás he visto una lechuza posada en una cerca. A plena luz del día. Me parece que hasta hubiera podido tocarla.

—Habrás perdido su árbol, la pobre. Deben de haber caído muchos.

Ahora recordaba que él había quedado en ir esa mañana para ver las fotos de Ben. Lo había olvidado por completo.

—¿Tomarás café?

Puso la cafetera, pero ella tomó té con menta. La cafeína le bullía en la cabeza, aunque sin generar pensamientos útiles. Stephen la observó mientras ella sorbía la infusión verdosa. Parecía agitada.

—¿No te gustan los truenos?

—No es eso. Me despertó un ruido, tal vez la tapa de un cubo de la basura arrastrada por el viento, y entonces vi luz en el taller. Fui a ver...

Lo contó, o trató de contarlo, como un incidente gracioso, sin darse cuenta de la expresión de miedo y angustia que tenía en la cara mientras hablaba.

—En fin, que allí estaba él, vestido con mi ropa.

—¿Tu ropa?

—Sí, la ropa de trabajo. No se paseaba con tacón alto y sujetador. —Un espasmo de irritación provocado por el agotamiento. Se dominó—. Fingía esculpir el yeso.

—¿Fingía?

—Sí, sin tocarlo.

—Te imitaba.

Imitaba. Esta palabra suavizaba la acción. Era mucho más que eso.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada muy heroico. Volver a casa y encerrarme.

—¿Has llamado a la policía?

Ella negó con la cabeza.

—Las líneas estaban cortadas.

—¿Y esta mañana?

—No, ¿para qué?

—¿Ha habido daños?

Buena pregunta.

—En realidad, no. —No podía explicar que el daño lo había sufrido su fe en sí misma y en su proyecto. En eso nada podía hacer la policía.

Stephen guardó silencio, sosteniendo el tazón humeante con las dos manos.

—¿Sabías que ha estado en la cárcel? ¿No te lo dijo Alec?

—No. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo Justine. Fue hace unos cinco años, ya lleva fuera bastante tiempo.

—No creo que hiciera algo terrible. ¿Posesión de droga blanda?

—Tengo la impresión de que fue más que eso.

—¿Justine no lo sabe?

—No; él no se lo dijo.

—Alec lo sabrá.

—Ah, desde luego.

—No puedo creer que no lo mencionara. Debió decírmelo.

—Estoy de acuerdo. Tenías derecho a saber a quién metías en tu taller.

—Sí.

Empezaba a enfadarse. Una reacción más natural y menos angustiada que la mezcla de repugnancia e inseguridad que había experimentado hasta entonces.

Cuando Stephen terminó el café, Kate lo acompañó al estudio de Ben, marcó la combinación y abrió la puerta.

—Mira, te anotaré el código para que puedas entrar y salir libremente. —Él le dio una libretita y bolígrafo y ella escribió los números apoyada contra la pared—. Que tengas un buen día —dijo, devolviéndoselos.

Ella regresó a la casa, pero a los pocos minutos salió y se fue en el coche.

Cuando aparcaba frente a la verja del cementerio, Kate reparó en que desde allí veía la lápida de Ben, sobre un fondo de hierba alta y blanqueada. Ella quiso que estuviera allí, en el extremo del cementerio, de espaldas al ondulado páramo que parecía encoger sus hombros desnudos, lo más lejos posible del pueblo y de su vida densa y opaca, sus envidias, rencillas y cotilleos.

Mientras avanzaba por el sendero hacia la casa del párroco, veía en los árboles las pálidas heridas de los desgarros causados por la tormenta de la noche. Había pequeñas ramas esparcidas por el césped, como las había en su propio patio, pero allí había también tejas rotas, lo que era más grave para Alec.

Hizo sonar la campanilla dos veces, resignada a una larga espera y una posible decepción, pero a los pocos minutos oyó pasos —muy ligeros para ser de Alec— y se volvió hacia la puerta, esperando ver a Justine.

Pero fue Angela quien abrió. Se miraron sin decir nada. Angela tenía los botones de la blusa mal abrochados, seguramente por las prisas. Kate se sonrojó un poco. Angela no. Tratando de no mirar los botones, Kate preguntó:

—¿Está Alec?

—Sí —respondió la otra sin moverse.

Dentro de la casa se oía el sonido de unos pies descalzos sobre el linóleo.

—¿Podría hablar con él un momento, por favor?

Nunca había hablado a su amiga en un tono tan frío y ceremonioso, pero surtió efecto. Angela se hizo a un lado y la dejó pasar. Kate la siguió por el pasillo y por una escalera hasta la cocina del sótano. Aquella cocina parecía una pieza de museo. El hornillo de gas tenía patas en forma de garra. Angela llenó un hervidor de un grifo que temblaba por el esfuerzo de echar agua y la puso en el fogón.

La ventana daba al cementerio. La vista, comparada con la cocina, era alegre.

—No es de extrañar que Victoria se fuera —dijo Kate.

Angela se encogió de hombros.

—Fue culpa suya. El obispo les ofreció una casa moderna, pero ella no la quiso porque estaba en una urbanización subvencionada por el ayuntamiento. Victoria era muy señora.

—¿Sí? Yo no llegué a conocerla muy bien. —Una pausa—. ¿Dónde está Justine?

—Con Stephen, supongo.

—¿Con Stephen?

—Sí, ya llevan tiempo.

Alec, que venía en zapatillas, se paró en la puerta.

—Hola, Kate. ¿Qué te trae por aquí?

Ella no quería hablar delante de Angela, pero era difícil darlo a entender sin hacer un desaire a su amiga, que estaba tan ufana y sonrosada, presidiendo la mesa en aquella lúgubre cocina que olía a grasa congelada y a ratón. Pobre Justine.

—Me gustaría hablar de Peter, pero no hay prisa, tómate antes el té.

Alec levantó la taza. Tenía la cara radiante. Se le veía tan satisfecho, tan simpático, rubicundo y risueño con su alzacuello, tan exquisita y tiernamente follado, que era difícil seguir enfadada con él.

Pero Kate hizo el esfuerzo. Advirtiendo su estado de ánimo, Alec propuso ir a tomar el té al estudio.

Mientras lo seguía, Kate se preguntó a qué olía aquel pasillo. A algún potente limpiasuelos que no cumplía lo que prometía y se limitaba a transportar la cochambre de un lado al otro. O quizá no había cochambre y era que el linóleo había llegado al punto de desgaste en el que los colores se mezclan en una gama de grises. Kate recordó sus visitas, de niña, a casa de sus tías-abuelas. Olor a cementerio, a remolacha hervida que teñía de rojo unas mustias hojas de lechuga.

El estudio de Alec estaba ensombrecido por los árboles. El párroco cerró la puerta y se situó en diagonal a la ventana, de cara a Kate.

—A veces sueño con ellos. Me refiero a esos árboles. Sueño que meten las ramas por la ventana.

Kate descubrió con sorpresa que, en sus más de cinco años de supuesta amistad, éste era el comentario más personal que había oído de labios de Alec.

—Hazlos talar.

—Oh, no podría.

—Están demasiado cerca, Alec. Algo que lleva doscientos años impidiendo el paso de la luz debe eliminarse.

Él se sentó, provocando un crujido de protesta de una madera vetusta.

—¿Qué te preocupa?

—Esta noche ha pasado algo bastante extraño.

Al relatar de nuevo los hechos, Kate volvía a enojarse. Estaba furibunda cuando acabó de hablar.

—Me alteró mucho —concluyó—. Estaba realmente asustada.

Alec juntó la yema de los dedos como si ella le hubiera formulado una pregunta abstracta de moral teológica.

—No me explico qué puede haberle inducido a hacer eso. Desde luego, tiene dificultades para percibir la divisoria entre las personas.

Kate se indignaba por momentos. Hubiera aceptado cualquier dosis de plática cristiana por parte de Alec —para eso le pagaban, al fin y al cabo—, pero esto era simple cháchara psicológica. Y no reconocía el hecho primordial, de que la perjudicada era ella.

—¿Te refieres a que no distingue dónde termina él y dónde empieza el otro?

—Peter es inofensivo.

—Alec, su comportamiento es peligroso.

—Comprendo que para ti debió de ser un trauma.

En ese momento, ella le hubiera propinado unos cuantos traumas a él de muy buena gana.

—¿Por qué no me dijiste que había estado en la cárcel?

—Porque no me pareció pertinente. Hace más de cinco años que no tiene problemas con la justicia.

—Si era pertinente o no debía decidirlo yo. Es muy sencillo, Alec, si tú no tienes inconveniente en meterlo en casa ni en que salga con tu hija, es asunto tuyo. Pero yo tengo derecho a decidir a quién doy mi confianza. Debiste advertirme.

—Bien —dijo él tras una pausa incómoda—. Es muy difícil.

—¿Qué hizo?

—¿Cómo?

—¿Qué hizo para que lo enviaran a la cárcel?

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes o no quieres?

—No fue un delito sexual. Yo siempre me he negado a admitir en mi casa a esa clase de encausados, por Justine.

Ella entornó los ojos.

—Entonces ¿por qué fue a la cárcel? ¿Por asesinato?

Ella esperaba, deseaba, que Alec sonriera y la acusara de ser melodramática. Pero él suspiró.

—En serio, no puedo hablar de eso.

Era definitivo. Ella comprendió que no cedería.

—Yo he estado a solas con él, hora tras hora, día tras día; no puedes decir: «No tiene importancia, no ha pasado nada», porque anoche algo pasó.

—¿Él te amenazó?

Ella no contestó enseguida.

—Alec, ¿tú has sentido verdadero terror alguna vez? —No estaba explicándolo bien, porque ni ella misma lo comprendía.

—¿Irás a la policía?

Ella lo miró sin pestañear. Las gafas de Alec relucían a un rayo de luz que se abría paso entre las hojas.

—¿Por qué? ¿Por qué no he de decírselo?

—Podría tener graves consecuencias para él. —Fue a añadir algo, se contuvo y empezó de nuevo—. En realidad, hacer no ha hecho nada, ¿verdad?

—¿Quieres decir que está en libertad condicional?

Alec se miró las manos.

—No, no acudiré a la policía. —Miró la bolsa que había dejado a sus pies—. He traído sus cosas. No tengo sus señas. Siempre le he pagado en efectivo. Y esto —levantó el sobre que había encima de todo— es su paga hasta fin de mes.

—¿Qué es lo que ha hecho en definitiva, Kate, aparte de obsesionarse un poco?

—Me ha contaminado la mente. Pero estoy de acuerdo en que eso no es un delito. Ya ves, no soy rencorosa, sólo trato de comprender, pero no lo comprendo. Y creo que tú tampoco. De todos modos, me parece que de esa caridad cristiana que repartes a manos llenas hubieras podido guardar un poco para mí.

—Quizá se ha enamorado de ti, Kate. ¿No lo has pensado?

Ella negó vigorosamente con un movimiento no sólo de la cabeza sino también de los hombros, la espalda y los brazos, como el del que trata de quitarse de encima un insecto repugnante.

—No, no creo que sea eso. En absoluto.

Kate casi lloraba. Alec alargó la mano, pero ella retrocedió.

—No te molestes, Alec. Conozco el camino.

Stephen escuchó en silencio el relato que le hizo Kate de su conversación con Alec. Cuando terminó, dijo:

—No irás a ablandarte y readmitirlo, ¿verdad?

—Ni hablar.

Parecía tan cansada y solitaria que él sintió el impulso de abrazarla, pero su relación no daba para abrazos, de manera que le puso la mano en el antebrazo con suavidad y le deseó suerte.

Cuando Stephen comentó a Justine la visita nocturna de Peter al taller de Kate, ella se encogió de hombros y siguió picando pimientos.

—¿Tú tenías esa impresión, de que le era difícil percibir la separación entre las personas?

Ella reflexionó.

—Él no lo ve así. Él imagina que posee una gran capacidad de empatía. Y no la tiene, desde luego. Lo que hace es atribuir al otro sus propias emociones y luego empatizar consigo mismo. —Volvió a encogerse de hombros—. Es un embrollo. —Reunió los trozos de pimiento y los echó a la sartén.

Él ya había dado por terminada la conversación cuando ella lo sorprendió echándose a reír.

—¿Sabes qué le gustaría ser, además de escritor? Psiquiatra. Está convencido de que lo haría mejor que la mayoría de los que ha conocido.

—¿A cuántos ha conocido?

—Oh, a varios.

—¿Es adicto a la psicoterapia?

—Es adicto a marear a los psiquiatras.

—Justine —dijo él abrazándola por la espalda—. ¿Tú sabes qué hizo?

—No. ¿Y qué importancia tiene eso ahora?

—¿No te parece que Kate tenía derecho a saber con quién trataba?

Ella se volvió hacia él.

—No veo la necesidad de acosar a las personas.

—No —dijo él, sacando los platos de debajo del gratinador—. Yo tampoco. Pero he de hacer algo respecto a esos relatos. O se los devuelvo o... no sé, he de responder de algún modo.

Justine había prometido a Beth que llevaría a Adam al parque de atracciones y convenció a Stephen para que los acompañara. Él había accedido de mala gana, pero

al acercarse el fin de semana esperaba la excursión con agrado. Había trabajado mucho, encerrado en casa, y le apetecía moverse.

Desde casi un kilómetro de distancia ya se oía la música. Cuando Stephen frenó para tomar la curva, las bolsas del súper oscilaron en el asiento de atrás y una se volcó, derramando su contenido, prosaico recordatorio de las necesidades de la vida diaria.

—Déjalo, Adam —dijo Justine volviendo la cabeza—. Ya lo recogeremos cuando lleguemos a casa.

El páramo no estaba lejos del centro del pueblo, pero era tan grande que, al cruzarlo de noche, podías tener la sensación de estar perdido. Atronaba el aire la música de los altavoces instalados en las esquinas de la feria. Te parecía que nadabas en el ruido. Unas muchachas sombreadas por las luces amarillas, verdes y púrpura reían y chillaban. Pandillas de chicos las miraban. El sudor les relucía en el cuero cabelludo, entre el pelo hirsuto. Había un gañido de dolor en la despectiva risa de macho con que reaccionaban a la presencia de las muchachas. La humedad de la noche, la música pegadiza que impregnaba la piel como un sudor, el olor a cerveza de otro grupo de jóvenes que pasaba por su lado, todo se combinaba para generar un ambiente que estimulaba los sentidos.

Stephen empezaba a divertirse. Hasta el suelo embarrado, con la hierba rala y pisoteada bajo las luces giratorias, le despertaba recuerdos muy antiguos.

—¡Hay que subir a algo! —gritó Justine.

—Sí —gritó él buscando con la mirada alguna atracción inofensiva, en la que no te encontraras incrustado en la pared de un globo giratorio por una fuerza centrífuga que te estiraba la cara. Señaló la noria, no porque le inspirara confianza (parecía una rueda catalina que de un momento a otro podía salir despedida zumbando por los aires) sino porque le recordaba su infancia—. ¿Te gusta eso?

—¡Vale! —gritó ella con unos labios amarillo mango.

Stephen padecía de vértigo. Sintió un nudo en el estómago cuando la barra de seguridad se cerró sobre sus rodillas con un aldabonazo. Adam arrimó tímidamente una mano pequeña y pegajosa a la suya y Stephen le sonrió con aire tranquilizador, confiando en no vomitar. «Intrépido corresponsal de guerra en un momento de esparcimiento», pensó con ironía. Fueron elevándose, al principio escalonadamente y después, a medida que iban llenándose las cestillas, con más regularidad. Al fin, la rueda se puso a girar.

Stephen se aventuró a mirar abajo. Al lado de la taquilla había un grupo de personas esperando turno. Sus caras, vueltas hacia lo alto para mirar las luces giratorias, parecían flores pálidas sobre tallos largos. Al bajar, Stephen cerró los ojos y tensó los ya agarrotados brazos hasta que un soplo de aire cálido le indicó que se acercaban al suelo.

A la tercera vuelta, sintió la mano de Justine en la manga y la miró. Ella tenía la boca abierta, pero no profería sonido alguno, por lo menos que él pudiera oír con el

estrépito de la música. Pensó que gritaba pero enseguida comprendió que reía. Trató de hablarle, pero el viento se llevó las palabras. Bajaban hacia las luces oscilantes. A Justine se le había soltado un mechón de pelo y le azotaba la cara. Adam gritaba, pero parecía estar divirtiéndose, comprimido entre los dos, con su jersey gris y sus zapatillas deportivas. Stephen sentía en el costado su calor, como de un cachorro, y percibía ese olor a caramelo que despiden todos los niños. Aunque parecía increíble, también Stephen empezaba a divertirse. Incluso esperaba el momento en que vería todo el parque a sus pies, mientras sentía la mano de Adam en el antebrazo, oía el grito involuntario de Justine y se iniciaba la caída vertiginosa.

Cuando se apeó de la noria, las piernas le parecieron de goma y se tambaleó un poco, sin saber muy bien dónde estaba el suelo.

—¿Quieres una cerveza? —gritó.

—Yo la traeré —dijo Justine—. Me parece que Adam necesita ir al baño.

—¿Tienes ganas, Adam?

—Sí.

El niño estaba un poco pálido. Stephen le puso una mano en el hombro y lo llevó a los aseos situados en un extremo del parque.

—¿Te has mareado?

—Un poco.

—Yo también.

Stephen se quedó esperando fuera. Adam tardaba en salir y él recordó lo que Justine le había contado acerca de los ritos que el niño seguía en sus visitas al servicio, uno de los cuales consistía en forrar de papel higiénico la taza antes de ponerse a hacer sus necesidades.

No le importaba esperar. Pensaba en Goya, en su afición a los circos, las corridas de toros, las ferias, las exhibiciones de monstruos, los mercados callejeros, los saltimbanquis, las visitas a los manicomios, las peleas de osos, las ejecuciones públicas y cualquier espectáculo que fuera lo bastante fuerte como para acallar a los demonios que le gritaban al oído. Era el ejemplo del hombre que ha encontrado la manera de sobrellevar sus males. Mirando alrededor, Stephen comprendía por qué había surtido efecto la automedicación de Goya. En ese momento, él estaba aturdido por los colores y las formas que lo rodeaban, por la manera en que sus bombardeados sentidos empezaban a intercambiarse las funciones, de modo que el color se convertía en ruido y el ruido en color. Cuántas bocas que gritaban, reían, chillaban, comían y bebían. Bocas en todas partes. Lo primero que uno veía eran las bocas, como las veía en las pinturas de Goya, donde se aunaban para producir aquel clamor que, incluso en el Prado, fuera de temporada y a primera hora de la mañana, es casi ensordecedor. Pero ahora no quería pensar en Goya. Mejor pensar en la cerveza, que esperaba estuviera bien fría, con gotitas de condensación en la lata.

Cuando Adam salió, fueron a buscar a Justine, pero no la veían. Stephen sintió un espasmo de ansiedad mientras miraba la cola de gente, deseando verla allí. Ahora las

caras que desfilaban ante sus ojos le parecían sencillamente grotescas. Sentía la presencia de la gran extensión oscura que rodeaba la feria, y de las estrellas, empalidecidas por las luces, que giraban en el caos del espacio.

Entonces la vio, debajo de uno de los potentes focos a la entrada del aparcamiento. Las mariposas, atraídas por la luz, volaban alrededor de ella, que parecía envuelta en una nube de alas blancas. Adam se le acercó corriendo, ella dio a Stephen una lata de cerveza y juntos cruzaron el aparcamiento, mientras decidían adónde ir.

Echaron a andar por la carretera en dirección a una pizzería. Adam trotaba entre los dos, hablando de norias en su docto tono habitual. A saber lo que pensarían de él en la escuela. Los lunes por la mañana le dolía el vientre, dijo Justine, lo que indicaba que algo iba mal. Los otros chicos la habrían tomado con él, desde luego, y él se sentiría indefenso, incapaz de hacer algo que no fuera seguir siendo insoportable.

Casi todas las mesas de la terraza estaban ocupadas, pero encontraron una cerca de la puerta y se sentaron de cara al río y sus puentes iluminados. Sobre los manteles oscilaban las llamas de pequeñas velas que iluminaban cálidamente las caras de los comensales y se reflejaban en las copas.

Al mirar alrededor, Stephen descubrió a Peter Wingrave sentado a una mesa de un rincón con un hombre y una mujer algo mayores que él, la mujer encinta de muchos meses. Peter, de espaldas a la puerta, no los había visto entrar. Stephen decidió no decir nada a Justine y tamborileó con los dedos en el mantel mientras Adam leía toda la carta tres o cuatro veces antes de pedir su plato habitual: lasaña de verduras.

—¿Quién conduce? —preguntó Stephen.

—Está bien —dijo Justine—. Pero cuando llegemos a casa quiero una copa.

Stephen se levantó para ir a buscar las bebidas y en la barra coincidió con Peter. Se mantuvo detrás de la gente, para dar a Peter la oportunidad de elegir entre saludarlo o rehuirlo. Lo violentaba un poco no haberle dicho nada acerca de los relatos. Lo demás —su parodia en el taller de Kate e incluso su relación con Justine— no era asunto suyo.

—Hola —dijo Peter yendo hacia él en línea recta.

Tenía buen aspecto, pensó Stephen, incluso estaba un poco bronceado; pero ¿por qué se sorprendía de eso? ¿Acaso esperaba descubrir en él señales de desequilibrio?

—¿Cómo está?

—Bien, si descontamos las agujetas y los dolores habituales. —Esbozó aquella sonrisa suya, fugaz pero atractiva, de la que no abusaba, sino que dosificaba cuidadosamente. Stephen adoptó una actitud un tanto cínica, por más que quizá el cinismo fuera una reacción muy banal frente al potencial que intuía en Peter—. Vuelvo a trabajar de jardinero y las primeras semanas siempre son un poco duras.

—Ah, ¿ya no ayuda a Kate?

—No; la figura está prácticamente terminada. Y ella se encuentra mucho mejor, esa manipulación que le hicieron bajo anestesia dio resultado. La mejoría ha sido

asombrosa. Ella ya había dicho que podía serlo. Una suerte.

Lo decía con naturalidad, y quizá lo creía así. Tal vez Kate no había querido que la relación terminara de modo desagradable y había pretextado su mejoría para prescindir de sus servicios.

—Debe de tener mucho trabajo de jardinería con este tiempo.

—Oh, sí. El teléfono no para de sonar.

—Eso está bien.

Una pausa. Miraron en torno.

—Me gustaron sus relatos. —Gustar no era la palabra, pero un bar lleno de gente y una noche cálida de primavera tampoco eran lugar ni momento para buscar la precisión—. He pensado en fotocopiarlos y enviarlos a mi agente con sus señas. Así él podrá ponerse en contacto con usted si lo cree oportuno.

—Yo puedo hacer las fotocopias.

—No es necesario. Prefiero enviarlas con una carta. No quiero que acaben en el montón de los papelotes.

—Es muy amable.

Stephen se encogió de hombros. No dejó de observar el destello de especulación que pasó por los ojos de Peter.

—Pero no creo que le interesen relatos cortos. Sin embargo, a veces los relatos funcionan como primer libro. McEwan, por ejemplo. —Casi habían llegado al mostrador—. Por cierto, ¿le ha influido McEwan?

—Un poco. Pero pronto te desprendes de las influencias que no te van.

Había bastante aplomo en la frase para venir de un hombre tan joven. Stephen imaginó una piel de serpiente, descolorida y fina como el papel, que quedaba tirada en la arena, mientras salía a la luz la piel nueva y lustrosa. ¿De cuántas pieles se había desprendido Peter hasta ese momento?

—¿Conoció usted a esos hombres? James, Reggie.

Una risa precavida.

—S-sí, es decir, he conocido a personas como ellos. Pero no puedes tomar los personajes directamente de la realidad.

—Entonces ¿qué hace? ¿Cómo convierte a un ser real en un personaje de ficción?

—Le añades pequeñas cosas de ti mismo.

—¿En serio? Me siento tentado de preguntar qué cosas.

—Todos tenemos nuestro lado oscuro. —Un tópico banal para poner fin a la conversación. Peter miraba por la ventana al ángulo de la terraza en que estaban sentados Justine y Adam—. ¿No es Justine Braithewaite?

—Sí. El niño es sobrino mío. Ella lo cuida.

Se miraron. La expresión de Peter revelaba claramente que era consciente de que no conocía a Stephen lo suficiente para preguntarle lo que deseaba saber. El dolor de su mirada y la sonrisa de sus labios formaban una combinación poco grata de ver.

Stephen desvió la mirada. Había estado enamorado de ella. Si todo lo demás era falso, aquello, al menos, era real.

Al cabo de un segundo, Stephen dijo:

—Me parece que ahora le toca a usted. —Y se situó junto a la barra, distanciándose, para no tener que volver a hablar.

Una hora después, Justine dijo:

—Ya es hora de irnos. Mañana Adam tiene colegio.

Peter se volvió hacia ellos, como si la hubiera oído, aunque era imposible. Mientras Stephen dejaba la propina y la seguía a la calle, ella se volvió y recorrió con la mirada la multitud que ocupaba las mesas. Peter estaba de pie bajo una alta farola, con el pelo reluciente y la cara en sombra, viéndola marchar.

Un hombre se apea de un tren, mira el cielo y el campo, se cuelga del hombro el petate y sale de la estación andando pesadamente por caminos semidesconocidos, cargando penurias a su espalda, paso a paso.

Es el regreso del soldado, imagen que forma parte de la mitología inglesa; pero, para que tenga fuerza, es indispensable que el campo no cambie. Quizá nunca fue una imagen real, quizá fue sólo una fantasía urbana, o quién sabe si algo más profundo: un atavismo del bosque ancestral. Sherwood. Arden. A su regreso, Stephen había encontrado un campo en crisis. Tiendas y cafés cerrados, campos vacíos, trozos de cinta amarilla que nadie se había molestado en quitar, ni siquiera después de que se abrieran los caminos, como nadie se había molestado en retirar las alfombrillas desinfectantes, que seguían en la entrada de los lugares de interés turístico, descoloridas y cocidas por el sol.

El tiempo seguía bueno, muy cálido para la estación. Cada mañana, Stephen miraba los árboles, pensando que ese día —con sólo unas horas más de sol— brotarían hojas de la pelusa verde pálido que cubría las ramas, pero llegaba la tarde y los árboles seguían igual. Le parecía vivir en el seno de una gran ola, consciente de que la situación no podía durar, que pronto había de acabar. Esas semanas ya parecían tener aire de pasado.

Una tarde, mientras estaba en el jardín contemplando el bosquecillo, oyó una tos a su espalda. Robert.

—He llamado al timbre dos veces y, como no me oías, he entrado.

Típico de Robert recalcar que no había cometido una incorrección, y típico también no pensar que podía entrar en la casa cuando se le antojara, ya que era suya. A veces, Stephen hacía un esfuerzo para ver a su hermano con los ojos de un desconocido, borrando los rostros del pasado que había bajo la piel de ese hombre maduro. El niño aplicado que respiraba por la nariz mientras dibujaba con sus lápices de cera; el adolescente pedante —pedante, sí, ¿o era prevención de hermano?—, el truculento estudiante de Medicina que te hablaba de enfermedades intestinales hasta que te daban ganas de vomitar. Nervioso en su boda, ufano en el bautizo de Adam, y amable, sensible, tenaz y competente en la consulta, día tras día. Una vida cabal. Así veía Stephen a Robert: un hombre con una vida cabal. Lo que era tanto como decir una vida muy distinta de la suya. No obstante, a él no le pesaba haber elegido su profesión.

Ahora, junto al seto, con una sucesión de rivalidades a la espalda, los dos hermanos hablaban del tiempo.

—Hay que cortar el césped —dijo Robert.

—Es grande el jardín.

—Demasiado.

—A Beth le gusta la jardinería. Siempre está plantando y recortando.

—Sí; pero es mucho trabajo para ella. Se necesita a alguien todo el día.

Entraron en la casa y Stephen, después de mirar el reloj, ofreció a Robert un whisky. Estaba casi seguro de que su hermano rehusaría —era casi ostentadamente morigerado—, pero esta vez aceptó y se sentó en el sofá pesadamente.

Stephen se sirvió su generoso doble habitual y preguntó:

—¿Esta noche no conduces?

—No; hoy ya no salgo. —Lo dijo como el que vuelve a una cárcel de régimen abierto. Stephen, modificando su criterio de lo que podía considerarse una dosis aceptable, le puso un trago tan fuerte que lo hizo toser.

—Joder, Stephen.

—Me ha parecido que lo necesitabas.

Robert suspiró ruidosamente hinchando los carrillos, en una parodia de infelicidad.

—¿Tanto se me nota?

Stephen se sentó en la butaca de enfrente.

—No, para quien no te conozca de toda la vida.

—Oh, estoy bien —dijo Robert—. Por cierto, Stephen, tienes mucho mejor aspecto que cuando llegaste.

—Me encuentro bien. Ayer corrí cinco kilómetros.

—Magnífico.

—¡Y cuesta arriba! Desde lo alto de la colina se ven tres zonas quemadas. No sabía que estuvieran tan cerca.

—La epidemia empezó a tres kilómetros de aquí, carretera abajo. El primer impacto lo recibimos nosotros. Cerraron las carreteras y nos trajeron al ejército. Olías a carcasa quemada en varios kilómetros a la redonda. Yo, mientras trabajaba, me notaba el olor en la piel.

—Sí, es un olor persistente.

Robert tomó otro trago.

—Digo «nosotros», pero en realidad a nosotros no nos afecta. No formamos parte de esto. Del mundo rural, quiero decir. Flotamos en la superficie, como detritos.

—¿Detritos?

Una breve carcajada.

—Ya sabes a lo que me refiero. Les compramos las casas, pero trabajamos en la ciudad. No aportamos nada a la vida del pueblo. Beth aún hace algo, más que yo desde luego. —Meneó la cabeza y volvió a beber—. En realidad, ella es un pilar de la comunidad.

Es difícil hablar con una persona malhumorada cuando el tema de conversación no es la causa de su mal humor. Así pensaba Stephen mientras charlaba con Robert aquella tarde: que su hermano estaba furioso pero trataba de contenerse, lo que

imprimía a su actitud una especie de jovial irritación. Trabajar para la Sanidad Nacional daba sobrados motivos de disgusto, sin duda, pero él sospechaba que la causa del enfado de Robert había que buscarla más cerca.

—¿Has tenido un mal día en el hospital? —preguntó Stephen de mala gana. No le apetecía ponerse a indagar.

—No; no ha sido peor que otros. Al contrario, hemos conseguido la subvención. ¿Recuerdas que te dije que la habíamos pedido?

—Me alegro. Enhorabuena. ¿Cuánto?

—Tres millones.

—Joder, Robert.

—No son para mi bolsillo. —Titubeó—. A Beth le disgusta.

—¿Y eso por qué?

—Porque una parte de la investigación se hace con embriones humanos. Y su ética no lo admite. Ahora comprendo que no debí decírselo... Pero si no puedes hablar con tu mujer de las cosas que te importan, ¿qué matrimonio tienes?

—El normal, supongo. Muchas parejas hacen vida aparte. Pactan una especie de *modus vivendi* y... —Se encogió de hombros—. A mí no me preguntes. Yo fracasé en el intento.

—Lo único que sé es que estoy harto. Me cabrea acostarme todas las noches con una persona que ve en mí a un Mengele.

—Comprendo que eso pueda llegar a fastidiar.

—No tiene gracia, Stephen. Beth piensa que soy un infanticida.

—Lo cual no es un defecto pequeño. Algo que se pueda perdonar fácilmente. —Sonrió—. Pero alguna mujer habrá por ahí que no piense que eres un Mengele.

—Sí. —Dicho lisa y llanamente. Sin más explicaciones. Al parecer, no habría confidencias sobre el asunto.

—¿La cosa es seria?

—No lo sé. Está Adam.

—Oh, ya veo que es seria.

—Y está la casa. No puedo dejar a Beth aquí sola. Pasa mucho miedo cuando no vengo a dormir.

—Lo cual ocurre a menudo.

—No puedo evitarlo. Lo exige el trabajo.

Una pausa.

—¿Qué piensas, Robert?

—Que he de salir de esta situación.

—¿No sería todo más fácil si vivierais en la ciudad?

—Ella adora el jardín.

Últimamente, Stephen observaba señales de tensión en el matrimonio de su hermano, que, cuando llegó, había supuesto perfectamente feliz. Ahora le parecía que en aquella primera impresión había una dosis de masoquismo. Casi deseaba que la

vida de Robert fuera más satisfactoria que la suya en todos los aspectos. Era como si se revolcara en su propio fracaso. Y ahora lo sorprendía descubrir que Robert estaba pensando en marcharse.

—¿Los escrúpulos de Beth son de índole religiosa?

—Sí, y parecen cada vez más fuertes. Les ocurre a algunas mujeres en la menopausia. Y no puedo respetarlos. Ya me gustaría.

—Pues calla y no discutas. ¿No podría hablarle Alec Braithewaite? No es él un...

—Alec opina lo mismo que ella.

—Entonces no puede ser sólo un síntoma de la menopausia.

—No. Ya sé que soy un arrogante. En fin, gracias por el trago. Gracias por escuchar.

Apuró el whisky casi como un corresponsal extranjero. Stephen se sintió orgulloso de él.

—¿Tú tienes opinión sobre eso?

—¿Qué? ¿La investigación con embriones humanos? —Stephen se encogió de hombros—. He visto muchos niños destrozados por las bombas como para preocuparme por eso. —Cogió el vaso de Robert—. ¿Cómo está Adam?

—Agotando a Justine, pobre muchacha.

Una pausa un poco incómoda. Robert y Beth debían de estar al corriente, desde luego. No podían dejar de ver el coche de Justine parado delante del *cottage* todas las tardes y, a veces, toda la noche.

—Ah, a propósito. Dice Beth si puedes venir a almorzar el domingo.

Stephen asintió.

—Encantado.

Acompañó a su hermano hasta la puerta y lo vio alejarse por el camino. Desentonaba, con sus relucientes zapatos negros y su traje gris oscuro.

El domingo amaneció radiante y diáfano. Después de una buena mañana de trabajo —ya estaba en la recta final y empezaba a relajarse—, Stephen se encaminó a la granja. Sabía que también estaría Justine, porque ella se lo había dicho, pero ignoraba si habría más invitados. Se le había ocurrido que un almuerzo familiar, solos los cuatro —y Adam, por supuesto—, podría ser la fórmula elegida por Beth para darse por enterada de su relación.

Una Justine adusta lo recibió en la puerta. Cuando le habló de la invitación parecía tener recelos, y ahora era evidente que algo le había demostrado que eran justificados. Estaba lívida.

—Puedes pasar al invernadero —le dijo hoscamente—. Beth irá enseguida.

Llevaba delantal, y Stephen supuso que la mortificaba verse obligada a aceptar el doble papel de invitada y ayudante de cocina. Stephen la vio alejarse pisando fuerte y, contemplando su espalda recia y firme, pensó: «Que Dios asista a los pacientes que no vigilen el colesterol: las pasarán moradas».

En el invernadero encontró a Adam, con el pelo recién cepillado en enhiestas púas. A su lado, con un vaso en la mano, estaba Robert hablando con un hombre vestido de negro, de pelo plateado, que volvió hacia Stephen una cara de cordero inteligente, con unos ojos sagaces e inocentes a la vez.

—Alec, te presento a mi hermano Stephen —dijo Robert—. Stephen, Alec Braithewaite.

Ambos se estrecharon la mano.

—El padre de Justine —añadió Robert.

—Ya —dijo Stephen.

—Justine me ha hablado mucho de usted —dijo Alec.

Stephen tomó el vaso que le tendía Robert, observando que su hermano, espontáneamente, le había servido una ración generosa. Alec tomaba jerez. Stephen levantó el vaso mirando a Robert a los ojos, fijamente, tratando de transmitir el mensaje: «Te equivocas si crees que vas a apaciguarme con un whisky doble, hipócrita, traidor, embustero, canalla, intrigante, mal hermano».

—¿Sí? —dijo Stephen.

—Ella admira mucho su trabajo. Un poco de culto al héroe, supongo.

Sonó el timbre de la puerta. Robert iba a acudir cuando Justine dijo desde el pasillo:

—Yo abriré.

Se oyó murmullo de voces femeninas, dulces y cantarinas —mejor dicho, una sola voz, ya que Justine se limitaba a gruñir—, y entró Angela, que miró a Alec, se

ruborizó, bajó la mirada y, en respuesta a la pregunta de Robert, dijo que tomaría vino blanco, pero sólo media copa porque tenía que conducir.

—Puedes dejar el coche aquí —dijo Alec—. Si Robert no tiene inconveniente. Yo no voy a beber. Tengo vísperas.

—Oh, vaya.

Para alivio de Stephen, Alec y Angela sólo tenían ojos el uno para el otro, y él pudo rehuir la conversación y acorralar a Robert.

—Es un hombre inteligente —dijo Robert afablemente—. Te gustará.

—¿Por eso está aquí?

Robert alzó las cejas.

—Está aquí porque es el párroco de Beth, porque es vecino nuestro y porque lo apreciamos. No te pongas paranoico, joder. Toma otro whisky. —Miró en derredor—. Tendríamos que hacer esto más a menudo. Para un matrimonio es malo quedarse aislado.

—¿Tú crees?

Una pausa incómoda.

—¿Tú no?

—Yo creo que el problema llega antes. El aislamiento es sólo una secuela.

—De todos modos, creo que para el mío es mala cosa —dijo Robert haciendo una mueca.

—No me parece que vosotros seáis un matrimonio aislado. Casi nunca estáis aquí. —No era un comentario muy discreto, pero Stephen no pudo contenerse.

—He pensado en llevarme a Beth de viaje unos días. Para tratar de aclarar las cosas.

—¿Adónde iríais?

—Había pensado en París.

—Oh, genial.

—París en primavera.

—Pero no os paséis todo el tiempo discutiendo acerca de la investigación con células madre, ¿eh?

—No. Pensaba hacer lo que la gente hace normalmente en París.

—Comer cruasanes en la cama.

—Más o menos. Pero en la cama.

—«Esta noche no puedo, doctor Mengele».

—Eres un cabrito con muy mala idea, Stephen.

Un velo de nube enturbió el sol. Las sombras de los árboles del jardín danzaban en las relucientes baldosas blancas y negras del suelo.

—Es la mejor época del año —dijo Stephen con una punzada de envidia, no de Robert y Beth sino de una pareja ideal, quizá él mismo y Nerys veinte años atrás. Y no como eran en realidad sino como deberían haber sido.

Robert se volvió y entonces Stephen vio a un joven muy alto y pelirrojo, todo timidez y acné, que titubeaba en la puerta. No había sonado el timbre, por lo que quizá estaba en el baño o en algún otro sitio de la casa. Robert agitó una mano y el joven fue hacia ellos, con la cabeza gacha, sin prisa.

—Mark, te presento a mi hermano Stephen. Stephen, Mark Callender. Está preparando el doctorado y yo superviso su trabajo, que por cierto marcha muy bien —añadió con una ancha sonrisa.

Mark parecía tan apocado que necesitaba todos los estímulos que Robert pudiera darle. O padecía un trastorno de la vejiga o había ido al baño para esconderse más que para usarlo. Al observar cómo lo trataba Robert, concentrando en él toda su atención hasta conseguir que se sintiera cómodo e incluso se atreviera a sonreír, Stephen descubrió aquello que un par de días antes había intentado ver sin conseguirlo: cómo aparecía Robert a los ojos del que lo veía por primera vez. Carismático era la palabra más apropiada, no porque hiciera alarde de simpatía e inteligencia o tratara de brillar, sino todo lo contrario, porque proyectaba toda su atención hacia el exterior. En ese momento, aquel joven desgarbado se sentía el centro del universo y se esponjaba. Esa táctica debía de hacer estragos entre las mujeres.

Apareció Beth, que habría dejado a Justine dando los últimos toques a la comida. Parecía cansada y, de nuevo, Stephen tuvo la impresión de encontrarse frente a una persona que iba difuminándose poco a poco. Ella y Angela parecían muy amigas y pronto se enfrascaron en una animada conversación, dejando a Stephen con Alec.

—El otro día encontré a un amigo suyo en Newcastle. Peter Wingrave.

—Ah, Peter, sí.

—Tengo entendido que ha estado en la cárcel.

Alec parpadeó rápidamente.

—¿Se lo dijo él?

—No, yo...

—Ah, Justine.

—No; Justine no. Lo adiviné. No me fue difícil. Me dio a leer dos relatos suyos, y uno de ellos sólo puede haber sido escrito por alguien que haya estado en la cárcel.

—También podría haber trabajado allí.

—Podría.

—¿Qué le parecieron los relatos?

—Muy buenos. Inquietantes. Y los dos, ahora que lo pienso, tratan de acoso.

—Sí, le interesa ese tema. Porque es una conducta que se conoce desde hace siglos y no se ha considerado patológica hasta muy recientemente. Peter se interesa por la expansión que ha experimentado la psiquiatría, abarcando comportamientos que antes se consideraban... neutros o, al menos, no patológicos.

—Los comportamientos descritos en sus relatos no tienen nada de «neutros». Tortura mental y física. Asesinato.

Otro sorbo al jerez, otro parpadeo de aquellos ojos azules apacibles pero nada estúpidos.

—¿Qué hizo? —preguntó Stephen.

—No puedo decírselo.

—¿No lo sabe?

—No.

—No que no lo sabe o no que no quiere decirlo.

—No puedo decírselo.

—¿Acoso?

—No puedo decírselo.

Stephen guardó silencio y, tal como esperaba, Alec fue el primero en volver a hablar.

—Dudo que utilizara su experiencia personal para sus relatos.

—¿Por qué? La gente lo hace. Utilizó el escenario, desde luego.

—No creo que él lo hiciera.

Beth los miraba, intuyendo que aquella conversación era mucho más que la simple charla previa a un almuerzo de domingo.

—No diré a nadie que Peter ha estado en la cárcel, ¿verdad? Podría perjudicarlo mucho y... —Un suspiro profundo, retenido—. Creo que merece consideración por haber sabido rehacer su vida.

—Oh, descuide. No pienso chismorrear.

—Bien.

—Usted, naturalmente, tiene que sustentar la idea de que la gente puede cambiar. Quiero decir... —La mirada de Stephen se posó en el alzacuello con una insistencia casi insultante—. Es una actitud profesional.

—A la gente se la puede cambiar. No creo que el cambio pueda producirse por una decisión individual. Ésa es una idea totalmente laica. Terapias, libros de autoayuda... Toda una industria, ¿no? —Una pausa—. ¿Y usted? ¿Cree que la gente puede cambiar o se la puede cambiar?

—Creo que cada uno puede aprender a manejarse mejor.

—Suena poco convincente.

Era insólito que él, el periodista, se viera obligado a exponer sus creencias.

—Creo que las personas pueden curarse a sí mismas.

—¿A sí mismas?

—Sí.

—¿Cómo?

—¿Cómo?

—Sí. ¿Cómo?

Stephen extendió las manos.

—Creando algo. Lo que sea. Moviendo el cuerpo. Con el sexo.

—¿Sexo? ¿No amor?

—El amor es un valor añadido. —Hablando, había olvidado que él mismo estaba practicando esa especie de terapia sexual con la hija adolescente de Alec y que, naturalmente, eso debía de hacerle muy poca gracia a su interlocutor.

Beth apareció entonces a su lado y Stephen se volvió hacia ella con cierto alivio.

—Ya sé que os vais a París.

—Sí. —Ella se ruborizó y lanzó una rápida mirada a Robert, que hablaba con Mark y Angela—. Espero que todo vaya bien aquí.

—Seguro que sí —dijo Stephen—. Justine es muy competente. Es usted un padre afortunado —añadió dirigiéndose a Alec y levantando el vaso.

Otra vez sonó el timbre. Así que eso estaban esperando. Otro invitado.

Ahora fue a abrir Robert, que volvió acompañado de Kate Frobisher, casi irreconocible, al menos para Stephen, con un vestido elegante, pendientes y maquillaje. Mientras Robert le servía una copa, ella se volvió hacia la habitación y vio a Stephen. Él se acercó y, sintiendo las miradas de todos los presentes, le dio un beso en la mejilla. Al volverse vio a Justine en la puerta, mirándolo.

Un par de minutos después, Beth anunció que el almuerzo estaba listo y todos fueron al comedor.

«Conque esas tenemos», pensó Stephen mirando a los comensales. Beth y Robert, Alec y Angela, Justine y Mark, Kate y él. Los animales, de dos en dos, el elefante y el canguro. Para ser justos, no era fácil ver qué otra cosa podía hacer Beth; pero, en cualquier caso, este emparejamiento había enfurecido a Justine. Tampoco él estaba muy contento. En fin, dos horas, tres a lo sumo, y cada cual a su casa.

Pero tendría que vigilar lo que bebía. Tres whiskys con el estómago vacío le habían soltado la lengua, y ahora ya le pesaba aquella conversación con Alec.

El almuerzo fue muy agradable, habida cuenta de que dos comensales deseaban asesinar a la anfitriona. Beth aparecía relajada, aunque escuchaba más que hablaba. Stephen, al observarla, pensó que nunca la había visto tal como era en realidad. Aún le chocaba aquella cualidad borrosa de sus facciones, pero ahora advertía en ellas también cierta dureza y hasta agresividad. Robert, que al otro extremo de la mesa irradiaba energía, no tenía posibilidades frente a ella. Por lo menos, en ese marco doméstico. Y es que, como tantos hombres adictos al trabajo, en casa Robert se mostraba pasivo, prefería dejarlo todo en manos de la esposa, estaba allí físicamente pero ausente en espíritu. Él no la dejaría. Eso robaría mucho tiempo a su preciosa labor de investigación.

Kate estaba encantadora, y él le hablaba más que a los otros. Parecía diez años más joven y no era sólo el maquillaje. El hombro estaba mucho mejor. La manipulación bajo anestesia había dado un resultado fenomenal. Aun sin el incidente protagonizado por Peter —aquí bajó la voz— habría podido prescindir de sus servicios.

—¿Él ha vuelto a ponerse en contacto contigo?

—Sí; me escribió una carta muy amable para decirme cuánto se alegraba de mi mejoría y darme las gracias...

—¿Por qué las gracias?

—Por la experiencia; decía que para él había sido muy importante. Y —una sonrisa de contrición— porque le pagué una mensualidad de indemnización.

—¡Kate!

—Verás... pensé que, a fin de cuentas, ¿para qué indisponerse? Y, vista en retrospectiva, me parece que aquella noche mi reacción fue extraña. Irracional. Debía de sentirme muy poco segura de mí misma o no sé cómo, lo cierto es que me pareció que aquella imitación revelaba algo acerca de mí. Y no era así, desde luego, aquello sólo tenía que ver con él.

—¿Piensas que tu reacción fue exagerada? A mí no me lo parece.

—No; pienso que hice bien al despedirlo. La situación era... era extraña. Había una especie de batalla... —Levantó las manos—. En cualquier caso, ya pasó, y el hombro está mejor y... es estupendo poder ponerme un jersey sin quedarme clavada a la mitad.

Al imaginarla poniéndose un jersey, Stephen reparó en su perfume y su proximidad. El sol le doraba el contorno del cuello y hacía relucir el amuleto de Ben. Ella le preguntó cómo llevaba el libro y él respondió que bastante bien. Estaba a las dos terceras partes del borrador final, pero tendría que interrumpir el trabajo porque se iba a Londres unos días, para unas gestiones.

—Ahora que la casa está vendida, podremos fijar los términos del divorcio y entonces...

—¿Te mudarás a Londres?

—No sé. Me parece que lo más conveniente sería alquilar algo y esperar a que el mercado baje. Por el momento, me encuentro bien aquí. No sé qué pasará cuando termine el libro y trate de ganarme la vida como reportero independiente. Ya sé que dicen que, con el correo electrónico y el fax, puedes trabajar a distancia, pero no lo veo claro. No sé en qué medida es necesario estar al pie del cañón.

—¿No volverás a estar en plantilla?

—Ah, eso no.

—Enhorabuena. Tú has hecho lo que Ben siempre decía que haría. —Sus dedos buscaron el amuleto—. Y que no llegó a hacer.

Stephen dijo rápidamente:

—De todos modos, eso aún está por llegar. De momento, queda en suspenso hasta que termine el libro. Es ridículo. Sé que no debería hacerlo.

—¿El qué?

—Sacrificar la vida al trabajo.

Ella rió.

—A quién se lo dices.

Parecía verdaderamente interesada en sus planes, lo que significaba mucho para él. Si volvía de su estancia en el norte con la amistad de Kate, aquél habría sido un tiempo bien aprovechado. Entretanto, debía moderarse con la bebida. Robert, que era un anfitrión generoso, no paraba de llenarle la copa, lo que hacía difícil llevar la cuenta. Estaba un poco bebido, no incapacitado, sólo levitando a unos centímetros de la alfombra. Había llegado a la fase en que todas las mujeres presentes le parecían encantadoras: Angela, con la pelusilla dorada de la mejilla; Justine, con su feroz mirada azul —le parecía que le ponía mala cara, y no se explicaba por qué—; Kate, con aquellas manos de las que parecía avergonzarse, iba maquillada y elegante pero no había hecho nada para atraer la atención hacia ella, no se había pintado las uñas ni llevaba más anillo que el de casada, y él deseaba decirle: «Estás equivocada. Son muy bonitas.» Los labios de Justine practicaban su especialidad de borrar el carmín. A Stephen le parecía increíblemente erótico ese rechazo del cuerpo de todo artificio, más sexy que cualquiera de las artes de seducción habituales. Le vino a la mente la vez en que él y Ben entraron en un café donde se bailaba la danza del vientre. No recordaba dónde ni cuándo. A saber por qué habrían entrado en aquel sitio; ellos no eran aficionados a esa clase de espectáculos, pero allí estaban. Una sala abarrotada, humo, alcohol y boinas azules por todas partes. Dondequiera que se congregan dos o tres pacificadores en nombre de la ONU, no puede faltar la muchacha que baila la danza del vientre, y no siempre voluntariamente. Aun sabiendo que muchas de aquellas mujeres eran víctimas, Stephen creyó comprender por qué hay hombres que odian a las mujeres. Es denigrante notar que estás salivando como uno de los jodidos perros de Pavlov sólo porque una mujer que ni siquiera te gusta mueve el culo en tus narices. Es mucho más sexy vislumbrar un pezón bajo una blusa blanca, sobre todo si la chica no se da cuenta de que se transparenta. Justine le lanzaba dardos con la mirada, pero cuando él enarcó las cejas interrogativamente, ella volvió la cara y concentró la atención en Mark, que la contemplaba como un ternero degollado.

Cuando llegó el momento de recoger la mesa, Justine se ocupó de ello con tanto brío y ruido de platos y cubiertos que Stephen temió por la vajilla. Alec la miró, pensativo, y luego miró a Stephen, a quien se le hizo difícil sostenerle la mirada. ¿Son honorables sus intenciones respecto a mi hija? Flotaba en el aire esta ridícula pregunta victoriana que, a pesar de los cambios y complejidades de la vida moderna, no podía descartarse del todo. «No; honorables, no —pensó Stephen entornando los ojos al reflejo del sol en el mantel—, pero buenas sí, por lo menos así lo espero».

Fueron al salón a tomar el café. Stephen se sentó al lado de Angela, que contestaba sus preguntas distraídamente, sin apartar los ojos de Alec. Tenía en las mejillas dos manchas rojas de excitación y su persona rezumaba un aire de despreocupación y abandono. Evidentemente, se había cansado de ser la Angela de siempre, la menopáusica pánfila que adopta corderos como animales de compañía, arregla las flores de la iglesia y, por supuesto, se enamora del párroco y se avergüenza de ello. Vaya un perfil para el siglo XXI. No tenía razón alguna para creer en su propio

personaje. A Stephen le pareció que aquella mujer estaba haciendo acopio de valor para cambiar de vida, o para arruinársela.

Alec hablaba con Robert acerca del comité de ética del que ambos formaban parte. «Vaya por Dios —pensó Stephen—. Los blastocitos otra vez.» Robert mostraba una cortesía sin fisuras, aunque no estaba trabajando. Alec sí lo estaba, desde luego.

Al cabo de un rato, Stephen reparó en la ausencia de Justine. Bajó a la cocina y la encontró allí, empezando a fregar los platos. Por anteriores visitas, él ya sabía que Beth nunca confiaba esa tarea al lavavajillas. Justine echó un chorro de detergente al fregadero como si manejara un lanzallamas, generando una montaña de espuma que se desbordó. Cuando ella se volvió agitando las manos, hizo volar grandes copos blancos y uno fue a parar a la mejilla de Stephen. Las burbujas, al reventarse, le salpicaron el ojo.

—Deja eso y sube.

—No tardo ni un minuto. —Apretaba los labios—. Aunque me sorprende que hayas notado mi ausencia.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir.

Él le puso una mano en el hombro.

—Justine.

—Tranquilo, Stephen, no seas patético.

—¿Qué dices? —probó un método más frío—. ¿Algo anda mal?

—Para empezar, la intrigante de tu cuñada. Más le valdría preocuparse de su matrimonio en lugar de entrometerse en la vida de los demás. Ya debes de saber que Robert anda por ahí follando a diestro y siniestro.

—Sospecho que tiene una relación, sí.

—¿Una relación? Se tira a toda la que se le pone delante. Parece un conejo atiborrado de anfetaminas.

Él se asustó.

—¿Lo ha intentado contigo?

—Oh, venga ya. ¿Imaginas que tu hermano sería tan estúpido como para cagarse en su propia puerta? Ni pensarlo. Además, no para en casa. Y ninguno de los dos se ocupa todo lo que debería de... eso. —Señaló la ventana agitando el pulgar.

Adam se había escabullido de la mesa después del *pudding* y estaba en el jardín, removiendo el estanque con un palo.

—¿Qué hace?

—Saca las hojas muertas.

—En realidad, Beth no se ha entrometido. Sólo ha invitado a almorzar a varias personas, eso es todo.

—Y una mierda. —Otro plato impactó en el escurridor—. Ella sabe perfectamente lo que se hace. Por si no fuera bastante tener que aguantar a Romeo y a la plasta de Julieta en casa, sólo me faltaba verte a ti babear mirando a Kate.

Él creyó no haber oído bien.

—¿Babear?

Otro golpe de irremplazable cristal georgiano.

—Deja eso, Justine. Pégame a mí.

—No me tientes.

Había en la voz de ella un trémolo que podía ser precursor de la risa, pero él no confiaba mucho. Hacía bien.

En aquel momento, oyeron una tos forzada y, al volverse, vieron a Mark Callender en la puerta, sonrojado y cohibido, con una bandeja de tazas de café.

—¿Qué quieres? —rugió Justine.

Era evidente lo que quería, el pobre gilipollas.

—Traía esto.

Stephen señaló la mesa.

—Póngalo ahí, por favor.

Mark inició la retirada, buscando la seguridad del pasillo.

—Me parece que el señor Braithewaite se marcha.

—Bien —dijo Justine, quitándose el delantal—. Me voy.

Stephen trató de abrazarla, pero ella lo apartó de un empujón.

—No quemes tantas naves a la vez —dijo él a su espalda.

—Tú eres el que las ha quemado. Toda la puta armada.

Stephen no esperaba ver a Justine aquella noche, pero ella se presentó en el *cottage*, alterada y llorosa.

—Papá y Angela se casan —dijo.

—Eso está bien.

—¿Bien?

—Así te será más fácil marcharte. No querrás que tu padre se quede solo.

—N-no.

Entonces empezaron los sollozos. Él no la creía capaz de un llanto tan desinhibido e infantil.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—A mí nadie me quiere.

—Tu padre te quiere. —Y un poco tarde, blandamente y sin convicción, añadió—: Yo te quiero.

Ella apartó las manos de la cara y lo miró con suspicacia. No estaba tan fuera de sí como para no detectar la falta de sinceridad.

—Nadie te obliga a decirlo. —Dejó de llorar de repente y añadió con firmeza—: Mi madre no me quería.

—Estoy seguro de que sí. —Pero sintió escrúpulos al decirlo, sabiendo que era arriesgado pretender responder de los sentimientos de una desconocida.

—No tanto como para permanecer a mi lado. Mira, es difícil esperar que los demás te traten decentemente cuando...

—No, ya lo sé. —Las cortinas estaban abiertas y la oscuridad del otro lado de la ventana era opresiva—. Además, lo de Peter tampoco debió de ayudar.

—No. De acuerdo, se portó mal, y lo que hizo conmigo lo hubiera hecho con cualquiera; no lo hizo porque fuera yo. Pero yo me colé por él. Quizá otra en mi lugar no hubiera caído de aquel modo. Yo estaba ciega.

—Bueno, deja ya de castigarte. Peter tiene personalidad, es atractivo, guapo. En un concurso quedaría mucho mejor que Mark.

—Desde luego.

—Pero peor que mi hermano.

—Eso es envidia.

—Has dado en el clavo. Cochina envidia. —¿Cómo pudo equivocarse tanto respecto a su propio hermano? Pero no podía pensar en eso ahora—. Mira, volviendo a Peter, dentro de diez años pensarás que estuviste follando de fábula con un tío al que plantaste tú. Al que plantaste tú. De modo que dale al botón de avance rápido y empieza a pensar eso desde ahora mismo.

Ella estaba en sus brazos, en la cama, mirando por la ventana la luna que transitaba entre castillos de nubes.

—No es tan fácil. De todos modos, no hablas en serio. —Ella hipó y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Por cierto, a papá le has caído bien.

—No sé por qué. Debe de saber que estoy casado.

—Yo no se lo he dicho.

—Pero lo sabe.

—No importa. Ya tengo diecinueve años...

—Más a mi favor. Por cierto, tú le caes bien a Mark.

—Ya lo sé. Me ha pedido que salga con él.

—¿Antes o después de que le gritaras?

—Después.

—Un gilipollas retorcido. ¿Y saldrás?

—¿Crees que debería?

—¿Tú quieres salir?

—No me parece atractivo. Quizá como amigo...

—Si te parece que puede llegar a ser un amigo, debes salir. Pero no creo que lo que él busque sea amistad.

—Ha estudiado Medicina en Cambridge.

—Qué bien.

—Deberías estar celoso.

—No tengo derecho a estar celoso. ¿O sí?

Ella no contestó. Al cabo de unos segundos se volvió y, en un tenso silencio, los dos trataron de dormir.

Stephen despertó a la mañana siguiente sabiendo, antes de abrir los ojos, que algo andaba mal. Mirándose en el espejo mientras se afeitaba, se dijo que su expresión no era la de aquella cómplice aceptación de sí mismo que tan atractiva le parecía en el autorretrato de Goya. Ni mucho menos. Echó la cabeza atrás para pasarse la maquinilla por debajo del mentón. No le gustaba nada de lo que veía.

Preparó café y llevó la taza y las tostadas a la sala, para ver las noticias. Tanques israelíes bombardeaban Jenin. Una anciana con pañuelo en la cabeza lloraba en medio de las ruinas de su casa. Justine, que parecía haber perdido su predilección por los fritos, comía una naranja.

Cuando acabó el informativo, ella dijo:

—Papá dice que antes del almuerzo estuviste haciéndole preguntas sobre Peter. ¿Por qué?

—Quería oír lo que él tenía que decir.

—Dice que le preguntaste qué había hecho.

Él no contestó.

—Fuera lo que fuese, hace cinco años que salió y no ha reincidido.

—¿Cómo lo sabes, si no estás enterada de lo que hizo?

—Por lo que veo, no concedes a nadie el beneficio de la duda.

—No acostumbro.

—La verdad es que llevas tanto tiempo buceando en la violencia que ya no ves nada más.

—Te veo a ti.

—¿De verdad?

Stephen suspiró. Parecía una conversación de casados, impropia para mantener con una amante. Tenía la acritud y la banalidad en que caen las personas que llevan años de convivencia.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

Ella ladeó la cabeza hacia la muchacha que hablaba a la cámara.

—Eso. Corresponsal de guerra.

—Corresponsal en el extranjero. —El matiz era importante. No iba a consentir que su profesión fuera descrita con el nombre de una actividad que aborrecía.

—Has cubierto un montón de guerras.

—Las guerras estaban ahí y alguien tenía que cubrirlas. No las empezaba yo.

—¿Sabes que Barbara Vine escribió un libro que se titula *Un ojo adaptado a la oscuridad*? Tú lo tienes.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Las personas llegan a meterse tan dentro de la oscuridad que la luz les hace daño.

—Está bien —dijo él—. ¿Por qué elegí este trabajo? Por ansia de aventura, para ponerme a prueba, para demostrar que podía hacerlo... y, cuando estos motivos dejaron de influir, porque es lo que suele ocurrir, y muy pronto, por el deseo de saber lo que se cuece. Por eso.

Ella lo miró con desdén.

—Sí, ya lo sé, es patético —prosiguió él—. Pero ¿por qué crees que una persona se hace médico? ¿Por puro altruismo? Lo dudo.

—¿Por qué si no?

—Por el afán de adquirir conocimientos, de acceder a secretos, por ansia de poder.

—No son los únicos motivos.

—También hay buenos motivos para hacerse corresponsal de guerra. Ser testigo de unos hechos, dar al público la información que le permita formarse un juicio moral.

—Pero tú mismo has dicho que el testigo se convierte en espectador y entonces, en lugar de dar testimonio, difunde opinión.

Stephen lo había olvidado.

—Si lo que quieres saber es si este trabajo me ha dañado, te diré que sí. Pero no creo que eso sea inevitable. Conozco a mucha gente a la que no la ha afectado. Creo

que a mí sí. ¿Tiene arreglo? En parte. Quizá no del todo, pero ése soy yo... —Se volvió de cara a ella—. Mírame: defectuoso, cascado, francamente decepcionante, pero vale más que te acostumbres, cielo, porque hay un par de millones como yo sueltos por ahí.

Ella lo miraba a los ojos. Tenía los párpados un poco hinchados del llanto de la víspera.

—Esto nuestro empieza a cansarte, ¿verdad?

—No es eso.

—¿Entonces qué?

—Siempre he sabido que no podía durar. Lo acepto. Y cuando decidas marcharte, no haré nada por retenerte. Tendrás mi bendición. —Tanto melodrama daba grima, pero había que decirlo.

Ella asintió. Minutos después, sin decir nada, empezó a vestirse.

Cuando se iba, ya en la puerta, dijo:

—Ah, casi se me olvida. Beth quiere hablar contigo.

—¿De qué?

Ella se encogió de hombros y se fue.

Stephen no podía adivinar el motivo de la llamada a la granja. Si tenía que ver con Justine, estaba decidido a contraatacar. Ya no veía en su cuñada a la criatura frágil y borrosa, dominada por la recia personalidad de Robert, sino a una mujer con mucho temple. De todos modos, no tenía derecho a inmiscuirse. Mientras daba la vuelta a la llave, diciéndose que no, no necesitaba jersey para la rápida subida por el sendero, pensaba en lo que diría a Beth: algo sobre la conveniencia de ocuparse primero un poco más de su propia familia. Adam debía de sufrir con aquella situación y, si ella lo provocaba, estaba decidido a decírselo claramente. De todos modos, en el fondo, Beth ya debía de saberlo.

Siguió el sendero entre altos setos de espino que empezaba a florecer y pasó junto al estanque, sorteando charcos, guano y gansos, que se acercaban contoneándose y graznando. La puerta trasera estaba abierta. En la franja de sol que cruzaba las losas del suelo había tres pares de botas de goma, alineados, dos verdes y uno, más pequeño, azul marino y rojo. No hacía mucho tiempo, al verlas, Stephen habría sentido la comezón de la envidia.

Hasta él llegó la voz de Beth:

—Estoy aquí.

La encontró en el invernadero. No había ninguna ventana abierta y Stephen sintió que un calor viscoso le humedecía la cara antes incluso de llegar a donde estaba ella, frente a una mesa larga, llenando macetas de compost. A su lado había un bol de jacintos azules que elevaban hacia la luz el penacho de la flor. Ella tenía los dedos

negros de tierra. Se enjugó el sudor del labio con un antebrazo pecoso y sonrió a Stephen.

—Hola —dijo él, y se quedó esperando. En vista de que, aparte de devolver el saludo, ella no decía nada, añadió—: Bonito color.

—¿Verdad que sí? Me gustan mucho más éstos que los rosas.

Él seguía aguardando. Beth parecía no saber por dónde empezar.

—Robert y yo queremos pedirte un favor.

—Cuenta con ello, si está en mi mano.

—Verás, es sólo que, como sabes, pensamos ir a París. Será sólo tres noches, pero me preocupa dejar sola a Justine. Últimamente hemos tenido llamadas misteriosas, suena el teléfono y cuando contestas cuelgan... en fin, son cosas que siempre alarman un poco, ¿verdad? Imaginas que pueden ser ladrones que comprueban si hay alguien en casa.

«O algún ligue de Robert que trata de hablar con él».

—Quiero decir que ya sé que Justine tiene diecinueve años y que hay chicas que a esa edad ya son madres, pero...

—No de hijos de diez años.

—No, es verdad. En fin, hemos pensado si querrías, digamos, cubrir la plaza.

—¿Mudarme a la granja, quieres decir? —Él empezaba a divertirse.

—Sí, eso es. Hay muchas camas.

—¿Y Justine estaría...?

—Sí, ella también estaría. Por supuesto, ella cuidaría de Adam durante el día, y tú no tendrías que dejar tu trabajo. Pero nosotros nos sentiríamos más tranquilos sabiendo que tú estás aquí por la noche.

—Muy bien. ¿Cuándo será?

—El próximo fin de semana. De viernes a lunes.

—De acuerdo. ¿Y a qué obedece el plan?

—Oh, no sé. —Iba a dar un pretexto cualquiera: un invierno muy largo, mucho trabajo...—. Las cosas no marchan bien. —Pareció sorprendida de sus propias palabras.

—¿Entre tú y Robert?

Ella asintió, violenta, pero inmediatamente empezó a desdecirse. En gran parte era el cansancio, Robert estaba siempre trabajando, ella hacía jornada completa...

—Y la casa es grande. —Miró alrededor con desolación, a pesar de que la casa estaba impecable.

—Es evidente que tú disfrutas con lo que estás haciendo. El jardín...

—Sí, pero...

—Claro que mantener una casa como ésta con un solo sueldo...

—No; nosotros podríamos mantenerla. Pero la verdad es que, si yo fuera «una simple ama de casa»... —marcó las comillas en el aire—, Robert me encontraría aburrida. Rectifico: aún más aburrida. ¿Sabes que se ve con una?

«Se ve con todas».

—¿No? Me preguntaba si te habría dicho algo.

Ella no lo sabía, sólo lo sospechaba.

—No; ni me gustaría que me lo dijera. —Titubeó, deseando no haber empezado la conversación—. Él nunca os dejaría.

—Quieres decir que nunca dejaría a Adam.

Eso era exactamente lo que él había querido decir.

—Los matrimonios tienen sus etapas, Beth. Lo que importa es que os elegisteis el uno al otro. Y eso dice de vosotros algo que probablemente aún subsiste. —Stephen empezaba a sentirse incómodo. Toda su cualificación para erigirse en consejero matrimonial consistía en la experiencia de haber arruinado su propio matrimonio.

—¿Sabes lo que me gustaría? —dijo ella, animándose de repente—. Tener un invernadero grande. Como los que hay en los viveros. Adoro las plantas.

—Pues adelante. Es una suerte sentir una gran afición. La mayoría de la gente no sabe lo que es. Y eso te permitiría estar más tiempo con Adam.

—Oh, Adam está perfectamente.

Como el demonio que acude a un conjuro, Adam apareció en la puerta. Stephen se volvió.

—¿Sabes, Adam?, me parece que es hora de que vayamos a ver qué hace *Archie*. —Una de las salidas más afortunadas que habían hecho juntos él, Justine y Adam fue una visita al Centro de Aves Rapaces—. Si somos amables con Phil, quizá te deje hacerlo volar.

El niño sonreía de oreja a oreja.

—¿Quién es *Archie*? —preguntó Beth.

—Un búho real —dijo Adam—. Es enorme, ¿verdad, Stephen? Más grande que un águila.

—Y está enamorado de Phil.

Adam rió.

—Le hace la corte a su guante. ¿Cuándo iremos?

—El próximo fin de semana. Cuando mamá y papá estén en París.

—Vale —dijo Adam, y se fue escalera arriba.

Stephen, al volverse, vio que Beth lo observaba con irónica tristeza.

—Qué fácil es ser tío —dijo.

—Oh, no cabe duda. Los tíos no tienen responsabilidad.

Y el jueves, después de llevar a Robert y Beth al aeropuerto, Stephen trasladó sus cosas a la granja y empezó a jugar a papás y mamás con Justine. Ésta era la impresión: vuelta a la infancia para unas vacaciones. El simple hecho de que la casa no fuera suya le hacía sentirse un poco Alicia en el País de las Maravillas. Era como pasearse entre las patas de las sillas, a la sombra de unos muebles cargados del misterio de ocultos significados. Aquellas habitaciones, con sus antigüedades elegidas con esmero, fruto de años de esfuerzo perseverante y bien retribuido, le hacían sentirse banal, pero el efecto no era del todo desagradable. Al igual que Rizos de Oro en la casa de los tres osos, tenía una sensación de peligro y transgresión combinados. Él y Justine cocinaban en casa y comían en la larga mesa de la cocina, siempre con aquel sentimiento mezcla de inocencia y osadía.

Eran días felices. Stephen se sentía tan irresponsable y despreocupado como Adam, o como se habría sentido Adam si hubiera sido otro niño. Pero hasta el mismo Adam parecía más relajado. Hizo volar a *Archie*, y Stephen tomó fotografías del momento en que el ave se posaba en su guante: Adam con cara de miedo y los músculos tensos, preparado para soportar el peso, y Adam con cara de asombro, cuando las grandes alas se plegaban y los ojos dorados se volvían hacia él, porque el ave fuera tan ligera.

Stephen hizo revelar y enmarcar las fotos y las colgó en la habitación del niño.

Hacían la típica vida familiar de los años cincuenta, jugando al Monopoly por la noche, paseando por el bosque, dando de comer a los ciervos, haciendo correr a Adam en el arenal hasta que caía rendido. Su mayor deseo, dijo a Stephen, era tener un perro.

—¿Y por qué no? —preguntó éste.

—Porque durante el día no hay nadie en casa. Sería inhumano.

—Lo inhumano es esta situación —dijo Stephen aquella noche, sentado junto al fuego con Justine, después de que Adam se fuera a la cama—. Quiero decir que si Beth rabiara por ser gerente de hospital, fantástico, pero no es así. Ella preferiría quedarse en casa, a cuidar de su jardín. Es lo que realmente desea hacer y, si lo hiciera, Adam podría tener un perro.

—Sí, pero eso no da categoría.

—Ya lo creo que sí. Tendría todo mi respeto.

—Pero no el de los amigos de Robert. O, por lo menos, eso cree ella.

—No debería importarle lo que piense la gente.

—Pues le importa. La horroriza ser la típica mamá ama de casa.

—¿Qué solución le ves?

—No tener hijos.

—Es un poco tarde para eso, el niño ya tiene diez años. Hablo en serio.

Ella se encogió de hombros.

—Si un día tengo un hijo, me gustaría pensar que puedo quedarme en casa para cuidar de él sin sentir que estoy eligiendo la peor opción. Ya está superada esa idea de que lo único que te da estatus es la profesión.

Ah, qué gusto tener diecinueve años. Qué fácil parece todo.

—En el fondo es una cuestión sexual. Ella piensa que, si no sale a trabajar, perderá a su marido.

—De todos modos, ya lo ha perdido. En lo sexual.

A él le habría gustado ahondar en el tema —intuía que ella sabía más de lo que decía—, pero no le pareció correcto. Aquel arrebato que había tenido en la cocina después del almuerzo del domingo fue provocado por la frustración, y él sabía que ahora se arrepentía. Le intrigaba cómo podía Justine estar enterada de las andanzas de Robert, y recordó que tenía una amiga en la facultad de Medicina en la que él daba clase. Quizá fueran simples cotilleos de estudiantes. Cuando se habla de la vida privada de los profesores suelen recargarse las tintas. Pero no quería sonsacarle.

—Ven —dijo poniéndose en pie—. Vamos a la cama.

Ahora iban a la cama a dormir. Por un lado, Stephen sentía escrúpulos de practicar el sexo en casa de su hermano —como si atribuyera a Robert el papel de padre— y, por el otro, su relación con Justine estaba cambiando de un modo que no lograba comprender. Cualquiera que fuese la razón, aquel fin de semana largo no se buscaron hasta la última noche.

Beth acababa de llamar por teléfono para anunciar que regresaban a última hora de la mañana siguiente. Parecía ansiosa por volver, aunque no era posible deducir de ello si el viaje había sido un fracaso o un éxito fulgurante. Justine colgó y dijo:

—Bien, se acabó.

Él se sentía aliviado y triste al mismo tiempo. El olor de los leños que ardían en la chimenea ponía cierta melancolía otoñal en la noche de primavera. Siguieron hablando un rato, pero los dos estaban cansados. Ella empezó a hacer los preparativos para acostarse. Él se quedó un minuto en la entrada, mirando las estrellas que brillaban en el aire diáfano y luego, admirado y un poco intimidado, entró cerrando la puerta con rapidez, giró la llave y puso la cadena.

Justine lo esperaba en el dormitorio, al lado de la gran cama de matrimonio, reflejada en el espejo de la pared que tenía a su espalda.

—Vale más que pasemos las cortinas —dijo él, a pesar de que nadie podía verlos, aparte de las lechuzas, que parecían ulular menos esas noches de primavera, o era quizá que el follaje de los árboles amortiguaba sus sonidos. Ella se asomó a la ventana. Stephen la siguió y la abrazó por detrás, asiéndole suavemente los pechos, mientras hundía la cara en su nuca y aspiraba el aroma dulce del pelo.

Un sonido le hizo levantar la cabeza. Aguzó el oído, tratando de detectar movimiento en la habitación de Adam. «Éste es el inconveniente de ser padre», pensó. Lo sorprendía que no hubiera en el mundo más hijos únicos. Para quedarse tranquilo, se puso la bata y se asomó a la habitación de Adam. El niño estaba acurrucado bajo el edredón, tapado hasta las cejas.

—Duerme —dijo Stephen al volver a su dormitorio, pero el encanto estaba roto.

Justine echó las cortinas y se metió en la cama. Él se quitó la bata y se acostó a su lado.

La luna dibujaba un rectángulo pálido en el pulido suelo de madera. Debajo de la puerta había una raya amarilla, de la lamparita de noche de Adam. Un pájaro arañaba el tejado con las patas. Stephen tenía la respiración acelerada, por la tensión y el deseo. Puso una mano en el vientre liso y firme de ella, admirando su solidez, su calor. La casa suspiraba y crujía. En la habitación contigua, entre las cortinas abiertas, la luna iluminaba la colcha de encaje blanco de la cama de Robert y Beth y las almohadas que, aun en su ausencia, conservaban la huella de sus cabezas. Stephen pensó en Nerys, evocando los primeros tiempos, cuando estaban enamorados y eran felices e inocentes, o quizá no. Era difícil recordarlo ahora.

—¿Qué ocurre? —preguntó Justine.

—Nada.

—Quieres que esto se acabe, ¿verdad?

—Ya tengo ganas de que regresen.

—No; me refería a esto. Lo nuestro.

—No, no es cierto. Supongo que lo que quiero es salir del limbo. Que pase algo.

—¿El qué? —El tono de Justine sonó frío, casi hostil. Le miró fijamente la pupila de un ojo, podía ser mirada de enamorada, pero carecía de empatía. Más parecía la del entomólogo que ha descubierto que el insecto no tiene en el dorso todas las pintas que debería tener.

—No lo sé. Aún es pronto para pensar en eso. No he terminado el libro.

Stephen no quería hablar de aquello, ni de nada. Le puso una mano en la mejilla y atrajo su cabeza hacia sí. Sintió en el pecho el roce de sus pezones y...

Adam estaba en la puerta.

—Quiero un vaso de agua.

Justine se apartó, conteniendo la risa.

—Pues ve a buscarlo. Cuando estés en la cama iré a verte.

Ella estuvo fuera cinco minutos. Cuando volvió, Stephen preguntó:

—¿Se ha dormido?

—Es peor que la peste.

Al cabo de un rato, ella cerró los ojos. Él se quedó quieto, escuchando su respiración hasta que el sueño la hizo profunda y acompasada. Estaba excitado e insomne y echaba de menos el *cottage*. Sentía nostalgia de él, a pesar de tenerlo a menos de doscientos metros.

Cuando ya había conseguido acabar de borrar de su mente la última fantasía erótica y empezaba a adormecerse, Justine, en sueños, con un movimiento de cetáceo, levantó la ropa de la cama, se dio media vuelta y le puso en el pene un culo frío y redondo.

Ay, Justine. Justine. Con cautela, él se volvió hacia el otro lado, proyectando la dolorida verga hacia el vacío. No consiguió dormirse hasta después de una hora de malestar, agarrado al borde del colchón, mientras le bullían en el cerebro fantasías de una noche de sexo desenfrenado, lejos de Adam.

Lunes por la mañana. Al cabo de seis horas, Robert y Beth estarían otra vez en casa. Al despertarse, Stephen extendió el brazo por el colchón vacío y lo asaltó una sensación de pérdida. Entonces pensó en Kate, que todos los días se despertaba sin tener a su lado a Ben. No cabía comparación, desde luego, entre la falta momentánea del calor de Justine y la pérdida sufrida por Kate. No comprendía por qué se le había ocurrido semejante asociación.

En la cocina, Justine, ya vestida, freía bacon. Adam, con el uniforme del colegio, estaba sentado a la mesa, muy pálido, doblando el cuerpo y quejándose de dolor de vientre. Justine le puso delante un sándwich de bacon, su favorito habitualmente.

—Soy vegetariano —dijo el niño apartando el plato.

—¿Desde cuándo? —inquirió Justine.

—Desde ahora.

—¿Por qué ahora?

—¿Por qué no ahora?

—Vamos, Adam, come —dijo Stephen.

Adam se oprimía el vientre con las manos.

—Me duele la barriga.

—Está pálido —dijo Stephen.

—Todos los lunes, lo mismo.

Stephen se sentó al lado del niño.

—Adam, ¿por qué no quieres ir al colegio?

El niño se encogió de hombros.

—Tiene que haber una razón.

—Todos piensan que soy raro.

—¿Por qué te parece que piensan eso?

—Porque soy raro.

Stephen se preguntó si era bueno ser perspicaz.

—¿Prefieres comer otra cosa?

Un gesto de negación exagerado, como de perro mojado.

Justine retiró el plato sin decir nada.

—Cuando vuelvas, mamá y papá ya estarán aquí. Piensa en eso.

Adam salió tras ella y subió al asiento trasero del coche, moviéndose a cámara lenta.

—Abróchate el cinturón —dijo Justine.

—No puedo. Me aprieta la barriga.

—El coche no arrancará hasta que te hayas abrochado el cinturón.

«No es una gran amenaza», pensó Stephen, puesto que Adam no quería que arrancara.

—Adam —dijo inclinándose hacia el interior del coche—. Si ahora vas al colegio sin protestar, el viernes por la tarde te llevaré a que hagas volar a *Archie*. ¿Qué te parece?

Justine le susurró por encima del techo del coche.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué?

—Que quieras sobornarlo.

—¿Lo prometes? —gritó Adam desde dentro.

—Prometido, y que me muera si te fallo. —Captó la mirada que le lanzó Justine al subir al coche—. Estoy autorizado a ser irresponsable. Sólo soy el tío.

Ella sonrió.

—¿Te quedas?

—No; iré a casa a trabajar un poco. ¿Qué harás tú?

—He de hacer la compra para Beth.

—Está bien. Hasta luego.

Una despedida convencional, pensó él mientras volvía a entrar en la granja. Como si llevaran años de matrimonio.

Rápidamente, Stephen ordenó el dormitorio de invitados, puso las sábanas en el cesto de la ropa sucia, dio un repaso a la habitación y el cuarto de baño para cerciorarse de que no olvidaba objetos personales, salió de la granja y bajó por el sendero camino del *cottage*. Dentro hacía frío y olía a humedad, a pesar de que la ausencia había sido de sólo tres días. Encendió el fuego, puso en marcha el ordenador y trató de trabajar.

El viernes se había quedado en plena descripción del bombardeo de Bagdad en 1991: la primera guerra que había aparecido en las pantallas de televisión como una especie de espectáculo de «luz y sonido», la primera en la que un bombardeo adquiriría una precisión de videojuego. Entonces lo había desconcertado y seguía desconcertándolo. ¿Qué le ocurre a la opinión pública en las democracias —tradicionalmente reacias a hacer la guerra— cuando el coste de la batalla en vidas humanas es invisible? Desde luego, la estricta censura en tiempo de guerra no era una novedad: ya había sido impuesta en las dos guerras mundiales. Pero, en la primera, nada podía ocultar la llegada de los telegramas ni, en la segunda, la explosión de las bombas. La novedad, tanto en Bagdad como después en Belgrado, era que la censura y el bombardeo aéreo masivo se combinaban de manera que las bajas aliadas parecían mínimas o inexistentes y los «daños colaterales» se escamoteaban. Eran guerras diseñadas para enmascarar el miedo y el dolor.

Pero era difícil ponerse a escribir. Caminar. Primero, caminar. Un paseo lo despejaría. Decidió hacer su ruta habitual hasta la cima de la colina, aunque era larga, más de lo que permitía el tiempo disponible. Al principio trató de correr, y en las

gotas de rocío que las zapatillas levantaban de la hierba se encendían destellos. El cielo tenía un azul nítido y luminoso. Lejos, en el horizonte, un avión que refulgía al sol dejaba una doble estela de vapor que se ensanchaba y difuminaba hasta desaparecer, aunque, no sabía si por la distancia o por algún accidente del terreno, no llegaba sonido alguno.

Se volvió a mirar el *cottage* y la granja que quedaban a sus pies, muy abajo. Cuadraditos y pequeños, como casas de Monopoly. Había una furgoneta blanca en el patio de la granja. Podía verse desde allí arriba, pero no desde el camino. Dos hombres sacaban algo por la puerta trasera. Un televisor. Durante un instante de bloqueo mental, Stephen se preguntó si Beth habría avisado para que fueran a recogerlo y olvidado advertírselo. Pero ¿cómo habían entrado? No; eran ladrones. Y entonces vio acercarse por el camino el pequeño Metro rojo de Justine. Deseó que se parase en el *cottage* —quizá entrase a tomar café antes de llevar la compra a la granja—; pero no, pasó sin reducir la marcha y se detuvo delante de la granja que, desde donde ella estaba, aparecería normal. Él no había recordado conectar la alarma, y no había luces ni sirenas que la advirtieran. La vio salir y apoyarse un momento en el techo del coche, mirando hacia la colina. Lo miraba a él. Stephen movió los brazos gritando «¡Justine!», pero ella no podía oírle, como tampoco él había oído el motor del coche.

Se lanzó ladera abajo, dando trapiés y tropezando con las matas, consciente de que, aunque corriera hasta que le estallaran los pulmones y el corazón, no podría llegar a tiempo.

Justine, apoyada en el techo del coche, sintiendo en los brazos desnudos el calor del metal, contemplaba la estela del avión que pasaba por encima de la colina y se diluía en el cielo azul. Luego sacó las bolsas del asiento de atrás y fue hacia la casa.

Los narcisos estaban en su apogeo, pero Beth, que —ella sabría por qué— no era muy amiga de las flores amarillas, los tenía confinados en un solo macizo al lado de la puerta. «Sois plebeyos, eso es lo que sois —les dijo mientras buscaba la llave—. En este mundo has de ser gris plata o blanco.» Y, riéndose de la vulgaridad de los narcisos, llevó las bolsas a la cocina y las dejó en la mesa. Antes de sacar las cosas, un café. Al mirar por la ventana vio que la estela del avión casi había desaparecido.

Entonces, unos pasos apresurados, un golpe en la espalda y un brazo que le atenazaba el cuello. «Stephen», trató de decir. Durante un segundo creyó que era Stephen, no porque él hiciera esas cosas sino porque no había otra explicación.

—No mires, cabrona imbécil.

Las palabras le estallaron en el oído con una rociada de saliva. Unos dedos le oprimieron los ojos. Una mano le aplastó la nariz y la boca. No podía respirar. Ella lanzó el cuerpo hacia atrás bruscamente, tratando de sorprender al agresor. Él gruñó y empezó a golpearla con la palma de la mano, no como pega un hombre o una mujer,

sino como pega un niño pequeño para hacer que se vaya algo que no quiere que esté ahí. Ahora que tenía la boca libre, ella aspiró con un gemido y expulsó el aire con un grito.

—¡No te vuelvas o te mato, vaca burra!

El hombre, frenético, se puso a golpearle la cabeza contra un armario, provocándole cortes en la frente y el cuero cabelludo. Ella sintió cómo la sangre le resbalaba por la cara y el cuello. Goterones rojos le llovían en la camiseta blanca, los brazos y las manos. «Dentro hay mucha más.» Este pensamiento irracional quedó suspendido en la oscuridad. Otro rugido de rabia: ahora se había puesto furioso con ella porque estaba herida. Justine se concentró en él con intensidad, previendo sus reacciones. Él era ahora todo su mundo. Ya no sentía miedo; por lo menos, no lo que ella siempre había entendido por miedo. Ahora tenía un único objetivo: vivir, y en él se había volcado con férrea determinación todo su ser. Él la empujó contra el fregadero clavándole el canto en el estómago. El dolor le calmó los nervios. Gimió detrás de la mano que le tapaba la boca, tratando de decir que no podía respirar.

—No me mires. Calla. No te vuelvas.

Acompañaba cada palabra de un golpe contra el fregadero, con un furor que se alimentaba del miedo de ella. Justine relajó los músculos, fingiendo un desmayo, y luego, calculando la estatura por el nivel de la voz, le hincó el codo en el vientre. Un gruñido de dolor. Entonces él le dio la vuelta y ella vio dos ojos azul pálido con unas pestañas casi blancas. Él le dio una bofetada y a Justine le pareció que le estallaba la cara. Sólo tuvo tiempo de pensar «Ahora me matará» antes de perder el conocimiento y caer al suelo. Notó que la arrastraban a la sala, que se le subía la camiseta y la alfombra le rascaba la espalda. Ahora eran dos, oía dos voces, pero el segundo procuraba mantenerse fuera de su vista. La levantaron y la echaron en el sofá. Entonces debió de perder el sentido otra vez, pero no del todo. Los oía hablar, buscando solución al problema. Había visto a uno de ellos. Podía dar su descripción. No podían ponerse a salvo sólo con echar a correr. Ella seguía haciéndose la muerta. Aun con los ojos cerrados, sabía dónde estaban exactamente, como si una parte de su mente se hubiera desprendido y estuviera observando la escena desde otro lugar de la habitación. Se veía a sí misma en el sofá, con una mano en la cara, sorbiendo sangre y moco.

Corriendo por detrás del seto, con el cuerpo doblado y los pulmones a punto de estallar, Stephen entró en el huerto. Desde allí, por un hueco entre las ramas, podía ver la casa. El sol se reflejaba en las ventanas del invernadero, pero no se veía movimiento en el interior. Adam le había enseñado dónde guardaba Beth el duplicado de la llave: parecía increíble que a una mujer tan inteligente no se le ocurriera un sitio mejor que debajo de una urna de piedra, al lado de la puerta del invernadero. Hubo una desbandada de cochinillas cuando Stephen levantó la bolsita de plástico y sacó la

llave. La introdujo en la cerradura y la hizo girar conteniendo el aliento, pidiendo al cielo poder entrar sin hacer ruido. Mientras corría pendiente abajo, se le había ocurrido entrar gritando «¡Policía!» con la esperanza de que los ladrones se asustaran y echaran a correr, pero si no era así él perdería el elemento sorpresa. O podían estar en una de las habitaciones del piso de arriba, y no les sería tan fácil escapar. Pero prefería no pensar. Cruzó el suelo de baldosas blancas y negras y entró en el vestíbulo. En una mesa había una figura de bronce de un africano muy alto y delgado. Stephen la agarró por las piernas y siguió avanzando con sigilo. Oía voces pero no distinguía las palabras. Respiraba hondo y despacio, lo que hacía que le doliera el pecho, pero era preciso. Por la rendija de la puerta vio a Justine en el sofá, con la cara convertida en una máscara ensangrentada y, a poca distancia, de espaldas a la puerta, a un hombre con camiseta azul y pantalón vaquero. Stephen vio pelo rojo muy corto y una nuca colorada. Levantó la figura, dio dos zancadas y golpeó. En el último segundo, alguien gritó «¡Cuidado!» y el hombre se agachó, desviando el golpe al hombro. Stephen sintió cómo el crujido del hueso al quebrarse repercutía en su propio brazo, mientras el desconocido lanzaba un alarido, daba media vuelta y echaba a correr.

Stephen se arrodilló junto al sofá, tratando de adivinar el estado de Justine. Magulladuras y un corte en la frente, la nariz hinchada y más cortes en la cabeza, que parecían lo más grave, aunque la muchacha, aparentemente insensible a ellos, sólo se protegía con la mano los ojos y la nariz. Él trató de abrazarla, pero estaba rígida y esquiva y no hacía más que mirar alrededor, como si temiera que pudieran volver. Stephen marcó el 999 y pidió policía y una ambulancia. Mientras hablaba por teléfono, miraba la habitación. Faltaban el televisor, el DVD y la cadena de música. La repisa de la chimenea había quedado limpia, pero no recordaba qué había allí antes.

—Llegarán dentro de veinte minutos.

—Cierra con llave.

Él fue a responder que no volverían, pero al ver su expresión —ojos desorbitados, hipervigilantes— obedeció. En el trastero, pisó vidrios rotos y vio que la pequeña ventana estaba destrozada. Volvió a la sala. Dolía ver aquella cara.

—¿Has perdido el conocimiento?

—Me parece que sí. O quizá sólo fue un vahído. No lo sé.

«Menos mal que no eran violadores», pensó él. Desde luego, si vigilaban la casa —Beth había aludido a llamadas sospechosas—, sabrían que a esa hora no había nadie, y Justine, al presentarse de improviso, les habría dado un buen susto.

Aullidos de sirenas, golpes en la puerta, y la habitación se llenó de uniformes. Stephen vio que Justine se encogía en el sofá, aunque parecía más aturdida que asustada.

La parte de Justine que se había separado de su cuerpo observaba desde el vestíbulo cómo unos enfermeros examinaban a una muchacha que tenía cortes y magulladuras en la cara. Este desdoblamiento nada tenía de irreal; ella sentía bajo los pies la áspera textura de la alfombra del vestíbulo.

Una cara se acercó a ella.

—Será mejor que venga con nosotros al hospital, señorita. Ahí habrá que darle un par de puntos.

Por su manera de decir «un par» estaba claro que significaba «un montón».

—Estoy bien.

—Vale más asegurarse.

Al salir, Justine recordó los paquetes que habrían empezado a descongelarse en la mesa de la cocina y se volvió para decir a Stephen que los metiera en el frigorífico, pero la idea se le fue de la cabeza antes de convertirla en palabras. De pie en la puerta, envuelta en una manta roja, trató de recuperarla, pero tuvo que darse por vencida.

En el último instante, cuando subía a la ambulancia, recordó algo realmente importante.

—¡Llama a papá! —gritó a Stephen.

Él asintió y preguntó al conductor:

—¿Adónde la llevan?

—Al hospital RVI.

—Iré en cuanto pueda.

Le envió un beso. Las puertas de la ambulancia se cerraron tras ella con un ruido seco, separándola del día claro y soleado.

Después de llamar a Alec, que, consternado, dijo que salía inmediatamente para el hospital, Stephen se dispuso a prestar declaración. El interrogatorio duró una hora aproximadamente. Él insistió en que los ladrones eran dos, que habían atacado a Justine y que debían de ir armados: había que justificar la fractura de la clavícula, o lo que fuera. No creía que lo demandaran por lesiones, pero había que ser precavido. Casos más curiosos se habían dado.

Mucho antes de que terminara el interrogatorio, la casa se llenó de técnicos en bata blanca que esparcían un polvo gris por todas las superficies. Entonces, en pleno ajetreo, sonó el teléfono: era Robert desde el aeropuerto de Orly, y hubo que darle la noticia.

—¿Justine está bien? —preguntó.

«*Chapeau*, Robert», pensó Stephen. No había querido saber qué se habían llevado.

El joven policía dio a Stephen el número de incidencia para que se lo pasara a Robert y el de un vidriero que atendía casos urgentes y le dijo que recibiría la visita

del servicio de Ayuda a las Víctimas. Luego cerró la libreta asegurándola con una goma y se levantó. No era probable que lograsen recuperar algo, dijo mientras Stephen lo acompañaba a la puerta, pero, por tratarse de un robo con agravantes, le darían máxima prioridad.

Poco después, la jefa del equipo de técnicos, una bonita pelirroja con acento escocés, se asomó a la puerta para decir que ella también se marchaba.

Stephen se quedó solo, sin poder salir de la casa hasta que el vidriero arreglara la ventana.

Repasó mentalmente la versión dada a la policía, y luego la otra, la que —a Dios gracias— no había sido necesario dar. Pero, sepultada en el fondo de su mente, quedaba la verdad. Mientras corría colina abajo, en su cabeza estallaban los fogonazos del flash. Eran tantas las muchachas torturadas y violadas... No hacía falta mucha imaginación para adivinar lo que podía estar pasando. No le habría sorprendido encontrar a Justine caída al pie de la escalera como una muñeca rota, con la falda por la cintura y los ojos fijos en el vacío. En el golpe dirigido a la cabeza del ladrón había habido rabia acumulada durante años. La intención era matar.

Miró en derredor. Un charco de sangre en la cocina, otro en la sala y, en todas partes, en las ventanas, las puertas, los muebles, los picaportes y los pasadores, huellas de dedos y manos, como si la casa estuviera infestada de fantasmas.

Justine tuvo una visión fugaz de la entrada de Urgencias por la que los enfermeros de la ambulancia la conducían rápidamente: una fila de personas, en un banco. Como la traía la policía, pasó directamente a una sala de reconocimiento situada al fondo del pasillo. La mujer policía se retiró. Justine tuvo que desnudarse encima de un papel extendido en el suelo. Le dieron una áspera bata de hospital y se llevaron su ropa envuelta en el papel. Entró un joven que se sentó a su lado y le preguntó si había arañado a su atacante, le miró los dedos y le tomó raspaduras de debajo de las uñas. Ella no recordaba haberlo arañado. Se miró las manos y pensó si también las meterían en una bolsa y se las llevarían.

No podía respirar normalmente por la nariz: o sorbía el aire mezclado con mucosidad o lo aspiraba por la boca. Si respiraba por la nariz, hacía un ruido que la asustaba —si hubiera podido respirar en silencio se habría calmado antes—, y si respiraba por la boca, se le secaba la garganta. Hacía esfuerzos por tragar saliva, se pasaba la lengua por los dientes y movía los labios. Al fin se levantó, fue al lavabo del rincón y bebió un vaso de agua sin respirar, volvió a llenarlo y volvió a beber. Era la primera decisión que tomaba, el primer acto que realizaba por su cuenta desde que la habían arrojado al sofá y le habían gritado que se callara. Y le produjo un efecto extraño: se echó a temblar.

En la habitación sólo había el lavabo, una camilla forrada de papel blanco y dos sillas de plástico color champiñón. Se sentó en una y se quedó mirando la otra. La parte que se había separado de ella deambulaba por el extremo de la habitación y, de vez en cuando, le lanzaba una mirada, observándola —pensaba ella— para decidir si aquel cuerpo era lugar seguro. No tenía por qué estar asustada. Se encontraba bien protegida —en el pasillo había una mujer policía aguardando para interrogarla—, allí nadie podía atacarla. Los sonidos eran horribles, sí, pero podía identificarlos. Un hombre conectado a un aparato, al que había entrevisto cuando pasaba por delante de la habitación contigua, respiraba a través de una mascarilla, siseando como los guerreros de hielo de *Doctor Who*. Y al otro lado del pasillo alguien aullaba; no gritaba ni gemía: aullaba. La puerta estaba cerrada y debían de estar atendiéndolo. Al oír aquellas voces se sintió una intrusa. Apenas tenía una jaqueca y la nariz dolorida. De todos modos, la cosa cambió cuando trató de tocarla y tuvo que tragarse sus propios aullidos. Pero ahora estaba sola con el recuerdo de lo ocurrido, y con el pensamiento de lo que habría podido ocurrir.

La parte desprendida de su ser se alejaba. Durante un momento se vio a sí misma desmoronada en la silla. «Desgraciada», pensó, viendo las puntas negras que la sangre había hecho de su pelo.

Pero no veía las puntas. No las veía. Sólo las sentía e imaginaba. Cerró los ojos y repitió una y otra vez: «Yo, yo, yo... yo miro el lavabo, yo estoy sentada en la silla. Veo a Justine sentada en la silla. Como en un primer libro infantil —pensó—. Veo a Justine. Veo a Peter. Peter tiene una pelota. Veo el perro. Veo correr el perro».

En la habitación no había luz natural, no había ventana. El fluorescente del techo zumbaba y aquel zumbido se convirtió en el sonido del dolor. Entonces oyó una voz familiar, unos pasos rápidos, y su padre irrumpió por las puertas oscilantes, se paró, la miró, fue a abrazarla y se contuvo. ¿Por qué?, se preguntó ella. Deseaba ser abrazada, quería que él la abrazara, y la abrazó, pero un segundo tarde, sólo un segundo, pero ya era tarde. Pensaba que la habían violado. Pensaba que no soportaría que alguien la tocara, ni siquiera él. ¿Qué la hacía odiarlo por eso? Pero, al mirarlo a la cara, vio que estaba asustado. Y entonces hizo un esfuerzo y le habló del incidente, desdramatizando, no por sí misma sino por él. Y dicho así tampoco parecía tan horrible. «Sorprenbí a unos ladrones. A uno le entró pánico y empezó a pegarme. Ya sé que da miedo verme, pero estoy bien, seguro, no te preocupes, estoy bien. No ha sido peor que un atraco en plena calle, y bastante mejor que... —escupió las palabras haciendo un esfuerzo— que te violen».

Valía la pena el esfuerzo: ahora podía verse a sí misma dentro de unos años relatando lo sucedido con una risita indulgente, y eso era bueno porque, para imaginarlo, tenía que dar por descontado que había sobrevivido. Pero detrás de esas palabras valerosas había algo, una sensación que Justine no se atrevía a verbalizar: «Hoy me he despertado, era una mañana normal, he hecho la compra, he llevado a Adam al colegio. Hacía un día espléndido. Estaba contenta. Me he apoyado en el techo del coche. Sentía el sol en la espalda...» Y entonces aquella explosión de violencia, irracional, brutal, gratuita. Irracional para ella, en cualquier caso. Aquellos hombres quizá habían preparado el robo durante meses. Un psicólogo criminalista que investigara sus vidas podría decir que el robo era previsible, que la violencia era previsible. Quizá lo que había sido su vida los había conducido a ello, pero lo mismo podía decirse de ella. Y no era un consuelo.

Quizá volviera a ser feliz, pero nunca volvería a sentirse segura.

Una hora después, Justine estaba sentada en la camilla, vestida con la ropa que le había llevado Angela. Había declarado y hecho la mejor descripción posible de los ladrones. Al principio temía no poder decir nada útil, porque sus recuerdos eran caóticos, pero la cara del que la había golpeado se le había grabado en la memoria. No tuvo más que evocar la imagen y describir lo que veía. Del otro no pudo decir casi nada —se había mantenido fuera de su vista—, pero los policías asentían una y otra vez. Aparentaban saber de quiénes les hablaba.

Ahora, rasurada, suturada, escaneada y vendada, ya podía volver a casa. Se había mirado en el espejo, y era una visión espeluznante, pero no importaba. Sólo quería

salir de allí. A casa. A su cama.

Avanzaba por el pasillo apoyada en el brazo de su padre, como una vieja, pensó, aunque si ella fuera vieja, él estaría muerto. Era primera hora de la tarde y aún hacía buen día. El sol se reflejaba en hileras de coches. Un pájaro cantaba. Esto le produjo tanta extrañeza que tuvo que pararse en la entrada de las ambulancias para mirar el cielo. Parecía imposible.

Le habían dado tranquilizantes. No muchos, no tantos como para crear adicción, los justos para un par de días. Por eso le parecía que veía el mundo desde lejos, como si estuviera envuelta en algodones. Le habían programado una visita a un cirujano plástico: quizá tuvieran que operarle la nariz, pero eso aún estaba en el futuro. Por lo menos, había un futuro. Recordaba los gritos, el terror que había en aquella voz. Habría podido matarla. No porque quisiera hacerlo, ni siquiera porque fuera violento, sino porque no sabía qué otra cosa hacer.

Aspiró hondo. Su padre quería traer el coche, pero ella se negó a quedarse sola, no podía, ni siquiera en un lugar público como aquél, con gente que entraba y salía, y juntos fueron al aparcamiento. El camino fue largo.

Cuando llegaban al coche, sonó el móvil. Stephen. No había podido comunicar con ella antes, porque dentro del hospital tienes que desconectar el teléfono.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—Camino de casa. ¿Dónde estás tú?

—En la granja. No puedo salir hasta que venga el vidriero.

—¿Ha llamado Robert?

—Sí, llegarán dentro de una hora.

—¿Vendrás a casa?

—Sí, por supuesto.

—No olvides ir a recoger a Adam. Se asusta si te retrasas.

«Cuántos detalles», pensó. Pero mejor así; probablemente, estas cosas ayudan a la gente a coordinar ideas: ir a buscar a un niño al colegio, darle la merienda. Cortó. Su padre la miraba.

—Stephen —dijo ella.

—Me lo figuraba.

Fue un momento crucial: su padre admitía que Stephen tenía derecho a preguntar. Tenía derecho a llamar.

Robert y Beth llegaron antes de lo que Stephen esperaba, minutos después de que hablara con Justine.

Los vio acercarse por el sendero: Beth arrastrando la pequeña maleta y Robert, delante, dando zancadas. Salió a recibirlos.

Robert le apretó un hombro y entró en la sala. Miró las cosas que faltaban y resopló con alivio.

—Vaya, creí que sería peor. ¿Y arriba?

—No les dio tiempo.

Beth subió a ver si aún tenía las joyas y bajó casi enseguida. Dijo que sólo faltaban una o dos cosas que había dejado en el tocador. Lo de más valor lo guardaba en el armario, en una caja de zapatos. Stephen pensó que no habrían tardado mucho en encontrarla, pero entonces recordó que tampoco habían buscado la llave debajo de la urna.

Beth se sentó pesadamente en el sofá y miró alrededor como quien no está seguro de ser bien recibido en una casa extraña.

—Lo peor es el susto —dijo—. Más que cualquier otra cosa.

—La policía me ha pedido una lista de lo que falta. La quieren lo antes posible. Yo no lo recuerdo.

—No sé si podré. —Beth miraba la repisa vacía inexpresivamente.

—Pondré agua para el té —dijo Stephen.

Robert lo siguió a la cocina.

—Justine parece estar bien —dijo Stephen con cierto reproche.

—Ya lo sé. Beth ha llamado a Angela desde el aeropuerto. —Se sentó a la mesa, mirando las huellas dactilares esparcidas por la superficie de los muebles—. ¡Vaya fregado!

Stephen también miraba alrededor, a una mancha de sangre seca que había en la encimera, cerca del fregadero. Aún parecían flotar en el aire el miedo y el dolor.

—¿Cómo han entrado? —preguntó Robert.

—Por la ventana del trastero. Ahora vendrá el vidriero a arreglarla. —Una pausa—. La alarma no estaba conectada. La culpa es mía, no de Justine. Yo fui el último en salir.

Robert se encogió de hombros.

—No creo que hubiera servido de mucho. Está conectada a una empresa de seguridad, pero habrían tardado cuarenta minutos en llegar. Puedes vaciar una casa en la mitad de ese tiempo.

—Beth parece muy serena. Creí que la afectaría más.

—Es el shock.

Stephen no lo creía así.

—Éste es el número de incidencia —dijo, dándole el papel—. Bien, si no me necesitáis, me marcho. A no ser que queráis que vaya a buscar a Adam.

—¿Nos harías ese favor? —repuso Beth.

—Por supuesto, yo...

—Es sólo que no estaré tranquila hasta que limpie todo esto.

Robert acompañó a Stephen hasta el sendero.

—Lo siento, Robert.

—No es culpa tuya. Todos nos descuidamos. Habría podido ocurrir cualquier otro día en que yo tampoco hubiera conectado la alarma.

Un abrazo rápido, y Stephen se alejó en busca de su coche, pensando en lo mucho que quería a su hermano. Esto era nuevo. Y en el temple de Beth; ya había intuido en ella aquella fortaleza, pero durante los últimos minutos había podido comprobarla.

Miró el reloj. Tenía el tiempo justo para recoger a Adam.

Cuando Stephen aparcó el coche y bajó el cristal, los niños ya salían al patio en tropel. Había un grupo de personas, casi todas mujeres, esperando en la puerta. Algunas —según observó cuando llegaron los primeros escolares— recogían a niños de diez y once años. Él y Robert ya volvían a casa solos a los ocho años. Para los niños, las cosas habían cambiado —pensó— y no a mejor. Por todas partes había criaturas coloradas que corrían, gritaban y agitaban dibujos. «Si vieras a una persona mayor moverse de ese modo, pensarías que tiene el baile de san Vito —pensó—. Vamos, Adam.» Golpeaba el cuadro con la palma de la mano, deseando volver a llamar a Justine al móvil. Pero quizá descansaba.

Por fin apareció Adam, también con un dibujo, pero andando despacio, y solo. No mostró sorpresa al ver a Stephen, pero al subir al asiento de atrás preguntó:

—¿Papá y mamá ya han vuelto?

—Sí. Están en casa.

Stephen miró por el retrovisor la cara redonda y compungida de Adam.

—¿Cómo te ha ido?

—Fatal.

—No dura toda la vida.

«Lo malo —pensó Stephen, mientras esperaba un hueco en el tráfico— es que a esa edad te lo parece. No nos atrevemos a imaginar lo que es la vida de los niños. Quien se encontrara atrapado en el trabajo como ellos lo están en el colegio, se volvería loco.» No sabía si hablarle del robo y decidió que era preferible advertirlo. Adam escuchó sin manifestar gran inquietud.

—Uno de los ladrones hizo daño a Justine. Mañana no podrá venir a cuidarte.

—¿Y no tendré que ir al colegio?

El egoísmo es natural en los niños, pero lo sorprendía que Adam no mostrara más interés por Justine. Se limitó a preguntar si habían robado su Playstation y si aún podría ir a hacer volar a *Archie* el viernes al salir del colegio.

—Justine está en su casa —añadió Stephen—. Ha tenido que ir al hospital a que le curasen las heridas, pero el médico ha dicho que podía irse a casa.

Sin comentarios. Stephen desistió, aunque empezaba a encontrar muy extraño aquel silencio. Cuando llegaron a la granja, dijo:

—Yo no entro, pero no te preocupes, mamá está...

Adam ya había salido del coche. En el último momento, entregó un dibujo a Stephen.

—Dale esto a Justine.

Stephen miró el papel. Era la escena que dibujan todos los niños: una casa con humo en la chimenea, cortinas en las ventanas, un árbol en el jardín, mamá, papá, el niño y el perro en el césped y, detrás, llenando todo el cielo, un sol enorme, redondo y amarillo.

Stephen nunca había estado en la casa del párroco, y sólo la había visto una vez, cuando Beth le pidió que acompañara a Justine. Entonces estaba muy oscuro para verla con claridad, pero tuvo la impresión de que era una casa grande, situada a cierta distancia de la carretera, detrás de unos árboles muy altos.

«¿Por qué no los talan?», se preguntó mientras detenía el coche. Debían de hacer muy sombrías las habitaciones de la parte delantera, pero hay personas que no se atreven a cortar un árbol, por viejo que sea y por mucho que estorbe. Una pareja de tórtolas levantaron el vuelo a su paso, sobresaltándolo con su aleteo. Tocó el timbre, lo oyó sonar en las profundidades de la casa y esperó, sintiéndose ridículo con su ramo de narcisos.

Alec abrió la puerta. Detrás de él, mirando por encima de su hombro, estaba Angela. Por un momento, Stephen pensó que no lo dejarían entrar, pero el párroco se hizo a un lado. Stephen había impedido que los ladrones consumaran sus viles propósitos; bueno, probablemente sólo pretendían escapar, pero nunca puedes estar seguro. Las personas poco inteligentes que no controlan los impulsos suelen dar soluciones desastrosas a los problemas. Tal vez Alec había conocido a más de una, y no podía desestimar el peligro que había amenazado a su hija.

—Está en la cama —dijo Angela.

—Le han dado un sedante —explicó Alec—. Ahora descansa.

—No me quedará mucho rato. Sólo quiero darle esto.

Estaban juntos en el vestíbulo, reflejados los tres en un pequeño espejo biselado de la pared.

Desde el piso de arriba llegó la voz de Justine.

—¿Stephen?

—Voy.

Le abrieron paso y él subió la escalera, que tenía en el centro una raída alfombra sujeta con tiras de latón. Él creía que las tiras de latón eran cosa del pasado, como tantas otras. Por lo visto, no era así.

El dormitorio de Justine era enorme. Angela entró con él y se detuvo, indecisa, mientras él iba hacia la cama, tan estrecha que parecía perdida en medio de aquel amplio espacio. Dos ventanas altas y sin cortinas dejaban paso a un encaje de luz y sombras en constante movimiento: agitaba las hojas una brisa que a ras del suelo no se notaba.

Stephen acercó una silla y se sentó. Quería darle un beso, pero lo frenaba la presencia de Angela, que sentía a su espalda. Y lo frenaba también la cara de Justine,

que hacía pensar que el beso le dolería. La escayola que le cubría la nariz recordaba la protección de un casco normando y, curiosamente, le sentaba bien, haciendo resaltar una cualidad que antes él sólo había intuido. La piel de alrededor de los ojos empezaba a amarrotarse. Tenía dos pequeñas tonsuras en la cabeza, cada una atravesada por una hilera de puntos de sutura que, sobre la piel blanca, recordaba una procesión de orugas negras armadas de púas.

Él puso en la colcha los narcisos y el dibujo de Adam.

—¿Cómo estás?

—No tan mal.

Tenía color en las mejillas, pero registraba la habitación con la mirada de un modo que a él no le gustó.

Ahora también Alec estaba en la puerta.

—Angela, ¿podrías ponerlas en agua, por favor? —preguntó Justine dulcemente, levantando los narcisos que habían dejado una mancha de humedad en el blanco algodón de la colcha.

Ellos lo interpretaron como una invitación a retirarse. Stephen se inclinó y le dio un beso en la frente, y así se quedaron, escuchando cada uno la respiración del otro, sin desear moverse, hasta que al fin ella se recostó en las almohadas, levantó las rodillas y sonrió. Llevaba un camisón blanco con un Snoopy estampado, y aparentaba sus buenos quince años. En aquel momento, Alec tenía todas las simpatías de Stephen. «Si yo estuviera en su lugar, me echaría de su casa», pensó.

—¿Cómo estás de verdad?

—No muy bien, Angela me pone enferma. «Pobre niña sin madre».

—¿Has hablado con tu madre?

—No; no sabemos dónde está. Me encuentro bien. O me encontraré, cuando pueda levantarme. Ojalá no hubiera tomado esa mierda de sedante.

—No me parece mala idea que duermas un poco.

—No; si he de despertarme a las tres de la madrugada.

—¿Tienes analgésicos?

—Oh, sí. Y potentes. —Levantó un frasco de cápsulas rosa que tenía en la mesita de noche—. Quiero levantarme.

—Es mejor que no lo hagas. Has sufrido un shock.

—Tú también.

Él se encogió de hombros.

—Oh, yo estoy curado de espanto.

—¿Qué pensabas hacer con aquella figura de bronce?

—Matarlo.

—Te habrían echado cinco años.

—No si veían una foto tuya.

—En fin, no ha sido así. —Se tocó la cabeza, palpando la sutura, con un gesto que él supuso que haría veinte veces cada hora.

—Debes de haber perdido mucha sangre.

—Parecía mucha. Pero no creo que fuera tanta. —Una pausa, mientras volvía a palparse la cabeza—. ¿Cómo se lo ha tomado Beth?

—Bastante bien. Es dura como una bota vieja.

—Va a tener que serlo, porque me parece que no podré volver.

—No, no debes volver.

—Eso la fastidiará.

—Es su problema.

—Podría traerme a Adam aquí.

—Oh, por Dios, si hace falta ya me ocuparé de él. Lo que deberías hacer ahora es pensar en unas buenas vacaciones al sol.

—¿Con quién?

—Conmigo, por supuesto.

—¿Y el libro?

—Al cuerno con el libro.

—Nunca te había oído decir eso.

—Eso demuestra que no prestabas atención, porque lo digo por lo menos una vez al día.

Angela entró con los narcisos en un jarrón y lo dejó en la mesa.

—¿Te has tomado la pastilla, Justine?

—No; luego.

—Necesitas dormir bien.

—La tomaré por la noche.

Angela se fue.

—¿No podrías bajar a ver la televisión?

Ella negó con la cabeza.

—Me gustaría salir.

—Mañana.

Él observó la habitación, que era la típica de una jovencita. Pósters, fotos, cosméticos, una escarapela roja clavada en un tablero de corcho, recuerdo de un triunfo en el pony-club. Los zapatos, bien alineados en un rincón, al lado del tocador.

—¿Crees que podríamos ir a algún sitio? —preguntó ella.

—Adonde quieras. Si te parece que vas a estar bien.

—No veo por qué no. Es sólo una nariz rota, caramba, no un cuello roto.

—Está bien. ¿Adónde te gustaría ir?

—No lo sé.

Él le apretó la pierna a través de la colcha.

—Piénsalo. Vendré a recogerte sobre las diez.

Mientras bajaba la escalera y Angela le abría la puerta —Alec parecía rehuirle—, Stephen se decía que aquél había sido un día extraordinario. «Podemos estar una vida entera a un paso de la revelación, sin enterarnos», pensaba. Aquel momento en que se

lanzaba cuesta abajo, sabiendo que por mucho que corriera no llegaría a tiempo, le había hecho descubrir acerca de sus sentimientos por Justine mucho más de lo que habría averiguado en meses de reflexión. Entonces, desde el fondo de su mente, había advertido que el orden de sus prioridades en la vida estaba alterándose casi sin su intervención. «¿Creías que eso te importaba? No seas idiota. Es la chica. Ella es lo que importa».

Pobre Justine. Había tenido un año infernal: la ruptura con Peter, la enfermedad, la decepción por no poder ir a Cambridge... y ahora esto. Aunque era fuerte. Lo había superado. Pero había cambiado. Y quizá la nueva Justine no querría saber nada de él.

Al quedarse sola, Justine estuvo un rato mirando el juego de luces y sombras en la colcha. Luego, en el momento en que decidía levantarse de la cama y bajar, se quedó dormida. Soñó que estaba en un lago helado, muy lejos de la orilla. Lleva andando varias horas, las botas hacen rechinar el hielo y un viento frío que sopla a su espalda le pega la falda a las piernas. Comprende que debe detenerse y regresar a la línea de luces que tiene a la espalda, pero, cuando da media vuelta, el viento le azota la cara y hace que se le salten las lágrimas. Le arden las mejillas. «No mires —susurra una voz dentro de su cabeza—. No te vuelvas.» Ya está muy lejos. Anochece y hace mucho frío. «Para. Vuélvete. Mira hacia abajo.» El hielo que pisa es grueso y vetado, como mucosidad helada. Sostiene su peso mientras ella se aleja de la orilla pero, cuando trata de regresar, cruje de un modo alarmante. Ella, más que oír el sonido, lo siente: es una protesta, casi un quejido. Bajo sus pies hay agua helada de más de un kilómetro de profundidad. Trata de moverse en otra dirección y de nuevo cruje el hielo. Intuye que sólo hay un camino para volver a tierra, pero no sabe dónde está. Ante sí ve únicamente una llanura inmensa, helada y sin sendas, a la luz de las estrellas.

Se despertó bruscamente, tiritando. Miró el reloj y vio que no había dormido más que veinte minutos, pero se sentía como si hubiera estado toda la noche andando por el hielo. Aún conservaba el miedo experimentado durante el sueño. Se acurrucó bajo la ropa de cama, cerciorándose de que estaba caliente y seca. Segura en casa.

Lentamente, repasó los sucesos del día. Incluso aquel sueño tan breve le había permitido distanciarse de la agresión sufrida. Pensaba en la conversación que había mantenido en el hospital con los detectives. «Su padre», habían dicho en cierto momento. Minutos después, hablaban de «su atacante». «¿“Mi” atacante? —deseaba decirles ella—. ¡Él no tiene nada que ver conmigo!».

Aquello seguía preocupándola. «Su atacante» parecía implicar una relación permanente. Si se hubiera roto la nariz por tropezar en un bordillo, nadie habría dicho «su» bordillo. «Tu» y «mi» eran palabras inofensivas, pero abrían la puerta de un cuartito oscuro, un espacio pequeño en el que sólo cabían dos personas: ella y su atacante.

«No mires. No te vuelvas.» Se incorporó y, despacio, atentamente, fue mirando cada uno de los objetos de la habitación, sin olvidar la pared que tenía detrás. No permitiría que ese incidente horroroso la marcara. «¿Quién eres?» «Soy una mujer que fue atacada por un ladrón.» Oh, no. Ella era mucho más que eso.

Su padre subió a hacerle compañía. Parecía tan desconcertado e indefenso que Justine empezó a sentirse responsable de él.

—¿Y Angela?

—Se ha ido a su casa. Ha pensado que querríamos estar a solas.

—Es un detalle. Me alegro, ¿sabes? Me refiero a...

Él asintió.

—Quizá tenga que dejar la parroquia.

—¿Por tener que divorciarte?

—Sí.

—De todos modos, quizá ya sea hora de pasar página.

—Sí. Aunque la echaré de menos.

—Sí. Yo también.

Estuvieron un rato en silencio. Ella deseaba levantarse y tomar un baño, pero comprendía que él necesitaba estar allí, vigilando a su pequeña. «Sólo que yo no soy su pequeña», pensó.

—Papá, ¿podría tener un cerrojo en la puerta?

—Naturalmente. —Se le iluminó la cara. Eso era algo que él podía hacer—. Mañana. O ahora mismo, si quieres.

—No; mejor mañana. —No quería que la dejara sola en casa. Algún día tendría que quedarse sola, pero aún no—. Mañana vendrá a buscarme Stephen.

Él se quedó pensativo un momento y asintió.

—Está bien.

Ella se levantó y se bañó, con intención de vestirse y reanudar su vida normal después del baño. Pero el agua caliente la venció. Apenas tuvo fuerzas para subir la escalera y meterse en la cama. «Descansaré sólo un momento», se dijo, pero se quedó dormida al punto y no despertó hasta dos horas después. Esta vez no soñó.

Cuando vio que Justine dormía, Alec se fue a su estudio, se sentó, cerró los ojos a aquella habitación rancia y archiconocida, y rezó su oración a Jesús. «Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí que soy pecador.» La repetía una y otra vez, ahuyentando pensamientos extraños, tratando de tomar conciencia de Dios más intensamente a cada repetición. A veces, al cabo de unos veinte minutos, era recompensado con una sensación de comunión con todas las cosas vivas y una alegría que le iluminaba el día. Pero no confiaba en que eso ocurriera hoy. Todo lo que podía esperar era una calma superficial y el reconocimiento de que su propio pecado era lo que lo separaba de Dios y los seres humanos.

Aquella mañana, por teléfono, Stephen no le había dado detalles del ataque sufrido por Justine, sólo dijo que estaba herida y que la habían llevado al hospital. Para Alec la incertidumbre era como un agujero negro que lo aspiraba. Violada. Stephen no lo había dicho, pero Alec no podía descartarlo. Lo asaltaban imágenes que generaban otras imágenes. Agarrotado por el furor, golpeaba el volante con el puño. No había lugar para el perdón. Si hubiera tenido delante a aquel hijo de puta, atado de pies y manos, con qué gusto le habría arrimado un soplete a los huevos.

Alec nunca fue un hombre pacífico, aunque durante muchos años había luchado para dominar la ira. Y a veces toda aquella agresividad reprimida lo había ayudado a relacionarse con jóvenes recién salidos de la cárcel, muchos de ellos violentos, que intuían cierta afinidad donde quizá, aparentemente, todo eran diferencias.

Victoria lo sabía. En su segundo aniversario de boda, le regaló un grabado de la serie «Reino de Paz», de Edward Hicks. «Mira —le dijo, señalando un león situado en primer término—. Ése eres tú».

El grabado colgaba de la pared del estudio, era el único recuerdo que conservaba de su matrimonio, además de Justine. Abandonando la tentativa de rezar, Alec se levantó y se acercó al cuadro. El león está rodeado de corderos, ovejas y vacas. No le temen, algunos parecen desconfiar, pero él no ataca. Ha venido el Reino de Dios. No obstante, los ojos del león revelan angustia, la tensión de estar negando su propia naturaleza, de tener que reinventarse a sí mismo, segundo a segundo, con toda su fuerza de voluntad. Y el equilibrio es precario. El león recuerda el sabor de la sangre. Tiene miedo de sí mismo y mira al espectador con unas pupilas enormes, negras, dilatadas por el dolor. A la izquierda del grabado, William Penn acaba de concertar su tratado con los indios, sellado sin juramento y nunca roto; pero la lucha contra la violencia no ha hecho sino replegarse hacia el espíritu humano individual, y esos ojos te dicen que la victoria no está asegurada, ni mucho menos. «Ése eres tú», le había dicho ella, y le dio un beso.

Las fantasías de venganza no se desvanecían. Se aferraban a las paredes internas de su cráneo como murciélagos y no había oración que pudiera ahuyentarlas. El haber visto a Justine sentada en aquella silla como una muñeca rota y abandonada, las había reavivado. No se atrevía a tocarla, temiendo que, si la habían violado, ella no soportara que la tocara ningún hombre, ni siquiera él.

—¿Estás bien? —Había sido una pregunta idiota, y Alec lo sabía.

—Sí —dijo ella tras una pausa. Todo lo decía con aquella pausa por delante. Era como echar piedras en un pozo.

—¿Lo has visto?

Una mirada inexpresiva.

—Sí.

—¿No era conocido?

—No.

Pareció sorprendida por la pregunta, y él respiró. Pero entonces ella dijo que eran dos y que al otro no lo había visto. Y en aquel momento nada —ni la oración a Jesús ni toda una vida de autodisciplina y fe— impidió que Alec pusiera una cara al otro hombre.

«Es culpa mía —pensó—. Yo traje esto a mi casa.» Había pecado de un exceso de soberbia en su propia virtud, en su poder para obrar el bien —poder suyo, no de Dios —, en lugar de proteger a su hija. A veces, cuando los intentos de ser bueno fracasan,

acabas por no ser nada, ni siquiera un animal. Cualquier mamífero protege a sus crías, y él ni de eso había sido capaz.

«Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí que soy pecador...».

Sentado otra vez ante el escritorio, Alec cerró los ojos y repitió la oración, hasta que encontró un poco de calma.

Cuando los abrió, descubrió lo último que esperaba ver: una furgoneta blanca parada frente a la verja y a Peter Wingrave apeándose con un ramo de flores en la mano.

Justine no debía verlo. Pidiendo al cielo que su hija no se despertara, Alec fue a abrir. Peter, que estaba mirando hacia el camino, se volvió y sonrió.

«No puede ser verdad», pensó Alec. Si Peter hubiera sido el otro hombre, no se habría atrevido a presentarse con un ramo de rosas. Eran rosas. Ahora que estaba cerca, Alec distinguió los capullos rojos comprimidos dentro del cucurucho de papel blanco.

—Me he enterado de lo ocurrido —dijo Peter—. ¿Cómo está?

—En este momento duerme.

—¿Son graves las heridas?

—La nariz rota. Magulladuras. Dos cortes en la cabeza.

Una pausa. Los dos se miraban. Al fin, con gesto de fatiga, el párroco se hizo a un lado. «Ya es un poco tarde para negarle la entrada», pensó. Mientras avanzaban por el corredor camino de la sala, sentía a Peter a su espalda, casi pisándole los talones. Era sorprendente la fuerza que irradiaba aquel hombre que, no obstante, parecía carecer de identidad propia y tener que acoplarse a otra persona para adquirir forma. Todo el que lo impresionaba le servía para ese fin. Años atrás había sido el propio Alec. Él había observado cómo Peter imitaba sus gestos, su manera de hablar, hasta su religiosidad... aunque quizá ésta era sincera. No tenía derecho a poner en tela de juicio la fe de nadie y menos ese día, en que dudaba de los fundamentos de la suya.

—Siéntate —dijo—. ¿Quieres una taza de té? ¿Café?

—No, muchas gracias. Estoy bien.

—Pondré en agua las flores.

En la cocina, Alec llenó un cubo de agua, echó en él las flores, sin quitar el papel, y volvió a la sala tan aprisa como pudo. No sabía por qué se apresuraba, no lo preocupaba que Peter robara algo, en eso confiaba en él; lo que temía era que Justine se despertara y bajara.

—¿Saben quién ha sido? —preguntó Peter.

—No; pero parece que son optimistas. Ella ha ofrecido una buena descripción de uno de ellos. —Afianzó la voz—. Del que le pegó.

—Ah, ¿eran dos?

—Sí. Al otro no lo vio. —Alec miraba la ropa de Peter, Llevaba traje y un polo debajo—. ¿Hoy no trabajas?

—No; he estado en Londres, almorzando con el agente de Stephen Sharkey. ¿Conoces a Stephen?

—Me lo han presentado.

—Pensaba que él y Justine...

—Ella tiene diecinueve años. Es libre para hacer lo que quiera. —Habría tenido que tomar el tren muy temprano, para estar en Londres a la hora del almuerzo. Si decía la verdad (y era muy listo para mentir en algo que podía comprobarse tan fácilmente), no podía haber estado en la granja esta mañana—. ¿Qué tren has cogido?

—Me fui anoche. Puedo darte el número de la persona que me ha alojado, si quieres. ¡Alec! —El tono sonó casi confidencial—. ¿No pensarás que yo he tenido algo que ver?

El párroco reconoció:

—Se me ha ocurrido.

—¡Por Dios!

—Lo siento.

—Joder, ya puedes sentirlo. ¿Qué es lo que te pasa?

—Sería preferible que no habláramos ahora.

—Alec, yo no he hecho nada. Sólo me he ido a Londres. Hace un par de semanas no tenías inconveniente en que viniera a segar la hierba del cementerio. Entonces no estabas preocupado por Justine. —Esperó una respuesta—. ¿Por qué lo estás ahora? Yo nunca le haría daño. Tú lo sabes. Yo la quería.

—Me gustaría poder creerlo.

—Estuvimos saliendo seis meses. ¿Por qué crees que era?

—Para tenerme en vilo. Siempre se te ha dado bien.

—¡Vaya! ¡Así que era por ti! No sé por qué, pero no me sorprende.

—Debiste decírselo. Tenías una clara responsabilidad moral y legal.

—Entonces ¿por qué no me denunciaste? ¿Por qué no me denuncias ahora?

Alec se apretó la frente.

—Así no vamos a ninguna parte.

—Claro que no. En realidad, tú no crees en nada de lo que dices creer, ¿verdad?

El párroco no se molestó en responder.

Las voces despertaron a Justine. «Papá y Angela», pensó. Angela debía de haber vuelto. Pero luego descubrió que eran dos voces de hombre y que la otra también le era familiar. Se levantó y miró por la ventana. Entre los árboles distinguió una furgoneta blanca.

Se puso la bata y salió al rellano, pensando que podía no ser Peter. Quizá había confundido la voz, y miles de personas tienen furgonetas blancas. Quiquiera que fuese estaba en la sala con su padre. Se arrodilló en el rellano y miró entre los

barrotes: no quería bajar a hablar con nadie ni podía volver a la cama. «Como una niña que espía a las personas mayores», pensó.

Las voces seguían. No captaba las palabras, ni siquiera el tono. En un momento, le pareció que su padre casi gritaba, pero por lo demás era un murmullo grave. Las voces se acercaron, la puerta se abrió y en el suelo del vestíbulo apareció una franja de luz. Retrocedió hacia la pared, furiosa consigo misma por querer esconder las marcas de la cara. Era increíble, se sentía avergonzada, como si ella tuviera la culpa. Avergonzada o vulnerable. Quizá, simplemente, prefería no exponerse a un encuentro con Peter estando herida.

Era Peter, sí. Ahora lo veía.

Cruzaban el vestíbulo, camino de la puerta. Peter estaba elegante y bronceado y llevaba el pelo más largo. En la puerta se volvió.

—Bien, dale recuerdos.

Papá no dijo nada. Estaban frente a frente. Ella pensó que iban a darse la mano, pero entonces Peter se inclinó y le dio un beso. Papá ni devolvió el beso ni retiró la cara. Se quedó quieto y lo encajó, como un golpe. Peter retrocedió sonriendo. Ella conocía aquella expresión, entre divertida y burlona. Estaba seguro de su atractivo.

—Ah, casi se me olvida —dijo—. Felicidades por tu compromiso. Estáis prometidos, ¿verdad?

Papá abrió la puerta y Peter salió a luz de la tarde.

Cuando él se marchó, papá no volvió a la sala sino que apretó la cara contra la puerta apoyando las manos abiertas en la madera, a cada lado de la cabeza. Así se quedó, sin moverse.

—¿Papá?

Él se volvió.

—Ah, ya estás despierta. —Se acercó al pie de la escalera, aparentemente contento de verla levantada. A ella le pareció haber sufrido una alucinación. Su padre no parecía el mismo que un minuto atrás.

—Sí; me encuentro mucho mejor. —Quizá fuera verdad. Se sentía tan confusa por la escena que acababa de presenciar que ni eso sabía.

—Ven a cenar un poco.

En el aparador de la sala había una fuente de bocadillos de pollo, preparados para cuando ella tuviera apetito y bajara. Los comieron delante de la chimenea. A Justine le costaba masticar, porque le dolía la nariz al mover la mandíbula, pero se obligó a terminar por lo menos un bocadillo antes de dejar el plato.

—Era Peter.

—Ah, me ha parecido oír voces. —No quería que él supiera que había visto el beso—. ¿Qué quería?

—Se ha enterado de... del...

—Robo.

—Quería saber cómo estabas. —Esperó una respuesta—. Me ha dado recuerdos.

Podía prescindir de ellos.

—Estaba muy afectado —prosiguió papá—, porque lo que te ha pasado le ha recordado lo que hizo él.

—¿Quieres decir el motivo por el que fue a la cárcel?

—Sí. Estaba robando dinero en una casa y la dueña, una anciana, volvió inesperadamente y...

—¿Él le pegó?

—Peor. La mató.

Hubiera tenido que horrorizarse, pero no se horrorizó.

—Entonces él era muy joven —añadió su padre.

«También lo era el cabrón que me golpeó», pensó ella, y dijo:

—Yo soy joven y no voy por ahí asesinando ancianas.

—No; más joven. Como Adam.

No podía concebirlo.

—Hostia. —No le cabía en la cabeza—. Perdona —dijo un segundo después, comprendiendo que la palabra lo ofendía. Trataba de averiguar lo que sentía, pero sólo percibía un caos. Ni siquiera compasión por la anciana; si había de ser sincera, sólo era rechazo de un horror que no soportaba ni imaginar—. ¿Por qué me lo dices ahora?

—Debí decírtelo antes.

—Sí, supongo.

—Le supliqué que te lo dijera él.

—En lugar de eso, rompió conmigo.

—Y yo me alegré, siento decirlo.

—Sí, y yo también. Después.

—¿Las cosas habrían sido distintas?

—No lo sé. Sería fácil decir que no, ¿verdad? Pero no lo sé. Quizá. —Una pausa—. Aunque eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué me lo dices ahora?

—Porque... por lo de hoy. El que te ha hecho eso... —La miró tímidamente—. Ya sé que no tiene sentido, pero... hay relación. No logro desechar unos pensamientos horribles, que no son simples pensamientos, es como tener pesadillas estando despierto. Pero no; no quiero agobiarte.

—Continúa.

—Imagino que lo tengo delante, bien atado, y que...

Inesperadamente, ella empezó a reír en silencio.

—¿Le rompes la nariz?

Él trató de imitarla.

—Más o menos. No creí que dentro de mí pudiera haber tanto odio.

Justine fue a decir algo, se detuvo y probó otra vez.

—Papá, yo lo superaré. No tengo intención de revolcarme en mi desgracia. ¡Y tú tampoco deberías!

—No. Bien, lo intentaré.

Parecía sorprendido. Quizá porque ella demostraba más entereza de la que él le suponía, o quizá porque detectaba cierto resentimiento. Era como si él le hubiera impuesto una obligación. Ella tenía el deber de recuperarse pronto, para que su padre pudiera librarse de sus remordimientos. ¿Era justo plantearlo así? Quizá no. Pero ahora estaba muy cansada para averiguarlo.

—Peter te ha traído rosas. Están ahí fuera. Las he puesto en agua. ¿Te las traigo?

—No; las dejaremos donde están, ¿de acuerdo?

¿Por qué había elegido su padre ese día precisamente para hablarle de Peter? ¿Cuando ya era tarde y de nada podía servir? ¿Tal vez para hacerle centrar la atención en él y en su relación con Peter? ¿Era afán de protagonismo? No obstante, él la quería. No sin esfuerzo, Justine se levantó, fue al sofá y se sentó a su lado. El párroco le rodeó los hombros con el brazo y ella se apretó contra él. No había mal alguno en seguir siendo su pequeña durante unas horas. Por última vez. La vida no tardaría en separarlos.

Iban a las Farnes. Justine tenía prisa por arrancar e inclinaba el cuerpo hacia delante, esperando con impaciencia a que Stephen pusiera en marcha el coche.

Estaba como una niña el primer día de vacaciones, pensó él, ansiosa por ver el mar.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó él.

—Sí. —Su padre le había estado preguntando lo mismo desde la mañana. Se encontraba perfectamente. Sólo cuando se veía en el espejo comprendía el porqué de tanta insistencia. Los hematomas se habían acentuado. Ahora tenía mucho peor aspecto que inmediatamente después del ataque—. Estoy bien.

Casi enseguida los envolvió la niebla, que en dirección a la costa se hacía más densa. Tan pronto se pusieron en camino, Justine se olvidó del robo, de los gritos, de los golpes y del fétido olor del miedo. De pequeña, siempre iba a las Farnes por Pascua, y ahora el viaje hacía que volviera a sentirse niña. Sabía que Stephen se reiría de ella si se lo decía, pero estaba convencida de que la edad no era simple cuestión de años. En el hospital, mientras observaba a su otro yo pasearse junto a la pared, se sentía anciana.

Stephen indicó la niebla con un movimiento de la cabeza.

—¿Estás segura de que el barco saldrá con esto?

—Quizá levante cuando llegemos. Se despeja pronto.

Él puso la radio, encontró una música aceptable y se concentró en la conducción. Iban despacio. Los faros no mostraban más que un muro de niebla. En los tramos altos aclaraba, dejando sólo volutas que flotaban en la carretera, pero ni allí se podía acelerar porque, casi enseguida, se iniciaba el descenso hacia la siguiente hondonada y de nuevo los envolvía una blancura impenetrable. En un par de ocasiones Justine se planteó regresar, pero no soportaba la idea. Imposible mantener una conversación. Stephen conducía inclinado sobre el volante, tratando de taladrar con la mirada aquella masa opaca. Ella bajó el cristal y oyó el siseo de las ruedas en el asfalto mojado, un sonido que le resultaba más grato que la música. Cualquier sonido fuerte le parecía una amenaza. Miró la luneta trasera, en la que tremolaban las gotas de lluvia, o de niebla condensada, atrapadas en los bordes. Sentía la proximidad de Stephen, su presencia física, pero no lo miraba. Había tensión en el coche, y Justine confiaba en que se debiera a la dificultad de circular y no a algo que ella hubiera dicho o hecho. Ese día todo parecía frágil.

Por fin salieron a la autopista, y Stephen pareció relajarse, porque se reclinó en el respaldo. Por lo menos, ahora el terreno era llano, no había aquellos repentinos hundidos en blanco en las hondonadas. No obstante, parpadeaban las luces de las señales de peligro y el tráfico era lento.

—A este paso tendremos suerte si llegamos —dijo Stephen.

Pero, con la misma rapidez con que se había formado, la niebla empezó a disiparse, y él se encontró conduciendo por un paisaje que le recordaba las fotos de Ben. La frontera con Escocia. Entonces comprendió por qué Ben amaba tanto aquella región y la retrataba obsesivamente; después de cubrir una más de tantas guerras, era un consuelo regresar a un país donde se había peleado durante siglos por cada brizna de hierba, y en el que ahora ya no se oían voces, gritos ni mandobles de espada en los escudos, y sólo la voz de algún que otro zarapito turbaba el silencio de aquellas grandes extensiones de hierba reluciente al sol. Ahora se explicaba la predilección de Ben por ese país; también a él empezaba a enamorarlo. Impulsivamente, apretó una mano a Justine.

—Ya falta poco —dijo ella.

Kate acercó el ojo a la mirilla de la puerta y vio a Angela, con la cara abombada, como un pez en una pecera minúscula.

—¿Te has enterado del robo? —preguntó entrando en el vestíbulo casi en tromba.

—Sí. Beth me llamó. Lo de Justine no es grave, ¿verdad?

—No; la enviaron a casa. Creíamos que la ingresarían, pero no. Es más, se ha ido de excursión.

Angela parecía alterada. Casi frenética.

—Toma una taza de café —ofreció Kate, resignada a empezar tarde la jornada de trabajo. Estaba tan cerca del final que todo lo que la mantuviera alejada del taller le parecía una tortura. Pero, por otra parte, temía un fallo de última hora y aprovechaba cualquier excusa para retrasar el esfuerzo final.

—Todo el mundo pregunta si la violaron.

—¿No?

—No; gracias a Dios. —Angela aceptó la taza de café y bebió con avidez—. Eso creía Alec. Cuando llegó al hospital, se habían llevado toda la ropa de ella, pero por lo visto sólo buscaban pelos en el jersey o cosas por el estilo. O quizá pensaban que sí la habían violado. De todos modos, Alec no se atrevió a preguntar. Era incapaz de pronunciar esa palabra. Está muy afectado. Dice que no hace más que imaginar lo que les haría si los tuviera delante, bien atados e indefensos. Y no para de hacerse reproches. Dice que es como tener una pesadilla estando despierto. Y lo más triste es que eso le ocurra a una persona tan buena. Él no es así.

Lo malo, pensó Kate, era que Alec siempre se había considerado a sí mismo un hombre bondadoso. Eso hacía que pareciera autosuficiente y hasta antipático, y no lo era, pero daba la impresión de que, en la guerra del bien contra el mal, siempre se veía a sí mismo en el lado del bien, y Kate opinaba que no puedes considerarte una persona adulta hasta que admites la otra posibilidad.

—Más o menos, todos somos así, ¿no?

—Pero él ha dedicado su vida a ayudar a delincuentes como esos dos, a tratar de darles una oportunidad para empezar de nuevo.

—Sí —dijo Kate secamente—. Hace un par de semanas tuvimos nuestras diferencias respecto a eso. ¿Lo recuerdas?

—Ah, sí. Lo había olvidado. —Una pausa incómoda—. Él fue a verla anoche.

—¿Peter? ¿Qué tenía él que decirle?

—No lo sé. Yo me había ido a mi casa.

Kate le ofreció otra taza de café, que Angela rehusó.

—No, gracias. Me pondría más nerviosa de lo que estoy. Tú sí que deberías estar intranquila.

—No puedes pasarte la vida temblando y rodeada de cerrojos. Eso supondría el triunfo de los criminales. —Se sirvió otra taza, con intención de llevársela al taller—. ¿Dices que Justine se ha ido?

—Sí, a las Farnes.

—¿Con Alec?

—No; con Stephen —dijo Angela de mala gana—. Debo decir que él se ha portado muy bien.

—Stephen sabrá cuidar de ella.

Minutos después, Angela se despidió y Kate cruzó el patio en dirección al taller. Se detuvo al lado del estanque y miró hacia la montaña, que estaba cubierta por la niebla. Ojalá se despejara para la travesía. Cuántas veces habían ido a las Farnes ella y Ben, casi siempre en esa época del año. La invadió una fuerte nostalgia. Era una sensación aguda, casi física. «Poseer, como yo poseí durante una estación, los países a los que renuncio...».

Aparcaron el coche junto al rompeolas y bajaron hasta las taquillas del embarcadero, donde él compró los billetes.

—¿Sabes lo que nos hemos olvidado? —dijo Justine—. Sombreros.

—¿Para qué queremos sombreros? A mí no me importa mojarme.

Ella sonrió.

—Ya veremos.

La travesía fue dura. De las olas gris acero saltaba agua pulverizada. Antes de salir de puerto, ya tenían el pelo y la ropa mojados, pero ninguno de los dos quería entrar en la cabina, que olía a humanidad y lana húmeda. El barco cabeceaba, descendía, se balanceaba en el profundo seno de la ola y subía por el costado de la siguiente, aceptando el desafío. Atrás quedaban las moles oscuras de las rocas, las casas y el puerto, que se diluían en la niebla. A proa aún no se divisaban señales de las Farnes ni de Holy Island, aunque ya tenían que estar a la vista. El barco era ahora un mundo aparte. Ellos se miraban. A Justine el viento le pegaba el pelo a los labios y le había cubierto la piel de gotitas de agua, como perlas grises.

—¿Eres buen marinero? —gritó ella para hacerse oír con el ruido de los motores.

Al abrir la boca para responder, él recibió en la cara una rociada de agua de mar y se atragantó.

—¡Malo no soy! —gritó cuando pudo hablar.

Al fin, el barco dejó de dar bandazos de ola en ola y surcó aguas más tranquilas, entre rocas que surgían de la niebla a uno y otro lado, paredes de granito mojado, de un gris negruzco con vetas blancas de guano. En los salientes, las aves alzaban el vuelo, reñían y se posaban. Una voló sobre el barco, tan cerca que Stephen agachó instintivamente la cabeza y hasta le pareció oír el crujido de las alas. En lo alto del acantilado vio cormoranes de cuello arqueado y cabeza augusta, con las alas abiertas para que se secaran.

El barco avanzó suavemente entre las rocas hasta un embarcadero. Los dos marineros —muy jóvenes, de cara fresca y pecosa y ojos azules, sin duda hermanos y descendientes de los vikingos que robaban, saqueaban y violaban por esas costas, no de los monjes, que no hacían nada de eso— saltaron a tierra, amarraron el barco y ayudaron a los pasajeros a desembarcar. Un hombre mayor resbaló en el verdín que cubría los peldaños y se habría caído, de no ser por la mano que lo sostuvo. Poco a poco, en grupos de dos o de tres, los visitantes fueron subiendo la cuesta hacia los edificios aglutinados en la cima de la colina.

Stephen y Justine esperaron para saltar a tierra a que hubieran desembarcado todos. En el suelo, a uno y otro lado del camino había nidos de golondrinas de mar. En algunos se veían polluelos, moteados como la arena y los guijos que los rodeaban, acurrucados para protegerse del frío. Stephen se inclinó para verlos mejor y, al erguir el cuerpo, varias golondrinas adultas se abatieron belicosamente sobre él. Él no creyó que llegaran a tocarlo: harían una finta bajando en picado y se irían. Pero las aves se ensañaron, arañándole y picándole el cuero cabelludo. Se revolvió y se llevó una mano a la cabeza; cuando la retiró, comprobó que tenía sangre en los dedos.

—¡Joder!

Justine reía.

—Ven, apartémonos de los pollos.

Subieron a paso rápido, mientras Stephen no dejaba de mover los brazos para ahuyentar las golondrinas.

Siguieron los caminos que circundan la isla. Él se sorprendió al ver a una pata de flojel empollando a la vera del sendero. Las golondrinas de mar no cejaban en su persecución y se mantenían a un palmo de su cabeza. Por su lado pasó una niña que chillaba de miedo, mientras el padre sostenía un periódico doblado sobre su cabeza.

—No es buena idea traer aquí a los niños —dijo Justine.

A Stephen la frase le sonó a eufemismo; él habría sido más categórico. Dejaron atrás los nidos de las golondrinas, cuyos chillidos se apagaron en la distancia y fueron sustituidos por las trifulcas de las gaviotas, reunidas en colonias que semejabán bloques de casas baratas.

Poco a poco se disipaba la niebla y salía el sol, aunque sus sombras no pasaban de tenues manchas en la hierba. Se tendieron boca abajo en el suelo, al borde de un acantilado, a mirar las gaviotas de dorso gris y blanco y el mar que, allá abajo y a lo lejos —él prefería no imaginar cuán lejos—, arremetía contra las rocas. Stephen trataba de recordar una frase del *Ulises* que habla del mar verde moco que yergue el escroto. Verde moco, sí, pero también azul, púrpura, gris, amarillo salmuera y moteado de blanco, en el que se mecen las cabezas oscuras y puntiagudas de las focas. Él se volvió boca arriba, mordisqueando un tallo. Justine miraba fijamente el mar, abstraída, ajena a su presencia, y Stephen se preguntó si se sentiría otra vez en la granja, aterrada y sola.

Le tocó el brazo. Ella sonrió pero siguió contemplando el mar.

Pensaba en Peter y en las jodidas rosas. Cuando por fin fue a verlas a la cocina, encontró media docena de capullos rojos y prietos, cada uno con un alambre enrollado alrededor del tallo y la flor para impedir que se abrieran los pétalos. Por mucho aire, luz, agua y nutrientes que les dieras, aquellas rosas se marchitarían sin abrirse. Ya había visto antes rosas presentadas de esta forma, y nunca le habían gustado, por lo que era injusto asociarlas únicamente con Peter. Pero las asociaba.

Para Peter, la mujer ideal debía ser como una muñeca, pensó Justine, una muñeca que se queda en la postura en que la dejas, sin vida ni voluntad propias. Todo lo contrario de Stephen, que, de tan escrupuloso por respetar su libertad, a veces daba impresión de indiferencia. «Vete —parecía estar diciendo siempre—. Cuando quieras puedes irte».

Aunque, en ese momento, se veía intranquilo.

—Ven —dijo ella tirándole de la mano para levantarlo—, vamos a ver los frailecillos.

Kate estuvo trabajando hasta que empezó a dolerle la nuca, pero cuando al fin se detuvo, de pronto se le ocurrió que quizá ya había terminado. No siempre lo sabes. A veces, durante un largo período tienes que ir muy despacio, porque sabes que una muesca de más en el yeso puede costarte otras tres semanas de trabajo.

Tenía que recuperar de algún modo la pureza de la mirada, verlo como si fuera la primera vez. El secreto consistía en adormecer el sentido crítico, desprenderse del lastre de las convenciones y trabajar por instinto. Si pudiera leer una novela de intriga o jugar una partida de ajedrez —o hacer cualquier cosa que absorbiera su atención— al mismo tiempo que esculpía, tendría la solución. Por desgracia, necesitaba las manos.

Retrocedió. Hubo un momento en que le había recordado a un pez, un pez en tierra, convulso, boqueando en el aire mortífero. Ahora era más una crisálida que empezara a abrirse, desprendiéndose de oscuros ropajes y revelando la piel nueva. Lo que no parecía, al menos visto de cerca, era un hombre.

Descendió del andamio y al llegar al suelo notó las piernas inseguras, como si volviera de una larga travesía por mar y tuviera que habituarse a la tierra firme. Con miedo, levantó la cabeza. Ay, Dios. No parecía humano ni siquiera desde allí. Pero sí fuerte. Sintió su fuerza. Desde luego, un Jesús en camión no era.

Salió del taller, respiró hondo, sufrió una de sus esporádicas ansias de encender un cigarrillo y, lentamente, fue hasta el estanque. Las ramas de los sauces dibujaban sombras en la niebla. Una polla de agua nadaba sorteando los juncos de la orilla, seguida de tres polluelos que quizá habían dejado el nido por primera vez. Kate los contempló sin pensar en nada, sólo en el placer de verlos.

Cuando dio media vuelta, Peter Wingrave estaba detrás de ella. No lo había oído llegar y tuvo un sobresalto.

—Pasaba por aquí y se me ha ocurrido ver cómo progresa la obra —dijo.

El tiempo había mitigado el resentimiento por aquella parodia, o lo que fuera, que él había escenificado en el taller, así que Kate pudo sonreírle y decir:

—Pase. Me había tomado un descanso.

Él la siguió a la cocina y miró cómo preparaba el café. Dentro de la casa, con la puerta cerrada, ella recordó el robo, pero de Peter nunca había tenido miedo, excepto aquella noche, y ahora ni por asomo pensaba que él fuera a darle un golpe en la cabeza y robarle las tarjetas de crédito. Si Peter era peligroso lo sería de un modo más sofisticado.

—¿Se ha enterado de lo de Justine? —preguntó él.

—Sí, Beth me lo contó.

—Anoche fui a verla.

—¿Cómo está?

—No lo sé. Le habían dado un sedante y dormía. —Apretaba los puños mientras hablaba, y los nudillos, rosados y juntos, parecían ratoncitos recién nacidos, acurrucados en el nido—. Ella los sorprendió.

—Un ladrón acorralado es peligroso.

—Ya.

—No sé si los atraparán.

—Quizá sí. Por lo menos, eso cree Alec.

No se oía más sonido que el leve zumbido del frigorífico. Kate tenía la impresión de que, en ese momento, él le diría todo lo que ella deseara saber, por qué había ido a la cárcel, todo. Pero la cuestión era: ¿quería saberlo? No. No quería que algo pudiera distraerla de su trabajo. Y, por otra parte, comprendía que cualquier confianza establecería entre ellos un vínculo emocional que daría a Peter resortes de manipulación. Dio un golpe suave con la cucharilla en el borde de la taza.

—¿Cómo va la jardinería?

—Mucho trabajo. Siempre hay trabajo en esta época del año.

Ella lo notó decepcionado. Seguramente, venía en busca de otro molde al que acoplarse.

—Por otra parte, he tenido suerte, gracias a Stephen. Su agente me ha aceptado.

—Qué bien.

—Dice que ve posibilidades de colocar mi manuscrito.

—Buena noticia. —Ahora parecía menos frustrado que hacía un momento. Mientras lo observaba, Kate tomó una decisión—. ¿Quiere verlo? —Movi6 la cabeza en direcci6n al taller.

—Me encantaría. —Ya estaba en pie.

—Creo que est terminado.

— Cree?

—Necesito distanciarme un poco.

Fueron al taller. Kate recordaba la última vez que habían estado all juntos y se dijo que él no sabía que ella lo había visto. Peter estuvo un buen rato delante de la figura, contemplándola. Apenas le llegaba a la ingle.

— Puedo retirar el andamio?

—Desde luego.

Lo apart6 y retrocedi6 otra vez.

—Ay, Dios.

Ella sonri6.

—Si todos dicen eso, ser seal de que he acertado.

l no contest6. Kate pens6 que había sido un comentario muy frívolo. En ese punto siempre era difícil calcular el impacto que la obra acabada producía en los demás, porque ella ya no sentía nada. S6lo cansancio, exasperaci6n y unas ganas terribles de perderla de vista.

Kate retrocedi6, aparentemente para ordenar las herramientas que había en la mesa de caballetes situada al lado de la puerta. Ahora que Peter estaba all, parecía que nunca había dejado de estar. Quizá era así, en cierto modo. Sin duda, ella había seguido pensando en él, a veces había sentido su presencia en la penumbra, entre las figuras blancas: el cuerpo oscuro, la sombra en la radiografía, que nunca acabas de identificar por mucho que mires. Peter se había infiltrado tan acendradamente en el proceso que a Kate le parecía que, en parte, la figura era obra de él. La idea era odiosa, pero all dentro, tan dentro como los huesos en la carne, estaba el armaz6n que había hecho él. La escultura era de ella, pero el nima era de Peter, que de pronto mir6 a Kate.

—l no ha olvidado nada,  verdad? Ni la traici6n ni la tortura. Es un crimen. Pero ya nada importa.

Así que pensaba que el tema era el recuerdo. Una idea interesante, pero Kate no deseaba hablar de eso. Ni siquiera quería mirar la figura estando él all, para no dejarse influir por su impresi6n.

Al fin él se apart6.

— Y ahora qué? —pregunt6 mientras iban hacia la furgoneta.

—Ahora iré a la fundición. La trabajaré un poco más cuando esté fundida y, después, a la catedral.

—Dejará un buen vacío. ¿Qué piensa hacer ahora?

—¡Vivir!

Se estrecharon la mano y ella lo vio alejarse. Daba unos pasos largos, ávidos, que hacían rechinar la grava. Luego oyó el jadeo y tableteo con que arrancaba aquel motor.

De toda la isla, pequeños grupos regresaban al embarcadero, pasando por la caseta de Información situada en la cima de la colina, donde compraban postales y película para la cámara. «No hay experiencia que valga sin la imagen correspondiente», ironizó Stephen, aunque también él compró una postal de los frailecillos.

Bajaron la cuesta, defendiéndose a cada paso de los embates de las golondrinas. Encontraron asientos en la proa del barco. La niebla volvía a espesarse, oscureciendo el mar y apagando los sonidos como una compresa empapada en cloroformo y aplicada bruscamente a la boca y la nariz. Tuvieron que esperar a unos rezagados. Cuando éstos llegaron, contritos, jadeantes y protegiéndose con periódicos de las golondrinas, la niebla ya era más densa que a la ida. Una vez el barco dejó atrás el espigón y puso rumbo al puerto de arribada, ya no te encontrabas navegando entre altas paredes de roca negra sino que tenías la sensación de estar solo, envuelto en unos lienzos blancos y viscosos, en un mar frío, revuelto, implacable.

Stephen notó que los dos vikingos pecosos, los dueños del barco, estaban intranquilos. Ignoraba si otros pasajeros se habrían dado cuenta, pero era indudable que había dificultades. Uno de los marinos hablaba por radio y, cuando terminó, mantuvo con su hermano una conversación seria y confidencial. A la derecha de Stephen estaban los padres de la niña que se había asustado de las golondrinas. En voz baja, para que ellos no lo oyeran, dijo a Justine:

—Parece que hay problemas.

Ella sonrió ligeramente y, también en un susurro, respondió:

—Sí, ya lo sé.

Unos cientos de metros más allá los sobresaltó el tétrico graznido de un gavión atlántico que llegó del cielo de repente, cruzó veloz sobre sus cabezas con un relumbre blanco y desapareció en la niebla. Un instante después, el barco se estremeció con un ruido áspero, señal de que la quilla había rozado un escollo. Los pasajeros se miraron con gesto de sorpresa, medio divertidos aún, pero enseguida hubo otra sacudida y otro chirrido, y comprendieron que algo andaba mal. Una mujercita de pelo castaño y reseco se agarró al brazo de su marido. Más allá, un grupo de jóvenes parecían querer tomarlo a broma.

—¿Sabes nadar? —preguntó Stephen.

—Como un pez —respondió ella con desenfado—, pero hay siete niños y alguno quizá no sepa.

El agua estaría fría. Él dudaba que incluso un buen nadador resistiera mucho. Pero era ridículo: la gente no muere durante una excursión en barca; muere en las guerras, en los atentados terroristas, en los estúpidos sucesos que él había cubierto durante toda su vida.

Su mirada se cruzó con la del padre de la niña y los dos alzaron brevemente las cejas. La madre estaba muy pálida, pero la niña parloteaba jugando con un caballito de plástico de crines color lila. «Esto es un toque de atención», pensó. «O un toque de silencio», agregó su mente con indiferencia. Él reconoció esa indiferencia, la sensación de que su vida estaba en un equilibrio precario, como una pluma en la palma de la mano. Pero entonces miró a Justine y pensó: «No, todavía no».

Por tercera vez, la embarcación rozó un escollo. Los hermanos volvieron a llamar a tierra y rectificaron el rumbo. Cinco minutos después se divisaba el espigón del puerto: una franja de un gris más oscuro en la niebla. Cien metros más allá apareció una aglomeración de casas, todas con las luces encendidas prematuramente.

Los pasajeros empezaron a tranquilizarse.

—Es el *sea fret* —dijo uno—. ¿No se han dado cuenta de que en la tele han empezado a llamarlo *haar*, mar brumoso? —Murmullo de desdén—. Justo como lo llamarían esos miedicas del sur.

Al parecer, el *sea fret* era una peculiaridad de la costa noreste que consistía en que el mar se agitaba súbitamente. Ahora que había dejado de amenazarlos de muerte, volvía a merecer sus simpatías.

Una vez en tierra, los pasajeros se dispersaron enseguida: un grupo de personas que, momentáneamente hermanadas por el peligro, volvían a mostrarse indiferentes, esquivas.

—Un viaje muy accidentado para mi gusto —dijo Stephen mientras se alejaban del barco.

—¿Cómo? ¿Después de Bosnia? No te creo.

—Siempre he tenido miedo de ahogarme.

Era verdad. Desde niño temía las aguas profundas, llenas de bichos que te muerden los dedos de los pies y los párpados. Incluso recordaba qué le había despertado aquel miedo: un barco embarrancado cerca del puerto de Slaughden, en Aldeburgh, adonde lo habían llevado durante unas vacaciones de invierno. Con buen tiempo, la silueta grisácea del barco era un hito familiar, pero al volver a casa una sombría tarde de tormenta, Stephen lo vio con otra mirada: enlodado y siniestro, mientras el agua del río iba cubriendo, implacable, su madera podrida. La imagen lo aterrorizó de tal modo que echó a correr y no paró hasta la casita que habían alquilado. ¿Cuántos años tendría? ¿Siete, ocho? No más.

—Me apetece una copa —dijo Justine—. ¿Y a ti?

Fueron al bar de un hotel y, con sendos vasos de whisky, se sentaron ante un fuego de leños. Tenían el bar casi para ellos solos, aparte de un ruidoso grupo de golfistas instalados en el extremo opuesto, que habían abandonado la pretensión de jugar y se habían puesto a beber con ahínco. Por lo demás, el hotel parecía vacío. A Stephen no le disgustaba el ruido, porque, al amparo de aquella charla tumultuosa, él y Justine podían hablar de cosas triviales o, simplemente, quedarse callados contemplando las llamas.

—No hay por qué regresar hoy —dijo él al cabo de un rato. No tenía nada previsto hasta el viernes, cuando almorzaría con Kate y llevaría a Adam al Centro de Rapaces—. ¿Les pregunto si tienen habitación?

—De acuerdo. Sí —dijo ella apurando el whisky—. Buena idea.

Había una habitación doble. Tras registrarse, fue a buscar las cosas al coche. No eran muchas, sólo chaquetas y jerséis de repuesto. Subieron juntos y, mientras la dueña les daba las explicaciones habituales, Justine se sentó en la cama para probarla. Era grande y anticuada, con cabezal y pie de madera, un somier que crujía y abultadas almohadas de pluma.

Las ventanas daban al puerto, donde permanecía anclada una docena de pequeñas embarcaciones que oscilaban entre el chirrido y el golpeteo de los aparejos. Un ruido desagradable. El mismo que Stephen había oído en el barco embarrancado. Quizá por eso lo asociaba con la sensación de miedo. Lo cierto era que se sentía nervioso, como no lo había estado la primera noche. Justine, sentada en la banqueta de la ventana, contemplaba los barcos. Stephen le puso una mano en la nuca, pero la retiró temiendo que el gesto pareciera paternal. Dio un paso atrás y sorprendió una sonrisa fugaz en los labios de ella.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—No mucha. Podríamos dar un paseo antes de cenar.

—Bien. ¿No llueve?

—No; mira el agua.

Stephen lo hizo. Justine volvió hacia él unos ojos que tenían aquel azul, un poco nublado por la confusión, que lo conmovía. Ahora se miraban, tentados por la invitación de la cama. Pero él no quería hacer eso todavía; deseaba una preparación larga, lenta, cuidadosa. Una especie de cortejo, aunque la palabra desentonaba, después de meses de dormir juntos.

Caminaron kilómetros por la playa, con un viento que barría los últimos vestigios de niebla. Las olas rugían, se abalanzaban sobre la arena, se abrían en grandes abanicos de una blonda espumeante y se retiraban mansamente, con un largo suspiro. Ellos jugaban a dejarse perseguir por el mar, y una ola alcanzó a un temerario Stephen que salió chapoteando, con el pantalón mojado hasta las rodillas. «Como dos niños», pensó él, pero allí había algo que no era infantil, una corriente sumergida que tiraba de ellos hacia el momento de la consumación en aquella cama. Había

sensualidad en cada mirada y cada risa, pero sólo cuando subían por las dunas, camino del coche, se cogieron de la mano.

El bar estaba lleno de gente del pueblo, y ellos, amparándose en el ruido, charlaban apoyados en el banco de la chimenea. El whisky centelleaba en el vaso. Él sentía los labios hinchados, abotargados por el calor de las llamas. «Basta de beber», se dijo. El bar empezaba a vaciarse y ellos no tardaron en quedarse a solas con el fuego.

Justine se palpó el pómulo.

—¿Duele?

—Sólo cuando aprieto. —Sonrió con esfuerzo—. Creo que eres muy valiente llevándome por ahí con esta pinta. «¡Qué monstruo!», pensará la gente.

—Dirán que eres tonta porque no haces más que tropezar con las puertas. —Pero no tenía gracia.

Al cabo de un rato, ella dijo:

—Fue una lección dura. Cuando papá destinó una parte de la casa al programa Empezar de Nuevo, algunas personas acogidas eran mujeres maltratadas que finalmente habían conseguido escapar, sólo algunas, después de años y años de torturas. Recuerdo que yo las miraba y pensaba: Son jóvenes, sanas, pueden ganarse la vida, ¿por qué demonios lo han aguantado tanto tiempo? Pero cuando te pasa a ti descubres lo fácil que es acobardarse. Es un trauma. Y te sientes como un animal, como un ratón que se hace el muerto.

—Hacerse el muerto no es mala táctica si no eres lo bastante fuerte para defenderte. Me refiero a físicamente.

—Estoy asqueada de mí misma.

—¿Por qué? Hiciste lo que debías.

—Creí que sería capaz de plantarles cara.

—No podías pelear con dos tíos forzudos.

—No eran forzudos.

—Más que tú. —Y pensó: «¿A qué viene esta preocupación?», mientras ella seguía mirando fijamente al fuego. Adivinaba en Justine una cualidad que no creía haber encontrado antes y que casi no sabía nombrar. «Gallardía» era la palabra que le venía a la mente, una expresión anticuada, incluso para aplicarla a un hombre, y que nunca, ni siquiera en su apogeo, se había asociado a las mujeres. Pero era la que más se ajustaba—. Ven —dijo levantándose—. Vamos a la cama.

Kate se había mantenido ocupada toda la tarde en cosas de la casa, pero en ningún momento había dejado de tener presente la figura que, en su subconsciente, cambiaba todo el tiempo de forma. No se atrevía a pensar en ella directamente, pero estaba distraída y al echar en el horno el líquido limpiador se le fue la mano y acabó con los antebrazos irritados por encima de los guantes de goma.

Pensaba que el trabajo de la casa ofrecía una compensación más fiable que el arte. Si frotas bien, con brío y constancia, puedes estar segura de que la cocina quedará limpia. Si te partes el espinazo con el Cristo resucitado, no hay garantía de que vayas a conseguir algo más que un espinazo partido.

No se atrevía a pensar. No se atrevía a llamar a nadie. Hablar de aquello ahora podía ser desastroso, pero no hablar era imposible. El contestador chasqueaba y zumbaba, pero ella cerraba la puerta a las voces.

Luego, cuando ya no podía más, salió al patio, cerró con llave la casa, precaución que dos días atrás no se hubiera molestado en tomar, y fue al taller.

Claro de luna. Suelo pálido. En él hincaba su sombra la figura, blanca y callada. Kate se detuvo delante del plinto. La figura parecía diferente, pero lo que había cambiado era su modo de mirarla. En parte, a causa de Peter. Porque Peter la había mirado. El parecido con un pez o con la crisálida que sale del capullo persistía, pero ya no predominaba. Ahora era un hombre. Durante un tiempo, había estado a solas con las nubes y la luna, y con las sombras que se perfilaban y desdibujaban en el suelo y, durante ese período, había adquirido su propio ser. Ahora había allí una vida que ya no dependía de ella.

Estuvieron largo rato mirándose fijamente. «Bien, ya está.» Formó las palabras con el pensamiento, dejándolas caer, una a una, en un pozo profundo. Terminado.

Entonces inclinó la cabeza y, rápidamente, salió a una noche de estrellas y sombras.

Cruzó el patio y entró en la casa. Se había quitado un peso de encima. ¿A quién podía decírselo? A nadie, ya era muy tarde para llamar por teléfono. Fue a la sala en busca de Ben, sólo que no era Ben sino un pedazo de bronce. De todos modos, ella prefería recordarlo como estaba aquel primer fin de semana que pasaron juntos en Northumberland, cuando visitaron la iglesia de Chillingham e, inesperadamente, se encontraron con lord y lady Grey yaciendo uno al lado del otro en sus tumbas, con una paz que quinientos años de turbulencias no habían podido interrumpir. Inconscientemente, Kate palpó el amuleto de Ben. Dos parejas, una de carne y hueso y otra de alabastro. Ahora sólo quedaba una. Apoyó los labios en el frío bronce de la frente de Ben y luego, lentamente, subió a acostarse.

La luna que entraba por las ventanas sin cortinas iluminaba la cama, alta y blanca. Arreciaba el viento y subía la marea, azotando el pueblo como si fuera una lapa que quisieran arrancar de la roca. Stephen abrió la ventana y ráfagas de aire frío le golpearon la cara y el pecho. El batir de los aparejos en los mástiles era frenético.

—Confío en que podamos dormir —dijo él.

—¿Sí? Yo confiaba en todo lo contrario.

Ella había salido del cuarto de baño y estaba al lado de la mullida cama, desnuda. Stephen empezó a quitarse la ropa. Ella retiró la colcha, se deslizó entre las sábanas y

se quedó mirándolo con las pupilas dilatadas. Ahora parecía tener los ojos negros.

Es algo que ocurre algunas veces, pocas, quizá una o dos en toda una vida: él comprendió que recordaría ese momento hasta el día de su muerte. Ya desnudo, fue hasta la cama y apartó la sábana.

—¿Me quieres? —preguntó ella.

—Sí.

—Está bien. Yo te quiero.

Él se echó a su lado y estuvieron un rato con los dedos entrelazados, sin decir ni hacer nada. La luna relucía en los ojos de ella. Por un instante, él volvió a ver a la muchacha de la escalera de Sarajevo, pero ya había perdido su poder. Ese momento, en esa cama, ahuyentaba su imagen, quizá no para siempre, pero sí el tiempo suficiente. Se volvió y rodeó a Justine con los brazos.

Parecía una lástima despertarla, y Stephen se levantó de la cama con tiento. A la luz gris del amanecer, recogió la ropa que había esparcido por el suelo la noche antes, con la prisa por desnudarse, y la llevó al cuarto de baño. Se vistió y salió de la habitación andando de puntillas.

Abajo olía a bacon frito. Es duro el trabajo de la hostelería, la jornada termina después de medianoche y vuelve a empezar antes del amanecer. Con aquel aroma se le hacía agua la boca. Cruzó el bar, saturado de olor a tabaco y cerveza pasada. Hasta el velvetón rojo de las banquetas parecía exhalar un vaho rancio, como si conservara el calor de las posaderas de la noche anterior.

Temía encontrar la puerta cerrada y tener que pedir a alguien que saliera de la cocina a abrirle, pero ya estaba abierta. Salió al aire frío de la madrugada y se paró en medio de la calle, mirando arriba y abajo. No vio a nadie hasta que, por la parte alta, apareció una carretilla en la que tintineaban botellas de leche. La muchacha que la conducía, bien abrigada contra el frío, la detuvo y repartió varias botellas. Stephen se subió el cuello y echó a andar en sentido opuesto.

Cuando salió de la zona de viviendas, vio el mar y, hundiendo los pies en una arena fina e impoluta, fue hasta unos grandes bloques de hormigón diseminados por el borde de las dunas en hilera irregular, como piezas de un juego de construcción colocadas por una mano infantil. Defensas antitanques, detritos de la última guerra. Estaban cubiertos de grafitos de protesta. A Ben le habrían gustado. Le recordaron aquella última foto: carros blindados abandonados por los rusos en Afganistán, llenando casi todo el encuadre. Sólo quedaba espacio para una franja de cielo y aquel pequeño sol mortecino.

Un minuto después de tomar aquella foto, Ben había muerto.

Stephen lo seguía en un convoy. La policía militar los paró para advertirles que no debían continuar. Más allá, al lado de la carretera, en una hondonada, había algo que parecía un montón de alfombrillas. Él ya sabía que era Ben antes de que se lo dijeran. Pero no estaban seguros de que hubiera muerto, sólo lo habían visto tendido en el cráter de la bomba, junto a la carretera. Stephen supo que se avergonzaría de sí mismo toda la vida si no iba a cerciorarse. Ben podía estar herido o inconsciente: quizá aún hubiera una posibilidad de salvarlo.

Por eso echó a correr medio agachado —como si eso pudiera servir de algo— hacia la tanqueta. Se decía que debía volver atrás, pero siguió corriendo. Rodeó el vehículo, y entonces lo descubrió en el fondo del hoyo acribillado de impactos y hendiduras, tendido de espaldas, con la cámara a unos palmos de distancia.

Se precipitó por la pendiente haciendo rodar piedras. Aún conservaba la esperanza, porque Ben parecía indemne. Pero no se movía. Miraba el sol pálido con los ojos muy abiertos, sin pestañear. Un hilo de sangre, fino como una procesión de hormigas, le bajaba de la sien derecha. Tenía una expresión de sorpresa. Stephen estaba seguro de que, de un momento a otro, le dispararían también a él: era evidente que un francotirador tenía cubierta la carretera. Le castañeteaban los dientes. «Conque esto es lo que hace el miedo», pensó, lo bastante tranquilo aún y lo bastante furioso como para sentir interés. Se afanó en desabrochar la cadencia que Ben llevaba al cuello, pero le temblaban las manos, no podía, y al final se la arrancó. Había durado más el cierre que la suerte. Luego, la cámara. Ben debía de haber bajado para hacer una foto y, mientras él enfocaba el objetivo, otro hombre lo apuntaba con un arma. Sin embargo, allí no había nada más que piedras y rocas. Pero, al mirar hacia arriba, Stephen los vio: los tanques abandonados. Había pasado por allí quizá veinte veces, sin reparar en lo que había visto Ben. Desde el fondo del cráter semejaban una ola rompiente. Más allá de los tanques, en el cielo lucía un sol tan pálido que podía haber sido la luna. No paraba de recriminar a Ben: «Idiota de mierda. Pedazo de capullo estúpido. Tu vida... ¿¡por eso?!».

Apretando la cámara contra el pecho, echó a correr. Las botas rechinaban ásperamente en el polvo de la pendiente. Esperaba sentir de un momento a otro la explosión de dolor en la cabeza o en el pecho, pero llegó al vehículo sano y salvo. Alguien intentó decirle algo, pero él lo apartó. Temblaba de pena y rabia. Deseaba esconderse para llorar, pero, cuando subió al asiento trasero y ocultó la cara, no tenía lágrimas. Se sentía seco, sin saliva, sin sudor, sin lágrimas. Como uno de esos ovillitos desecados, prendidos en las telarañas.

Aún no había llorado por Ben. No llegó a tiempo para asistir al entierro. No había conseguido verter ni una lágrima. Pero, por lo menos, Kate tenía el amuleto. Eso era importante. Y él había recuperado las últimas fotografías.

Stephen se acercó a la orilla. Hoy el mar estaba tranquilo, espumeaba en la arena y se retiraba con un ronquido suave como el ronroneo de un tigre. Era una playa de guijarros. Se puso a buscar piedras planas para hacerlas saltar sobre el agua, y había encontrado cinco o seis realmente buenas cuando oyó un grito y, al volverse, vio a Justine bajando por las dunas, palpándose el vendaje de la nariz y la cabeza, para asegurarse de que todo seguía en su sitio. La noche había sido extraordinaria, de una voluptuosidad apasionada, pero con besos tiernos, casi tímidos. Él temía hacerle daño.

Ella fue directamente a sus brazos y le dio un beso.

—¿También se las puede hacer saltar en el mar? —preguntó mirando las piedras
—. Creí que tenía que ser en aguas serenas.

—Está sereno. Míralo.

Ella se puso a buscar sus propias piedras. «Espíritu de competición. Ésa es mi chica».

—No; demasiado grandes. Toma ésta —dijo él dándole la mejor.

Estaban absortos en el juego como dos niños, inocentes, embobados, pero a ese estado los había reducido la pasión. A él le dolía la espalda. Y ella sentía los labios, los pechos y los muslos abrasados, del roce de su barba.

Justine lanzó la primera.

—Dos.

—Uno y medio.

—Es usted muy exigente, caballero.

Entonces lanzó él, y la piedra se hundió ignominiosamente con un sonoro gorgoteo.

Justine soltó una risita.

—Ahora verás —dijo él.

Esta vez imprimió a la muñeca la flexión justa y, antes de que la piedra saliera de su mano, ya sabía que andaría sobre el agua milagrosamente, creando a cada bote círculos concéntricos que se entrecruzarían formando pequeños remolinos, y seguirían ensanchándose hasta la orilla, antes de que la piedra se hundiera.

—¿Qué? —le dijo—. ¿Has visto?

Entonces él le rodeó los hombros con el brazo y emprendieron un paseo por la orilla, mientras, a su espalda, el sol salía por detrás de las dunas y la hierba dibujaba finas sombras en la arena blanca.

Nota de la autora

Mi agradecimiento a Neil Darbyshire del *Daily Telegraph* por permitirme asistir a la primera sesión del juicio contra Milosevic en el Tribunal Internacional de La Haya, y a Neil Tweedie, corresponsal del *Daily Telegraph*, hacer de mi visita una experiencia agradable.

Agradezco a Gillon Aitken y a todo el personal de Gillon Aitken Associates su constante apoyo, y a Simon Prosser y al equipo de Hamish Hamilton su entusiasta labor de producción.

Especial reconocimiento para Donna Poppy, la más atenta, competente y meticulosa correctora.

No hay palabras para expresar lo que debo a mi marido.

Entre los libros que he encontrado más estimulantes del pensamiento y más útiles para la creación de esta novela están *In Harm's Way* de Martin Bell, *El viejo Goya* de Julia Blackburn, *Season of Blood* de Fergal Keane, *Unreasonable Behaviour* de Don McCullin, *Strange Places, Questionable People* de John Simpson, *Ante el dolor de los demás* de Susan Sontag y *Goya* de Janis Tomlinson.

Los errores y defectos, como siempre, son míos.



PAT BARKER nació en Thornaby-on-Tees, en Yorkshire, Inglaterra, el 8 de mayo de 1943. Estudió en la London School of Economics, donde se licenció en Historia Internacional, y en la Universidad de Durham. Enseñó Historia y Política hasta 1982. Barker empezó a escribir con 20 años, y la animó en su carrera la novelista Angela Carter. Sus primeras novelas tratan las vidas duras de las mujeres de la clase trabajadora en el norte de Inglaterra. En 1983 fue nombrada como una de los 20 Mejores Novelistas Jóvenes británicos por el Consejo de Comercialización del Libro y la revista Granta. Su trilogía de novelas sobre la Primera Guerra Mundial, que comenzó con *Regeneración* en el año 1991, fue inspirada en parte por las experiencias de su abuelo, que luchó en las trincheras de Francia. *Regeneración* fue llevada al cine 1997, protagonizada por Jonathan Pryce y James Wilby. *El ojo en la puerta* (1993), la segunda novela de la trilogía, que se publicará próximamente en Galaxia Gutenberg, ganó el premio Guardian Fiction y *The Ghost Road* (1995), la última novela de la serie, ganó el premio Booker para la ficción. Pat Barker fue galardonada con un CBE en 2000. Sus últimas novelas son *Class Life* (2007) y *Toby's Room* (2012), esta última regresando a la temática de la Primera Guerra Mundial.

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Nota de la autora

Sobre la autora